CELSO VIEIRA

EL PADRE ANCHIETA

LA VIDA DE UN APOSTOL EN EL BRASIL PRIMITIVO



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA HOMBRES E IDEAS

El pensamiento y la acción puestos al servicio de un mundo mejor

VOLUMEN 17

Vol. 1.—GRAL. DE GAULLE, *una biografía del jefe de la resistencia francesa,* por Philippe Barrés. 300 págs., enc. .... $ 3.—

Vol. 2.—LA VOZ DE LA INDIA. *Advertencia al Occidente,* por Krishnalal Shridharaní. 250 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol. 3.—EL CERCANO ORIENTE. *Encrucijada de la historia,* por Eliahu Ben-Horin. 250 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol. 4.—FENIX. *Bases para una reorganización del mundo,* por H. G. Wells. 250 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol. 5.—MAS ALLA DE LA VICTORIA, por Egon Ranshofen Wertheimer. Propuestas de un militante cristiano para una paz duradera. 450 páginas, enc. .... $ 5.—

Vol. 6.—VIDA DE ROOSEVELT. *Un estudio acerca de la suerte y el poder,* por Emil Ludwig. 228 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol. 7.—EL CRISTIANISMO ESOTERICO. *Los misterios de Jesús de Nazareth,* por Annie Besant. 208 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol. 8.—EL FIN DEL PRINCIPIO. *Del abismo a la victoria,* por Winston Churchill. 320 páginas, enc. .... $ 5.—

Vol. 9.—LAS FUERZAS DE LAS NACIONES. *Estudio sobre las ciencias sociales y el fracaso de las revoluciones totalitarias,* por George Soule. 224 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol. 10.—LA RUSIA NEO-ZARISTA· Impresiones, deducciones e hipótesis de dos viajes a Rusia, con 46 fotografías, por Pierre Francès. 280 páginas, enc. .... $ 4.—

Vol. 11.—OSVALDO CRUZ, *El Pasteur del Brasil, vencedor de la fiebre amarilla,* por Phoción Serpa. 240 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol· 12.—DE MONTEVIDEO A MOSCU, por Emilio Frugoni, Embajador del Uruguay en Rusia. 224 páginas, enc. 2ª edición .. $ 3.—

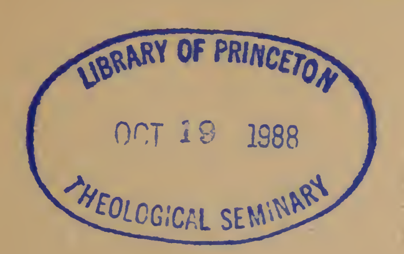
Vol. 13.—MANIFIESTO DEMOCRATICO, por Emery Reves. El más moderno y completo de los estudios sobre los problemas de la Democracia. 200 páginas, enc· .... $ 3.—

Vol. 14.—EL DIA DE LA HUMANIDAD, por Malatios Khouri. Prólogo del profesor Angel L. Roffo. 250 páginas, enc. .... $ 3.—

Vol. 15.—LA UNIVERSIDAD. *Teoría y Acción de la Reforma,* por Julio V. González. 380 páginas, enc. .... $ 4.—

Vol. 16.—LOS CAPITANES DE ROJAS. *Descubrimiento y Entrada al Norte Argentino,* por Clemente Cimorra. 300 páginas ..... $ 3.—

Celso Vieira
(De la Academia Brasileña)



EL PADRE ANCHIETA

LA VIDA DE UN APOSTOL EN EL BRASIL PRIMITIVO



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

Título de la edición brasileña:
ANCHIETA

Versión castellana y notas por
BENJAMÍN DE GARAY

Primera edición, octubre de 1945



INDICE

Libro cuarto: FUNDACION DE RIO JANEIRO

Libro quinto: ASCENSION

Libro sexto: OCASO DE RERITIGBA

P R O L O G O

I. El Panorama y el Hombre. -- II. La expansión del cristianismo en las tierras nuevas. -- III. Historia de cuatro estrellas.

I

El Panorama y el Hombre

Un ilustre académico brasileño —Celso Vieira— ha escrito la vida del Padre Anchieta. Es una vida bella como un romance, en el Brasil primitivo y ensoñado. Misterio, apariciones de indios y de ángeles, constancia, dolor y una obra inmensa de civilización.

Los historiadores sabíamos del Padre Anchieta lo que contaban unos pocos documentos y lo que decían algunas obras, superficialmente, repitiéndose unas a otras. Hoy, con esta vida, el conocimiento del gran misionero cambia por completo. Lo seguimos desde la cuna hasta la muerte. Comprendemos los impulsos que decidieron su vocación. Lo vemos partir, llegar al Brasil y vivir en las selvas. Es un ambiente de conquistadores, colonos, aventureros, indios y bandidos. Celso Vieira, a más de un historiador y erudito eminente, es un poeta en sus sentimientos y en su lenguaje. La descripción del Brasil en que actuó el Padre Anchieta está magistralmente hecha. El lector siente la sensación angustiosa de andar por sus ciudades recién fundadas y por sus bosques palpitantes y encantados. A veces nos parece leer una novela fantástica, y en cambio estudiamos un momento histórico y un ambiente social de insuperable resurrección. Costumbres, religiones, leyendas, músicas y cantos: todo el mundo salvaje y todo el mundo hispanoportugués de la Península trasplantado a América. La labor de penetración de Celso Vieira en la historia lusobrasileña no puede ser más profunda. Los documentos le dan, en líneas ocultas, visiones hermosas, datos reveladores, coloridos insospechados. El sabe, como pocos, reconstruir, con documentos dispersos, todo un panorama viviente desaparecido. La verdadera historia, considerada como arte y como vida,

es precisamente esta resurrección. La peregrinación del Padre Anchieta, a través de las selvas, es la línea central de esta amplísima presentación. Hemos visto el Brasil, la colonia, el ambiente, y vemos al héroe, al santo, avanzar en su vida y en su inmortalidad, paso a paso, como quien labra, en la historia, una huella imperecedera.

Hoy imaginamos a través de un sueño la vida de aquel hombre y de sus compañeros. Pensemos que habitaban en una naturaleza tropical que nunca habían visto: salvaje, lujuriante, sorprendente, y que los seres humanos que ellos debían convertir, con su bondad, con sus palabras que hablaban de un Dios incomprensible a quienes los escuchaban, eran antropófagos, hombres desnudos, de un color de bronce, que comían a sus enemigos en ceremonias propias del infierno. No es extraño que los misioneros creyesen, a cada instante, hallarse en lucha con el demonio. Había, pues, en la vida real y en la vida de la mente, terrores y visiones, prácticas diabólicas y un misterio infinito.

El espíritu de la conquista aún no ha sido comprendido, realmente a fondo, por muchos historiadores que creen dominarlo. Dícese, con frecuencia, que la conquista fué una obra material, una imposición de fuerza, mientras que en cambio fué una obra espiritual, una labor de convencimiento que dominó las conciencias y no los cuerpos. Más aún: diremos que la realizaron los conquistadores y colonizadores. Los misioneros bautizaban, casaban, administraban la extremaunción: actos que los indios no comprendían y a veces consideraban demoníacos. El convencimiento que más hondo penetraba en la conciencia de los naturales era el que emanaba de los hombres de espada. Indios y conquistadores empezaban a vivir juntos, sus ideas se mezclaban y con la vida práctica se desarrollaba la verdadera unificación de sus pensamientos.

La conquista de América no fué una. Lo hemos dicho infinitas veces. Hubo muchas conquistas en América porque hubo muchos ambientes espirituales diferentes. Para comprender la conquista de una parte del Nuevo Mundo es preciso

conocer las ideas de los hombres que la habitaban. Los conquistadores del Paraguay, por ejemplo, no son los de Panamá ni los de Chile ni los del Brasil. Todos eran españoles; pero las ideas de unos y de otros se encargaban de agruparlos, de dejar a los que compartían los mismos propósitos y de dar un tono especial a la historia de cada región. Es así cómo la labor de los jesuítas en el Brasil creó en las selvas un espíritu de fanatismo que ha sobrevivido hasta tiempos recientes y ha dado origen a novelas y obras de sociología de un extraño carácter. Celso Vieira estudia la formación espiritual de las primeras generaciones que educaron los misioneros. Ve en sus características la herencia de la sangre primitiva, con todos sus vicios. Nosotros no negamos totalmente la herencia de la sangre; pero más creemos en la herencia de las ideas. Obtener conversiones sinceras era para los misioneros una labor durísima. La lucha de la moral cristiana con la indiferencia de algunos portugueses y la incomprensión u odio de los indígenas, fué en el Brasil intensa y dramática. Algo hemos dicho al describir las primeras expediciones de los bandeirantes *en nuestro libro* «Las misiones jesuíticas y los bandeirantes paulistas». *Celso Vieira trae testimonios impresionantes. Es un artista de la evocación y un mago de las biografías. Junto a los misioneros se mueven herejes semienloquecidos y aventureros tenebrosos. Son hombres que saltan de Europa al Brasil y del Brasil a la India. Uno de ellos, extraordinario, se decía de él que era un dominico renegado. Las colonias francesas en la costa del Brasil dan aún más colorido a estas escenas y a este ambiente lleno de sorpresa y hechos fantásticos.*

El Padre Anchieta era un misionero dominado por la fe, capaz de mover montañas, porque era, también, un poeta. Todos los misioneros han tenido, ocultamente, alma de poetas. La tuvo San Francisco, considerado el primer poeta de Italia; la tuvo San Ignacio; la tuvo Raimundo Lulio, el inventor de las escuelas de lenguas orientales para misioneros y él mismo misionero sorprendente durante su vida entera... Todo

gran impulso, todo sueño en una empresa superior, nace de voluntades animadas por fuerzas extrañas. Es un canto a la vida que cada conquistador, como cada poeta, siente resonar en su corazón. Anchieta puso en su apostolado la pasión de los santos. Era, aparentemente, una labor humilde, sencilla; pero, en el fondo de sus actos, había una voluntad inquebrantable, propia de los hombres dispuestos a cumplir una obra superior. Anchieta no sólo volcaba su ensueño en su vida. Dejaba patente la huella de su espíritu en cantos, autos, misterios, sermones, poemas religiosos y poemas heroicos. Además están sus cartas, sus informes y otros escritos. La grafomanía es a veces signo de talentos desbordantes. Grafómanos fueron los más grandes creadores de todos los tiempos, sin olvidar a Tirso, a Lope, a Balzac y a tantos otros. Los cerebros que crean y elaboran constantemente no pueden encerrar su vida espiritual en un soneto o en el pulimento eterno de una o dos obras. Estas labores de artífices revelan constancia y meticulosidad admirables; pero no son la muestra de una potencialidad extraordinaria como las series de obras en que se dan la mano mundos de ideas. Anchieta fué un poeta de la Edad Media que alcanzó los tiempos hoy llamados modernos. La Edad Media no terminó, como cortada de un hachazo, con el hallazgo de Cristóbal Colón. Los historiadores contemporáneos decimos que la aparición del Nuevo Mundo marca el fin de una edad y el comienzo de otra. Vemos los hechos a la distancia de siglos y hablamos de cosas muertas con la suficiencia de quien nunca las ha conocido. Los hombres de aquellos tiempos no sabían de Edad Media ni de Edad Moderna. Estos nombres los han inventado los autores de manuales, para sus divisiones escolares, en el último siglo. Entonces se vivía, como en todas las épocas, sin sospechar que en el futuro se hablaría de los hombres de un tiempo y de los de otro. Todos los conquistadores de América, en la primera mitad del siglo XVI —el siglo inmortal de los grandes descubrimientos— eran hombres que salían de la Edad Media o habían heredado de sus padres su mentalidad. No es extraño

que Anchieta escriba poesías como un monje medioeval, pues en realidad lo era, con la diferencia que en vez de haber partido a tierra de moros o al Oriente misterioso, se hallaba en las selvas del Brasil. Tenía un amor por la naturaleza que recordaba el de San Francisco, y llevado por este amor se transformó en un observador profundo de las plantas y de los animales y ha pasado hasta nosotros, también, como un fino naturalista.

No se ha dicho, en los trabajos que hay de misionología, que la empresa de América ofreció a la santidad el campo más extraordinario por sus misterios, sus peligros y sus tradiciones. Los santos de la Tebaida han tenido biógrafos que han contado, en un halo de leyendas, sus prodigios y sus luchas con el demonio. No podemos medir la intensidad de la fe, los espíritus de los ascetas de la Tebaida o de los primeros siglos del cristianismo, y los de los hombres que con voluntad de hierro partían a América, a Filipinas, a la China, al Africa y al Japón. Son tiempos y lugares tan diferentes que no pueden compararse. Pero el día que la comparación se haga de un modo ideal, alineando ilusiones y sufrimientos, realmente auténticos, como los de las misiones del siglo XVI, y no fabulosos, como los de los primeros siglos del cristianismo, llegaremos tal vez a comprender que lo que hicieron los hombres de España y de Portugal en las tierras nuevas es superior a todo cuanto hicieron los demás hombres en el resto del mundo y de la historia.

Lo que a nuestro juicio más distingue la santidad, es la fuerza de la voluntad inquebrantable que ha guiado sus pasos. Los santos que vencen la carne, que avanzan en el desierto, que cumplen empresas sobrehumanas entre caníbales, son ejemplos puros de santidad. La vida del Padre Anchieta y de los jesuítas que lo acompañaron, es un ejemplo de esta fuerza superior que nosotros identificamos con la santidad. Guiados por esta fuerza evangelizaron miles de indios, abrieron caminos, levantaron ciudades y sembraron cultura. Toda idea sin obstáculos representados por otras ideas, avanza directa hacia su fin. En América no hubo herejías notables. El estado

natural de los indígenas era, precisamente, el imán que atraía la acción catequista de los misioneros. Si en vez de indios hubiese habido herejes protestantes o judíos, la guerra habría dividido a los hombres y en vez de construir una civilización unos y otros se habrían destruído recíprocamente. Algunos herejes había; pero eran pocos y no podían romper el alud católico que se extendía sobre las tierras vírgenes.

Celso Vieira describe en este libro la vida de un santo y la vida de un pueblo. Anchieta tiene todos los dones y atributos de un perfecto santo. No vamos, ahora, a especificar qué es la santidad. Lo hemos intentado en otras páginas y sería inútil repetirnos. Santidad, a nuestro juicio, no es un conjunto de milagros. Los milagros han impresionado en otras épocas y aún hay gente que cree en ellos, como hay otras personas que creen en el espiritismo, en la teosofía, etcétera. El milagro como realización de lo imposible hoy no merece más que la fe a ojos cerrados. Pero el milagro como esfuerzo supremo de voluntad, de constancia, de amor, dentro de lo humano y de lo sensible, es digno de admiración y puede dar la condición de santo a quien se eleva hasta ella con el ejemplo de su vida. Más santo es un hombre por una existencia de dolor, caridad, lucha y espiritualismo que por transformar unas zarzas en unas rosas. Y más pura, bella y realmente milagrosa nos parece esta transformación operada en el cerebro que en la realidad, si ello fuera posible. Porque las grandes concepciones no importa que estén en los hechos si ya están en la imaginación. Todo nace y sale de nuestro cerebro. Todo cuanto existe fuera de la realidad es una concepción nuestra. Bien sabido es que no es el hombre imagen de Dios, sino Dios imagen del hombre. Y lo mismo ocurre con la santidad: no está fuera del ser humano, ni viene, como una gracia, al corazón del elegido: está en el ser y de él sale hacia afuera y llega a la comprensión o a la negación de otros hombres. Así ha ocurrido con la vida de infinitos santos —unos reconocidos por la Iglesia y otros no reconocidos—: vivieron en ambientes donde seres con forma humana los sacrificaron bárbaramente y hallaron,

en su mismo tiempo o en la posteridad, la admiración de otros seres que les consagraron su máxima reverencia. Anchieta es uno de estos ejemplos. Vivió en la miseria, en la lucha y en el dolor, incomprendido, a punto de muerte en mil oportunidades. El futuro lo reconoció como a un santo: la más grande perfección humana.

En este libro, repetimos, vive también el Brasil. Es, en cierto modo, una biografía espiritual del Brasil de la colonia. Los pueblos tienen su vida como la tienen los hombres. Celso Vieira ha sabido unir estas dos vidas, de un hombre y de un pueblo, en un panorama armónico y perfecto que tiene alma, tiene cuerpo y revive ante nuestros ojos y nuestra emoción.

La leyenda, después de la muerte del santo, le atribuyó prodigios, verdaderos milagros. Es la fama, es el recuerdo maravillado que siempre, en los casos de hombres superiores, borda sus existencias en la evocación. Piedad, deseo inconsciente de haber hecho lo imposible, lo milagroso que deslumbra y satisface.

El Brasil ha tenido la virtud de producir santos. No ha ocurrido lo mismo en la Argentina y otras partes de América. En la Argentina sólo un santo ha pisado su territorio: San Francisco Solano. En el Paraguay hubo unos misioneros cuyas vidas están por ser canonizadas. Podríamos decir que el Brasil fué tierra de santos y que la Argentina lo fué en muy pequeña e insignificante cantidad. El hecho puede explicarse. En el Brasil la antropofagia de los naturales y la falta de libertad de los colonizadores crearon un ambiente psicológico en el cual eran posibles todos los extremos: tanto los de barbarie como los de santidad. En la Argentina y en el Paraguay, los conquistadores trajeron sus libertades de España. Se vivió democráticamente. Los indígenas no eran feroces ni antropófagos salvo en mínima parte, en las islas del Delta paranaense y en el Paraguay; pero estos indios —los guaraníes— pronto se unieron a los españoles y formaron con ellos la gran familia neoamericana. Unos pocos misioneros sacrificados están en vías, como dijimos, de ser elevados a los altares.

En este libro se hallan algunos ejemplos espeluznantes de la disciplina y de los castigos que imponían a sus fieles los jesuítas. Se necesitaba esa disciplina de hierro, capaz de aterrorizar a un infeliz con el castigo, suspendido a último momento, de ser vendido en la plaza pública o enterrado vivo. Era la clásica disciplina de los jesuítas. Negarla es pretender lo imposible. Explicarla por el tiempo en que tuvo lugar es caer en una ingenuidad. En aquel tiempo sólo los jesuítas obraban de ese modo. No hay ejemplos. Los jesuítas, con su disciplina, crearon unas misiones perfectas: tan perfectas que los indios, apenas les faltó la mano de los superiores, huyeron a la selva, como autómatas desesperados, sin saber cómo vivir entre gente civilizada. Y nada en el mundo, ni aun las mentiras, pueden probar lo contrario.

Había en los misioneros del Brasil una fe tan intensa y extraña que hace pensar en las condiciones de sus cerebros. No se sabe qué es la locura ni en qué oportunidades los hombres están locos o dejan de serlo. Hechos normales en otros tiempos, hoy parecerían locuras, y actos normales de hoy habrían sido considerados verdaderos extravíos hace cien o más años. Aquellos misioneros del Brasil vivían en un delirio de fe, de sacrificio, de dolor y de catequesis. Fervor santo y extraño a la vez, que hoy no podemos comprender porque no estamos ni en aquel ambiente ni en aquel estado de ánimo, colectivo y sorprendente, que movía las almas y las acciones de aquellos hombres. Sólo debemos conocer los hechos y callar, emocionados, sin juzgar lo que está fuera de nuestra sensibilidad, de nuestro tiempo y de nuestra comprensión. La fe hace maravillas que la razón nunca comprende.

Aquellos hombres —todos santos— que luchaban por la fe y la religión en las selvas del Brasil, realizaron empresas inigualables en la historia del mundo, por lo extraordinarias, arrojadas y divinas. Este libro hace estremecer con sus relatos; pero todo cuanto se diga de ellas será siempre poco, pues ni los documentos ni los cronistas conservan —ni pueden conservar— el soplo misterioso y potente que movía a aquellos

seres. No obstante, todo es muy fácil de explicar: aquellos hombres cuyas empresas espirituales producen tanto asombro y una mezcla indefinible de admiración y terror, eran españoles, y nada, por tanto, sobre la tierra, podía resistir a su ilusión.

II

La expansión del Cristianismo en las Tierras Nuevas

San Francisco fué el inventor de las misiones. Mientras los cruzados se desangraban en sus luchas estériles, él se dirigía a Egipto y enviaba sus frailes a Marruecos y al Oriente. La labor de los primeros apóstoles comenzaba a repetirse a los mil doscientos años del nacimiento de Cristo. Los monjes viajeros hicieron conocer en Europa las maravillas del Oriente y el Viejo Mundo empezó a soñar con los resplandores del Asia. Medio siglo después, Raimundo Lulio creó las escuelas de lenguas orientales, para llevar la fe de Cristo a todos los ámbitos de la tierra. Los misioneros ya no partieron sin saber una palabra de las gentes que iban a convertir. Salieron a recorrer países lejanos con los idiomas bien aprendidos, listos para predicar en las lenguas del Asia o del norte de Africa. Así llegó el hombre de Europa a los confines del mundo, en el Oriente, y así se halló frente a un mar que, lógicamente, se extendía sobre el resto del planeta hasta tocar las costas de Europa. La teoría de la redondez de la tierra hizo concebir, de este modo, el viaje al Oriente por el Occidente. Los cosmógrafos y poetas de la Edad Media lo consideraron un hecho seguro y hasta lo soñaron como realizado, siglos antes de Cristóbal Colón. Cuando América apareció en la mitad de ese camino, como una barrera insospechada que hizo fracasar el gran proyecto de unir el Occidente con el Oriente por medio de un viaje directo sobre el mar, los humanistas del siglo XVI y los eruditos de los tiempos modernos se dieron a pensar en los orígenes del cristianismo

en las Indias Occidentales. Era natural, hasta el siglo XVIII, creer que la religión cristiana había sido llevada por los apóstoles a todos los hombres del mundo. No se concebía que una creencia avanzase sola. La piedad hizo inventar tradiciones falsas, que atribuían a misioneros y apóstoles imaginarios la introducción del cristianismo en muchas partes de Europa y en América. Un San Patricio, nunca existido, habría llevado el cristianismo a Irlanda. San Jacobo o Santiago lo habría difundido en España y su cuerpo habría ido, por el aire, desde Palestina a enterrarse en Galicia, en el Campo de las Estrellas (Santiago de Compostela). América no se libró de esta especie de ley. En los primeros tiempos, los cronistas quisieron hallar rastros del cristianismo en el Nuevo Mundo antes de Colón. Las páginas escritas para probar esta suposición hoy sólo sirven para la historia de ciertas leyendas de sabios. El argumento de la cruz —que aún impresiona a muchos divulgadores— tuvo en otros tiempos una fuerza probatoria casi definitiva. La cruz como símbolo de los cuatro puntos cardinales, de los vientos, etcétera, o como simple adorno lineal, se encuentra en los monumentos de México y en los cacharros de Santiago del Estero y es estúpido relacionarla con un cristianismo precolombino. Los sentimientos morales superiores que en algunas partes de América tenían los indígenas, tampoco traen su origen de fantásticas y remotas predicaciones cristianas. El estudio de las culturas y del patrimonio espiritual de cada pueblo nos explica esta y otras muchas candideces. El errante Pay Zumé, o Padre Tomás, de los guaraníes y chiriguanos, tan celebrado por la sabiduría de los jesuítas, con las huellas de sus pies impresas en tantas rocas, y otras «pruebas» semejantes, hoy está alineado, tranquilamente, entre los hombres dioses, bien conocidos, de esos indígenas. Aún más superficiales fueron los resultados de investigadores modernos. Quienes supusieron que monjes viajeros irlandeses pudieron llegar al Nuevo Mundo —como San Brandán y otros personajes semilegendarios— sostienen errores comparables a los de los viejos cronistas. Las rocas escritas de Canadá y Estados Uni-

dos, en las proximidades del Atlántico, como testimonios de tumbas cristianas, dejadas por los normandos en los siglos XI y XII, no pasan de supercherías o imaginaciones, y en cuanto a ciertos estudios filológicos, desgraciadamente modernos, empeñados en demostrar que los idiomas del norte de América son degeneraciones de las lenguas escandinavas, sólo hemos de decir que dan a sus autores una curiosa nombradía. El cristianismo, por lo complicado de su doctrina, no corre a través de los desiertos como ciertos cuentos y tradiciones. Es una religión que, para ser transmitida, requiere el contacto personal de los hombres que la profesan con otros hombres que no la conocen. En esta forma se expandió por el Mediterráneo y Europa y llegó a América y al resto del mundo. Cuando los hombres están separados, como cualquier religión con un sistema teológico complejo, se detiene y no avanza. Por ello algunos eruditos han querido atribuir al Papa Alejandro VI, poco antes del descubrimiento de América, la posible intención de ir alcanzando, con los obispos de Groenlandia, las actuales tierras del Canadá. El obispado de Gárdar habría sido un gran paso en este camino; pero lo cierto es que no hay pruebas sólidas de tan extraordinario propósito. Colón, el descubridor, no llevó tampoco, oficialmente, el cristianismo al Nuevo Mundo en su primer viaje. Todo cuanto se ha argüído para demostrar la existencia de algún sacerdote en las carabelas descubridoras ha caído por tierra, deshecho por la crítica honesta. El cristianismo llegó en el segundo viaje, con fray Bernardo Boyl. Las controversias de otros tiempos, que discutían el nombre del primer religioso llegado a América, hoy han terminado. No fué San Pier d'Arena, español de la provincia de Toledo, que vivió largo tiempo en Génova; ni fueron los mercedarios fray Juan de Solórzano y fray Juan Infante; ni el prior de la Rábida, fray Juan Pérez; fué, como es notorio, el mínimo de San Francisco de Paula, fray Bernardo Boyl. La primera misa fué dicha en La Isabela, de la Española o Santo Domingo, el 6 de enero de 1494.

* * *

Colón no llevó el cristianismo al Nuevo Mundo, pero abrió para siempre su camino. Fué, como han dicho poetas, el mensajero de la fe. Los reyes vieron a Colón como a uno de sus cruzados en su lucha de ocho siglos contra los musulmanes. Isabel y Fernando dedicaron sus vidas a expulsar de España a los moros. Cuando ampararon el viaje de Colón lo hicieron con el único propósito de unir los extremos del mundo y extender su religión, sus leyes y su poderío por los confines de la tierra. Una tesis, basada en burdos errores geográficos y documentales, que atribuye a Colón y a los Reyes Católicos el único fin de alcanzar unas islas próximas a las Canarias, sólo merece sonrisa y desprecio. Quienes la sostienen, a más de ignorar todas las ideas cosmográficas de la Edad Media, se basan en la confusión, muchas veces demostrada, de creer que un paralelo era un meridiano. Este punto erróneo de partida, no analizado por los superficiales defensores de semejante teoría, es la causa de tan falsa interpretación. No perdamos tiempo en probar lo que no necesita ninguna prueba, pues es un error elemental. Más interesante es saber cómo vió o consideró el Papa Alejandro VI el descubrimiento de las tierras que hoy llamamos América. El 7 de julio de 1493, el Papa Alejandro nombró al padre Boyl su vicario apostólico y en la bula Piis Fidelium, *que contiene este nombramiento, habla de América con estas palabras: «. . . tierras e islas que hace poco fueron por ellos (Fernando e Isabel) descubiertas, navegando hacia las partes occidentales, por el Mar Océano, desconocidas antes por todos. . .» Los reyes y el Papa deseaban ardientemente poblar esas tierras e islas de buenos cristianos y para ello el Papa no vaciló en dar amplias facilidades espirituales a quienes se resolviesen a cruzar el Océano: «. . . para que los fieles cristianos, en vista de su devoción, acudan con más facilidad a las referidas tierras e islas, sabiendo que conseguirán la salvación de sus almas, podéis ordenarles, a cada uno de los referidos cristianos, de ambos sexos, que en persona se hayan trasladado libremente a las dichas tierras e islas, de conformidad, no obstante, con el mandato y voluntad de los dichos rey y reina,*

que tanto ellos como cualesquiera de los suyos pueden escoger un confesor idóneo, ya sea secular o regular, que los absuelva, como se ha dicho, de los crímenes, pecados y delitos, aun de aquéllos reservados a la Santa Sede; y de todos sus pecados que confesaron oralmente con el corazón contrito; y que, en la conmutación de votos, pueda ese tal confesor escogido, en la sinceridad de la fe, en la unidad de la Santa Iglesia Romana, en la obediencia y devoción nuestra y de los pontífices romanos nuestros sucesores, que canónicamente hayan entrado al trono pontificio y canónicamente hayan permanecido en él, concederles con la dicha autoridad, indulgencia y perdón, en vida una vez y en artículo de muerte, otra; asimismo, a los monasterios, lugares y casas que se erijan y se edifiquen, concedemos que puedan, lo mismo que los monjes y hermanos que residan en ellos, con la dicha autoridad y como favor especial, disfrutar y aprovecharse libre y lícitamente de todos y de cada uno de los privilegios, gracias, liberalidades, exenciones, inmunidades, indulgencias y otros indultos concedidos a los monasterios, lugares, casas, monjes y hermanos de las órdenes a las cuales se hayan concedido éstos en general, o se concedan en el futuro.» (Traducción de monseñor Sante Portalupi, en Gilberto Sánchez Lustrino, Caminos cristianos de América, *Río de Janeiro, 1942). Todo el proceso que condujo a realizar la empresa colombina y las primeras noticias que se tuvieron del descubrimiento de América, encuéntranse, como en un eco, en la bula del 3 de mayo de 1943, llamada* Inter cetera, *que dió a los Reyes Católicos los derechos que los portugueses tenían en el Africa con la obligación de difundir el catolicismo. En esta bula el Papa Alejandro empieza por recordar que «entre las obras que son gratas a la Divina Majestad y dignas del deseo de nuestro corazón, ocupa el primer lugar, sin duda por su prestancia, la exaltación, propagación y difusión de la fe católica y de la religión cristiana, por todas partes, sobre todo en nuestros tiempos; así como los trabajos por la salvación de las almas, el sometimiento de las naciones bárbaras y su reducción a la misma fe.» Luego evoca «la reconquista del*

reino de Granada hecha por vosotros, en nuestros días, para gloria del nombre de Dios, librándoles de la tiranía sarracénica», y estampa estas palabras, que parecen revelar propósitos desconocidos de los Reyes Católicos de emprender la conquista de la tierra, con la expansión mundial del catolicismo, antes que Colón expusiera su proyecto: «Sabemos por cierto que por estar demasiado ocupados en la expugnación y reconquista de dicho reino de Granada, no pudisteis llevar al deseado término vuestro santo y laudable propósito, que desde hace mucho teníais en mente, de buscar y descubrir algunas tierras e islas remotas y desconocidas, aun no descubiertas por otro, con el fin de someter al culto de nuestro Redentor y a la profesión de la fe católica a sus naturales y habitantes.» No sabemos si esta atribución de un intento de exploración del Océano, que no consta en ningún documento anterior a la empresa colombina, es una gentileza del Papa —hecho poco probable— o una afirmación de los Reyes Católicos repetida, como era de práctica, por el Papa en su bula. Es muy posible esto último, y no es de creer que los Reyes Católicos, tan sinceros en todas sus expresiones, por mandatos religiosos y de conciencia, lo inventaran para disminuir el mérito y la originalidad del proyecto de Colón. Toda la psicología de la lucha de los Reyes Católicos contra los moros, evidencia este fin ecuménico de salir de la Península y extender el cristianismo sobre la amplitud de la tierra. La bula del Papa Alejandro descubre, pues, un propósito desconocido de los Reyes Católicos, que nosotros hemos intuído y expuesto por primera vez en Los últimos cruzados en la conquista de América (Buenos Aires, 1942). Este hecho explica muchísimas supuestas obscuridades de la historia colombina. Ahora sabemos por qué España acogió el proyecto de Colón y no lo rechazó como Portugal, Inglaterra y Francia, y por qué esta nación llevó adelante, con tanto entusiasmo, la conquista y evangelización del Nuevo Mundo. Los Reyes Católicos no hicieron más que cumplir una empresa que ya habían iniciado con su lucha contra los musulmanes. El descubrimiento de América no empieza, por tanto, con Colón, sino con los Reyes

Católicos. La empresa colombina fué una continuación de la lucha contra los moros, no sólo en el hecho en sí, cronológico, sino en el propósito superior que animó ambas misiones. Así lo sostuvimos en nuestro libro citado y ahora confirmamos nuestra interpretación con la bula que estamos analizando. He aquí cómo habla el Papa Alejandro VI: «Aún más, últimamente y con el agrado de Dios, recuperado ya el preindicado reino (de Granada), queriendo poner en ejecución vuestro deseo, proveísteis a nuestro dilecto hijo Cristóbal Colón, de naves y de hombres equipados para ese fin, no sin grandísimos trabajos, peligros y gastos, para que buscara diligentemente, por mares antes nunca navegados, esas remotas y desconocidas tierras; las cuales, al fin, después de muchos trabajos, navegando por el mar océano, hacia las partes llamadas occidentales, en la dirección de las Indias, descubrieron, con el auxilio divino, unas islas extremadamente remotas, además de tierra firme, que nadie había descubierto aún, en las que habitan multitud de personas que viven en paz y que, como se dice, andan desnudas y no comen carne...» La conquista de las tierras americanas fué para los Reyes Católicos una acción comparable, y en muchos puntos idéntica, a la que otros reyes españoles, sus antecesores, habían hecho con las mismas tierras de España, sometidas a los musulmanes, y con islas como las Canarias. No había interrupción ni diferencias en el estilo de las empresas. Así lo dice, también, el Papa Alejandro VI: «... y, considerando todo esto y principalmente la propagación y difusión de la fe católica, diligentemente, como conviene a reyes y príncipes católicos, entendisteis, imitando a los reyes vuestros progenitores, de ilustre memoria, que debíais someter a nos y reducir a la fe católica con el favor de la clemencia divina, las referidas tierras e islas, así como sus naturales y habitantes...» Si algún crítico quisiese anular el testimonio de la bula pontificia, en que consta que los Reyes Católicos habían proyectado el viaje colombino antes de conocer a Colón, con el argumento de que esa declaración sólo tuvo por fin justificar la donación de las nuevas tierras que el Papa hizo a los reyes, podríamos

contestar que se trata de un argumento improcedente, pues en la misma bula Su Santidad deja constancia que «os concedemos, donamos y asignamos a vosotros y a vuestros herederos y sucesores, los reyes de Castilla y de León, perpetuamente, todas y cada una de las referidas tierras e islas desconocidas... que hayan sido descubiertas hasta el presente por vuestros enviados, o que se descubrieren en el futuro, siempre que no estén bajo el actual dominio de ningún príncipe cristiano, y os investimos para siempre, con la autoridad apostólica, a vosotros y a vuestros referidos sucesores y herederos, del señorío de esas tierras...» Es decir: el Papa entregaba a los Reyes Católicos las tierras que no perteneciesen a otros príncipes cristianos, fueren los que fueren. El derecho era adquirido por el hecho material del descubrimiento. No interesaba que hubiesen proyectado el descubrimiento en otros años. Por tanto, la afirmación de que los Reyes Católicos se habían anticipado a Colón en el propósito de alcanzar el Oriente por el Occidente no fué hecha con ningún fin interesado. En aquellos momentos tampoco podía existir el fin de quitar a Colón la gloria del descubrimiento. Las ambiciones y la conciencia del triunfo o la trascendencia del hecho, aun no habían comenzado. La autorización de descubrir tierras fué dada, el 4 de mayo de 1493, «hacia el Occidente o Mediodía, fabricando o componiendo una línea desde el polo ártico al polo antártico, ora las tierras firmes e islas sean halladas o se hayan de hallar hacia la India o hacia otra parte cualquiera, la cual línea diste de cualquiera de las islas que vulgarmente llaman de los Azores o Cabo Verde, cien leguas hacia el Occidente o Mediodía...» El 25 de septiembre de 1493 el Papa amplió esta autorización «a todas y cualesquier islas y tierras firmes, falladas y por fallar, descubiertas y por descubrir, que navegando o caminando hacia el Occidente o el Mediodía, son o fueren o aparecieren, ora estén en las partes occidentales o meridionales y orientales y de la India...»

* * *

Los reyes de España no fueron tan liberales como el Papa

en sus permisos de partida a las nuevas tierras americanas. El Papa permitía el traslado de cualquier persona, con tal que hubiese confesado sinceramente sus culpas. Los reyes de España no llegaban a tanto: exigían que el viajero a Indias no tuviese ni cuentas con la justicia ni mala fama ni mezcla de sangre mora o judía. Sabido es que sólo por excepción pasó algún condenado al Nuevo Mundo y que Cervantes, con todo su talento, no fué considerado suficientemente honesto para dejarlo embarcar rumbo a América. España creó una nueva España o Nueva Europa en las tierras americanas y dió vida a una nueva legislación para los indígenas e hispanoamericanos. Caso único en la historia humana. Las leyes de Indias consultaban las necesidades americanas para resolver los problemas americanos. Los reyes no hicieron ninguna ley con criterio o visión europea. Los otros países fueron a colonizar con sus leyes y las impusieron a las buenas o a las malas. España no: las fué creando a medida que se hacían necesarias. Por ello la conversión de los infieles iniciada en escala mundial por España, señala el comienzo de los tiempos modernos, del mismo modo que la conversión de los infieles empezada por San Francisco y Raimundo Lulio, marca el principio del renacimiento italiano. La Edad Media no fué un período de obscuridad, como tantas veces se ha dicho. Fué una larga época de evolución o revolución. El noventa por ciento de lo que hoy somos y sabemos lo debemos a la Edad Media. La religión católica, con todas sus herejías, se robusteció en los mismos siglos. Francisco Sureda Blanes (El beato Ramón Lull, *Madrid, 1934) ha hecho una defensa precisa y hermosa de la Edad Media. La Edad Media no es una noche, sino una luz después del hundimiento del paganismo. Los tiempos modernos son la Edad Media llegada a su madurez. «El Medioevo —dice Sureda Blanes— rompió para siempre la unidad imperial, haciendo posibles las nuevas nacionalidades; creó las lenguas modernas eliminando el latín, y adquirió con la suma variedad de lenguaje, una valoración de orden intelectual inagotable; inauguró la distinción entre lo temporal y lo espiritual, apo-*

yándose en las palabras evangélicas (solamente fué retardado el éxito de esta distinción por el egoísmo siempre ambicioso de los monarcas absolutos, creación lamentable del Renacimiento), haciendo posible la mutua convivencia de todos los hombres.» Florecieron las libertades y todas las formas de asociación; nacieron los gobiernos constitucionales y representativos; el arte hizo posible el Renacimiento; palpitó una nueva poesía; se formó una filosofía; la teología alcanzó altos vuelos; la santidad, el misticismo, el ascetismo, todas las formas de pensamiento se desarrollaron enormemente. Las mismas guerras medievales prepararon el futuro político de Europa. Sureda Blanes hace notar, con acierto, que la idea de una Edad Media obscura no aparece, como concepto, antes del 1835, en que así la definió el diccionario de la Academia francesa. La división de la historia en edades es obra del siglo XVIII. En 1725, el profesor de Leipzig, Cellarius, fué el primero en usar la palabra medioevo en los manuales escolares. Loecher, en una obra impresa en el mismo año y en la misma ciudad, llevó la denominación a Alemania. Nuestra tesis de que el Renacimiento italiano no fué sólo la resurrección de lo clásico, sino, principalmente, la repetición de la obra de los apóstoles, es la visión, libre de prejuicios, de la historia. El cristianismo había degenerado en innumerables aspectos. San Francisco, en algunos puntos, como un verdadero reformador, le devolvió un tanto de su pureza. Raimundo Lulio hizo otros grandes esfuerzos para completar, o revivir, la obra de los apóstoles. El descubrimiento de América fué la culminación del Renacimiento, por el vuelo que tomó el cristianismo y las alas que le nacieron a la libertad de pensar. El sueño de los apóstoles y la doctrina de Cristo se vieron próximas al triunfo total gracias a España y a Cristóbal Colón. España ensanchó el imperio cristiano e hizo por el cristianismo lo que no hicieron los mismos Papas. Tuvo a raya a los turcos y los hundió en Lepanto. Salvó el espíritu católico de una completa ruina con la contrarreforma. Echó, con el Gran Capitán, a los franceses de Italia. «Además de los reinos y dominios ocupados a los

moros, sarracenos y a otros infieles, hace poco conquistaron, con el auxilio de Dios, por medio de su valiente y poderoso ejército y de su armada, preparada para combatir a los infieles, una isla notable, situada en el archipiélago llamado de las Indias o adyacente a las mismas, la cual sometieron al propio dominio del rey y de la reina.» En esta isla Española el Papa Julio II nombró los primeros obispos del Nuevo Mundo. (25 de noviembre de 1504).

* * *

El Patronato significó el triunfo de la fe en las tierras de Colón. Era un derecho que correspondía a los reyes de España desde el año 1445, en que el Papa español Calixto III accedió a nombrar como arzobispos, obispos y abades a personas que fuesen del agrado del rey de Castilla. El rey creyó que se trataba de una presentación de personas y el Papa, sin discutir, nombró a los obispos presentados. Los Papas Sixto IV e Inocencio VIII quisieron negar este derecho o hábito de nombrar a los arzobispos, obispos, etcétera, a los Reyes Católicos, y éstos, a pesar de su fe, se mantuvieron firmes en sus prerrogativas frente a Roma. Después de la toma de Granada, el Papa español Alejandro VI confirmó y amplió el Patronato de los Reyes Católicos. Julio II terminó por reconocer que los Reyes de España tenían, también, amplio derecho a extender el Patronato al Nuevo Mundo (28 de julio de 1508). En la bula de esta fecha el Papa recuerda la lucha contra los moros y el descubrimiento de América como si fuesen una sola empresa: «Habiendo, hace algún tiempo, nuestro queridísimo hijo en Cristo, Fernando, ilustre rey de Aragón y de Sicilia, e Isabel, reina de Castilla y de León, de esclarecida memoria, librado a España del yugo de los moros, se internaron en el Océano para llevar el estandarte bienhechor de la cruz a tierras desconocidas e hicieron todo lo posible para que se cumpliera la sentencia que dijo: por toda la tierra se esparció su sonido, y sometieron muchas islas y lugares desconocidos, sobre todo una entre todas ellas, de gran valor y pobladísima, a la cual denominaron

Nueva España.» El 7 de junio de 1514, el Papa León X otorgó al rey don Manuel de Portugal los derechos de Patronato y Presentación, no a perpetuidad, como a los reyes españoles, sino por cada nombramiento. Estos derechos, como es natural, los heredaron las repúblicas americanas. Pero en los actuales concordatos, la Iglesia no acepta el Patronato. En tiempos de la conquista, el Patronato dió a España un poder tan fuerte como el de Roma en el Nuevo Mundo. Gracias al Patronato y a las misiones, la historia religiosa de América es incomparablemente superior, en disciplina y santidad, a la de Europa. En América, los Reyes de España tuvieron todos los poderes eclesiásticos y al Papa sólo quedó la fe católica. Es preciso admitir que la propagación de la fe no era tanto por la fe, sino por el dominio político que ella implicaba. Imponer el catolicismo equivalía a imponer las leyes de España. Decir que toda la conquista tuvo un único fin espiritual es no saber ni historia ni nada. Por ello los reyes de España tanto defendieron el Patronato. Con él colocaban a sus gobernantes espirituales donde les placía. Las autoridades militares y civiles españolas vivieron en perpetua lucha con las autoridades religiosas, como si la fe y el temor a las excomuniones no existiese en sus espíritus. El siglo XVI —aunque parezca una paradoja— fué un siglo esencialmente liberal. Había fe en Dios, pero no sumisión al clero. Hoy es todo lo contrario: hay temor político o social a la Iglesia y hondo escepticismo interior. La Iglesia ha ganado, aparentemente, algo en fuerza política; pero Dios, por su culpa, se está derrumbando. Mucho de esto también ocurría en el siglo XVI. Felipe II encargó al virrey Toledo que prohibiese «asistir. . . arrimados o echados sobre los altares ni pasearse al tiempo que se dijesen las misas.» Las avanzadas de los conquistadores no eran propiamente avanzadas de la fe. La conquista no tenía como fin propagar la religión católica. Esto lo podrán sostener quienes están acostumbrados a tergiversar la historia. No es la verdad. Los documentos hablan de propósitos de conversión por pura fórmula y la realidad histórica confirma este formulismo documental. La prueba está en

que la labor evangélica no se unió a la conquistadora y colonizadora y siguió un camino separado e independiente, a veces paralelo al de los conquistadores y a menudo en pugna. Decir que las empresas de los conquistadores, que todos los descubrimientos y todas las fundaciones estaban movidas por la propaganda de la fe —repetimos—, es decir un solemne despropósito. La presencia de algún cura en alguno de estos actos no autoriza a sostener tesis tan descabellada. Si la conquista hubiese sido puramente religiosa, los reyes habrían dejado al Papa el derecho de nombrar los obispos. En cambio, fué todo lo contrario. Dar la religión era dar, entonces, una unidad política. Por ello —por el verdadero fin político— se recomendaba su divulgación.

* * *

Estas verdades no impiden reconocer otras muy hermosas: la labor extraordinaria de los misioneros y su espíritu maravilloso. Debemos distinguir misioneros y curas y frailes de ciudades. Los primeros eran santos por naturaleza. Los segundos eran: unos, buenos, y otros, crápulas. La palabra parecerá dura, pero el que quiera documentos, los tendrá. Ni los mismos historiadores eclesiásticos, unilaterales, pueden negar que entre tantos buenos sacerdotes había gran número de ovejas con sarna. No se trataba de excepciones, como se suele decir, por disculpa, sino casi de reglas. Desde las historias críticas de la inquisición de Lea y de Medina (nótese que no citamos a Llorente) hasta las tremendas cartas pastorales de fray José Antonio de San Alberto —por no escribir una bibliografía con varios miles de documentos—, vemos cómo el clero sedentario se corrompía y terminaba en la ignorancia, con vicios, culpas o hijos, que era lo mejor que podía hacer. En cambio, los misioneros, solos frente al indio, en el escenario imponente e infinito de las selvas, llevaban a cabo empresas comparables a las de los conquistadores. Era la fe que los impulsaba y era, en primer término, su raza de españoles. Los conquistadores no se movían por la fe religiosa, sino por otros ideales, y reali-

zaban hazañas tan desesperadas y sublimes como las de los misioneros, en cantidad, por cierto, enormemente superior a la de los santos varones. Es porque unos y otros, por encima de católicos eran españoles, y cuando se dice español —nombre que debe pronunciarse con el sombrero en la mano— se dice héroe, santo y divino alucinado. España, primera nación del mundo en su tiempo, llevó el espíritu del hombre a los más altos grados que puede alcanzar la naturaleza humana y nada de cuanto tenga sangre española debe sorprendernos, porque, para ella, no ha existido ni existe lo imposible. Es así que en un continente bárbaro o salpicado de culturas sangrientas, como las de México y el Perú, los españoles —conquistadores y santos— crearon una Europa en muchos puntos superior a la misma Europa. Levantaron espléndidas ciudades, catedrales soberbias, universidades famosas, palacios magníficos, etcétera: hicieron, en fin, lo que ningún otro pueblo de la tierra pudo ni siquiera soñar. «Un gobernador de la Nueva Granada —decía Gil González Dávila— que fué Andrés Díaz de Venero, fundó cuarenta poblaciones y edificó cuatrocientas iglesias, ermitas y doctrinas de indios.» Los indios eran hombres con espíritus salvajes o de niños degenerados. Toda la literatura moderna que habla del indio como de un ser superior al blanco es tan injusta y errónea como esa otra literatura, de sabios ignorantes, que defiende el racismo. El indio, una vez que entra en la civilización, es tan hombre como cualquier otro hombre; pero antes de conocer el nuevo mundo espiritual de los conquistadores, de salir de sus selvas o llanuras y adaptarse a la mentalidad hispánica, era una bestia o un ser incomprendido e incomprensible. Es preciso darse cuenta de estas diferencias y no dejarse alucinar por sensiblerías anacrónicas ni por las declamaciones huecas de la política indigenista. Cuando se comprende la psicología de la sociología de aquel entonces, se admira, en sumo grado, la labor tenaz y sacrificada de los misioneros. Ellos tenían, con bondad, con amor y otros mil recursos, que sacar a los indios de su vida campestre, de sus religiones, de sus hábitos diarios y hacerlos actuar, como au-

tómatas, en una existencia para ellos esclavizadora. Misioneros e indios, con sudores sangrientos, construían casas, pueblos, iglesias, sembraban, trabajaban en mil quehaceres, creaban, en fin, en un desierto, ciudades milagrosas. Los métodos para lograr estos hechos sorprendentes iban desde la música embelesadora hasta los latigazos sistemáticamente aplicados. El látigo fué el instrumento civilizador de las misiones: el más eficaz y el más amado por los padres. Los puritanos, fariseos y redactores de pasquines católicos, se indignarán de estas palabras y, como de costumbre, acudirán a sus eficaces principios de calumnia para negar una verdad histórica difamando a quien la divulga. No obstante, la palabra del eminente jesuíta P. Constantino Bayle, el cual, en su excelente obra La expansión misional de España (Madrid, 1936, con nihil obstat) después de traer una serie impresionante de testimonios en favor del látigo y de las continuas disposiciones de los reyes que lo prohibían, indignados, dice estas palabras: «La nota de los azotes hará torcer el gesto a algunos que la tendrán por resabios de la pedagogía añeja de la palmeta y zurriaga. Pero el hecho de que la aplicaran siempre, y todos los misioneros, algo dice en su favor; y al juzgar a priori se corre el riesgo de estrellarse con la experiencia. Conocí un Superior de Misión, que al ser nombrado, desde el camino, prohibió a los misioneros el código tradicional; y después se le reían ellos cuando veían que era el primero en aplicarlo.» No vamos, pues, a juzgar ni a priori ni a posteriori, sino a dejar constancia que muchos, por no decir todos, como el P. Bayle, eran los misioneros que obtenían sus conversiones a latigazos y que ni los reyes autorizaban este edificante sistema ni los conquistadores, salvo excepciones, matemáticamente castigadas, necesitaban vivir en paz con los indios a fuerza de látigo. En efecto, cuando Felipe II prohibió a los frailes de la Nueva España castigar tanto a los indios con el famoso látigo, el buen padre fray Pedro de Escobar, todo compungido, temblando por la salvación del alma de los indios, escribió al rey que esa orden, de no usar el látigo, era «la mayor persecución que a los naturales después

que son cristianos ha venido» (*Padre Bayle, ob. cit.*, pág. *109*). *El error de las misiones fué de psicología pedagógica; no fué de buena intención ni de sacrificio en los misioneros. En las misiones se vivía automáticamente, a son de campana,* hasta para cumplir los deberes conyugales (*esperamos que alguien sea capaz de negar este hecho*) *y en las parroquias de indios el Concilio de Lima, convocado por Santo Toribio de Mogrovejo, debía procurar que «todas las noches los niños de la doctrina toquen la campana y recen en alta voz por las plazas las oraciones por las almas del Purgatorio.» Con este eufórico estado de ánimo, no debe sorprender que los salvajes siguieran niños o se escaparan a la selva, espantados, cuando sus piernas aún servían para tanto. En Córdoba, un jesuíta recién llegado se sorprendió de ver a los jóvenes indios cantar a la perfección con sus papeles de música en la mano; pero más se sorprendió cuando comprobó que las músicas estaban al revés y que los niños cantaban de memoria... y de miedo. No ignoramos los ataques calumniosos y subterráneos que nos han de llegar por decir estas verdades. Historia es honradez y si hay gente que, espiritualmente, no la tiene, nosotros no vamos a torcer nuestra línea de conducta moral tan recta como nuestra vida. No deben ver, ciertos fariseos del clero, en nuestras palabras, ningún ataque al catolicismo. Quien así lo viere será injusto y embustero. Admiramos, histórica y espiritualmente, el catolicismo que es nuestra cultura personal y nuestra genealogía, sin excepción, desde innúmeras generaciones. Sólo queremos hablar con un sentido, no nuevo* (nihil novum...), *sino verdadero, de la historia colonial en su doble aspecto civil y religioso y comprender la vida de las misiones como realmente fué y no como quieren que haya sido ciertos historiadores con tesis inútilmente preconcebidas. Las misiones fueron un fracaso, aunque esto tanto duela a varias órdenes religiosas. Todas llevaban en sí el germen de ese fracaso: era la ausencia completa de humanidad y al hombre se le conquista humanamente, no con otros métodos. No fracasaron, en cambio, la casi totalidad de las ciudades, pueblos,*

fuertes, rancherías, campamentos, etcétera, de españoles que se unían a las mujeres indias y formaban en seguida una familia. Los conquistadores no se preocupaban de obligar a los indios a oír misa a fuerza de cepo, latigazos y otros castigos, como lo hacían los doctrineros. Vivían con ellos, a la buena de Dios, y la conversión se hacía sola, por imitación, por asimilación, con más sinceridad y éxito que las conversiones de millares de almas hechas por ingenuos misioneros con una bendición. Otros misioneros, más zorros, por no decir inteligentes, procuraban las conversiones por engaño o inconsciencia: insensiblemente hacían bailar y cantar a los indios cosas santas, es decir, la doctrina cristiana. Los indios, creyendo que cumplían con sus creencias, aprendían otra creencia. También colocaban una imagen cristiana frente a un ídolo para que la adoración se dirigiese a uno en vez del otro, y con estas puerilidades —prohibidas a menudo por los Papas sensatos— muchos misioneros quedaban satisfechos. Junto a estos procedimientos —la fe no tiene barreras— existía, en sumo grado, la sed del martirio, el afán de lograr grandes conquistas espirituales. Todo lo que los misioneros lucharon y sufrieron fué inmenso para referir y comprender. El más insignificante de ellos merece un monumento. Cambiar el espíritu de millones de hombres es tarea más dificultosa que conquistar, por la fuerza, a esos mismos millones. La lucha era —aunque parezca mentira— más fácil con los indios acostumbrados a cultos religiosos bien definidos que con los indios ateos, sin religión alguna o burdas supersticiones. Los primeros cambiaban con relativa facilidad de creencia; los segundos tardaban más en comprender tantos misterios. Oficialmente no se obligaba al indio a adoptar el cristianismo; pero era lícito defenderse contra sus ataques si seguía y se comportaba como bárbaro o antropófago. Esto era muy justo. El intercambio de ideas se hacía entre indígenas y misioneros por medio de los idiomas que unos y otros aprendían. Los indígenas iban aprendiendo el español, y los misioneros llegaban a saber hasta cinco y diez idiomas nativos. Por último se propuso —ante la enorme canti-

dad de lenguas americanas— que se difundiesen algunos idiomas llamados generales, como el guaraní en la costa del Brasil; el nahualt, en México y Guatemala, y el quíchua, en las regiones peruanas. Las misiones llegaron a producir resultados magníficos: jesuítas, franciscanos, capuchinos, etcétera, fundaron cientos de misiones, convirtieron miles de indios y llegaron a tener miles de animales. En cambio, en el Río de la Plata y en otras partes del Nuevo Mundo, había extensiones inmensas, pueblos y verdaderas ciudades sin un sacerdote, o con uno o dos. Esto es suficiente, a ciertos críticos, para explicarles el liberalismo de algunas partes de América. Añaden que los indios, siglos después del descubrimiento, seguían tan infieles como antes, a pesar de sus prácticas cristianas, pues ocultaban sus ídolos detrás de los altares o los enterraban en las proximidades de las iglesias. El liberalismo americano no es un liberalismo pagano ni autóctono. Es un liberalismo español, crítico y filosófico, que vino de España junto con la cultura española y aquí vivió y se desarrolló frente al fanatismo y al absolutismo.

* * *

Hemos dicho, de un modo general, que todos los misioneros eran santos. Algunos pobres frailes tenían un pasado extraordinario. Fray Francisco de Pamplona, que en 1650 llevó los capuchinos a las selvas terribles de Venezuela, había sido general de la armada de cataluña y llamábase don Tiburcio de Rodin. Todos ellos difundían la palabra de Cristo y el nombre de España en los más apartados rincones del mundo. San Francisco Javier y el Padre Anchieta eran españoles que servían bajo las órdenes de Portugal. Uno se fué al Japón y a la China y el otro a las selvas del Brasil. En pleno siglo XVI otros españoles se dirigieron al Congo, a Persia, a Ormuz, a Mogol y a Etiopía. Misioneros españoles recorrieron el Norte de Africa y custodiaron, en Jerusalén, el Santo Sepulcro. Un fraile agustino, llamado Andrés de Urdaneta, que había navegado por los mares de Filipinas, fué llamado por Felipe II para que saliese de su convento y acompañase a Miguel Ló-

pez de Legazpi, como director de ruta, en su viaje a Oceanía. La conquista de Filipinas fué un paso en la conquista del Japón, de China y de todo el Oriente. Quienes ponen en duda este propósito ignoran los antiguos deseos españoles, anteriores al mismo viaje de Colón, de encerrar algún día a los infieles entre el Oriente y el Occidente; ignoran el verdadero fin de la expedición colombina, destinada a las tierras del Oriente, e ignoran, por último, los esfuerzos que hizo España —sin olvidar gastos enormes— para enviar conquistadores y misioneros a todos los rincones del mundo. Ya hemos dicho que la extensión de la fe católica era, en cierto modo, la extensión del dominio español. En el último cuarto del siglo XVI la acción de los misioneros se hizo temeraria y fervorosa. Sus empresas no obedecían a un impulso oficial, sino a una inspiración superior. Los jesuítas eran los menos y los franciscanos, dominicos y agustinos, los más. Los infieles convertidos por los misioneros españoles sobrepasaban en número, largamente, a todos los otros convertidos de la tierra. La decisión de algunos misioneros alcanzaba límites inconcebibles: el padre Alburquerque quiso hacerse esclavo para penetrar en China, donde estaba prohibida la entrada de extranjeros, a menos que fuesen vendidos como esclavos. El rey de España cometió un error gravísimo al no permitir al gobernador de Filipinas, el doctor Francisco de Sande, lanzarse a la conquista de la China. Habían pasado los tiempos sublimes de las conquistas de hierro y habían comenzado los de las tratativas diplomáticas, que tantos desastres significaron para España. Los jesuítas, con los métodos a que alude su nombre, fueron los primeros en obtener éxitos en China. Las otras órdenes los criticaban y decían que los suyos no eran «pasos del Evangelio». En vez de convertir a los pobres y a las masas, se hacían recibir en los palacios y trataban de convertir primero a los reyes y a los ricos. Así se aseguraban las espaldas, o el cuello, y pensaban lograr más conversiones, por orden imperial, que empezando desde abajo. Además, asimilaban a tal modo el culto cristiano al culto pagano que ya no se sabía

cuál era uno y cuál era otro. Las misiones fracasaron y el Papa Clemente XI prohibió los ritos y los procedimientos de los jesuítas. Entretanto, otros españoles: San Francisco Javier, el padre Cosme de Torres y el hermano Juan Fernández, iniciaban la evangelización del Japón, y otros españoles, en un esfuerzo novelesco y estéril, trataban de conquistar Camboya. La intransigencia en China y en el Japón era espantosa. Para penetrar en sus puertos los holandeses, ingleses y demás protestantes debían ultrajar crucifijos e imágenes del Redentor. Quienes no se sometían a estas pruebas eran decapitados. España civilizó, con la introducción del cristianismo, la mitad del mundo. No conquistó toda la tierra por detenerse a crear una nueva España en el continente americano. Si su empuje hubiese ido más lejos, y la llegada a las costas orientales se hubiese producido medio siglo antes, hoy la lengua española se extendería sobre la inmensidad de la tierra y las libertades de España habrían prendido, junto con la religión de Cristo, en todos los corazones.

III

Historia de cuatro estrellas

Hace miles de años, los habitantes de Europa veían en el cielo cuatro estrellas en forma de cruz. Dos siglos después de Cristo, Ptolomeo podía contemplar estas cuatro estrellas desde el Mediterráneo meridional. En el siglo IV, sabemos por San Atanasio y San Basilio que los cristianos de la Tebaida aún las veían. Unos siglos más tarde, los viajeros de Europa tenían que dirigirse a Egipto, Persia y Arabia para admirar aquellas estrellas. Después, los hombres de Europa perdieron su visión. Sólo Dante, a fines del siglo XIII, las recordó como un ensueño lejano. Sus versos, en el Canto I del Purgatorio, *dicen así:*

Io mi volsi a man destra, e posi mente
All'altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai, fuor ch'alla prima gente.

Algunos críticos han querido decir que estas estrellas son alegóricas. Se trata de un error. Dante había leído en el libro II de la obra de Aristóteles, De Coelo, *la existencia de la Cruz del Sud y sabía muy bien que los primitivos habitantes de Europa la habían visto cerca del Polo Norte. También sabía, por fuentes musulmanas, que aquellas cuatro estrellas, sólo vistas por la antigua gente, se acercaban cada vez más al otro polo: el Sud.*

La identificación de estas cuatro estrellas con la Cruz del Sud ha sido negada por algunos autores. Hay quien sostiene que Dante habla de estrellas simbólicas y quien dice, como Luciano Pereira da Silva (A arte de navegar dos portugueses) *que las cuatro estrellas del* Purgatorio *no pueden ser la Cruz del Sud por una serie de deducciones astronómicas. El profesor de la Universidad de Palermo, Angelitti, en un estudio publicado en la* Rivista di Astronomia, *de Turín (vol. VI:* Sugli accenni danteschi ai segni, alle costellazioni ed al moto del cielo stellato da occidente in oriente, ni un grado in cento anni) *afirma que las cuatro estrellas de Dante pueden ser las de la constelación de Ara, llamadas de las Llamas. Los investigadores portugueses tienen especial empeño en negar que Dante pudo conocer la existencia de la Cruz del Sud. Este problema no es astronómico, sino histórico. Basta saber que Dante leyó textos en que la Cruz del Sud era mencionada para no dudar que pudo referirse a ella y no a otras estrellas.*

Cristóbal Colón fué el primer hombre de Europa que en el año 1500 reconoció haber hecho un viaje a «un nuevo cielo y mundo.» En el mismo año de 1500, el 1 de mayo, el piloto portugués, maestre Juan, dió en una carta al rey Manuel el nombre de Cruz a la que sería más tarde Cruz del Sud. En el año 1502, Américo Vespucci dijo que al llegar a los 32 grados de latitud austral «ya habíamos perdidos completamente la Osa Menor, y la Mayor estaba muy baja, casi en la línea del horizonte; nos dirigimos por las estrellas del otro polo, el del Sud, que son mucho más grandes y más brillantes que las de nuestro polo. De la mayor parte de ellas traje dibujos, y especialmente

de las que eran de mayor magnitud, con la descripción de sus órbitas, que hacen alrededor del polo Sud, y con la declaración de sus diámetros y semidiámetros como se podrá ver en mis Cuatro Jornadas.»

Américo Vespucci fué, por tanto, el primer viajero que dibujó las estrellas nuevas, desconocidas a los hombres de Europa, que cubrían el mundo recién descubierto. En el año 1506, los pilotos portugueses Juan de Lisboa y Pedro Anes observaron en Cochin la Cruz del Sud. En 1511, la imagen del nuevo cielo fué repetida por el humanista italiano Pedro Martir de Anghiera, en la década I, libro IX de su obra De orbe nouo. *Era el deslumbramiento y el misterio de un cielo nunca visto que sorprendía cada vez más a los eruditos de Europa. Pero la Cruz del Sud propiamente dicha, las cuatro estrellas que había cantado Dante, no fueron dibujadas hasta el día 6 de enero del año 1515. Este dibujo es el más antiguo que se conserva, pues no han llegado hasta nosotros los verdaderos de Vespucci. En la fecha indicada, Andrea Corsali, viajero italiano, describió la Cruz del Sud en una nota que se encuentra original en el códice Magliabechiano, de la Biblioteca Nacional de Florencia. La descripción es ésta: «Sopra di queste apparisce una croce maravigliosa nel mezzo de cinque stelle che la circondano (com'il barra la Tramontana), con altre stelle, che con esse vanno intorno al Polo girandole lontano circa 30 gradi et fa suo corso in 24 hore, et é di tanta bellezza che non mi pare ad alcuno segno celeste doverla comparare, como nella forma qui di sotto appare.» Andrea Corsali presenta un dibujo exacto de la Cruz del Sud.*

Otro viajero italiano, florentino, vió y dibujó la Cruz del Sud en Cochin, el 1 de enero de 1519. Sus palabras son las siguientes: «Di poi incominciammo a vedere segnali dell'altra Ursa, anzi il Carro detto Antartico, ció una croce di stelle, la figure delle quale in questo sará disegnata, che veramente danno tanto conforto alla vista che nessuno viene che non rinfranchi l'animo, parendo miglior hemisperio che il nostro, come certamente si fa, talmente che io sono di ferma opinione che Dante, dove, nel primo canto del Purgatorio dice che vide quattro stel-

le dell'altro Polo, volessi dire queste, le quali prima ci si mostrarono, che sono due delle croce et dua che stanno sopra detta croce, come qui da pié saranno figurate, ancora che altre stelle sieno vicine, sono tanto piccole che cuasi non si veggono o rade volte, le quattro che prima iscoprimo sono le contrasegnate.»

Pietro di Dino, viajero en Cochin, no olvidaba la palabra de Dante. La influencia del más grande poeta italiano hacía que los viajeros italianos, en todo el mundo, escrutaran el cielo y admiraran la Cruz del Sud. Es un hecho curioso y notable, a la vez, que tantos italianos hayan hablado de estas cuatro estrellas, desde Dante a Pigafetta. Cuando el caballero Antonio Pigafetta, gentilhombre de Vicencio que acompañó a Elcano en su vuelta al mundo, hubo pasado el estrecho de las Once mil Vírgenes, descubierto por Magallanes, escribió en enero de 1521 que «el polo Antártico no tiene las mismas estrellas que el Artico; se ven allí dos aglomeraciones de estrellitas nebulosas, que semejan nebéculas, a poca distancia una de otra. En medio de estas aglomeraciones de estrellitas se descubren dos muy grandes y muy brillantes, mas cuyo movimiento es poco aparente; las dos indican el polo Antártico.» La Cruz del Sud todavía no había sido descubierta por los compañeros de Magallanes y Elcano. Pigafetta recuerda que la vieron tiempo después: «Estando en alta mar descubrimos al Oeste cinco estrellas muy brillantes, colocadas exactamente en forma de cruz.»

Después de Pigafetta los viajeros y poetas no vuelven a hablar de la Cruz del Sud. Los poetas repiten la imagen de las estrellas nuevas. Pedro Henríquez Ureña, en un trabajo paciente y hermoso, indicó los poetas que se hicieron eco de las imágenes estrellas nuevas *y* nuevo cielo. *Fueron, cronológicamente, Girolamo Fracastoro, en el año 1530, en su Poema* Syphilis sive Morbus gallicus; *Etienne de la Boetie, en su epístola* Ad Belotium et Montanum, *del año 1550; Luis de Camoens, en* Os Lusiadas, *del 1572; Ercilla, en* La Araucana, *del año 1589; Bernardo de Valbuena, en* La grandeza mexicana, *del año 1604, y*

Geraldini, en su Itinerarium ad regiones sub sequinoctiali plaga constitutas, *del año 1631.*

Los viajeros y poetas italianos fueron los primeros en cantar la Cruz del Sud. Los portugueses, los primeros en descubrirla después del viaje de Colón. Unos y otros la dejaron en el cielo, sin soñar que ningún mortal podía hacerla suya. Esta audacia sublime, este acto extraordinario de arrancar al cielo las estrellas —sus más bellas estrellas— y ponerlas en un escudo, como símbolo del triunfo del hombre sobre la tierra, fué hecho por un español.

Sólo un conquistador e historiador español podía, como es natural, atreverse a este rapto inaudito. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo dibujó también él en su Historia del descubrimiento y conquista *las cuatro estrellas cantadas por Dante y escribió, con su hablar rudo y preciso, de poeta conquistador, que el rey se las dió «por mejoramiento de mis armas, para que yo e mis sucesores las pusiésemos juntamente con las nuestras antiguas de Valdés, aviendo respecto a lo que yo he servido en estas partes e Indias e primero en la casa real de Castilla.»*

La Cruz del Sud bajó del cielo por orden del rey de España, para figurar en el escudo del cronista Fernández de Oviedo y Valdés. «Las cuales armas —dice el poeta conquistador— estarán en fin desde tractado, pues es escripto en estas partes, donde tantos trabajos padescen los hombres que veen estas estrellas, e donde yo he gastado lo mejor de mi vida.»

Europa no pierde la esperanza de volver algún día a admirar en su cielo la Cruz del Sud. Fué la precisión de los equinoccios que la llevó en forma insensible, en cientos de años, desde el polo Norte al polo Sud. En 1891 el profesor Messedaglia, en una conferencia tenida en Roma en la Academia dei Lincei, llegó a demostrar, en forma matemática, que las estrellas que se veían en Europa hace muchos siglos se verán otra vez en el futuro. Tal vez cuando ello ocurra, los hombres ya se habrán lanzado a la conquista de las estrellas.

ENRIQUE DE GANDÍA.

Buenos Aires, 1945.

LIBRO PRIMERO

VOCACION

... donde conviene ser santo para ser Hermano de la Compañía...

ANCHIETA.

Capítulo Primero

PATRIA DE ANCHIETA, EDUCACION Y ENTRADA EN LA COMPAÑIA DE JESUS

Nacimiento e infancia de Anchieta. — Sus estudios en Coimbra. — Misticismo. — El patriarca Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. — Prestigio de la Orden. — Ingreso de Anchieta en el Colegio de los Jesuítas.

José de Anchieta nació el 19 de marzo de 1534 (1) en la isla de Tenerife, princesa y perla de las Canarias, la *nivaria insula* de los antiguos. Tuvo su cuna en La Laguna, antigua capital del archipiélago, ciudad bucólica de huertas y de fuentes, verdeando en un llanto ataviado de olmos en flor. Hidalgo, y dama de limpio linaje fueron sus padres, el emigrado Juan de Anchieta, español de Guipuzcoa, y Mencia Díaz de Clarijo y Llarena, dulce beldad indígena.

Su vida transcurrió plácidamente en San Cristóbal de La Laguna hasta los catorce años, quizá poco menos (2), a la sombra de los palmerales, los datileros y los pinares, entre cerros volcánicos y ondas azules. Niño aún, escalando el pico insular de Teide, como tantos otros, ¿vió, acaso, alguna vez, en siete colores, la proyección de su imagen en la fluidez cambiante de las nubes que refractan la luz solar, condensadas en la base de la montaña? (3). No lo sabemos. Lo cierto es, sin embargo, que aquella infancia que se espejaba ya en los cielos, amaneciendo como inteligencia y floreciendo como bondad, hacía el deleite de los padres y el encanto de los maestros.

Atormentada por el fuego, la naturaleza de las Canarias exhibía brutales vestigios de conflagraciones o desmoronamientos geológicos; la ignición extinguida de las masas disformes, el tumultuoso rodar de los peñascos, la desolación de los barrancos... Aquí y allá, cráteres mudos y fríos, inmensa-

mente abiertos bajo la nieve de los picachos en el mar muerto de las lavas, surgían aún reminiscencias de vorágines tronantes y mareas incandescentes. Pero la violencia de la erupción se había desvanecido en la dulzura del clima. Cerros y valles abrigaban toda una flora deliciosa bajo el laurel y el mirto, con sus viñedos, sus sembrados, sus naranjales, sus pequeños y apanojados cañaverales o vistosos grupos de palmeras. La niñez de Anchieta jugaba, brillaba al modo de la luz en los vergeles, por las escarpas, en aquel contraste del mundo plutónico y del mundo paradisíaco, entre las doradillas amarillentas y los dragos sanguíneos de las *islas afortunadas,* tierras amables como novias para el deseo de los antiguos. Taladrando los espacios, el enhiesto y nuboso pico de Teide simbolizaba el Atlas de Homero, en la *Odisea,* o de Hesiodo en la *Teogonía* (4). Y junto a la mole legendaria crecía otra fuerza espiritual, el futuro apóstol del Brasil, atlante predestinado a sostener el nuevo templo cristiano.

En el hogar del piadoso caballero Juan de Anchieta se multiplicaba la prole. Tercero de sus diez hijos, sólo José no se destinaba a la carrera de las armas, consagrada por el blasón de la familia. A su alrededor, entusiasmando a los hermanos belicosos, estallaban *longas* de plata, flameaban pendones de seda en la humareda de combates irreales, en el simulacro de los juegos infantiles. Sin embargo, José prefería el fecundante silencio de los libros, la música interior de las ideas, al estrépito de las armas.

A veces, oyendo en las veladas domésticas la narración de la conquista española de Tenerife, ultimada recién en 1497 a hierro y fuego, con el bautismo de los reyes autóctonos, el exterminio o el cautiverio de los *guanches,* sentía que las lágrimas de ternura y de piedad le humedecían el azul de los ojos inocentes. Porque los mayores recordaban todavía aquellos pastores bereberes de la tierra natal, desnudos al sol entre las rocas desnudas, cuando no vestían una haldilla de fibras o un sayo de piel de cabra. Hombres y mujeres, pintándose de verde, rojo y amarillo, según el estado de ánimo, daban a las propias afecciones los matices de una voz cromática, modulaban en los colores la elocuencia de los propios

sentimientos. Eran fuertes y ágiles, bravos y buenos, y amaban por encima de todo la libertad. Adoraban los colores, los cantos, las flores, y en su paganismo, sin fiereza, a los genios de las montañas umbrías, de los manantiales burbujeantes, de los arreboles instantáneos. Nada, sin embargo, restaba de aquellos zagales morenos en cuyos ojos negros ardía la pastoral ingenua y heroica de la edad insular de piedra. Nada sobrevivía de sus costumbres, de su lenguaje: sólo algún rasgo maternal, indeleble, en el semblante de la prole mestiza (5). Muertos bárbaramente a manos de piratas y conquistadores, vendidos como negros en Sevilla y en Cádiz, sucumbiendo a la modorra letárgica, peste de las Canarias, o a la propia amargura de vivir, por el suicidio, acabaron sin el amor y la plegaria de un santo que los redimiese. ¿No habría en el mundo —se preguntaba acaso José a sí mismo— otros *guanches* esclavos o enfermos, a quienes él, vibrante de humanidad fraternal, pudiese librar del yugo o de la muerte, cuando fuese hombre?

Seducidos por la fama universitaria de Coimbra, los padres decidieron enviarlo a Portugal, acompañado de un hermano mayor. En 1547, o 1548, dejó la tierra natal y allá fué a estudiar llevando principios de gramática y de latín. Con su privilegiada memoria y su fácil entendimiento, no tardó en sobresalir en prosa y en verso, tanto en los trabajos de la primera clase como, más tarde, en las aulas de filosofía y dialéctica. Si no le enorgullecían estos triunfos por un lado, por otro no causaba envidia a sus condiscípulos. Todos lo estimaban. Encantaba tanto su adolescencia vagando entre los chopos del Mondego, era tan acariciadora su palabra, como el canto de los ruiseñores de aquellos lugares, que le pusieron el apodo de «canario», no sólo por su origen, sino también por su gorjeo (6).

* * *

Con la pubertad inquieta no tardaría en llegar la gran hora mística de Anchieta. Devotamente, a medida que brotaban en la metamorfosis humana otros gérmenes, bajo otras

llamas, su espíritu trataba de libertarse del tiempo ilusorio y de la tierra condenada, en un desencanto sin rebeldías. El anhelo de la eternidad le consumía su propia vida. Predestinado a cosas superiores, reprimió sus deseos, común en los demás, de un mundo versicolor y efímero de los sentidos, de la polvareda entontecedora de las formas transitorias, del deleite y del engaño de las vanidades. La fascinación del mundo interior subyugábale el alma, que aún no había sido iniciada y ya renunciaba al contacto del mal con la videncia melancólica de un ángel proscripto en la selva dantesca.

A veces, rozando la oscura e incierta frontera de esos mundos tan diferentes, le acometían tentaciones. Era la de la carne, reveladora afrodisíaca, bajo la espuma de los velos perfumados, en la embriaguez de todas sus promesas, en el ardor de todos sus misterios; la del oro, magnífica señora de galeones y castillos, pompas orientales en el hogar de la cristiandad imperando sobre la avidez de los hombres; la de la ciencia, vieja bruja descifradora de enigmas y de leyes, más arrogante en su torre que Salomón en su trono; la del poder, cuyos ojos abrasados por el insomnio brillaban como vestes de púrpura, entre fanfarras y banderas.

Pero su alma no se abandonaba al prestigio de esas formas enmarañadoras. Protegida por la fe contra la insidia o la voluptuosidad de las tentaciones, empezaba a descubrir bajo apariencias humanas la realidad anticristiana de los siete pecados capitales: en la carne insatisfecha la lujuria, la gula y la pereza; en el demonio del oro, la repugnante avaricia; en las ostentaciones del poder y en los antagonismos de la ciencia, el orgullo, la ira y la envidia. Toda la gloria y todo el goce de la vida eran pecado y muerte. Bienaventurados los castos, los pobres, los simples... Ansiosamente su espíritu se cernía en la suprema visión católica de la eternidad: abajo el infierno, rabiando y rugiendo, tremenda vorágine de abominaciones; en las soledades astrales el purgatorio, vibrante lugar de gemidos y de lágrimas; arriba, el resplandor de los santos, de las vírgenes, de los profetas y de los arcángeles, el paraíso desde el cual se inclinaba hacia él la *Regina Coeli* de las letanías, sonriendo y bendiciendo.

Tocado por esa luz eterna, veía el adolescente en el contorno de Eva pecadora, la ilusión escultural, que a los ojos aún maravillados por su encanto se deforma o se descompone. Vedó los sentidos al paso, al perfume de la mujer. Detestó los amores impregnados en la tierra como plantas venenosas. La hiperdulía, culto de María, fué su grande y puro amor, con éxtasis, preces, indecibles arrebatos a los pies de la Señora, erguida en un altar de la Catedral de Coimbra. Un día le hizo fervorosamente el voto de perpetua castidad (7).

* * *

Hogueras de aldeas, canciones lugareñas, diversiones de estudiantes, serenatas a la luz de la luna, nada lo atraía ya. Poblábale la imaginación, despóticamente, la figura de aquel hidalgo español de Guipúcoa, Ignacio de Loyola, que abandonó su espada y su dama, en plena mocedad, por el culto de Nuestra Señora y más tarde por la Orden de la Compañía de Jesús.

Bajo la impresión de aquella existencia hecha de aventura y de gloria veía a Ignacio de Loyola, niño aún, apuesto paje del rey Fernando el Católico, en la corte de Aragón. Lo veía después, gallardo caballero, devoto de San Pedro, en la turbulencia del carnaval de Guipúzcoa, en el heroísmo de las luchas ruidosas, abrasado el corazón por el deseo de la bella Germana de Foix. Lo veía, en fin, resistiendo al asalto francés, cayendo entre los muros deshechos de la ciudadela de Pamplona, cubierto de sangre y de polvo.

Entablillada la pierna derecha, tres veces fracturada, otras tantas recompuesta, la cirugía condenaba al valiente al reposo. Largas semanas, torvos meses de inercia y de dolor retuvieron a Loyola en el castillo de Azpeitía. Agotadas las quimeras, las reminiscencias, le quedaban tan sólo dos compañeros silenciosos, dos libros, para vencer en aquella inmovilidad la monotonía de las horas interminables: una leyenda española de santos y una *Vida de Cristo* del hermano cartujo Ludolfo el sajón. A través de la lectura, poco a poco, ocurriósele la idea de ser un gran santo, como Francisco de Asís o Domingo de

Guzmán. Cierta noche apareciósele la Virgen llevando en los brazos al Niño Jesús. Era un llamado del cielo. El héroe de Pamplona, claudicante, inválido para el oficio de las armas, resolvió hacerse religioso.

Apenas convalesciente mandó enalbardar su mulo y partió, encerrando en el corazón aquel alto deseo de santidad, experimentado ya por angustias y disciplinas mortificantes. En un alborozo matinal, entre aromas y colores, la primavera, besada por el sol, enfloraba los caminos. Y el único episodio, en la jornada primaveral, fué el encuentro del moro que venía blasfemando contra la pureza de Nuestra Señora. Loyola llegó a pensar en un desafío al impío, en un recio combate bajo los olivares. Pero prefirió, abandonando las riendas, que el propio mulo escogiese el camino de la guerra o de la paz, y la bestia lo condujo prudentemente a la puerta del santuario de Montserrat, en Barcelona.

Libre de sus pecados, Loyola depuso en el altar de Nuestra Señora la espada y la daga, vistió el hábito de peregrino e hizo una vigilia de armas al modo medioeval. Caballero de la Virgen, quería partir para Tierra Santa, con el fin de catequizar a los musulmanes, pero la peste de Barcelona y la falta de transporte lo retuvieron casi un año en Manresa, en el hospital de Santa Lucía. Allí creciéronle el cabello y las uñas, tornósele fealdad el abandono del cuerpo miserable. Cubierto de andrajos, escarnecido en las calles por la chiquillada jovial, Loyola mendigaba de puerta en puerta, lo mismo que el pobrecito de Asís. Enflaquecía con el cilicio y la penitencia. Se levantaba a medianoche como un espectro, para desgranar las cuentas de su rosario. Cada día se imponía deberes más arduos: tres visitas a la iglesia, siete horas de preces. En el campo de los espejismos de su éxtasis, la alucinación visual creada por el ayuno, por la idea fija, por la tensión constante de los nervios, le hacían entrever a Jesús en un disco de oro celestial, al Espíritu Santo en forma de llamas, o a la Trinidad semejante a una esfera ígnea. Divisaba a Dios y a la Virgen, claridades supremas. A veces en medio de las sombras veía una prodigiosa multiplicación de ojos encendidos y perversos, que eran los ojos de Satanás. Contemplando el espumoso to-

rrente del Cardoner, al pie de una cruz, sintió que su razón, extrañamente iluminada, descifraba los enigmas de la ciencia y de la fe. Pero recayó inmediatamente, olvidándolo todo, en la órbita crepuscular de la inteligencia humana.

Finalmente, al cabo de penosos trabajos había llegado a Tierra Santa, de donde fué despedido casi con rudeza por el buen provincial de los franciscanos, que temía las persecuciones a otros misioneros en aquel país de turcos. Nuevas tormentas, nuevos peligros tuvo que afrontar Ignacio de Loyola en su regreso a Barcelona, transponiendo mares encrespados, tremendas líneas de fuego españolas y francesas. A los treinta y cuatro años de edad, más que nunca resuelto, deseando, por bien de los hombres, el sacerdocio, comenzó con ahinco a estudiar teología en las aulas de Barcelona, Alcalá y Salamanca.

Apenas había terminado un bienio escolar, cuando sus tentativas de cofradía y sus prédicas deslumbradoras entre las mujeres suscitaron sospechas de la Inquisición. Encarcelado al principio como herético, perseguido con interdicciones a la obra de los conventículos donde el ascetismo deliraba, Loyola tuvo que partir para Francia. Allí reanudó sin desalientos los estudios que llenarían aún un septenio laborioso en la gran universidad católica de París, y su ideal a través de la teología era siempre la catequesis de los mahometanos, otra invasión apostólica a Tierra Santa. Fué públicamente azotado, en el Colegio Montaigu, como seductor de jóvenes. ¿Qué le importaban los azotes al espíritu flagelador de la propia carne?

En 1534, en la capilla subterránea de Nôtre Dame de Montmartre, con algunos condiscípulos, Ignacio de Loyola fundaba una asociación católica de estudiantes, que sería, en 1540, confirmada por la bula de Pablo III: *Regimini militantis Ecclesiæ.* La Compañía de Jesús (8).

Quebrando la unidad eclesiástica de Roma, el siglo XVI pluraliza en variantes doctrinarias la idea reformadora esbozada como tendencia desde el siglo XV en los concilios de Constanza y de Basilea; precipita los antagonismos y las disociaciones latentes en el seno tumultuoso de la Iglesia; solivianta en conflictos religiosos el alma occidental, exploradora

de nuevos mares, coflagradora de viejos mundos. El genio rebelde, creador de cultos independientes, sectas indomables, vuelve a llamarse legión, evocado por Lutero y Calvino, Zwinglio y Farel. Pero la reacción del catolicismo, vetusta monarquía espiritual, hace surgir de inmensas ruinas un ejército —la Orden de los Jesuítas— al llamado de la gran alma estratega e imperialista de Ignacio de Loyola, cuyas proporciones y cuyos trabajos fijaría la Iglesia, matemáticamente, en la síntesis de una estatua colosal teniendo a los pies el monstruo de la herejía.

* * *

El adolescente José de Anchieta, como todas las vocaciones religiosas de su medio y de su época, recordaba ciertamente en Coimbra el iluminismo de aquella vida gloriosa, la energía de aquel corazón todavía palpitante en el seno marmóreo de la Iglesia. Tal el creador de la nueva Orden. Y la maravillosa fundación que había comenzado tan sólo con el saboyano Pierre Faber, los españoles Francisco Javier, Láinez, Alfonso Salmerón, Nicolás Bobadilla y el portugués Simón Rodrigues de Azevedo, en 1551 contaba ya con establecimientos y provincias. Humildemente, imitando a los teatinos, sacerdotes de caridad infatigable, los jesuítas se habían atraído el amor y la veneración de las ciudades italianas. Instruyendo a los niños, confesando a los adultos, reconquistaban para Jesús las multitudes que el Anticristo había alejado de los templos. Su prestigio conciliaba las disensiones en el seno de los hogares; su piedad levantaba orfanatos y asilos. Durante las pestes y el hambre eran ellos las providencias de las turbas miserables. Donde la orden episcopal o monástica perdía su vigor no se deseaba la presencia de otros reformadores. Ya en Roma, Gandia, Messina, Palermo, Tívoli, Ingolstadt, Venecia y Coimbra, al llamado del Vaticano o de los príncipes, tomaba cuerpo el profesorado jesuítico en universidades, gimnasios y colegios. Emisarios del Papa, los más ilustres, influían ya en los concilios o desempeñaban misiones secretas. No tardaría en llegar el día en que la Orden fuese el más numeroso ejército de Jesús

en el mundo civilizado y en el mundo salvaje, convirtiendo a los infieles, reprimiendo a los heréticos, sosteniendo a la Iglesia Romana, *ad majorem Dei gloriam* (para mayor gloria de Dios).

A ese toque de diana cristiana, que le llegó hasta el alma, el 1º de mayo de 1551, mes de María y mes de las rosas, José de Anchieta se alistó devotamente en el Colegio de los Jesuítas de Coimbra, bajo el nuevo estandarte de la Cruz. Tenía diecisiete años de edad (9). Y como en la mañana gorjeante en que Ignacio de Loyola había abandonado su castillo, la primavera besada por el sol florecía de nuevo en los caminos...



Capítulo II

POR PRESCRIPCION MEDICA ANCHIETA ES ENVIADO AL BRASIL

El novicio. — Primeros ejercicios espirituales. — Misterio de la Eucaristía. — Devoción y enfermedad. — Consejo del padre Simón Rodrigues. — Partida para el Brasil en la misión de 1553.

El adolescente de ojos azules y de alma lírica no era ya el estudiante canario, predestinado y bienquisto. Era el novicio José, que a todo había renunciado por la reclusión y la devoción del Colegio de Coimbra.

No poseía nada más ni nada más deseaba. Echando al olvido el nombre de la familia, el blasón de los antepasados (10), se creía el último de los siervos de Jesús. Pensando en su miseria, no se atrevía a compararse al polvo levantado por las sandalias de sus hermanos. Prefería con humildad las tareas silenciosas, oscuras y despreciadas. Ansiosamente se arrastraba hacia la cruz, hacia el dolor, hacia la muerte. Llegaba a la plenitud evangélica desde el primer momento con el aniquilamiento del propio yo, pero orando en el silencio y la soledad, había conocido los divinos efectos de la Gracia. Uno a uno, cursó inicialmente, en cuatro semanas de noviciado, los tremendos aspectos llameantes de los *Ejercicios Espirituales* de Loyola, que venían a encadenar sus sentidos al poder de la imaginación exaltada. En la estrechez de una celda, *viendo* la profundidad y la incandescencia del báratro, *oyendo* el tropel de los demonios y el clamor de los réprobos que se retorcían en los borbollones de las corrientes de fuego, *aspirando* ante el infierno el olor trastornante del azufre, del tabaco, de la brea, del icor, *palpando* llamaradas, *sorbiendo* la sal de las lágrimas irrefrenables, había, por fin, atravesado la gehenna, con la serenidad melodiosa de Orfeo. Tenía en las manos una lira invisible, cuyos sones aplacaban las furias. Y armoniosamente había subido a otros planos de los *Ejercicios Espirituales*, bre-

viario alucinante, hoja a hoja, sentido a sentido, hasta *ver* en un halo de plenilunio a la Sagrada Familia, *oír* en las alturas el verbo de la Santísima Trinidad o en un huerto nazareno el diálogo vespertino de María y del Angel, *aspirar* el perfume, *gustar* la presencia del Señor, *palpar* la veste y el rastro de las figuras celestiales.

De ese modo se sentía conducido hacia Dios a través de suplicios y de éxtasis, fulguraciones y abismos, vértigos y tinieblas... Su exaltación religiosa trasponía la humanidad, alcanzaba lo suprasensible en su temperamento poético. David modulando salmos, Jesús recitando parábolas, habían dado a la poesía y a la fe una coesencia inmutable, magnético efluvio de los orígenes cristianos. Para la creencia y para el culto, el nuevo discípulo venía ahora con esa llama interior y perenne, la mayor entre las luces consagradas del templo. Parecía como que se reencendiese en lo más íntimo de su ser, transubstanciada místicamente, la naturaleza volcánica del suelo natal, del mismo modo, trepidante y florida. Florecíanle las preces como lirios, afluíanle los sueños como las lavas del Tenerife. Se realizaba una vez más la síntesis espiritual de la tierra y del hombre.

La belleza humana había desaparecido a los ojos del novicio, amortajada como el lucero del alba en la alborada de otra existencia cuyo brillo finalizara a los diecisiete años. Sólo la belleza eterna le arrebataba el espíritu, sólo el amor divino le llenaba el corazón, amor suave, fuerte, pleno, «que nace de Dios y en Dios descansa», de acuerdo a la idea claustral de la Edad Media.

Transfigurado por la meditación, absorto en la penitencia que lo dejaba macilento y exangüe, José de Anchieta veía ese amor como supieron verlo los más fervorosos santos de la Iglesia. De él podía decirse extáticamente con la inspiración monástica de otras épocas: alivia todas las cargas, aclara todas las sombras, endulza el acíbar de todas las privaciones, perfecciona al hombre. Unico amor que se desprende de las cosas materiales, que se desata de los afectos terrenales, que sube por la luz hacia la fuente universal. Es libre, rápido, alegre, triunfador coronado por la gloria del firmamento, y su prodigalidad,

reabsorbiendo todo cuanto da, retorna a la substancia creadora. Sobreponiéndose a la naturaleza, le funde las armonías más puras en un deseo infinito, conjúgase a Dios para decir en la excelsa Unidad, como se dice en la *Imitación de Cristo: «Estáis* todo en mí y *estoy* todo en Vos.» Pero nada le comunicaba el sentimiento de esa unión como el prodigio de la Eucaristía. Cada vez que el sacerdote consagraba las especies, a los ojos del neófito, Jesucristo se corporizaba gloriosamente para sustentar la fragilidad humana. Bajo la misma impresión delirante de los *Ejercicios Espirituales* de Loyola, y demasiado joven aún para explicar la trascendencia de ese misterio con las razones aventuradas por el Doctor Angélico, dándose entero al enigma carnal de la hostia, al milagro del vino hecho sangre, José no disociaba tal vez de las realidades inmediatas la teofagia simbólica. Es hasta posible que al comulgar sintiese la divinidad circulándole en las venas, latiéndole en el corazón, brillándole en el propio azul de los ojos extasiados.

Acólito hipnotizado por el dogma de la presencia real, el novicio ayudaba por lo menos a ocho misas diarias, y el holocausto de la Cena torturábale el cuerpo débil. Oraciones, ayunos, cilicios, fatigas, nada bastaba a su piedad, consumida en un deseo violento de sacrificio.

No tardó en enfermar. La comba de la espina dorsal, por las genuflexiones ante el sagrario, le había producido una escoliosis, aun cuando algunos sostienen que le había caído pesadamente una escalera sobre la columna vertebral. Enérgico y sufridor, José no interrumpió sus devociones ni sus trabajos. Cuanto más padecía, más se ceñía a los riñones el hábito de novicio, hasta que la enfermedad, aumentando, le nubló el espíritu y el semblante. Dolorido, deformado ya en la línea anatómica de los hombros, del torso, por la mortificante enfermedad, temía que lo despidiesen, por inútil, de la Compañía jesuítica. Esperanzas de sacerdocio, ideas de apostolado, sueños de martirios entre infieles, todo se había desvanecido bajo el mal continuo y avasallador. Tantas lágrimas, vertidas en la penumbra de la celda, ¿no le habían curtido el rostro angelical?

El padre Simón Rodrigues, provincial de la Orden, flemá-

tico y experimentado compañero del gran Ignacio de Loyola, adivinaba aquella tragedia interior. Cierto día en que el novicio bajaba los ojos a su paso, pegado a los muros del claustro, le dijo con ternura:

—José, hijo mío, dejad ese cuidado con que andáis, porque Dios no os quiere con más salud.

Comprendió Anchieta la intención religiosa del buen provincial: en la obediencia perfecta a la voluntad de Dios reside toda la paz. Volvióle al corazón la paz beatífica de los elegidos. ¿No andaba acaso con su deformidad, apoyado en un bastón, para la gloria canónica de los altares, el fundador sublime de la Orden? Desvaneciósele el pesar, como niebla desgarrada por el sol naciente. Sin embargo, el mal, insidioso, ahondaba raíces en la debilidad y en la transparencia de aquel cuerpo.

En 1549 Manuel de Nóbrega había partido del Reino hacia el tenebroso ignoto de las selvas de Santa Cruz, en la comitiva del primer gobernador general Tomé de Souza, llevando consigo a los padres Leonardo Núñez, Aspilcueta Navarro, Antonio Pires y a dos hermanos, Diego Jacome y Vicente Rodrigues. En 1550, a iniciativa del padre Miguel Torres, visitador de la Provincia de Portugal, vino una segunda misión, la de los padres Alfonso Braz, Salvador Rodrigues, Manuel de Paiva y Francisco Pires. Tres años más tarde, desde Lisboa pidieron otro aporte de la Orden para el Brasil, y el provincial, aconsejado por los médicos, decidió que el hermano José de Anchieta acompañase a los misioneros incorporados al séquito del nuevo gobernador, Duarte da Costa, armero mayor del reino. Aquella tierra salvaje de copiosa selva, buenos aires, dulces aguas corrientes, rejuvenecerían, sin duda, la planta delicada y enferma que los jesuítas veían desmedrar, pálidamente, en el invernáculo de Coimbra.

El 8 de mayo de 1553, conduciendo al nuevo gobernador y a las doscientas cincuenta personas de la comitiva, zarpaba del Tejo la flotilla compuesta de tres carabelas y una *nao*. Venían a bordo los padres jesuítas Luis de Gram, Superior, Braz Lorenzo, Ambrosio Pires y cuatro hermanos de la Compañía: Gregorio Serrao, Antonio Blásquez, Juan Gonçalves y José de Anchieta (11).

En ese viaje, seguro y plácido, el hermano José aceptaba con humildad, y hasta con alegría, los menesteres de cocinero. Piadosamente, en el intervalo de sus ocupaciones, atraía grupos de marineros al catecismo. Consolador de almas oscuras, en dos meses de travesía y caridad, sembraba el Evangelio sobre las olas.

A la caricia del océano, como si el espíritu de Dios errase aún sobre las aguas, rejuveneciéndolo y purificándolo, en el mes de María un nuevo vigor floreció en su organismo. Retornóle la salud alegre al contacto del mar fragoroso que le rodeara la cuna y le meciera el sueño tranquilo de su infancia. Y habiendo pasado más allá de las islas africanas, al atravesar el Ecuador de los navegantes, cierta noche vió otro firmamento resplandeciente en la magia de las constelaciones, otro cielo. Quedó absorto al contemplar fulgurar entre los soles, hecho de cinco estrellas incomparables, y sobre el polo austral, el signo de su fe, la Cruz del Sur, descubierta por los lusitanos cuando (12) surcaron esos mares en busca de tierras occidentales. Porque allí enmudecía la Bocina Polar, trompeta sideral de los navegantes, cesaba el Imperio de la Estrella Boreal. Sobre el camino de otro hemisferio brillaba otra guía, que era en las inmensidades nebulosas el Cisne, en vez de la Osa Menor. Los pilotos señalaban las horas por la Cruz, radiante de estrellas, y medían por ella las alturas insondables.

El novicio José comprendió que allí estaba el imperio polar de su destino. Se arrodilló, y bendijo la gloria de Dios entre las olas del Mar Tenebroso.

Capítulo III

BREVE RESEÑA DEL TEATRO DE SU APOSTOLADO

Desembarco de Anchieta en Bahía. — Indumentaria de los tupinambás. — Esbozo de un tipo salvaje. — Animismo y canibalismo. — Barbarie colonial. — Tomé de Souza. — Unión de la Iglesia y el Estado.

El 13 de julio de 1553 las carabelas de Duarte da Costa, impelidas suavemente, fondeaban en plena Bahía de Todos los Santos. Habían llegado los nautas a la región brasileña de las palmeras agrestes —Pindorama (*)—, el formidable reino de los antropófagos. El lago-mar, translúcido, móvil, sembrado de conchas y guijarros, agitándose al sol por veinte leguas, debe de haber deslumbrado el alma poética de Anchieta. A la izquierda, verdeante y frondosa en la espesura de los bosques, Itaparica defiende y proteje la ensenada. Por faldas y escalones, a la derecha, se arquea el anfiteatro de colinas, donde apenas blanqueaba la ciudad, desentrañada poco a poco del seno de la selva que hundía en la tierra roja, ceñida por el mar rugiente, sus millones de raíces. Al fondo, se esfuman los montes como nubes quietas, inmóviles, azulean los picachos pedregosos, sobre los cuales se desdoblan o se desgarran velos tejidos de niebla orlada de oro, deshechos en lluvia. Y más allá, todo el *reconcavo* (**) desata en florones la magia de aquellos parajes con su numeroso archipiélago, la blancura de las playas

---

(*) *Pindorama:* el tupí-guaraní, *pindó* (palmera) y *rama,* contracción de *retama* (región, país). País de las palmeras. Nombre que en el decir del general Couto de Magalhaes, la nación tupí-guaraní que habitaba toda la costa del Amazonas al Plata, daba al litoral brasileño. — *N. del T.*

(**) *Reconcavo:* hoya correspondiente a una bahía y las partes bajas de los cursos de agua que en ella desembocan, o bien de un río caudaloso. En especial la hoya cubierta de fértil suelo de aluvión. Por antonomasia, en el Brasil, la hoya correspondiente a la Bahía de Todos los Santos, que mide unas ocho leguas de largo por seis de ancho. Comprende este *reconcavo* 18 municipios o partidos administrativos del Estado con sus correspondientes ciudades, dominando en ella la hermosa y feraz isla de Itaparica. Su suelo está formado por el célebre *massapé,* tierra compacta, fertilísima, apta como ninguna para el cultivo de la caña de azúcar, el tabaco y el café. — *N. del T.*

lejanas, el entrelazamiento de los *manglares* cubiertos de ostras, la diáfana pureza de los aires, la fluidez murmuradora de las aguas correntosas.

Fascinado por la inmensidad de la tierra virgen y deslumbrante, el hermano Anchieta apenas entreveía la minúscula y devota ciudad que cuatro años atrás Tomé de Souza había levantado sobre la cresta de un cerro, dándole como blasón el ave de la paz, un símbolo sobre una leyenda: *sic illa ad arcam reversa est.* Sobre la muralla de adobe, construída por el fundador, dos torres miraban hacia el mar y cuatro hacia la tierra, como vigilantes centinelas armados. En el caserío diseminado entre sembrados y matorrales, al borde de la selva milenaria, sobre los valles poblados aún de tolderías, eran manchas humildes la capilla matriz de la Ajuda, la casa de los gobernadores y el Colegio de los jesuítas.

El hermano Anchieta desembarcó con el séquito del nuevo gobernador, que fué saludado por tropas rígidamente alineadas y el estrépito de morteros y falconetes tonantes. Con sus compañeros trepó lentamente la ladera tortuosa y extensa que iba de la playa a la ciudad. En la luminosidad ofuscadora de los aires tropicales flameaba el pendón glorioso de Portugal y repicaban las campanas de la Ajuda, inquietas y festivas. A las voces de trompetas y chirimías, se mezclaba el coro de los instrumentos salvajes: la *inubia*, el *toré* y la maraca (*). El gentío, en tumultuoso tropel, blandiendo armas primitivas, haciendo muecas y requiebros, semidesnudo y lampiño, vistosamente pintado, acudía al desembarque profiriendo alaridos, bajo el plumaje rutilante del manto y del collar. Era el Nuevo Mundo, engalanado para la visita de Orfeo.

Lejos de los demás, ya en el terraplén de la cuesta, Anchieta pudo contemplar, pensativo, como lo había hecho en 1549 Manuel de Nóbrega, la inmensidad acuática y el hormiguero indígena de la Bahía. Islotes, caletas, restingas, peñascos, manglares al ras de las aguas irisadas por el sol, todo res-

---

(*) *Inubia:* cuerno de guerra de los indígenas del Brasil, habiendo algunos tan grandes que llegaban a tener hasta tres cuartos de diámetro. — *Toré:* pífano indígena, de gran sonoridad y hecho generalmente de tacuara o bambú macizo americano, instrumento utilizado en los festines. — *N. del T.*

plandecía. Densamente, por valles y colinas, las innumerables viviendas indígenas salpicaban el horizonte. Millares de almas rudas, yermas de toda luz y de toda fe, aguardaban en la penumbra de las cabañas al evangelista de la buena nueva. Como el Padre Nóbrega, Anchieta sentiría hondo gozo presintiendo la cosecha abundante que ofrecería a Jesús de esa humanidad esclavizada al instinto, sin la menor idea de Dios.

Pero en el Colegio de Bahía los recién llegados sólo encontraron un sacerdote, el padre Salvador Rodrigues, y dos hermanos, Vicente Rodrigues y Domingo Pecorella (ovejita), llamado así por su extremada candidez. Pecorella moriría loco poco después. Hasta el mes de octubre el hermano Anchieta ocupó sus días en esa residencia, como discípulo y maestro. Simultáneamente aprendía el idioma de los indígenas con los propios neófitos, y enseñaba a éstos el alfabeto, el catecismo, la gramática portuguesa, el latín y el castellano.

Pretenden algunos historiadores que hasta compuso en poco tiempo su gramática de la lengua tupí-guaraní, conjetura poco admisible por lo breve de su permanencia en la ciudad de Salvador: menos de tres meses.

* * *

No pudiendo componer el *Arte da Grammatica,* entre junio y octubre de ese año, José de Anchieta tuvo en Bahía la noción primordial del idioma, de los tipos y usos aborígenes. Como otro Orfeo respira un ambiente de ferocidad, entre los alaridos de los caníbales de las playas y de las selvas. Esa voz salvaje, guerrera y devoradora, impetuosa y sensual, habrá sido una revelación para el alma del novicio, entre cajuiles frondosos de algo semejante al índice de nuestra prehistoria.

Frente a él estaba el tupinambá, salvaje de Bahía (13), feliz en las sombras del laberinto de su flora; en los eslabones del cautiverio de su fauna agreste. Una lasca de sílex, negreando y reluciendo con aspereza cortante, le dió el hacha, y el bambú, el arco lanza flecha, era el hermano robusto y secular de aquélla, la gran arma victoriosa. El trueno era su pavor: Tupan...

Caníbal de la era neolítica, en pleno delirio cromático, en

un país de fuego y de sangre, el indio llevaba el sexo apenas velado por el taparrabo, plumas amarillas pegadas a la coronilla, manillas de otras polícromas en las muñecas y en los tobillos, collares de conchillas al cuello, barbotes de hueso, de ámbar o de cuarzo en el belfo, pendientes en las orejas, adornos de barro cocido incrustados en la cara. Bajo las rodillas, como franjas, se colgaban los *tapacurás* rojizos, y por todo el cuerpo depilado, sinuosamente, ondeaban dibujos negros o rojos, hechos con tinta de genipapo o de urucú. Otras veces, bajo el plumaje de los penachos, ajustaba a las caderas un ruedo de plumas grises, largas plumas de ñandú, cimbreantes. Adornado y coloreado, vagaba por breñas, aldeas, ríos, en la mano izquierda el arco, abatidor de fieras; en la derecha la maraca, evocador de muertos sepultados en urnas con sus instrumentos de trabajo. Tintineábanle además cascabeles al andar, recordándole sus proezas en el canto. Los más belicosos exhibían la cachiporra de los sacrificios pendiente del cuello, o interminables collares de tres mil dientes, los dientes de los enemigos devorados, jaguares u hombres...

Absurdo y locuaz, impulsivo y rencoroso, vivía el salvaje, ora nadando como los peces en el abismo, ora girando como los pájaros sobre rocas y gargantas, ora luchando como los yaguaretés en el desierto. Como nómade, corre; como hombre-marino, flota; como hombre-felino, desgarra. Da libertad a todos sus apetitos, todas las cosas son comunes en el régimen de la tribu. El caníbal tiene la piel dura del tapir, el disimulo del tatú rastrero en el subsuelo o de la víbora verde enroscada entre las hojas, el grito del pájaro-herrero y el salto del mono. Instintivamente olfatea a la distancia el olor de la caza, del fuego, de la miel. Y su hambre no espera, su odio no perdona.

¿Quién habrá sido el maestro de su perdido origen? Sumé, el extranjero legendario de inmensas barbas, le había enseñado a plantar y cosechar mandioca en los sembrados; la naturaleza le enseñó lo demás: flechar al venado, al agutí, a la pava del monte y al pez, colorear los brazos y el dorso, exprimir el zumo embriagador de las frutas para la fermentación y sus borracheras. Violento néctar del guerrero, el *cauín* borbotaba. Cocida o asada en las cazuelas de las brujas, humeaba la carne

humana, su manjar de héroe. En plena plaza, blanqueante de huesos, a la hora en que la sed de sangre animaba la fiesta, bajo la luz de la luna, danzando, bebiendo y rugiendo en derredor del prisionero atado a la *mussurana* (*), el antropófago recordaba, en el batir de los pies, el aleteo de las alas de un águila real sobre un despojo inerte.

Labrador y artífice, plantó alrededor de la toldería la mandioca, el maíz y el algodón, armó el techo con ramas de palmera en el centro de las palizadas, construyó instrumentos y utensilios de sílex, hueso y barro, excavó en el tronco de timbós y *pequetibás* la canoa esbelta. Sus dedos eran hábiles en el modelado de los vasos o en el tatuaje de las hembras. Cazando, imitaba cerca de la cueva el gruñir o bufar de las alimañas y entre el ramaje el vocerío de las aves. Navegando, lanzaba el reclamo misterioso de la *inubia* a los vientos ocultos y dispersos...

El deseo de las indígenas, abrasador como el pelo de la *tataurana* urticante (**), quemábale la sangre bravía, y la curiosidad infantil de la tierra apenas violada por el hombre ya le había llevado a denominar plantas y animales, lagos y montes. De un poder sobrenatural, sin embargo, no tendría él sino una idea confusa, expresada por un bisílabo: Tupán, el que amenaza, el que retumba, el que fulmina. Poco a poco, del sueño y del miedo había brotado ya un animismo burlesco, informe y vago. La brujería de los *pagés* (***) dominaba la

(*) *Mussurana:* instrumento de inmolación ritual de prisioneros que debían ser devorados en los festines antropofágicos. Estaba compuesto de un palo, rollo o picota, colocado en medio de la *ocara* (plaza) de la *taba* (aldea indígena), y se completaba con los bejucos (*mussurana*) que inmovilizaban allí al cautivo en el momento en que el golpe de maza del sacrificador le astillaba el cráneo. — *N. del T.*

(**) *Tataurana:* oruga urticante que los indígenas aplicaban al pene para inflamarlo y volverlo más grueso y eréctil. Sin ser un afrodisíaco en el sentido estricto de la palabra, les proporcionaba resultados, pues entre ellos la proeza erótica era tan ensalzada o más que la guerrera. — *N. del T.*

(***) *Pagé:* vos tupí equivalente al *paí* de los guaraníes y que designaba al brujo y médico de la tribu. Por su supuesta influencia ante los espíritus y los fenómenos naturales, este brujo podía legislar. Indiscutiblemente el gremio poseía vastos conocimientos de herborística medicinal que, como lo observa el historiador Taunay, es lástima que se haya perdido por culpa de la intransigencia religiosa de la época, que veía intervenciones diabólicas en los actos de los cuales muchos eran el producto de un saber empírico. Más particularmente, esta voz designa al que cura, por medicina o brujería, y por eso fué frecuente que se aplicara ese tí-

salvajería locuaz, traduciéndole los sueños ingenuos, prediciéndole las formas del bien y del mal, proporcionándole el jugo de las plantas que envenenan o enloquecen. Contra la virtud mágica del soplo y del gesto de esos brujos tronarían más tarde los anatemas de los jesuítas.

En su animismo elemental, sensible al prestigio de la música y del canto, el indígena poblaba de espíritus y leyendas la selva. Venían de allí los genios del mal, cerniéndose sobre nuestro amanecer: *Jurupari,* monstruo de pesadillas; *Anhangá,* venado blanco de ojos llameantes; *Caaporá,* hirsuto y colosal, montando un jabato espinoso; *Urutagua,* con su grito de lechuza en los tembladerales; *Corupira,* demonio estridente y flagelante de las breñas. Anchieta conoció de inmediato, en Bahía, algunos de esos fantasmas infernales, espanto de la nueva tierra y de la gente feroz. No sabía aún que el antropófago, en su evolución natural, buscaba también divinidades luminosas, al modo del sol, *Cuarajhî,* rayando entre nubes, o de la luna, *Jacî.* Otras imágenes nacían en los aires transparentes y en las aguas burbujeantes: *Perudá,* el amor que pasa en el ventarrón, deshojando los ipés dorados y las *sapucaias* en flor, la *Yara,* desprendiéndose los cabellos ardientes en los riachos donde beben las garzas ariscas. En la curva de las montañas azuladas, vaporosamente, huían guerreros espectrales hacia lo ignoto. Y el indígena repetía leyendas graciosas, leyendas grotescas. Ora hablaba del *Sip-sá,* trayendo como un germen sideral, en el vientre de la calabaza, el fulgor de una estrella, ora del *Jacy-yateré,* velando el sueño de los antros y de las chozas, rengueando, cojeando, con las rodillas abiertas en llagas y el copete color punzó.

Voraz y caprino, bestial en el amor y en el hambre, el tupinambá desafía la muerte con arrogancia inquebrantable. Bajo el remolinear de la cochiporra, que le va a quebrar la cabeza, entre gruñidos y alaridos de antropófagos, estira la cuerda que lo aprisiona, y arremete, pelea, insulta a los vencedores. Su deleite mayor no es la danza o el vino, sino la caza o la lucha.

---

tulo a santos y sacerdotes católicos. Recuérdese el caso de la leyenda del Paí-Zumé, identificado por los jesuítas con Santo Tomás y la toponimia, Paí-Sandú, por ejemplo. — *N. del T.*

En la guerra que estalla de repente sobre las chozas de la tribu, los tupís madrugan aligerados por la certeza de la victoria. Rodeando la toldería enemiga, ululan, bracean, desvarían: al sonar las *inubias,* atruenan los aires incandescentes, con los gritos de batalla, venganza y terror. Llueven las flechas zumbando, caen heridos gritando, una víbora de fuego rastrea entre las palmas secas, desatándose entera en llamaradas.

Vuela y revuela la muerte al silbar de las flechas, pero la gritería de las mujeres y criaturas anima a los combatientes. Se despedaza la estacada, y una onda viene, otra fluye, se chocan las dos, espumosas y sangrientas. El hacha de piedra y la cachiporra brutal hienden las cabezas, el palo-fierro de las lanzas rasga pechos y vientres. ¡Delicia feroz de la carnicería! Sesos, entrañas, sangre chorreando... Lejos repercute el nombre asustador entre los soldados cristianos y los misioneros afligidos: ¡Caníbal!

* * *

En torno a los salvajes, el malaventurado feudalismo de las capitanías dejó en la costa brasileña, entre San Vicente y Pernambuco, catorce o quince poblaciones, en donde más de dos mil conquistadores blancos serían tumultuosamente esparcidos por el litoral, con sus vicios, sus pasiones y sus crímenes. Luchando y sufriendo, aumentaban los grupos de gentío esclavizado a las fatigas de la agricultura y del transporte. Había comenzado, tal vez en 1532, la incorporación del hombre negro a la vida americana. Con el ingreso en el litoral y el encuentro de las razas casi había terminado la función histórica de las capitanías mayores.

Si las variantes extremas de carácter pululaban en las alturas o adyacencias de lo que hay de más escogido, entre los señores y los nobles, la complejidad redoblaba en la peonada blanca y mestiza. Desterrados y contrabandistas, náufragos y desertores iniciaban el cruzamiento del cual brotarían generaciones indomables de *curibocas* y *mamelucos* (*) en

(*) *Curiboca:* mestizo de blanco y de indio en el norte del Brasil. *Mameluco:* mestizo de las mismas razas que el anterior, pero en San Pa-

las aldeas de Juan Ramalho, al sur, y Diego Alvarez Correa *(Caramarú)* al norte (*), dos símbolos erguidos de la poligamia iberoamericana, modelos robustos de esa conjunción desbordante de savia humana que produjo un pueblo más a la faz de la tierra. El seno de la india, fructificando en ese abrazo, tenía la misma fertilidad exhuberante del suelo.

Entre los pobladores más antiguos, circulaban los grandes lenguaraces, intérpretes de la civilización y el salvajismo, mediadores tan preciosos para la conquista *sertanera* como los pilotos de Sagres para la navegación del Mar Tenebroso, recios isleños, montañeses del reino, artesanos o pescadores, tipos rurales de la vida agrícola o pastoril. Abajo, en la fluctuación del propio destino, se confundían los mercaderes, los traficantes, los corsarios, los aventureros, perpetuando con su rapacidad el estado de guerra. En fin, el torrente humano acarreaba, en el lodo de otras impurezas, la delincuencia transportada a los nuevos lugares de guarida y destierro. Borbotaban en ella las fuerzas instintivas del mal, como en los orígenes de los pueblos solares, el griego y el romano, habían coexistido la piratería, el bandolerismo y el cautiverio.

Hombre de la edad neolítica, tapuya o tupí, el aborigen vagaba en la dispersión, rugía en el embate de las hordas irreconciliables bajo el arco de los *morubixabas* (**) y la maraca de los brujos. Los misioneros divisaban no sabemos cuántas naciones en el pandemónium de las tribus designadas por

---

blo. Este último constituye el elemento vital de las famosas *bandeiras*. — *N. del T.*

(*) Juan Ramalho, náufrago o desertor, el más antiguo poblador europeo del planalto paulista. En 1508-10, según el Padre Manuel de Nóbrega, ya se había establecido entre los guayanás de la toldería del cacique Tebireçá, en los campos de Piratininga. Allí casó con dos o tres hijas del cacique, de las que tuvo numerosa descendencia, así como de otras indias, originando la casta de los *mamelucos*.

Diego Alvarez Correa, apodado por los indígenas "Caramurú", nombre de un pez anguiliforme común de las aguas de Bahía, semejante al congrio. Se le supone, como a Ramalho, desterrado o prófugo portugués, o naufragado allá por 1510 en las costas de Bahía. Alcanzó la veneración de los indígenas porque abatió un pájaro de un tiro de su arcabúz, arma desconocida por ellos. Poderoso elemento de fusión de razas. Casó con varias hijas del cacique, pasando a la historia, o a la leyenda, por su unión con la hija del cacique Taparica, llamada Paraguassú, la que al convertirse al cristianismo tomó el nombre de Catalina. — *N. del T.*

(**) *Morubixaba* y también *Fuxaua:* cacique militar de guerra, impuesto por consenso general de los guerreros, por sus dotes personales de coraje y habilidad. — *N. del T.*

apodos ilustrativos de bandas de la misma raza, articulados por el gentío en el dialecto del idioma general. Un poco más decaídos los tapuyos, refluyendo hacia el borde del mar, no se definían, sociológicamente, por atributos diversos de su estadio: eran tan sólo cambiantes próximos del mismo salvajismo.

* * *

En aquel microcosmos social, el espíritu de aventura y el predominio del estado de naturaleza, la fiebre de conquista, y el furor de ambición exasperan los instintos más bravos y más torvos. La idea religiosa se había eclipsado. Como en la embriaguez aturdidora de las guerras, el alma cristiana había desaparecido, y la indiada dominaba a la cristiandad en casi todos los núcleos.

Se hubiera dicho que el europeo, al venir a América, instantáneamente se barbarizaba, descristianizado, bajo las influencias del medio físico y de la vida agreste. Por adaptación violenta al clima tropical, al nuevo régimen de alimentación, de vestuario, de trabajo, de comercio, se envilecía hasta la poligamia desembozada y la carnicería horrible, embrutecido por la convivencia con los antropófagos, encadenado por los brazos ardientes de la flora y de la hembra. Sin el temor de poderes inhibitorios u opresores, los delincuentes provocaban no solamente el desorden en el interior de las capitanías, sino también recíprocas hostilidades entre los feudos. Algunos vivían en la ignominia de los ayuntamientos sexuales casi inhumanos, vendiendo los hijos como animales o esclavos.

Con el furor de los apetitos, la depravación de usos y sentimientos, el egoísmo brutal de los móviles y de los actos, y el choque de las razas enemigas, comenzó tal vez el derrumbe. Los aborígenes devastaban las capitanías, los corsarios iban ya del Cabo San Agustín al Cabo Frío. En 1547, Francisco Pereira Coutinho, donatario de Bahía, era devorado por los tupinambás. En 1548, anunciando la ruina del Brasil portugués, Luis de Góes había conseguido agitar el trono con la fuerza dramática de un llamado a Don Juan III: «...Ro-

ban los portugueses la tierra y más que los franceses, porque ya no hay capitanía que no esté robada y alzada por ellos, y por su causa; y antes que se pierda, socorra V. S. y tenga piedad de muchas almas cristianas...»

Influían en esa disolución, de parte del blanco, la rapiña, la lujuria, la inhumanidad. Mercader avezado en extorsiones innobles, practica en las aldeas, las tolderías y las ferias toda suerte de embustes. Cazador, desvíase del rastro de los jaguares y sigue el de los hombres, apresa al indio en su lazo, lo esclaviza a su gleba. Salteador, abate a los flecheros desnudos a golpes de espada y a tiros de arcabuz; atrapa mujeres y niños. Devastador, arrasa hundiendo en la miseria a sus habitantes, los techos de palma, los sembrados de maíz y de mandioca. Incita a la discordia, sugiere la violencia, propaga en las capitanías la guerra entre los salvajes.

En cuanto a los Padres, no valen más que los legos. En 1549, Manuel de Nóbrega escribía a los hermanos de la provincia de Portugal: «Los clérigos de esta tierra tienen más oficios de demonios que de clérigos, porque además de su mal ejemplo y costumbres, quieren contrariar la doctrina de Cristo, y dicen públicamente a los hombres que les es lícito estar en pecado con sus negras, puesto que son sus esclavos, y que pueden saltearlos porque son perros...»

A su vez el indígena vuelve a ser fiera sedienta de venganza, cuya explosión lo lleva a morder el guijarro si tropieza, o a quebrar la flecha que, vibrante aún, le traspasa el pecho. Al estallar el grito de guerra contra los *perós* (*), en las tolderías y en las canoas, son hecatombes sus venganzas. Si los colonos arrebatan las indias para la lujuria fecundante de los serrallos, los indígenas raptan a las blancas, hundiéndose con ellas en la selva, como antropoides, y el canibalismo devora, bramando, lo que el libertinaje corrompe.

Entre la dislocación de la tribu americana y el asiento de la colonia europea, el individualismo creciente de esta última y el comunismo errante de la primera, menudeaban contrastes irreductibles, conflictos inevitables. No pocas veces, la in-

---

(*) *Perós:* nombre que dieron a los portugueses los indígenas del litoral brasileño. — *N. del T.*

estabilidad emocional de la indiada mudábale el afecto en odio, y los filibusteros, los contrabandistas, los intrusos, acosados en las ensenadas del litoral, persuadían constantemente al indígena para repeler o abatir a los colonos. Se precipitaba el desenlace. Sólo el viejo Duarte Coelho, encastillado en la torre de Olinda, constituía excepción triunfante a nuestra ruina feudal.

Pero el cristianismo advino en 1549 con el primer gobernador general, Tomé de Souza, fundador de la primera ciudad, y el padre Manuel de Nóbrega, fundador de la catequesis en el Brasil. Don Juan III iniciaba un período nuevo, al decir en el Regimiento del 17 de diciembre de 1548: «Queriendo el Rey conservar y ennoblecer las tierras del Brasil y dar orden a su población, tanto para la exaltación de la fe, como para provecho del reino... tiene a bien nombrar a Tomé de Souza como gobernador general...» El catequista Manuel de Nóbrega, a su vez, revelaba históricamente al gobernador Tomé de Souza: «...yo le tengo por tan virtuoso, y tan bien comprende el espíritu de la Compañía que poco le falta para pertenecer a ella...»

* * *

En las dos figuras representativas del poder temporal y del poder espiritual, Tomé de Souza y Manuel de Nóbrega, uno calzando la armadura de capitán, el otro la sotana del jesuíta, observamos la misma religiosidad. El gobernador es aún más supersticioso que el misionero. Cuando la expedición desembarca en Bahía, las armas de Portugal forman séquito a una gran cruz alzada por los sacerdotes que entonan preces e himnos durante la marcha. Seiscientos guerreros caminan procesionalmente, el signo de la fraternidad avanza al encuentro del salvaje: el estado de guerra pretende entonces difundir el estado de creencia, y todo lo que era inhumano por el combate aspira en ese momento a lo divino por la catequesis.

Al norte de Villa Velha, donde el patriarca Diego Alvarez Correa (Caramurú), acogió a los expedicionarios en cabañas y chozas, Tomé de Souza planeó la capital de la América por-

tuguesa, ocupando las eminencias que allí dominan el mar. Los artesanos dieron comienzo entonces a la tarea con entusiasmo. ¡Maravilloso instante de la historia colonial! Indígenas y colonizadores, legos y clérigos, mujeres y niños, todos trabajaban piadosamente en la construcción de la *urbs,* como si erigiesen el propio santuario de una raza nueva, dominando las ondas, en el seno de la selva virgen. El poblado se transforma en municipio, la factoría en gobierno, el campamento en ciudad. Alborea la gran metamorfosis. Herida profundamente en el corazón, se abate la arboleda con fragor. Grupos de trabajadores destroncan y nivelan el campo. De la vecindad, los indios serviciales traen madera y barro, guijarros y lianas para la obra comenzada. La colectividad excava los cimientos, levanta muros y techos, delinea calles y plazas. El mismo gobernador trabaja en las fortificaciones, imita a los albañiles apisonando el barro de los adobes, cargando vigas y troncos. Entre los artesanos, Tomé de Souza es el primero de ellos, previendo ya al Brasil, no suntuariamente cubierto de oro y seda, en el voluptuoso abandono de las posesiones asiáticas, sino profesionalmente, como tierra y como labor de obreros, tarea incesante para manos limpias y hábiles. A su lado, en lugar de ministros y eunucos, parásitos y juglares, se advierten dos recios constructores: Diego Pérez, maestro albañil, y Luis Díaz, maestro de obras castrenses.

Finalmente se eleva hacia los cielos, rica de aires saludables y aguas perennes, la ciudad de Salvador de Bahía, encastillada en un otero, en cuadrilátero, con unos baluartes sobre el mar y otros vigilando a la tierra, Nuestra Señora de la Ajuda en su ermita y, como rebaño que descendiera por la ladera, el caserío montaraz.

A los pequeños núcleos preexistentes, esparcidos y hostiles, se sobrepone ahora el acervo político y espiritual, donde se congregan, indisolubles, las fuerzas regidas por una ley, subordinadas a un pensamiento. Fundada la ciudad católica y monárquica, Tomé de Souza cumple las órdenes facultativas del 17 de diciembre de 1548, por las cuales se determina la existencia de la población que «venga a ser cabeza de todas las demás capitanías». Entre el Oidor General, centinela de la

justicia, y el Proveedor Mayor, llavero del Fisco, trae consigo la Orden majestática, revelando ya el Estado en la tendencia a la cohesión y la unidad.

Detentor de la autoridad regia en el Brasil, tierra inconmensurable para defender y cristianizar, Tomé de Souza inauguró con la ciudad una tradición gubernamental. Edificada la *urbs,* instituídas en ella las primeras formas de la vida municipal, el gobernador otorgó lotes rurales, sembró vergeles en los alrededores, dispuso que se abriesen nuevos caminos, logró que se fundasen nuevos ingenios, hizo traer ganado de las islas atlánticas, y los rebaños poblaron los latifundios, y puso en la arquitectura naval tanto empeño, que bergantines, carabelas y hasta galeones surcaron las ondas.

* * *

Tras de la ciudad, el *reconcavo:* la sumisión de los *brasís* (*) al poder lusitano y a la fe católica. Religiosamente, la cultura de esos frutos salvajes empieza a prosperar con la enseñanza, la industria, el apostolado y el martirio de los Padres jesuítas. Políticamente, la visión y el tacto, la integridad y el acierto de Tomé de Souza, consolidan las bases morales de la catequesis. Auxiliados por Caramurú, atrae a los jefes indígenas al comercio y a la alianza que pacifican en su gobierno el *reconcavo,* cerrando los aldeamientos a la incursión de traficantes odiosos, cuyo mercantilismo operaba sobre la libertad humana.

La tolerancia cristiana del gobernador, sin embargo, no impidió que ella, a veces, reaccionase duramente contra el salvajismo de las tribus inadaptables.

En ese hombre, piadoso y severo, conciliador y caritativo, reaparecía entonces el militar formado en la escuela de Oriente, y el reverso de su bondad aterraba. Como las Instrucciones de 1548 le recomendasen que, después de conocer a los salvajes enemigos, saliese a destruirles las aldeas, «matando,

---

(*) *Brasís:* nombre genérico usado en el siglo XVI para designar a los indígenas de la costa brasileña y de su *hinterland* más inmediato. Su equivalente en castellano contemporáneo fué el de *brasiles,* nombre este último más especialmente usado para los lugares que ellos habitaban. — *N. del T.*

cautivando y expulsando bastante número para castigo y ejemplo», el administrador minucioso así lo hizo con exactitud reglamentaria. Es verdad que mandó atar a un criminal indígena a la boca de un cañón, disparando éste con toda solemnidad retumbante y ejemplificadora. Pero no divergía del pomposo estilo sanguinario cultivado por los héroes lusitanos: Pedro Alvarez Cabral, en 1500, aprisiona diez naves árabes en la costa de Calicut, y pasa a filo de espada a quinientos tripulantes; Vasco da Gama, ante un gesto negativo del rajah de aquella misma ciudad, le envía un barco atestado de cuerpos sangrientos, esclavos de guerra, a los que había mandado cortar las orejas y las manos; don Francisco de Almeida, cuyas victorias navales repercutieron terroríficamente a raíz de la muerte de su hijo, saluda a Cananor, al regreso, disparándole cabezas y miembros de prisioneros, descuartizados, por la boca de las bombardas vengadoras. El primer gobernador del Brasil había cursado la misma escuela.

No bien comenzado su gobierno, Tomé de Souza procura conocer y explotar los *sertones* al oeste en busca de pedrería y metales, como le insinúa la Corte portuguesa ofuscada por la noticia de las minas del Perú. Sus tentativas, desde la invitación al minero español Felipe de Guillén hasta la expedición acompañada por el jesuíta Aspilcueta Navarro, un santo perdido entre cazadores de gemas y caníbales de la selva, preludian nuestra terrible Edad del Oro. Tomé de Souza vincula su nombre y su obra al ciclo de los *bandeirantes* (*), cuya filiación remonta a las alturas nebulosas del siglo XVI.

(*) *Bandeirante:* componente contractual y voluntario de una *bandeira*. Las *bandeiras* fueron las expediciones espontáneas populares que, desde mediados del siglo XVI y por siglo y medio salían de San Pablo, sertón adentro. Primitivamente eran simples cacerías de esclavos indios, pero casi inmediatamente después, las hubo en busca de minas. Las primeras han sido las históricamente más célebres, en particular por el recuerdo de aquéllas que como sucesivos golpes de ariete, arrasaron las misiones del Guayrá, obligando a los jesuítas a trasladar sus reducciones al sur del Paraná y del Uruguay. Algunas de esas *bandeiras*, llegaron hasta el Plata y otras hasta Santa Cruz de la Sierra y las fuentes del Amazonas, recorrido de millares de kilómetros, casi tan largo como la cuarta parte de una vuelta al mundo, realizado a pie entre pantanos infectos, cruzando ríos torrentosos y enormes, abriéndose paso por la maraña de selvas impenetrables y venciendo la resistencia de tribus feroces, bajo el tormento del

No olvida, sin embargo, la suerte de las capitanías indefensas e incultas que visita, inspecciona, ordena en todo lo posible: en cada una refuerza murallas y palizadas, provee de soldados y artillería a los baluartes, fortifica ingenios y poblados, inaugura cárceles o templos, manda levantar la picota en el centro de las villas. Con la noticia de esa peregrinación y las advertencias personales del gobernador al rey, fijamos los elementos orgánicos de la nueva etapa colonial.

Tomé de Souza concluyó en 1553 una obra simple pero fuerte, cuya sabiduría había logrado vencer desmanes y errores cometidos anteriormente en el confuso período seiscientista. A partir de entonces, gracias al plan que había concebido, nítido como dibujo, sólido como doctrina, la elaboración caótica del Brasil contiene directrices conscientes para la unidad, bajo la influencia de magnos valores.

Enseñoreándose de la colonia, el Estado y la Iglesia realizaron jesuíticamente su alianza. Fué lo que la visión histórica de Oliveira Lima captó y generalizó en síntesis perfecta en su estudio *A Nova Lusitania:* «Los jesuítas surgieron en la colonia al lado de Tomé de Souza, no sólo como los defensores de los aborígenes, sino también como los evangelizadores de los colonos, introduciendo el elemento moral, superior al político y a cualquier otro, en medio de las contiendas físicas por la existencia y de las rivalidades de apetitos, de los cuales el único freno consistía en una religión que, mal comprendida o mal interpretada, había perdido la espiritualidad para sobrevivir en ritos, en un casi fetichismo.» (14).

---

sol, la lluvia, los mosquitos y toda clase de alimañas. A esta etapa de expediciones sucesivas es lo que se denomina el "ciclo de las *bandeiras*". Las más famosas entre las *bandeiras* exploradoras son las de Antonio Raposo Tavares y entre las mineras las de Alfonso Sardinha y sus hijos y la de Fernán Dias Paes Leme, el "gobernador de las esmeraldas". — *N. del T.*

Capítulo IV

ACCIDENTADOS PASOS EN SU INICIACION APOSTOLICA

Visita de Orfeo. — Anchieta parte de Bahía para San Vicente con otros religiosos. — Tempestad. — Llegan los jesuítas a San Vicente. — En busca de Piratininga. — Noviazgo de Anchieta y la tierra del Brasil.

Era a la sombra de esa alianza que el espíritu de Orfeo, religioso y profundo, visitaba los sertones. Desde la aurora de la catequesis, atrayendo por la música y por el canto la prole del gentío, Nóbrega fué casi un segundo Orfeo, al decir de Varnhagen. Recién llegado, el hermano Anchieta sería otro caso de orfeísmo brasileño como idealidad, fascinación, armonioso destino, esencialmente católico, entre peñascos y salvajes.

Transfigurado por las ideas cristianas, Orfeo sondeaba el alma prehistórica de las tribus, el genio instintivo de nuestra edad de la piedra pulida, hablándole con su genio melodioso y oculto. ¿Podrían cristianizarlo las energías de la catequesis? ¿Dejaría lugar al Evangelio el mercantilismo de los traficantes, que todo lo anonadaban en la colonia? La misma fe apostólica del justo se sentía, a veces, congelada por una duda, considerando en esa inmensidad al traficante lascivo del litoral, y sertones adentro, al nómade obtuso que desconocía la rueda, el hierro, la vela, el arado, pasando de la laguna a la selva y del antro a la toldería en el deslumbramiento inicial del fuego, sin rebaños, sin vestidos, sin humanidad, bajo la gloria de los cielos incomparables. El mercader no renunciaba al mercado ni aun bajo el látigo de Jesús. El caníbal sería eternamente... caníbal.

Pero la prole infantil proporcionaba esperanzas a los jesuítas: era dúctil, casi dócil. Y no sólo del poder de Orfeo aguardaba el Brasil la humana transfiguración. Antes y des-

pués de él, con él mismo, venía la omnipotencia de Eros, amalgamando tres razas en un solo abrazo oscuro y lascivo. Los pobladores se unían a las indias, los esclavos a la tierra. Muy pronto, la labor del negro habría de florecer en el algodonal y en el cafetal, brotar en el tallo de los cañaverales, arder en el brillo del oro y del diamante, asperjados por los *garimpos* (*), entre las verdes y altas sierras neblinosas. Con el trabajo, la riqueza y la fecundidad, surgiría también el hombre nuevo, labrador, constructor, mestizo de las pequeñas ciudades atlánticas o de los altiplanos infinitos.

* * *

Recién en agosto de 1553, retenido por sus proyectos de San Vicente, polo sur de la catequesis, Manuel de Nóbrega ordenó al Padre Leonardo Núñez que visitase en persona las misiones lejanas del norte y le trajese de Bahía el auxilio de otros hermanos, entre ellos Anchieta.

De allí partieron los religiosos en el mes de octubre, en dos viejos barcos que, después de doscientas cuarenta leguas de buena navegación, llegaron a Abrolhos, paraje de estrechos canales y bancos de arena. Asaltados ambos por el temporal, viró hacia la costa uno de ellos, en el que iba el Padre Leonardo Núñez, chocando en los arrecifes el otro, en el que viajaba el hermano Anchieta.

Sin timón, despedazadas las velas, sacudido por el huracán, inundado por el oleaje, el barco de Anchieta garraba, pero finalmente, «expuestas las reliquias de los Santos... y lanzado a las ondas el Cordero de Dios...» consiguió la nao anclar en una ensenada rodeada de escollos y médanos que entreabría únicamente, con avaricia, una garganta a la proa. La noche opresiva cayó sobre el reposo de los navegantes. En la mudez caliginosa, súbitamente se convulsionan las tinieblas, silban los vientos del sur, se diluyen las nubes, se abaten las olas. El frágil navío torna a sumergirse, remolinea en el vórtice, y la faena de los tripulantes no logra agotar la cala inundada. Bajo el diluvio, jadeantes, se arrastran en la cubierta,

(*) Brasileñismo: terreno diamantífero. — *N. del T.*

rajando mástiles, soltando amarras. Roto el cabo, va por los aires la única lancha de a bordo, y toda la salvación está en un hilo todavía ligado a la tierra. Es la muerte inevitable, despedazada la embarcación de golpe en las aristas de los escollos. Ya los cristianos se arrojan a los pies de los sacerdotes, varios a un tiempo, confesándose apresurados, ansiosos para el supremo viaje. A través de la noche cada vez más tempestuosa y ululante, se pierden las oraciones y los gemidos. La impávida fe de Anchieta, sin embargo, se confía al relicario de los santos, al favor de la Virgen, y el barco se desliza en la oscuridad, sin gobierno, arrebatado por la violencia de la correntada. Rozando bancos y peñascos, no se detiene, y a la luz del amanecer, vencida la tormenta, es conducido a la playa de Caravelas, donde finalmente va a ser restaurado, bajo la protección de María, con los restos de mástiles y velas de otros, restos de naves recogidos por los marineros (15).

A lo largo de la desierta playa los náufragos temían la aspereza del vendaval, el suplicio del hambre, la acometida de los antropófagos, la proximidad de los montes poblados de jaguares. En cambio encontraron en la selva la dulce exuberancia de los frutos sazonados: burbujeaban claros manantiales, se mostraban amigos los indígenas, y Anchieta bendijo más tarde el naufragio, porque allí, el día de Santa Cecilia, los jesuítas bautizaron a una criatura moribunda. El bautismo era la salvación, el paraíso abierto a los pequeños agonizantes, conforme a la doctrina, y ellos habían arrancado de ese modo al infierno aquella alma pura.

Con el mismo denuedo y la misma devoción, aparejada la nave católica, surcaron nuevamente las ondas, hiciéronse otra vez a la mar, para entrar en San Vicente la víspera de Navidad de 1553.

* * *

Manuel de Nóbrega, el santo, acogió con inmensa ternura a los misioneros, principalmente a José de Anchieta, en cuya juventud cristiana adivinaba a un predestinado. Su satisfacción redobló al enterarse que el Brasil había sido ele-

vado a provincia autónoma de la Orden. Y era él el provincial instituído por Ignacio de Loyola, teniendo en la elevación de esa investidura un compañero, Luis de Gram. Así estimulado, no por la recompensa jerárquica sino por la confianza del patriarca, Nóbrega resolvió apresurar la fundación del Colegio de Piratininga.

A principios de enero de 1554, trece o catorce religiosos partieron de San Vicente, sierra arriba, en busca de los campos lejanos donde habitaban incontables indígenas. Los dirigía Manuel de Paiva. Con ellos iba José de Anchieta y los aspectos de la tierra brasileña acaso le sugerían nuevas emociones, nuevos pensamientos. No era ya su misticismo un doloroso anhelo eucarístico y sobrenatural, minándole las fuerzas, decolorándole la sangre, desprendiéndole el ser de la realidad tangible para abismarlo entre visiones de santuario. Por los caminos radiantes o neblinosos del Brasil, como San Francisco de Asís en el Canto del hermano Sol, había glorificado al Señor con todas sus criaturas, en todas sus obras: el lucero solar —*frate sole*—, del cual son destellos innumerables los días, la magnificencia de la luna vestida de plata y las estrellas diamantinas, el viento amigo y las rápidas nubes, la humildad corriente del agua, *hermana preciosa y casta*, el fuego robusto crepitando en el silencio de la noche, y el seno de la madre-tierra, inagotable, que produce tanto vigor de flores, frutas y hierbas.

Los aires eran nublados por la bruma, ennegrecidos por las cumbres. Cada montaña alcanzada, sin embargo, era un peldaño en la ascensión prodigiosa: abajo se descubría la profundidad, ampliada siempre, de los valles rumorosos de bosques, fragantes de vegas. Secreteaban las fuentes de piedra en piedra, como náyades blancas y frías corriendo con ansia hacia el ardor del sol. Vagamente, en el espejo de los ríos, la luz creaba espejismos de incendio, el arbolado ponía sombras movedizas, duplicando la agitación de las copas. Y a través de peñascos, mesetas, boquerones y despeñaderos abruptos, por donde se retorcían bejucos, la hermosura de la tierra parecía el reto de una virginidad amenazadora, pero irresistible, al dominio potente de los hombres.

Dialogando con esa naturaleza, Anchieta sentía la complejidad mórfica del Todo y la unidad esencial del Verbo. Hubiera querido abrazar y entender la tierra inviolada, poseerle la gracia en la curva de los arroyos, fijar su contraste en la germinación de los venenos y de las virtudes, seguirle el crecimiento bíblico de la prole, que no cesa ni cansa, y yendo y viniendo a través del Génesis desbordante, con sus billones de alas y pies, antenas y aletas.

Cuando no estaba escrutando el reino vegetal y el reino animal como naturalista, disfrutaba de sus metamorfosis como poeta, cuyo sentimiento de la naturaleza se evidenciaría más tarde en los dísticos del poema a Nuestra Señora, abarcando el océano, los ríos, las fuentes, las sierras, o adorando en ella la transfiguración ideal de los árboles y de las colinas fragantes (16). Aun al envejecer, seis lustros más tarde, en 1585, José de Anchieta revelaría con emoción y colorido el mismo sentimiento del paisaje brasileño: «Todo el Brasil es un jardín en frescura y bosques, y no se ve en todo el año árbol ni hierba secos. La arboleda llega a las nubes con admirable altura y grosor y variedad de especies. Muchos proporcionan buenos frutos y lo que les concede gracia es que hay en ellos muchos pájaros de gran hermosura y variedad y en su canto no ceden el paso a los ruiseñores, jilgueros, verderones y canarios de Portugal, y producen una armonía, cuando alguien pasa por ese camino, que es para alabar al Señor, y los bosques son tan frescos que los hermosos y artificiales de Portugal quedan muy por debajo. Hay muchos árboles de cedro, aquilea, sándalo y otras maderas de buen olor y varios colores y tantas diferencias de hojas y flores que para la vista es grande recreo, y por la mucha variedad no fatiga verlos.» (17).

Anchieta seguía a través de todas esas maravillas. En vez de apariciones indefinibles o irreales, surgíanle ahora imágenes concretas, múltiples, coronadas de luz, y la belleza esparcida de las cosas embrujaba al apóstol recién llegado. Bajo el lucero del alba, en penumbra de velos goteantes, despertaba del encanto nocturno la serranía, edénicamente cubierta de follaje, a la niebla y al gorjeo de las mañanas. Luego, en la mareante magia del fuego, danzas de horas ígneas crepitaban, los

días restablecían sinfónicamente la gloria de su andante luminoso, se sucedían acordes gradativos de violeta y nácar, efectos de oro sanguíneo y de oro ceniciento de la tarde, melodías finales de Angelus deshecho en colores desmayados en los torreones de nubes del sol poniente. Anochecía, rebrillaban mundos ignotos sobre la faz pulcra y el seno intacto de la tierra adormecida.

Orfeo caminaba hacia el infierno salvaje de Piratininga, como en un perfecto noviazgo, sorbiendo el efluvio poderoso de las montañas. Se sentía renacer. Místicamente, el sembrador cristiano se había desposado con la tierra virgen del Brasil.



LIBRO SEGUNDO

LA ESCUELA DE PIRATININGA

Siempre se coge algún fruto por la misericordia del Señor...

ANCHIETA.

Capítulo I

PRIMERAS DIFICULTADES Y SACRIFICIOS QUE DEBIO AFRONTAR ANCHIETA EN SU MINISTERIO

Fundación de la Casa de San Pablo. — Los religiosos. — Mujeres cristianizadas. — Hombres convertibles. — Antropofagia. — Esperanza de los Padres. — Bautismo. — Auxilio a los enfermos. — Régimen de la Casa de Piratininga.

El día que les recordaba el camino de Damasco y la prodigiosa conversación de San Pablo, 25 de enero de 1554, los jesuítas dijeron la primera misa en un altar improvisado y humilde, y fundaron la Casa de San Pablo en Piratininga, núcleo de la ciudad opulenta. Manuel de Nóbrega sintetizó en dos palabras el espíritu del nuevo apostolado: obediencia y mortificación.

El albergue que los indios levantaron para los jesuítas era una minúscula choza, hecha de barro y cubierta de paja, un abrigo imperceptible en la loma del altiplano que, entre los arroyos Tamanduatehí y Anhangabahú, se configuraba en ciudadela triangular cuyos bastiones fuesen escarpas. De la cumbre de esa acrópolis, ruda preeminencia de veinticinco a treinta metros, se descubría todo el horizonte, la llanura dilatada, el curso del Tieté. Subiendo y serpenteando los senderos transitables no abrían más de cuatro puertas a la ciudadela: dos al norte, dos al sur, vigiladas las primeras en el vértice del triángulo por la fuerza de Tebireçá (el cacique Martín Alfonso), defendidas las segundas, en base, por la gente de Caiubí, viejo y fiel *morubizaba*. Ojos de agua brotaban de las laderas, en los barrancos de esquistos y gres, y entre los cerros contiguos se perdía, envuelta por la bruma, la cumbre redondeada dominante en la espesura de la selva virgen. Verdeaban al poniente

umbrosas tierras de caza y frutas, con sus pinares, sus colmenas y bandadas de garzas rosadas o níveas en la orilla de las lagunas (18).

El refugio de los religiosos medía catorce pasos de largo por diez o doce de ancho: allí albergaban conjuntamente iglesia, escuela, dormitorio, enfermería, refectorio, cocina y almacenes. Pero no envidiaban la pompa de los castillos reales, recordando que un estable había bastado a la divinidad infantil de Jesús y un crucifijo a la redención del mundo. Varios meses después, con la ayuda de los hermanos y los indígenas, el Padre Alfonso Braz inició y dirigió la construcción de otro colegio más grande y del templo, arquitectura labrada en sillares rojos de limonita (19). El día de Todos los Santos de 1556 los jesuítas inauguraron prosesionalmente su nueva Iglesia (20). Y a la sombra del templo ya se aglomeraban las viviendas de adobe de los menos desconfiados indios.

Por la noche, al refugiarse en esa estrechez y penuria veinte y más hombres, las hamacas, suspendidas de los travesaños, se entrechocaban. Sin abrigos, ateridos los hermanos, tiritaban bajo el rudo invierno, entorpecidos ya por el sueño, o se apretaban pegándose unos a otros, macilentos dentro de sus sotanas, alrededor del brasero escasamente nutrido. Afuera tronaba a veces la tempestad. Bramaba el ciclón, ululante y devastador, seguido por un diluvio de granizo, sacudiendo las casas y deshaciendo los techos. Los Padres rezaban conmovidos entre los horrores de la noche fragorosa, pero al alba renacía la cristiana esperanza de los misioneros.

En algunas horas del día, dentro de la choza, el humo era tanto y tan oscurecedor y asfixiante, que ellos preferían doctrinar exponiéndose a la helada, reuniendo a los catecúmenos al aire libre. Algunos bregaban como artesanos, otros como leñadores, a la sombra de la selva vecina, al atardecer. Y la melodía de las oraciones acompañaba al ritmo de su trabajo. Pobres y remendadas eran las ropas que llevaban sobre los huesos, recorriendo el camino bajo la tenue garúa, descalzos, ya que no habían aprendido a hacer alpargatas con el cardo bravo. Si el óvolo de los indios les proporcionaba algún sustento: fariña torrada o zapallo, hierbas o raíces, y en los días ventu-

rosos un trozo de mono o de oso hormiguero o un exiguo pececillo de agua dulce, las hojas de banano, extendidas en el suelo, les servía de mantel. Viñateros del Evangelio hacían su vino de maíz cocido y miel silvestre. Eran sobrios, castos, joviales, y todos aspiraban a la glorificación por el martirio (21). Todavía en 1556 el principal sostén de la Casa de Piratininga —afirma Manuel de Nóbrega— «es el trabajo de un hermano herrero, Mateo Nogueira, a quien por componer las herramientas de los indios le dan de sus víveres, y la buena industria de un lego» sustituye a la incierta limosna real o popular.

Alrededor de los misioneros, por breñas y llanos, por pantanos y lagunas, verdeaba incesantemente la región desierta aun no conocida, y más allá, tras los paredones y las crestas de la serranía, se encrespaban los mares del sur. A lo largo de la costa imperaban los tamoyos, los tupís, los guayanás, los carijós, los bigobebas, y en el seno de las selvas los abacús, los guanamunín, los tupiares y los ibigrayares, llamados también bilreiros. Tierras misteriosas e indómitas tribus... La catequesis se sumía en el corazón de aquel mundo de barbarie.

Cada día en Piratininga la campana convocaba al gentío por dos veces a la iglesia, y aunque los caminos fuesen ásperos e hiciera mucho frío, acudían mujeres en bandadas al toque de maitines o de vísperas. Algunas llegaban desnudas, como sus hermanas de Bahía, eran aquéllas para quienes Manuel de Nóbrega imploraba al padre Simón Rodrigues la limosna de una camisa. Aportando a su culto la agreste virginidad del alma, el olor a planta salvaje del bronceado cuerpo, ofrendaban manojos de flores y hojas aromáticas al santuario, escuchaban atentamente la lección u oían la misa de los Padres blancos. En su idioma gutural rezaban de rodillas cruzando las manos sobre el turgente pecho de pendientes senos, lloraban en las confesiones y comuniones; en alta voz se decían pecadoras, arrojándose a los pies del sacerdote, desgreñadas y contritas, o rezaban rosarios, pulidos al torno por el hermano Diego Jacome, bajo la invocación de Nuestra Señora. Eran fieles en la toldería (22) y sumisas en el templo. Las más devotas lograban ser bautizadas y hasta admitidas al sacramento de la Eucaristía, y las más enfermas rogaban insistentemente ser llevadas por

los Padres. Si los remedios vegetales o las copiosas sangrías no detenían el mal, era un consuelo para el misionero impartirles la extremaunción, verlas morir con serenidad, oírlas en su agonía exhalando a flor de esos labios morados y fríos el nombre de Jesús. Como a principios del cristianismo, la naturaleza femenil, receptiva por excelencia, se brindaba más que la naturaleza viril a los gérmenes de la Buena Nueva.

Peleadores y glotones, los hombres tenían la piedad menos fácil y las entrañas más duras que el seno de las rocas. Sólo iban a la iglesia para buscar un pronto remedio para las picaduras de víboras, para las úlceras nauseabundas o para las fiebres devoradoras. Mientras estaban enfermos prometían seguir la ley de Dios, pero una vez recobrada la salud, persistían arrogantes y malos, sumergiéndose en la torpe animalidad como batracios en un pantano. Algunos pocos aparecían en el templo los domingos, con adornos de huesos y plumas, reclamando el bautismo, negado por el sacerdote mientras fuese dudosa la conversión, y era escaso lo que les dejaba en el alma la prédica en lengua tupí, desarrollada antes del ofertorio. Más que la índole bestial, como testificaba José de Anchieta, era la malicia hondamente arraigada lo que los empedernía para la metamorfosis cristiana, de tal manera que persistían depravados, antropófagos, turbulentos, inhumanos. Guayanás, carijós y tupiniquins atormentaban a los religiosos, cotorreando estridentemente, preguntando si Dios tenía cuerpo y cabeza, si era soltero como los Padres o casado como los indios, y la clase del alimento divino y el color de las plumas con que en el cielo se vestía la Divinidad.

Otros venían a confesarse humildemente cuando se aprestaban para la guerra, y el celo de los ardientes misioneros recrudecía, pero Anchieta había aprendido que la dispersión de las tribus era funesta para la doctrina y aun en 1560 recomendaba el plan de reunir las aldeas en un solo pueblo ya ejecutado por Mem de Sá en Bahía. Los adultos no se aplicaban a la doctrina, y los menores, luego de instruídos, continuaban en la selva el nomadismo de sus mayores. Malévolamente los brujos contaban en secreto a los indios que los Padres habían conquistado las selvas para atraerlos, encerrarlos

entre los muros de la iglesia y venderlos como esclavos a los portugueses.

Ese salvajismo inconvertible o indomesticable desafiaba a seis años de apostolado y al fervoroso genio de la catequesis. Analizando la labor y el tiempo consumidor, Anchieta manifestaba el desaliento del alma evangélica: «...si dijese a Vuestra Paternidad que hay muchos convertidos entre los brasileños, se engañaría su esperanza...» Uno de ellos, enfermo, al ser amonestado por el catequista, replicaba obstinadamente que primero lo dejasen sanar, tapándose los oídos, con la sordera de la impiedad, a los artículos de la fe y a los mandamientos de Dios. Otro, moribundo ya, aconsejado para que recibiese el bautismo, se cubría el tostado rostro con las manos callosas para morir enemigo de la Iglesia. Y otro más, después de evangelizado, se dejaba bendecir y succionar por los brujos.

Sacrificios humanos atribulaban constantemente a los religiosos. A cuatro millas de Piratininga, indiferentes a los ruegos de Anchieta, que les reprochaba semejante cobardía y los amenazaba con el Juicio Divino, indios catequizados mataron en su ausencia, bailando y bebiendo como locos, a una hermosa criatura de tres años, bautizada por el misionero. No la devoraron, sin embargo, y esa abstinencia era ya un consuelo para los catequistas, como lo fué más tarde, en el sacrificio de un adolescente de quince años muerto bárbaramente poco después del bautismo, figura católica de mártir, cuya resignación perfecta se desprende, maravillándonos, de la propia narración de Anchieta:

«Asomando el alba, cuando su alma debía ser vestida con los esplendores del Sol de la Justicia, lo llevaron atado por la cintura a la plaza en donde había una gran multitud. Sujeta por muchos indios una parte de las largas cuerdas que lo ataban, libre y suelta se arrastraba la otra por el suelo. Acercándosele el matador, celebró primero las ceremonias y los ritos salvajes con la palabra fatídica: «¡Morirás!» Gritaron los hermanos a la víctima para que se pusiese de rodillas, y así lo hizo, alzando los ojos y las manos al cielo, implorando el Santísimo nombre de Jesús. En ese momento, blandiendo su

espada de madera, el sacrificador le hendió la cabeza, y el alma dichosa buscó la gloria del inmortal de los cielos. *¡Pluguiera al Señor que tal muerte nos dé, siéndonos destrozada la cabeza por amor de Cristo!* Los enemigos desataron las cuerdas del muerto sin hacer nada más, y los hermanos condujeron el cuerpo en una hamaca, a hombros, hasta Piratininga, donde fué sepultado en la iglesia...» (23).

Como en Bahía, la esperanza mayor de los jesuítas era la instrucción de los niños, hijos de colonos o de indios (24). Preveían en esos retoños tostados por el sol, que sus padres les traían de *motu proprio* al Colegio, toda una cristiana floración que se abriría sobre los nuevos tiempos. La enseñanza constaba sólo de catecismo dialogado, lectura y escritura, un poco de aritmética, música vocal e instrumental, ocupando cuatro horas por día: dos a la mañana y dos a la tarde. Había también, para los hermanos y para los catecúmenos más instruídos, el aula de gramática, regida suavemente por Anchieta. Luego de la lección matutina, siempre con las mismas alabanzas entonadas a Jesús y a María, los alumnos se dispersaban, yendo a cazar o a pescar (25).

Nada igualaba, sin embargo, el fervor con que esos discípulos de Loyola bautizaban a los prisioneros destinados al sacrificio, a los niños agonizantes y a las mujeres grávidas en peligro. Al bautizar a un salvaje, en la hora de la muerte, les parecía arrebatar un alma pecadora o inocente al demonio, y Anchieta detallaba en su Epistolario, con manifiesta ufanía, los casos de bautismos *in extremis.* En cada estertor de los pequeños moribundos, bajo el rocío bendito de la Iglesia, sentía el apóstol, radiante, un estremecer de alas impacientes que buscaban el Paraíso. Guiados espiritualmente por los ángeles, sus padres se cristianizaban, como le ocurrió a aquel indígena que, enfermo, hizo una jornada de cien leguas hasta Piratininga, donde se hizo bautizar en obediencia al hijo muerto.

Fuera de los casos extremos, los misioneros sólo bautizaban a adultos ya instruídos, que poseían los artículos de la fe y conocían los misterios celebrados por la Iglesia Romana.

Pero su caridad era infinita. El cansancio y la enfermedad no les impedían que socorriesen a los habitantes de poblados lejanos. Agobiados y doloridos, caminaban penosas leguas bajo la lluvia o el sol, se levantaban todavía de noche para atravesar desfiladeros, montes talados, tembladerales. No pocas veces caían desfallecidos a la orilla de los caminos, en la vecindad de alguna tapera, donde agonizaba el más pobre de los pobres, un esclavo, o gemía en su hamaca la más oscura de las madres, y la sencillez del estilo de Anchieta es conmovedora: «... muchas veces nos sentimos indispuestos y fatigados de dolores, desfallecemos en el camino de modo que apenas lo podemos acabar... Muchas veces nos levantamos del sueño para los enfermos y los que mueren, o bien para las mujeres de parto, sobre las cuales ponemos las reliquias de los Santos, y luego paren...»

Los misioneros, sin embargo, bendecían esas vigilias cristianas. Más que nada, pesábales la frialdad con que las indias brasileñas, odiando a los amos o huyendo de los trabajos maternales, practicaban inhumanamente el infanticio y el aborto (26).

* * *

Para enseñanza y ejemplo de la gentileza, Anchieta consiguió que fuesen enviados a la escuela de Piratininga los alumnos del seminario de San Vicente, hijos de indios asentados en aquel paraje. Esos menores venían ya instruídos en la doctrina cristiana, lectura, escritura y canto. Aunque oriundos de la selva, los pequeños discípulos, que eran sagaces y dóciles, se hicieron auxiliares preciosos de la catequesis. Ejecutaban la música sacra de los oficios, conmoviendo y alegrando a los Padres, e instruían en la escuela a los recién llegados. A la noche, dispersándose por los ranchos de los alrededores, imponían silencio a los cantores salvajes, modulaban las canciones compuestas por Anchieta, y muchos de ellos hacían entrever los castigos del infierno al padre o a la madre contumaces en viejas torpezas y crueldades. Muchos de ellos ayudaban a los Padres en sus arremetidas contra los bebedores, rompiéndoles las tinajas espumantes de vino sal-

vaje. Otros se apartaban del cariño, aun del contacto de los ascendientes, no queriendo vivir sino para el Colegio y para la doctrina. Se observaba el descanso dominical entre los indiecitos con escrúpulos de monasterio: contritamente, ante los demás, uno de ellos quemó el cesto que había tejido un domingo (27). Todos rezaban en la iglesia las letanías en canto de órgano. Los viernes salían en procesión por la aldea, entonando himnos, flagelándose como penitentes, hasta que la sangre les brotaba de los hombros y manchaba el látigo de cardo bravo (28).

Pero no todo era amargura y ascetismo en la Escuela de Piratininga. El don suave de la música, revelado por los niños indígenas, solfistas de capilla mayor, instrumentistas de coro y procesión, maravillaba a los Padres. Venciendo peñascos y fieras, entre los aborígenes, la consonancia de sus voces tenía el poder legendario del canto sobre el Mal. Danzando el *cateretê,* ajustado en las composiciones anchietanas a los fines religiosos, esos alumnos mazombos se convertían poco a poco en heraldos musicales del Cristianismo a través de las selvas pobladas por demonios brasílicos: el *corupira* silbador y errante, el *igpupira* de los torrentes y manantiales, el *boitatá* fulmíneo, desatado en resplandores de meteoro.

No obstante, los Padres, en la exaltación de su obra, no olvidaban que esa juventud llevaba consigo, latente, la herencia de la sangre primitiva: ebriedad, concupiscencia, instintos carniceros, impulsos destructores. ¿Estarían acaso muertas o solamente adormecidas tales inclinaciones? ¿Habría sido aniquilado, por la doctrina, el hombre de la caverna, o acechaba tan sólo la adolescencia para bramar y dominar de nuevo? ¿Quién podría asegurarles que la edad no divorciase de la fe a los catecúmenos, identificando el sentimiento de la prole con el de los antepasados en el mismo reflujo hacia el antro, o encendiendo en ellos la misma pasión atávica de la guerra? Tristeza y duda se cernían en esos momentos sobre la esperanza jesuítica. En efecto, el nomadismo de sus padres arrancaba bruscamente los hijos a los misioneros, volviendo a hundirse con ellos en la selva y en el vicio.

A fines de 1556 casi nadie hubiese acudido al llamado de la campana católica, si los esclavos de los portugueses no hubiesen seguido buscando el templo (29). Arrastrados a la fiereza de la plaza de las tolderías, se barbarizaban los pequeños indígenas y malograban los frutos del Evangelio. Pocos morirían ejemplarmente, invocando a Jesús, como el guayaná de doce años que al expirar dijo: «Tengo ahora buenos y lindos vestidos.»

Aya invisible de la Reina de los Cielos, la Muerte le había envuelto el alma en púrpuras deslumbradoras.



CAPÍTULO II

OBSTACULOS INSALVABLES

El infierno salvaje de Piratininga. — Concupiscencia, uranismo y poligamia. — Explosión de amor libre. — La lucha por la castidad. — Intriga de los «mamelucos». — Los demonios de Santo André da Borda do Campo. — Epidemias y flagelos. — El cáncer. — Un episodio siniestro. — Regresión de los conversos a la antropofagia. — Holocausto al genio de la tribu.

Después del nomadismo, el orgasmo de la sexualidad, con la saña de los abrazos violentos como deflagraciones, escandalizaba al sacerdocio. En cada mujer, dentro de cada mata, estaba la tentación de los cabellos sueltos, la incitación de los gestos lánguidos, provocando a los faunos de los alrededores al asalto. Vanidosos y caprinos, los hombres alardeaban proezas eróticas, ingenuamente suponían atemorizar a la Venus salvaje con la potencia de sus exhibiciones y la jactancia de sus desafíos, o practicaban en el seno de la selva virgen la homosexualidad, que los misioneros habían sorprendido ya en Bahía, entre los feroces tupinambás (30).

Mestizos locuaces y fogosos, lenguaraces de la tierra, buenos intérpretes, huían desatinadamente de los colegios al primer convite de las indias, torturados por el antiguo deseo. Ellas los trastornaban, ceñían con avidez a los alumnos cristianos, enroscándose lánguidamente a las hamacas, crispándose como novias felices en sus brazos (31). Sensuales hasta la enagenación, los indios aplicaban a la propia virilidad, exacerbándola, pelos de *tataúrana,* oruga pubescente y urticante de mariposa (32).

En 1554, al escribir a Ignacio de Loyola por mandato de Nóbrega, el hermano José insinuaba el traslado de algunos seminaristas brasileños a otro colegio de la Orden en España o a la misma Coimbra. Solamente educados lejos de la selva, en

la castidad ejemplar del noviciado europeo, los más religiosos podrían convertirse en grandes misioneros (33).

La poligamia consternaba igualmente a los Padres. Multiplicándose la tribu en la convivencia familiar de la toldería y por la alianza entre salvajes de la misma estirpe, el casamiento monogámico y religioso se veía así dificultado por el grado de parentesco. Anchieta pedía que se ablandasen las leyes de la Iglesia, vedando al gentío nada más que el casamiento incestuoso en línea recta o en primer grado colateral (34). De otro modo sería una ambición irrealizable el cambio de concubinato en casamiento, sin el cual a las mujeres ya poseídas no era dado el bautismo.

A veces el amor libre de los naturales seducía a las propias mujeres cristianas. Una de ellas, casada, tuvo por amante a un salvaje, huyendo con él a la selva. Al ir a buscarla en nombre de la Iglesia, Anchieta habló a los dos con tan vibrante elocuencia que milagrosamente, según un biógrafo, «convirtió a la pecadora y persuadió a los gentiles a consumar las paces con los portugueses.»

Más perverso fué otro indio polígamo, al que los jesuítas habían negado como esposa cierta indígena bautizada. Seducido por alguna promesa o dádiva, su hermano la entregó, pero poco después, obedeciendo a los Padres, huyó la india cristiana. Como el jaguar a quien escapa la presa, el salvaje le siguió el rastro y la alcanzó. Sin embargo, no logró vencer su resistencia carnal, gélidamente inexpugnable, y enloquecido de rabia, esgrimiendo el cuchillo le cortó las lustrosas trenzas y arrancando de la hoguera un tizón le quemó los senos, el vientre, los muslos inviolables como puertas de bronce. Todo en vano. Más fuerte que el dolor, más pura que el fuego, la creencia proporcionó a la bravía mujer un halo de mártir. En el ámbito del templo, bajo la mano protectora de Anchieta, lo que había sido carne baboseada por la concupiscencia se transformó en flor intangible, y el sátiro, prorrumpiendo en amenazas de muerte contra el Apóstol, se sumió de nuevo en la selva insondable (35).

Era tremenda la lucha por la castidad en aquellos primeros días de la vida brasileña. Adoctrinada por Anchieta en el culto de la Virgen Madre, la devota del santuario de Piratininga,

bravíamente incorruptible, desafiaba el libertinaje del hombre primitivo, el selvícola, y el del hombre barbarizado, el colono. Ni azote, ni puño, ni puñal, nada vencía a la frialdad, a la esquivez, a la reacción desesperante. En no pocas ocasiones, a los gritos de una india violada acudían las compañeras, castigando al temerario fauno, al que dejaban inerte y sangriento, casi muerto en el barro, entre hojas tan muertas como sus deseos. Guerra de los sexos, implacable, a la sombra piadosa de la cruz... Lacerados por las uñas, heridos por los dientes de la india, los machos abandonaban la para ellos terrible hembra, como si hubiesen estrechado contra su pecho, en vez de mujer, un tigre que rugiese y mordiera.

—¿Por qué no obedeces a tu amo? ¿De quién eres esclava? — decía a una de sus hermosas cautivas un colono exasperado.

Y golpeada por el bruto, abofeteada, triunfante en la pureza de la carne dolorosa, replicaba la mujer:

—Soy esclava de Dios. Habla con El si algo quieres de mí.

Escenas como ésa reconstruían en cierto modo, para Anchieta, el martirologio de las primeras vírgenes (36).

* * *

No descansaba el demonio soez y hábil, omnímodamente corruptor. Por boca del gentío indomable, a través de la selva, susurraba a los catecúmenos que la intención de los jesuítas, al encerrarlos en la iglesia, era la de someter a los conversos a la esclavitud y a los infieles a la muerte. Al mismo tiempo los *mamelucos* de Juan Ramalho, habitantes de la villa de Santo André da Borda do Campo, a nueve millas de Piratininga, y mercaderes de esclavos indígenas arrebatados por todo el altiplano, no toleraban a los catequistas. Descubrían rivales en los fundadores del Colegio, cuya seducción, al congregar en sus residencias a los indios, soberbias «piezas de rescate», les perjudicaba el negocio y la fortuna. De ese modo se engendró el primer antagonismo del comercio y la catequesis en el Brasil.

La gente de Ramalho, como se afirma en las crónicas de la Orden, trataban de excitar a los conversos, echándoles en cara la cobardía de la sujeción a los Padres forasteros y desterrados.

Ese baldón, más que cualquier otro, afligía a los tupís, famosamente belicosos. Si es que habían de tener amos, proclamaban los *mamelucos,* que fuesen más bien ellos, combatientes de arco y flecha, que llevaban en sus venas la sangre y la furia de la ascendencia brasílica. La osadía de los *bandeirantes* palpitaba en la prole de Juan Ramalho, al que el Padre Leonardo Núñez había expulsado de la iglesia en 1549, negándose a celebrar el Santo Sacrificio en su presencia. Más tarde fué excomulgado.

Juan Ramalho, el hercúleo andariego de los orígenes coloniales, gran lenguaraz de la tierra y gran aliado de las tribus, padrejón inicial del cruzamiento lusoindígena, proliferaba desde el principio del siglo entre las indias del altiplano. Amante de una hija del cacique Tebireçá, antiguo señor de los campos de Piratininga, había acudido en 1532 al encuentro de Martín Alfonso de Souza, conduciendo a Bertioga el apoyo de trescientos arcos, que contuvieron la ola salvaje de tamoyos, ya empeñados contra el fortín de madera de los recién llegados. Con idéntica lealtad había guiado al jefe blanco hasta Piratininga, donde fué nombrado Capitán Mayor del Campo. Su ínfimo poblado, Santo André, se desarrolló tanto por la fecundidad y por la esclavitud en un decenio, que Tomé de Souza al ir a San Vicente en 1553 decidió hacer de la aldea una villa. Con el foso, los baluartes y la picota, Santo André da Borda do Campo tuvo por fin a Juan Ramalho de Alcalde Mayor.

Las inseguridades de la Historia del Brasil ven hipotéticamente en esa figura, ora un desterrado, ora un náufrago, a veces un traficante portugués o español, y en otras ocasiones uno de los grumetes abandonados a la tierra virgen por la flota de Pedro Alvarez Cabral. Al exhumarle el dudoso testamento, indujo a alguien a creer que había precedido a Colón en el descubrimiento de América (37). Un historiógrafo identificó a Ramalho con el bachiller de Cananea (38), y un erudito le reconstruyó en los garabatos de la firma el *kaf,* signo hebraico que delataba al judío (39). Pero todo eso es fantástico y contradictorio. Positivamente no concretamos sino que el antecesor de los *mamelucos,* alcalde mayor de Santo André, provenía del mismo tronco de Manuel de Paiva, sacerdote, hijo de no-

bles, y que aun en 1554, con su prole feroz de mestizos apenas bautizados, guerreaba a los jesuítas, conforme a la denuncia epistolar de Anchieta:

«. . . ciertos cristianos nacidos de padre portugués y de madre brasílica, que de nosotros están distantes nueve millas, en una población de portugueses, no cesan, conjuntamente con su padre (Ramalho), de emplear continuos esfuerzos para derribar la obra que, ayudándonos la gracia de Dios, trabajamos por edificar. . . — Este último (Ramalho) durante casi cincuenta años cruzó esta región, teniendo por manceba a una mujer brasílica de la cual procreó algunos hijos. . . — El Padre Manuel de Paiva, tratando de anular y aprovechar útilmente el parentesco de sangre, que supo existía *entre él y el padre de aquéllos,* pensó hacer de ese modo algo por él. — . . . observando que proseguían los más grandes escándalos a causa del indecoroso y disoluto modo de vivir, no sólo del padre sino también de los hijos, que se ayuntaban con dos hermanas y parientes, comenzaron a ejercer algún rigor y violencia con ellos, expulsándolos sobre todo de la comunión de la Iglesia. . . — . . . son de tal modo depravadas que nos persiguieron con el mayor odio, esforzándose en hacernos mal por todos los medios y modos, pero especialmente trabajando por volver nula la doctrina con que instruímos y preparamos a los indios, y moviendo contra nosotros el odio de ellos.» (40).

Así es la denuncia del jesuíta. Prestando oídos a los maldicientes, los indios de Maniçoba y de otras aldeas tomaron las armas y se levantaron contra los Padres, rugiendo a guisa de tigres sueltos. Pero de nuevo el Evangelio aplacó al salvajismo y contuvo la hecatombe.

San Andrés, pecadora villa del amor libre y de la fuerza libre, continuando la tradición bíblica de las ciudades exterminadas, injuriaba torpemente al ascetismo de Piratininga, con la que se amalgamó, más tarde (41). Era el pandemónium del mestizaje tenaz, rencoroso y depravado. Sus moradores vivían en el deleite carnal de la poligamia y del incesto. Reían a carcajadas ante los Padres, como respuesta a los anatemas proferidos contra su lujuria, e incitaban a los indios a retornar al placer de la carnicería y del canibalismo. Pintados con urucú,

esgrimiendo cachiporras, ellos mismos aplastaban la cabeza de los prisioneros, tomándoles el nombre, y ofrecían a los salvajes el cadáver. Impenitentes en su maldad, arrogantes en su paganismo, nada temían de cielos ni tierra. Al observársele a uno de ellos que sus desmanes llegarían a desafiar el juicio fulminante de la Inquisición, replicó el *mameluco:*

—Acabaré con las Inquisiciones, ¡a flechazos! (42).

En la altivez de la réplica fulguraba el orgullo ancestral de los tupís, que en plena tempestad, bajo la granizada de rayos, arrojaban flechas contra el cielo. Y de ese modo el villorrio de Santo André, terrible núcleo espiritual de las Reducciones, enfrentaba al Colegio de Piratininga con engreída rivalidad.

* * *

Como si los flagelos naturales debiesen agravar las torpezas humanas, sobrevenían enfermedades mortíferas y epidemias que diezmaban a los indios, mal adaptados al sistema de los aldeamientos jesuíticos, multiplicando con espantosa virulencia las infecciones trasmitidas por los blancos.

En los primeros años la pleuresía hizo estragos en los alrededores, y aquella mortandad la atribuyeron de inmediato los brujos al nuevo régimen católico, al abandono de las viejas creencias indígenas, al desprecio de los ritos y costumbres salvajes. Contra el demonio y las pestes los jesuítas decidieron realizar nueve procesiones a los nueve coros de ángeles. Hombres y mujeres concurrían al triángulo de Piratininga, en filas clamorosas, rezando, gimiendo, rugiendo, con sus cirios alzados y lagrimeantes. Caminaban los escolares doblegados bajo el peso de largas cruces o derramando su sangre en el delirio de las flagelaciones. Gemidos y preces, lamentos de catástrofes resonaban en el aire nebuloso y ceniciento.

Anchieta y sus discípulos guiaban a los penitentes, asistían a los moribundos, y hacían sangrías a los enfermos con objetos punzantes. Bajo la invocación tutelar de la caridad cristiana, el patriarca Ignacio de Loyola tranquilizó más tarde los escrúpulos de los religiosos, autorizando las sangrías eclesiásticas (43).

* * *

La consagración de los jesuítas conocía todas las pruebas. Frecuentemente, las mujeres indígenas, aun las vírgenes, roídas por la tenacidad repugnante y secreta de úlceras malignas, no tenían otros enfermeros. Una hermosa amiga del portugués, que había donado la iglesia y el colegio, tenía un cáncer en las vísceras. Era imposible intentar en ese caso las aplicaciones de barro caliente, usadas por los selvícolas (44). Con su olor mareante de putrefacción había progresado el mal y ahuyentado a los esclavos y a los hijos de la mujer condenada. Solamente dos jesuítas, el Padre Alfonso Braz y el hermano Gaspar Lourenço, dominando el repugnante olor, invencible en los demás, permanecieron arrodillados a la cabecera de la agonizante, y la velaron la última noche. ¿Qué importaba la horrible exhalación de la úlcera? De esa impureza tal vez mañana brotasen flores para el campo salvaje de Piratininga. Y el alma redimida por la creencia, purificada en ese dolor, sería acaso más que un lirio, balsámico y perfecto, abriéndose para Dios en la gloria invisible de Su jardín (45).

* * *

No pocas veces, soplando la *inubia*, un cacique tamoyo sembraba la discordia, y al encuentro de la turbamulta que se acercaba a Piratininga salían los catecúmenos. En una de esas refriegas, intimidados por la fuerza de los adversarios, los cristianos se sentían ya desfallecer, cuando la mujer del capitán de la aldea, persignándose, exhorta a los suyos a la lucha y les recomienda el gesto simbólico. A la señal de la cruz, huye el enemigo, salvándose todos los guerreros cristianos, menos dos, que no se habían persignado. En las sombras de la noche, sin embargo, los vencidos vuelven como las hienas, desentierran los cadáveres, que ellos suponen de los vencedores abandonados en el campo de batalla, desde donde los arrastran ansiosamente a su toldería. Olfateando la desnudez terrosa de los cuerpos todavía sangrientos, beben y danzan. Pero al través de la neblina, como al través de un sudario, apunta vagamente el día y a la palidez de la mañana fúnebre, los caníbales reconocen con horror, en la lívida faz de los muertos arrancados a la sepultura, a sus propios amigos o parientes... (46).

Otras veces, inesperadamente, en aquel recinto piadoso, sobrevenía el reflujo del alma colectiva a los apetitos canibalescos y a las prácticas inhumanas. Los indios conversos de Piratininga apresaron en guerra un valiente y carnudo guayaná y resolvieron matarlo y comérselo. No se haría esperar el sacrificio, para el cual ya estaba vestido y empenachado el sacrificador, cuando irrumpieron en la plaza el Padre Nóbrega y el hermano Anchieta, a quienes despertó el griterío de los catecúmenos en fiesta. Vociferaron en vano contra el pecado mortal de la antropofagia cometido a las puertas del templo: nada quería oírles el cacique Martín Alfonso, que presidía los preparativos de la ceremonia. Viejas caníbales, desdentadas, amontonaban leña para la hoguera. En derredor del guayaná. dispuesto a morir valientemente, continuaban las canciones, las libaciones y las rondas. Entonces, en un soberbio impulso de humanidad, Anchieta y Nóbrega, cruzando la plazoleta, desataron al indio cautivo, ahuyentaron a las brujas, apagaron el fuego crepitante y despedazaron las ollas de barro y las tinajas de vino. El cacique Martín Alfonso, iracundo, batió el arco y los pies en medio de la horda. Serían expulsados de allí los religiosos que así turbaban el desagravio de los guerreros de la tribu. Una vez más, sin embargo, triunfó la elocuencia del hermano Anchieta sobre los instintos feroces, y al día siguiente, arrepentidos, Martín Alfonso y todos sus indios cayeron de nuevo a los pies de los misioneros (47).

* * *

De tanto en tanto, la tragedia relampagueaba sobre el catolicismo de Piratininga, proporcionando a los jesuítas la sorpresa de las emociones teatrales.

Un indio fué invitado por su hermano para ir juntos en busca de un gran hechicero que en 1557 era el asombro de las selvas, arrebañando tribus ingenuas y medrosas. Bajo la mirada del brujo, penetrante como la de un fakir, los más impetuosos en la guerra temblaban. Un rollo de tabaco soplado por su boca trasmitía el poder de los espíritus malignos. Ese tremendo brujo, enemigo de los cristianos, amenazaba a Piratininga, y como el indio solicitado por el hermano ya había en-

trevisto la luz verdadera y escuchado a los Padres, no aceptó la invitación.

Al anochecer, ebrio de vino y de odio, el salvaje rechazado acuchilla tres veces al otro. Creyendo que hubiesen reñido por la mujer del primero de ellos, la suegra arremete contra la nuera. Se muerden las dos como fieras. Del fondo oscuro de la toldería un joven se precipita intentando separarlas, pero la vieja, enfurecida, le clava dos flechas en el vientre. Al verlo muerto, clamando desesperadamente huye hacia la negrura de la selva, blandiendo un tizón encendido. Pero vuelve al rato, silenciosa, y pide con humildad y tristeza que la maten para no atraer sobre los hijos la venganza de los parientes del muerto. A la mañana siguiente, al borde de la sepultura que él mismo había abierto, su primogénito amarra y ahorca con serenidad a la vieja india, coloca los dos cadáveres en la misma cueva, el de la criminal debajo, encima el de la víctima, y el olvido cae sobre los despojos, lúgubre, con el puñado final de tierra. Es la paz entre los vivos y los muertos, inquebrantable. Recién entonces, satisfecho con el matricidio, descansa el genio cruel y vengador de la tribu.

Capítulo III

LA HEREJIA, GRAN PESADILLA DE ANCHIETA

Juan de Bolés en San Vicente. — Perfil del aventurero. — Tragicomedia religiosa de la Francia Antártica. — Villegagnon y Bolés. — Expulsión de un teólogo como boca inútil. — Venganza. — «Monsior de Bolés», hereje. — Denuncia de sus herejías. — Investigación enviada con el reo a la justicia eclesiástica de Bahía. — Relaciones del hereje y el gobernador. — Bolés en la toma del Fuerte Coligny. — Nueva prisión, nuevo proceso que se aboca el Santo Oficio de Lisboa. — Juicio. — Penitencia en el monasterio de Santo Domingo. — El aventurero sigue de Portugal a la India y no vuelve más al Brasil.

A principios de 1558, en Piratininga, el Padre Luis de Gram recibió, firmada por *des Boulez,* la más original de las epístolas, en la que el signatario, ufanándose, alardeaba la magnificencia erudita de sus letras. Adolescente —decía— había tenido un maestro singular, del cual mucho había aprendido. Más tarde había cursado la escuela de los Piérides (48), bebiendo *inefables arroyos de sabiduría* en la fuente cabalística; penetró con los santos doctores en la profundidad de la Sagrada Teología; guiado por los Rabíes, hombres graves y puros, había descifrado los textos hebraicos de la Escritura, los libros más venerables de la Sinagoga. Como se encontraba ahora en San Vicente, deseaba platicar sobre cosas divinas y humanas con Luis de Gram, no bien se entrevistasen. Y la comunicación terminaba con un dístico, arrogantemente lanzado a la humildad cristiana de los misioneros de Piratininga (49). Anchieta la resumió en su carta del 1º de junio de 1560, al General jesuíta.

¿Quién era *des Boulez,* firmante de la extraña misiva? Un recién venido de Guanabara, el francés Jean Cointa o Cointac, académico de la Sorbona y aventurero de la Francia Antártica. Había llegado al Brasil, en 1556, con los demás forasteros de la expedición católica y protestante de Bois-le-Conte, so-

brino de Villegagnon, rey de América en pleno desierto y pleno espejismo. Inexplicablemente, a bordo Jean Cointac había adoptado el nombre de Héctor (50). Pasando a San Vicente, sin embargo, el aventurero prefirió llamarse *des Boulez,* nombre de su lugar de origen, incierto rincón de la antigua provincia de Champagne, y en vez de *monsieur Hector,* como era llamado por los compañeros, entre los portugueses fué *monsior* de Bolés, persona de estirpe y gentilhombre francés, después Juan de Bolés, nombre con el que entró en la historia del Brasil, donde todavía hoy provoca tanto ruido. Debemos relatar pacientemente el caso por la influencia que ejerció, adulterado como lo ha sido, sobre la memoria de Anchieta.

* * *

Juan de Bolés había llegado a la fortaleza de Bertioga en 1558, trayendo la noticia de la marcha de cinco o seis mil tamoyos aguerridos y acompañados por siete u ocho artilleros franceses, sobre la capitanía de Martín Alfonso de Souza, que Villegagnon había resuelto someter o arrasar. Expulsado del Fuerte Coligny por el Almirante, como boca inútil, el aventurero planeaba su venganza, refugiado con otros franceses en la aldea de Olaría, a dos leguas del reducto (51). El nuevo plan de Villegagnon dióle oportunidad para la fuga y para la venganza. Al grito de guerra de los tamoyos, simulando entusiasmo, Juan de Bolés partió en la expedición organizada contra San Vicente. En el camino, sin embargo, se adelantó a la ola salvaje, engañó a los centinelas de la vanguardia y con ellos fué en canoa hasta los muros de Bertioga. Allí delató el peligro al capitán, que pudo reunir y concentrar de inmediato a toda la indefensa gente diseminada por la campaña. Habiéndose salvado la colonia, Juan de Bolés fué aclamado por los colonos como benefactor de San Vicente. Por él conocían ya el peligro de la Francia Antártica y en él, poco después, conocerían el de la Francia herética, en lucha con los jesuítas.

Era un hombre jovial e intrépido, vanidoso y locuaz, díscolo y voluble. Tipo de fanfarrón, mercenario y letrado, sin servir para nada o apto para todo, según el ambiente y las circunstancias. Tenía listo el desafío, el discurso entremezclado

de anécdotas o ironías, el argumento fácil de los contradictores habituales. Se servía de la espada con arrojo, de la pluma con esmero, de la intriga con astucia, y una ambición capaz de todas las maldades, de todas las osadías, le enardecía el alma ávida de oro y de poder. Algo de enfático y de cínico al mismo tiempo había en su impetuosa aunque inconstante personalidad. Doctorado por la Sorbona, Juan de Bolés enseñaba las artes liberales, el latín, el griego y el hebreo. Manejando correctamente el castellano, se entregaba a la oratoria entre los colonos portugueses. Conocía los textos divinos y clásicos. Poseía todo el saber de humanidades, atributo del siglo XVI, y todas las ideas políticas y religiosas de la época. En su jactancia no dejaba de ser fascinador, como José de Anchieta lo reconocía. El vulgo se maravillaba de tanto saber y tanta elocuencia, dotes pregonadas por Bolés (52).

* * *

¿Sería un dominico renegado? (53). ¿O quizá le había sido prometida, entre los fieles de Guanabara, la dignidad episcopal? (54).

Juan de Bolés afirmaría más tarde, ante el obispo de Bahía, no haber profesado, ignorando, sin embargo, si el cardenal de Borbón, al impartirle la confirmación en la iglesia de Brunel, cuando era todavía una criatura, no le había conferido las órdenes eclesiásticas (55). De todos modos, la religión era en él una idea fija, el objeto de sus controversias, el elemento de sus aspiraciones. Venido a la Francia Antártica, había pretendido Bolés la superintendencia del episcopado y nunca perdonó el veto, opuesto a esa candidatura, por los dos pastores ginebrinos, sus compañeros de viaje, Pedro Richier y Guillermo Cartier.

Y bien, la fe católica de Villegagnon, eclipsada tan sólo momentáneamente por adhesión ostentosa pero insincera a la Iglesia de Ginebra, no tardaría en hostilizar a los calvinistas. Juan de Bolés, todavía *monsieur Hector* o *Jean Cointac,* en el consejo administrativo, fué el demonio sagaz y sutil, rencoroso y persuasivo, multiforme e implacable, que encendió la dis-

cordia entre los dos ministros de Calvino y el antiguo Caballero de Malta, seducido por su facundia.

En prédicas y debates, revivía bajo las palmeras de la Francia Antártica las horas de controversia teológica y erudita de la Sorbona. Desdeñosamente empequeñecía el saber de Pedro Richier y Guillermo Cartier, fascinando cada vez más al Almirante, ya inclinado a las opiniones del soberbio contradictor. Cuando se celebró la Santa Cena por primera vez, Bolés y Villegagnon exigieron el uso del pan sin fermento y del vino con agua, la vieja práctica de Justino Mártir, Ireneo, Tertuliano y Clemente, que había sido amigo de los Apóstoles. Desatendidos por los ginebrinos, insistieron en su propósito, logrando asimismo, a escondidas, mezclar un poco de agua al vino del ritual. Pero luego, aparentemente contritos, participaron de la Santa Cena, habiendo Juan de Bolés, antes de la ceremonia, abjurado del Catolicismo en plena iglesia, por exigencia de los pastores calvinistas (56).

El acuerdo fué momentáneo. Sintiéndose humillado y confundido, Juan de Bolés instigó solapadamente el orgullo de Villagagnon, en los días más temibles, contra la autoridad litúrgica y doctrinaria de los ministros evangélicos. Abrasados por el demonio de la contradicción, rebeldes todavía al catolicismo ortodoxo como asimismo al calvinismo integral, resolvieron fundar la Iglesia de Guanabara, insumisa a la de Roma y a la de Ginebra, independiente de ambas, aunque heterogénea, combinando en un rito fórmulas de una y de otra. Como figurase el bautismo con agua y sal, óleo y saliva, entre los artículos del nuevo estatuto ideado por ellos, Pedro Richier, discurriendo sobre la materia, calificó de imprudentes y falsarios a los corruptores del sacramento de la Iglesia Primitiva. De insensatez y herejía, a su vez, los dos franceses habrían acusado a los ginebrinos. Estalló el conflicto. Villegagnon, que era un hombre de voluntad colérica y despótica, injurió a los ministros ante la congregación, llegó a odiar su presencia y dejó de comer con ellos y de orar en el templo. La mediación de algunos colonos influyentes, sin embargo, obtuvo de los beligerantes un armisticio, durante el cual sería llevado ante las Iglesias Reformistas de Francia y de Alemania el examen de la controversia

por el ministro más joven, Guillermo Cartier, silenciando la ausencia del compañero más viejo sobre los puntos litigiosos. El anunciado regreso de la flotilla de Bois-le-Conte facilitaría el viaje.

Esta vez tampoco había de durar el acuerdo entre las dos facciones. Apenas desplegaron las velas con rumbo a Francia las naves de la expedición Bois-le-Conte, Bolés y Villegagnon dijeron a los ginebrinos, cuyo emisario acababa de partir, que sólo aceptarían el juicio de la Sorbona. Bolés, poco antes, había desposado a una huérfana que le aportaba como dote la herencia del padre, mercader en Roquette de Rouen, cuyos bienes, inestimables en el comercio con los indios, consistían en cuchillos, peines, espejos, anzuelos y otras chafalonías. Todo era propicio al aventurero en ese momento nupcial. El amor y el odio triunfaban en su plan de venganza y fortuna.

* * *

Mientras tanto, habían comenzado las persecuciones y atrocidades cuya historia mancha el nombre de Villegagnon, *Caín de América,* según el anatema de la Iglesia Reformada. Juan de Bolés intrigaba y sonreía diabólicamente en el incendio que él mismo había atizado. Pero no tardó su eclecticismo inconstante en desagradar al catolicismo renaciente de Villegagnon, ya por entonces devoto restaurador de varios artículos de la Santa Madre Iglesia: la eucaristía, el culto de las imágenes, las oraciones por los muertos, la creencia en el purgatorio, la misa. En efecto, los accesos de ira del Almirante, dos veces apóstata, anunciaban el martirio al que en breve serían condenados los hugonotes Jean de Bourdel, Mathieu Verneuil y Pierre Bourdon, precipitados al mar desde lo alto de una roca por el verdugo. Imprevistamente, cierto día, Bolés fué expulsado como boca inútil.

Desterrado a una aldea remota, entre salvajes, Bolés maldecía la hora en que había conocido a Villegagnon, y rumiaba su venganza: aniquilar por la traición al traidor. Ahora bien, la vecindad de los lusitanos en San Vicente propiciaba el desquite. Jean Cointac, transformándose en el prestigioso *monsior* de Bolés, o sólo Juan de Bolés, insatisfecho aún con el aviso

que había traído al capitán de Bertioga, quería ir en la primera oportunidad a la ciudad de Salvador, a ofrecer a Mem de Sá, gobernador del Brasil y esforzado guerrero, todos los pormenores y todos los ardides necesarios para el asalto y la conquista del fuerte Coligny. Al prever las murallas destruídas y a Villegagnon ahorcado en las altas vergas de un galeón portugués, el aventurero sentía dilatársele el alma en el orgullo de su desagravio.

Pero la contradicción fundamental del espíritu de Bolés en asuntos religiosos no era menos imperativa que el odio. Entre los calvinistas de Río más de una vez se había inclinado hacia la ortodoxia católica, así como entre los católicos de San Vicente pregonaba los errores del Papismo y las glorias de la Reforma. Lo hacía con elocuencia tan persuasiva y peligrosa, desviando tanto a los simples del verdadero camino de la Iglesia, que en 1560 su herejía alarmó a los jesuítas de la Casa de Piratininga, donde el castellano Pedro de la Cruz repitió al Padre Luis de Gram lo que ya había comunicado a otros en Santo André da Borda do Campo, acerca del hereje francés *monsior* de Bolés. En ese testimonio, escrito por Anchieta, las palabras infernales del réprobo desafiaban la ira celestial.

Heréticamente propalaba *monsior* de Bolés que la Iglesia de Roma valía tanto como la de Lisboa o París, que tanto valía un obispo como el Papa, hombre rodeado por otros hombres impuros y ávidos, sumisos al poder del dinero. Habiendo destinado Nuestro Señor a Pedro a la conversión de los judíos y a Pablo a la de los gentiles, Pedro no habría sido tan desobediente que abandonase la tarea de evangelizador por el oficio de Papa durante veinticuatro años. Las bulas mentían y las indulgencias eran actos de compra y venta. Toda la verdad residía en la Biblia y no había más santos que los Apóstoles, ni tampoco Purgatorio, sino nada más que Cielo e Infierno. Redimidos por la sangre de Jesús, únicamente nos habríamos de salvar por Su pasión y misericordia, no valiendo nada para tal fin las buenas obras. Por ser un estado más perfecto que el celibato, se imponía el casamiento del clero. La presencia de Jesús en la hostiria no pasaba de constituir una ficción, y la Cena luterana sobrepujaba evangélicamente a todas las misas.

Los conjuros y anatemas de los curas no le inspiraban más que carcajadas, de modo que por un maravedí la Iglesia Romana podía excomulgarlo todas las veces que se le antojase. Nadie debía confesarse a los clérigos, pecadores tan débiles como los demás por su humana naturaleza, y sin prestigio celestial para absolver. Nadie debía abstenerse de carne los viernes y los sábados o durante la cuaresma: el verdadero cristiano sólo guardaba el domingo. Lutero y Calvino eran dos hombres superiores, y la preeminencia de la Reforma, incontestable en Francia, no tardaría en serlo en Castilla y Portugal.

Así hablaba el hereje a la católica grey de los jesuítas.

Habiéndole llegado noticias de aquellas y otras herejías, Luis de Gram bajó de Piratininga hasta la colonia en la que la lepra diabólica del francés le había contaminado el rebaño. Juan de Bolés, al recibir al sacerdote, con invectiva sonora le reprocha el haber despreciado el doctrinamiento de los colonos por la catequesis de los indios. Era un germen de Satanás caído en terreno fértil: ya los viejos feligreses de la colonia, seducidos, aplaudían al hereje, desertando de la Iglesia Católica. «Tanta autoridad consiguió (Bolés) de repente ante ellos —informa José de Anchieta—, que mucho decreció la del Padre.» El catolicismo de San Vicente y de Piratininga se estremecía en sus nuevas y frágiles bases, casi hasta arruinarse. Ansiosamente Luis de Gram pidió al vicario Gonzalo Monteiro que se opusiese a la disidencia de los católicos y amonestase al pueblo en sermones, acabando hasta por denunciar a *monsior* de Bolés a las justicias eclesiásticas. Pero la influencia del jesuíta había declinado, y su libelo fué reprochado como muestra de rencor y despecho. Cerrados los autos de la primera instrucción, Luis de Gram insistió en la denuncia y se renovó el proceso. Anchieta depuso más tarde contra Juan de Bolés.

* * *

El hereje fué remitido al obispo de Bahía, pero aquél no era hombre para turbarse en el peligro. Llegado a esta ciudad, buscó a Mem de Sá, le denunció los planes de Villegagnon, le sugirió el modo con que podrían someterlo los portugueses, y se convirtió en huésped y amigo del gobernador.

En la primera expedición contra Guanabara, en 1560, Mem de Sá lo llevó consigo a bordo de la misma *nao* en que llevaba al Padre Manuel de Nóbrega, y por cierto *monsior* de Bolés peleó bravamente e ilustró al gobernador en la zona del fuerte Coligny (57). En 1564 y replicando a la acusación ante la Inquisición, el francés habría de agregar que había sido herido en Río por las flechas de los tamoyos y perdido más de tres mil cruzados de su peculio. Mem de Sá apreciaba su traición y los jesuítas lamentaban que la política, en ese caso alarmante, se sobrepusiera a la piedad. El propio Anchieta experimentaba el menosprecio inconfesable de los cristianos a la causa de la Fe.

Después de la batalla, Juan de Bolés se creía acreedor a una indemnización regia por el daño de su fortuna, así como también a premios del soberano por sus buenos servicios de guerra. Se aprestaba para zarpar hacia la metrópoli, abandonando las aguas de Santos, refugio de toda la flota, el galeón comandado por Estacio de Sá. En él partió Bolés pero, forzada por el temporal, la *nao* arribó a la Bahía del Salvador, y el obispo don Pedro Leitao mandó prenderlo a bordo y conducirlo a la cárcel de la ciudad, en la que permaneció, reo de juicio eclesiástico, hasta 1563, cuando lo remitieron a la justicia de los inquisidores de Lisboa.

Turbulento y arrogante, enfurecido por la imprevista reclusión, Bolés repitió en la cárcel las viejas herejías. Más tarde, arrepentido en ocasión del primer interrogatorio, sostuvo que no había hecho más que referir opiniones ajenas, oídas a los ginebrinos. Pero el hereje se traicionaba inmediatamente después, al poner restricciones a la autoridad pontificia, disintiendo en materias de eucaristía, ayuno, adoración de la Cruz y de las imágenes, celibato de los curas, resoluciones de los concilios, sentencias de los papas, y conceptos emitidos por los Santos Doctores ante las Escrituras. Se comprende que, en lugar de una convicción dogmática o de una más profunda fe tranquila o ardiente, había en el francés algo así como un eclecticismo religioso entre el luteranismo y el catolicismo y la Iglesia de Roma y la de Grecia, intentando mezclar y fundir, sin resultado, la exégesis y la tradición, la

indisciplina y la autoridad, el pensamiento de las nuevas sectas y el espíritu del Vaticano.

Ante el obispo, en el segundo interrogatorio, demostró conocer los diez mandamientos, los siete pecados capitales y la doctrina cristiana, el Credo, el Padrenuestro y el Ave María, pero no supo rezar la Salve.

* * *

A fuer de vanidoso e impulsivo y comprometiéndose todavía más, escribía en español al obispo Don Pedro Leitao una carta enfática y sardónica, quijotesca y escaldada a medias. En ella se proclamaba descendiente de Júpiter de Creta por la línea colateral, por Hércules Tebano y los doce Ptolomeos de Egipto. «...siendo niño —dice— me daban pan con una mano y azotes con la otra y ahora, que soy soltero, siempre llevo libro o espada. No aprendí las letras para ganar con mi sabiduría, sino que estudié las profanas por mero pasatiempo y las religiosas para descanso de mi conciencia. Mientras tanto, puedo afirmar a vuestra señoría que anduve por Francia, España e Italia sin hallar mi rival o semejante, ni aun a la distancia de una legua, en metafísica, profundidad de la Sagrada Escritura, especulativa profana y teología práctica.» El sabiondo se jactaba además de haber aprendido de memoria todos los comentarios de los antiguos doctores, hebreos, griegos y latinos.

Querían los jesuítas arrastrarlo a la hoguera sin más dilaciones, pero de pronto llegó una orden del cardenal-infante, Don Enrique, llevando el proceso Bolés a conocimiento de la Inquisición de Lisboa. El reo partió a bordo de la *nao Barrileira* y el 28 de octubre de 1563, en aquella ciudad fué entregado a Pedro Fernandes, alcaide de la cárcel de la Santa Inquisición. Ya en 1562, el Padre Leonardo Valle informaba en su carta anual: «El *monsior* de Bolés deja de ser quemado por haber sido remitido al cardenal.»

* * *

Oído por los inquisidores del Santo Oficio de Lisboa, Juan de Bolés insistió al principio en las mismas declaraciones de

amor filial a la Santa Madre Iglesia. Sin embargo, no tardó la confesión parcial de las viejas culpas, seguida por la confesión de fe en la verdad infalible de la Iglesia Romana. El hereje se decía autor de un libro contra moros y judíos, intitulado *Colloquio de João, senhor de Bolés, com Alchana de Farao, capitão turco.* Antes de eso, alegaba haber compuesto en Río de Janeiro una disertación contra Calvino y sus obras.

Pero no se contentaron los inquisidores, minuciosos y terribles. Vinieron otros interrogatorios y otras confesiones. Punto por punto confesó Juan de Bolés al Santo Oficio todas las herejías que le habían imputado los católicos del Brasil. En su acusación y por dos veces el procurador fiscal pidió la condena del renegado, y por fin el 12 de agosto de 1564 apareció el Acordam proferido por los Inquisidores Ordinarios y delegados de la Santa Inquisición, estableciendo que el reo había sido hereje luterano y había incurrido en excomunión mayor y en las otras penas establecidas, pero visto que había confesado sus culpas e implorado perdón, los jueces aceptaban ese reo acto reconciliatorio, mediante abjuración de los «heréticos errores y cumplimiento de la penitencia impuesta.»

Abjurando los errores, Juan de Bolés entró al monasterio de Santo Domingo como penitente. No habían transcurrido tres meses, sin embargo, y Su Alteza consintió que cumpliese el resto de la penitencia en libertad. Los dominicos certificaron su conducta ejemplar en el monasterio.

Dos años después de la sentencia, en 1566, fué editada por el impresor Marcos Borges, de Lisboa, la versión portuguesa de un opúsculo del fidalgo francés J. Cointha, señor de Boulez, *Paradoxo ou Sentença Philosophica Contra a Opinião do Vulgo: que a Natureza não faz o Homem, senão a Industria.* Con este opúsculo desapareció de la circulación esa personalidad contradictoria, insumisa y teatral.

Durante toda su vida, Anchieta no olvidó al hombre singular que había constituído la pesadilla de la Escuela de Piratininga y del Colegio de San Vicente. Le comprobó los rastros, le averiguó el destino y, en 1584, en la vetusta *Informaçao do Brasil e das suas capitanias,* que ilustres investigadores le atribuyen (58), resume para la historia el caso origi-

nal de Bolés, permitiéndonos entrever el oscuro epílogo en la India misteriosa y remota:

«Uno de los moradores de esta torre era un Joannes de Bolés, hombre docto en las letras latinas, griegas y hebraicas y muy leído en las Sagradas Escrituras, pero gran hereje. Este, con miedo de Villegagnon, que intentaba castigarlo por su herejía, huyó con algunos otros a San Vicente, en las canoas de los tamoyos que allá iban para la guerra, a pretexto de ayudarlos, y habiendo llegado a la fortaleza de Bertioga, se metió en ella con los suyos y se quedó en San Vicente. Allí comenzó en seguida a vomitar la ponzoña de sus herejías, a lo cual se resistió el Padre Luis de Gram y lo hizo remitir preso a Bahía, y de ahí fué remitido por el obispo Don Pedro Leitao a Portugal y de Portugal a la India, y nunca más apareció.»

* * *

Juan de Bolés jamás retornó al Brasil, conforme al testimonio del Padre Anchieta de 1584. No obstante, por un error fatal de los panegiristas como veremos en otro lugar, se propaló que había sido ejecutado en Río de Janeiro en 1567 y que José de Anchieta, evangélicamente, había sido el redentor de su alma y el instructor de su verdugo, al pie de la horca...

Capítulo IV

EL TAUMATURGO DE PIRATININGA

Martirio de los Hermanos Pedro Correa y Juan de Souza. — Principio de una leyenda. — Padres y brujos. — El taumaturgo-beluario.

Ya el primer año evangélico de Piratininga, 1554, proporcionó al *Flos Sanctorum* del Brasil dos mártires: los hermanos Pedro Correa y Juan de Souza, coadjutor.

Por mandato de Nóbrega y en compañía del Hermano Fabián, los dos habían partido el día de San Bartolomé, 24 de agosto, para descubrir la nación de los ibirajaras, indios monógamos, famosos por su decencia y por la templanza y suavidad de sus costumbres, para facilitar el camino a unos nobles españoles que temían a los antropófagos, al ir con sus esposas a la Asunción del Paraguay, y finalmente para reconciliar a los tupís y los carijós de Patos que estaban en guerra. Pedro Correa, discípulo de Anchieta y hombre de buen linaje, afecto al idioma y al trato de los indígenas desde cuando tenía por oficio acometerlos y cautivarlos, en 1549 había ingresado a la Compañía de Jesús, convertido a influencias del Padre Leonardo Núñez. Hasta había sido uno de los fundadores del Colegio de San Vicente al cual donó sus tierras, como había donado a los niños su rebaño (59). Elocuente, intrépido, incansable, a medianoche reunía a los indios, predicando bajo las innúmeras estrellas, y el sol de la mañana brillaba al terminarse su prédica. Después de haber sido temido como perseguidor de las tribus, era amado como apóstol de las selvas.

En el puerto de los tupís, hoy Cananea, la misión fué una doble victoria. Pedro Correa aseguró el tránsito de los castellanos y obtuvo el compromiso de paz y aun la entrega de dos cautivos amarrados para el cebamiento y el festín. Allí dejó

al hermano Fabián como enfermero de uno de esos últimos, un español prisionero de los tupís en la última guerra, y el 5 de octubre partió con el hermano Juan de Souza en procura de la tierra de los carijós. Todo fué propicio a los dos enviados de la fe y de la paz, que solamente no consiguieron acercarse a los ibirajaras cuyas aldeas remotas, con el alarido y la sorpresa de la guerra en los caminos, se habían vuelto inaccesibles.

Decidieron entonces regresar, pero el odio los venía persiguiendo. Un castellano perverso y libertino, a quien el Padre Manuel de Chaves o el propio hermano Correa había salvado de la muerte (60), y que no perdonaba a los jesuítas la conversión de una hermosa india, apartada de él para la Iglesia, denunció los peregrinos a los carijós versátiles e incrédulos, como espías de los tupís. Furiosamente salen los indios a la caza de los misioneros, hallan a los dos en la planicie, rezando, apoyados en sus bordones. Voces atronadoras irrumpen de la selva y zumban flechas por el aire. Juan de Souza, arrodillado, con un ligero cesto de piñones suspendido del brazo, cae bajo las primeras saetas, invocando los nombres de Jesús y de María. Pedro Correa implora, agita los brazos al ver al compañero asesinado, pero en seguida lo traspasan decenas de flechas. Le vacían los ojos, le criban los costados, le rompen el corazón. Y asaeteado por los indígenas, bendiciendo el martirio como San Sebastián de Narbona entre los flecheros paganos, sucumbe el más grande discípulo de Anchieta.

Cuando la noticia llegó a Piratininga, los indios prorrumpieron sombríamente en lágrimas y clamores. De puerta en puerta, lastimero e inconsolable, desde la medianoche hasta el alborear, gritaba Tebireçá, el cacique Martín Alfonso:

—Murió el señor del lenguaje, aquél que siempre nos decía la verdad y nos amaba de todo corazón. Murió nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo. (61).

Los jesuítas, sin embargo, no lloraban, sino que decían oraciones por los dos mártires. Secretamente, ahogando su pena, todos ellos deseaban idéntica gloria cristiana: morir por su ideal. José de Anchieta escribía. «...mucha consolación nos causó esa muerte y pedimos otra semejante al Señor, y

ahora creemos que El quiera fundar aquí su Iglesia, labrándole tales piedras para su cimiento.» (62).

* * *

La naciente iglesia de Piratininga, floreciendo ya en el martirio, muy pronto produciría el milagro, que es la dádiva necesaria de las iglesias a la comunidad. Personalizando esa tendencia, habría de formarse poco a poco, creado espontáneamente por la fe, un centro de gravitación espiritual, el adivino, el oráculo, el taumaturgo, para el deseo colectivo de otros bienes mundanos y de otra vida celestial.

Con su voto de pureza inquebrantable, su caridad y su medicina, su saber de las cosas naturales y de la lengua tupí-guaraní, su melodioso encanto de poeta-adolescente, su relieve de maestro de escuela, todavía tan joven, de los indios y de los Padres, Anchieta fascinaba a colonos y salvajes y a los mismos hermanos jesuítas. Irradiando hacia la tenebrosa ignorancia del gentío, fué el héroe-civilizador y el curandero-mago. Surgiendo para el catolicismo peninsular de los blancos, visionarios y supersticiosos, fué el profeta y el apóstol de la nueva iglesia.

Del polvo de sus sandalias nacióle el primer milagro. Después del Padre Leonardo Núñez, al que los indios llamaban *Abaré-bebé* (*), no había otro andariego como él para distanciar a los religiosos por meandros y escarpas. José de Anchieta era el gran explorador de la Orden de Loyola y alguna de esas caminatas prodigiosas dió principio a la leyenda, según la cual hizo treinta leguas en el breve espacio de una noche, yendo de Piratininga a San Vicente y regresando de aquí con la Bula del Jubileo para la fiesta del patrono de Ibirapuera. Comenta su biógrafo Simón de Vasconcellos: «O fuese que en este breve tiempo anduviese treinta leguas, que tantas había de ida y venida, o que algún Angel lo administró en el camino, sea lo que fuese, no puede ser sino milagro.»

(*) Expresión guaraní cuya traducción es *Padre volador*. (*Abaré:* padre, sacerdote; y *bebé:* que vuela). Epíteto dado al Padre Leonardo Núñez por los indios guayanáz como alusión a su continua movilidad a través de la escarpadísima Serra do Mar. — *N. del T.*

Otras noticias circularon después de eso, atribuyéndole facultades maravillosas siempre contestadas por Anchieta. Divulgábanse casos anchietanos de premonición, videncia y éxtasis. Hubo quien dijese, puertas adentro del Colegio, que la celda de José de Anchieta resplandecía en la alta noche como lugar del Paraíso. Sería quizá la fosforescencia de las luciérnagas, llenándole de estrellas el refugio abierto a los enjambres (63). Todo rodeaba de apariciones, sin embargo, la mentalidad primitiva que, en su absoluto desconocimiento de las leyes naturales, es más dada que cualquier otra a la confusa germinación de los mitos y las leyendas. El animismo del salvaje, al poblarle el caos interior, se manifestaba doblemente por la imaginación, actividad productora de espíritus, genios y fantasmas casi siempre malignos, y por la ciega obediencia a los brujos, que traían al alma indígena suspensa entre la esperanza y el terror de anuncios, predicciones y amenazas.

Esa mentalidad crepuscular no distingue al hechicero del sacerdote, al brujo del misionero, al *pagé* del *abaré,* sino para ver o suponer en el religioso, intrépido evangelista de las breñas, poderes más eficaces sobre los vientos y las nubes, las alimañas y las sementeras, la vida y la muerte de los hombres. Se trabó el conflicto desde el principio entre los soldados de Cristo y los siervos de *Anhangá,* príncipe de las tinieblas y de las selvas, al que los primeros llegaban para arrancarle el gentío, esclavo del instinto y del miedo. ¿Cómo libertarlo sin amoldar a veces al espíritu cristiano prácticas y fórmulas salvajes aunque con seguridad las únicas eficientes o absorbentes? Educadores y psicólogos, así lo comprendieron los jesuítas desde la iniciación de la catequesis.

Oráculo, adivino, curandero, intérprete de sueños, traductor de visiones, el brujo de las tolderías cedió su lugar, a mediados del siglo XVI, en el alma bravía del indio, al sacerdote mágico y perfecto cuyo ritual, con otros símbolos, otras ceremonias y otros poderes, había oscurecido el prestigio de las maracas y de los nigromantes cuando el Padre Nóbrega hubo vencido, en el famoso encuentro de 1549, al mayor hechicero de los sertones y a ochocientos adeptos de la hechicería cobriza.

En plena zoomorfia, los tupís veían en el tapir la madre soberbia de la raza y multiplicaban en sus fabulosos orígenes las leyendas animales del jabotí, del zorro, del tigre y del gigante *Caápora.* A los pies de otros gigantes legendarios, el Anchieta milagroso, proyectado en sombras y reflejado en ecos en la imaginación autóctona, las estampas agiográficas abandonarían más tarde, quieta y sumisa, toda esa animalidad voraz que corporizaba los apetitos y la fuerza inconsciente de las tribus. De inmediato, sin embargo, cercado realmente por fieras deslumbradas ante su mirada fascinadora en Piratininga, es él el taumaturgo-beluario de la catequesis, domador cristiano y veloz de los grandes carnívoros de la selva.



Capítulo V

EL MAESTRO Y EL CANTOR POPULAR DE SU FE

Trabajos y vigilias de maestro de escuela. — Anchieta catequista y gramático. — Escritor y poeta. — Anchietanas. — El ciclo de la Virgen y el poema de Iperuig. — Diálogos y cantos populares. — Ceremonias de la Iglesia de Piratininga. — El Auto da Pregação Universal. — *Anchieta y la nube. — Sugestión. — El superhombre de la catequesis.*

Agobiado de nuevas tareas, asaltado por nuevas preocupaciones, Anchieta iniciaba en Piratininga el ciclo espiritual de la santidad. Como en Bahía, la tarea de maestro de escuela había sido la primera de las misiones que se le confiaron en el colegio de San Pablo, dirigiendo el aula de gramática, dividida en tres clases y desdoblada en humanidades.

En esa escuela y según el Padre Simón de Vasconcellos, Anchieta tuvo como discípulos a doce religiosos de la Compañía, es decir a Pedro Correa, Manuel de Chaves, Gregorio Serrao, Alfonso Braz, Diego Jacome, Leonardo del Valle, Gaspar Lourenço, Vicente Rodrigues, Braz Lourenço, Juan Gonçalves, Antonio Blasques y Manuel de Paiva, sin contar los seminaristas de San Vicente, los jóvenes y niños aborígenes, los mestizos de peninsulares e indias y la prole analfabeta de los colonos. Era tanta la asistencia al aula de Anchieta que ya no le alcanzaba el día, agobiada la tarea del maestro por los deberes piadosos del creyente. Como le faltaban compendios de arte latina, él mismo, infatigable, trazaba la lección para cada neófito, en largas noches de vigilia, escribiendo penosamente muchas veces hastá el rayar de la aurora, y sustituyendo con sus cuadernos a los libros escolares.

Para nuestra tradición, el más opulento de los pergaminos no vale lo que el más pobre de aquellos manuscritos. En efecto, el alma religiosa de Anchieta daba cada mañana al Bra-

sil futuro, sacrificándole las horas de sueño y de oración, letras en las que fulgían destinos de otras generaciones, humanizadas por el verbo (64).

Al mismo tiempo, con sus discípulos salvajes, el misionero aprendió en seis meses el tupí, adquisición fundamental para los designios de la catequesis. En la incertidumbre de la cronología, recurrimos a probabilidades, haciendo notar que Anchieta ha de haber compuesto en Piratininga, en ese orden de conocimientos filológicos, el *Arte de grammatica da lingua mais usada na costa do Brasil,* el vocabulario y el catecismo, y quizá una sinopsis de valores comparativos entre el latín, el portugués, el español y el tupí. Ha de haber confeccionado amorosamente en ese período sus instrucciones para los casos de confesión y penitencia, como asimismo para los de socorro espiritual a la gentilidad bautizada y agonizante. Aun es probable que de la escuela de Piratininga saliese la traducción de los misterios de la fe cristiana, en diálogos (65). Los instrumentos más necesarios a la catequesis, en sus orígenes, habrían sido delineados en esa forma por José de Anchieta.

* * *

Copiosa y constante, bajo otras formas, la producción anchietana va desde la mentalidad auroral de los veinte años, en Piratininga, hasta los pensamientos y las visiones crepusculares de Reritigbá. Dispersándose casi toda en hojas sueltas e instantáneas, al apuntar su iniciación con la timidez religiosa de la obediencia, no contenía sino raramente aquel interés humano que eterniza a las letras del pasado. Muchas de esas poesías arcaicas, inanimadas en la frialdad de su corrección latina o vernácula, hoy no dicen nada más al espíritu o a la sensibilidad. Factores ocasionales le circunscribían ya el destino a la fiesta de una aldea, al adoctrinamiento de un cacique, o a la recepción de un visitador.

En vano la bibliografía procura reconstruirlas y coordinarlas, escudriñando en los archivos de la Orden. ¿Cuántas cartas no se habrán perdido al acaso de un soplo, de una llama, de un gesto, o devoradas por la polilla de los viejos códices polvorientos, como el libro de los hechos de Mem de Sá, com-

puesto en verso heroico y latino (66), o sus apuntes sobre los primeros misioneros de la Compañía de Jesús venidos al Brasil? (67). ¿Cuántas no han impugnado hoy la fidelidad de su traducción al portugués (68), o no resurgen ellas como hipótesis eruditas? (69). Una edición actual de las *obras completas* de Anchieta, aunque reuniese los trabajos dudosos, sería en realidad la *más incompleta* de las colecciones. No sabemos hasta dónde los inéditos existentes en los archivos de la Orden, los descubrimientos de los bibliófilos o las fotografías de textos, todavía no divulgadas en el Brasil, podrían modificar nuestro concepto.

De cualquier modo, la variedad anchietana comprende, además de los trabajos didácticos, ya recopilados o apenas indicados, las cartas, los cantos (70), autos y misterios (71), sermones (72), un poema religioso (73), un poema heroico (74), y las biografías que constan en la lista de Sotivel.

En el género epistolar discriminamos las cartas meramente eclesiásticas, informes de la catequesis, y las que fueron escritas acerca de la naturaleza o de la formación del Brasil colonial. Entre los documentos más antiguos de nuestra historia, dan relieve a su autoridad con el provecho de una lectura singular. Medida, claridad y sencillez caracterizan al lenguaje, y de tanto en tanto el estilo es fuerte, flúida la narración y feliz la observación. En armonía con los ideales cristianos, evangelizadas las tribus, resalta por momentos el poder mental del *homo sapiens,* trasluce la pasión del conocimiento directo y objetivo de que dan fe los sentidos con agudeza, fijando en las impresiones y en los conceptos una tendencia de naturalista que la piedad no hace menos vivaz y exacta.

Con su epístola sobre los aires, las plantas y los animales salvajes de San Vicente, la más pintoresca y notable entre las cartas hoy divulgadas, y no obstante la ingenuidad o la sencillez de algunas reflexiones, fué José de Anchieta el precursor de los sabios europeos que ilustraron o enriquecieron nuestra historia natural. De esa carta pudo afirmar con toda convicción el prologuista de la edición de la Real Academia de Ciencias de Lisboa en 1812: «Es un monumento tanto de las virtudes como de la considerable instrucción de aquel ilus-

tre jesuíta.» Más que lo que conoció a la tierra, Anchieta conoció al hombre. Sentimientos y supersticiones, costumbres y perfiles indígenas tuvieron un sagaz observador en ese místico, y las figuras y los episodios salvajes de la carta de Iperuig, por ejemplo, le prestan todavía hoy un relieve sin par en el epistolario brasileño del siglo XVI.

Dos modalidades inconfundibles presenta la poesía anchietana: la una rústica y popular, serie de cantos en portugués, español y tupí, la otra clásica y erudita, el poema en loor de la Virgen, *De Beata Virgine Dei Mater Maria,* inmenso rosario constituído por cinco mil novecientos dos versos o dos mil novecientos cincuenta y un dísticos, nuevas perlas cristianas del Lacio recogidas a orillas del mar de Iperuig (75). De haberlo hojeado, Remy de Gourmont no hubiese escrito por cierto que los postreros acentos y los suspiros últimos de la poesía eclesiástica en latín habían sido el *Stabat Mater* y el *Dies Irae* (76). En los sonoros dísticos en que narra la vida de Nuestra Señora, Anchieta retoma y amplía el lirismo de los monjes-poetas, cuya inspiración medioeval deshojó tantas azucenas a los pies de María o alzó su imagen sobre los arreboles, con la dulzura del *Ave, preclara maris stella,* el *Alma Redemptoris* o la *Salve Regina,* los loores de San Bernardo, las preces de Santa Hildegarda, el himnario de Anselmo, arzobispo de Canterbury, las estrofas musicales de Adam Saint-Victor, o el *Ave Mundi spes* del Papa Inocencio III.

Ese poema continúa el ciclo anónimo de la Virgen, renovando metáforas, alegorías, símbolos, antítesis y la misma composición artificial de los himnos alfabéticos, deleite y refinamiento de Sedulius.

Como realización literaria, la poesía anchietana, consustanciada en versos elegíacos en ese trabajo, será juzgada por los doctos como una considerable obra de latín místico, emanación del culto a la Madre de Dios, sobreviviente del espíritu medioeval, mientras que de eso únicamente tenía el catolicismo y la aspiración a la energía y pureza de los clásicos en su religiosidad.

Pero a la crítica literaria no corresponden los cantos populares de Anchieta, religiosos o profanos, originales o traduci-

dos de la *lingua geral* (*), como *O Pelote Domingueiro.* Le escapan también el juzgamiento de los autos y misterios, como *Jesús na festa de S. Lourenço,* o el de la *Pregaçao Universal,* en la que los pecados indígenas son escarnecidos para moral de los pecadores. Tales producciones, casi siempre monótonas e ingenuas, apropiadas a la mentalidad y al sentimiento del auditorio, comportan en su objeto la razón de su estilo. Variantes del catecismo, unas están destinadas a instruir a la gentilidad. Impresiones del antifonario, otras pretenden glorificar a Santa Ursula o San Francisco de Asís (77).

A veces las delicias de la Eucaristía y otras veces los combates imaginarios de arcángeles y demonios, incurren en idéntico lenguaje desataviado e incoloro, único en verdad accesible a los catecúmenos bozales. Metrificando sin intenciones literarias, Anchieta sólo había utilizado la cadencia o la rima para cultivar su doctrina en la memoria de los simples y de los rudos. El ritmo en esos principios sociales constituyó siempre un elemento de victoria de la inteligencia y de la fe sobre el instinto. Nada más elucidativo, para fijarnos la idea únicamente doctrinaria o litúrgica de las canciones o de los autos, que la simple confrontación de su desnudez de adornos con los dísticos del poema neolatino a la Virgen, cuya decoración tiene algo de basílica alardeando en rosetones y capiteles, retablos y sagrarios.

Más aún, de tanto en tanto, un suave lirismo de pastoral acaricia la devoción de las estrofas anchietanas, como un hálito de primavera de los montes o de los sembrados, entre la mirra y el incienso de los altares. Léase, por ejemplo, los versos graciosos y conmovedores modulados a Santa Inés:

Virginal cabeça
Pela fée cortada
Com vossa chegada
Já ninguem pereça.

Vinde mui depressa
Ajudar ao povo,

(*) *Lingua geral* (lengua general o lengua común): el tupí-guaraní sistematizado por los padres jesuítas y hablado en todo el Brasil, en los primeros tiempos de la colonización. — *N. del T.*

Pois com vossa vinda
Lhe dais lume novo.

Vós sois cordeirinha
De Jesus fermoso,
Mas o vosso esposo
Já vos fez rainha.

Tambem padeirinha
Sois do vosso povo
Pois com vossa vinda
Lhe dais trigo novo (78).

* * *

En las vísperas de Navidad o de Semana Santa, para las ceremonias eclesiásticas acudían de los alrededores catecúmenos y peregrinos, conversos o curiosos, en bandos incontables. Festejaban el nacimiento del Mesías con exuberante entusiasmo, con luchas y danzas bárbaras a la puerta de la iglesia adornada de flores. Consagrábase a la Pasión de Cristo el silencio de los botocudos, tristones y penitentes. Dramatizado el sermón por el gesto, animada la oratoria por la mímica, era seguro el poder teatral de los jesuítas sobre la emotividad, el sentimiento del hombre primitivo, tan voluble como impresionable. Oyendo a los predicadores, los viejos caníbales se enternecían hasta las lágrimas.

En los Oficios de Tinieblas, sin cantos, resonaba por tres veces el *Miserere* como final, y tres veces caían silbantes las disciplinas, esgrimidas por manos de duros guerreros, sobre la desnudez retinta de los hombros, las espaldas, los riñones, de la que brotaba la sangre terrible de esos ogros, viejos comedores de carne humana, frente al altar velado de negro. Como sus letanías, sus luminarias, sus lanzas y palmas, las estolas de los sacerdotes, las aureolas de las imágenes, no menos edificantes eran las procesiones, en las que se flagelaban Padres e indios por amor de Jesús. Nuevos dolores quemaban para las nuevas tierras cristianas, bajo un implacable látigo de oro, el sol reverberante.

Tales ceremonias y algunas otras ofrecían oportunidad para la representación de los autos y misterios de Anchieta, en

Piratininga o en San Vicente, donde sustituían los actos profanos que por indecorosos el Padre Nóbrega había expulsado de las iglesias. Composiciones modeladas para la catequesis, las más de las veces en *lingua geral,* tenían algo de los villancicos de la Edad Media, como doctrina religiosa, esgrimiendo asimismo con agudeza la crítica de usos y tipos locales. El tema era siempre la dualidad eterna del bien y del mal, corporizado en el paganismo de las tribus y en el cristianismo de las misiones, radiante y vencedor. José de Anchieta entremezclaba el tupí-guaraní, el castellano y el portugués en la urdimbre de algunas piezas, pero hacía siempre en vernáculo las descripciones de la escena y de los apuntadores (79).

La estrecha escena de *Jesus na festa de S. Lourenço,* una aldea brasílica, heterogénea, encierra demonios de la selva y santos luchadores, figuras romanas y quimeras indígenas, ángeles y esbirros, recomendando el Angel de la Guarda a los gentiles que abandonen brujerías y augurios, que dejen el rito de los *pagés* y el gusto de la carnicería, que no adoren la palmera, que no hagan mal al prójimo, que no sean vengativos, enredadores o envidiosos, que no disparen flechas a los contrarios, porque solamente así los justos escalan el cielo, mientras ruedan al brasero infernal los demonios salvajes, Guaixara, Aimbiré y Saravaia.

Escrito para los colonos de San Vicente, el *Auto da Pregaçao Universal* se destina —al decir del Padre Simón de Vasconcellos— a «impedir las indecencias que se cometían en actos representados en la iglesia.» Dura tres largas horas, bajo la cadencia de los octosílabos, aquel modelo pío del teatro colonial, y entre las figuras satánicas o paradisíacas se intercalaban dos moradores de San Vicente, el perverso Francisco Días y el lascivo Pedro Guedes, que exhiben sus plagas delante de todas las almas de la capitanía.

Así habla el primero de ellos:

A viagem está acabada,
A nau vae se alagando,
E desta vida, em que ando,
Por tantas causas errada,
Meus dias já nao sao nada,

Pois pecco por tantas vias:
Triste do Francisco Dias!
Nao lhe sinto salvaçao,
Se vós, Mae da Conceiçao,
Nao pagaes as avarias.

Gime a los pies de la Reina del Cielo el otro pecador:

Virgem pura, sou quem vedes
Deante de vós me venho,
Tirae, vos peço, estas redes,
A este pobre Pero Guedes,
E quantos peccados tenho;
Acho-me tao enredado,
Que hei medo da perdiçao,
Quero deixar o peccado,
E ser devoto casado,
Na Villa da Conceiçao (80).

Sobre el recitativo y el auditorio de la *Pregaçao Universal*, interpretado junto al atrio de la Iglesia en San Vicente, permaneció suspensa durante tres horas justas, reteniendo en su seno a la tempestad, una nube mayor que todas las demás, descripta por Pedro Roiz. Al verla, inquieta y goteante, quisieron los espectadores desbandarse, pero fueron tranquilizados por la videncia metereológica de Anchieta. «No lloverá mientras dure la representación», había dicho asomándose a una ventana, y la nube quedó inmóvil en los aires, como un toldo sombrío, hasta que los oyentes, terminado el auto, se retiraron a sus viviendas.

Habían transcurrido tres horas anchietanas. Sólo entonces se despeñó la nube con estridor de ráfagas y rayos, en un tremendo aguacero.

* * *

La poesía, el teatro, la oratoria, la música, la ornamentación de altares y andas, el arte de curar, el poder sugestionante de predicciones fundadas en la experiencia, la propia mímica, todo comunicaba a ese apostolado, bajo formas rudimentarias, eficacia y autoridad. Con seguridad, trazando la biografía de José de Anchieta, no nos atreveremos a denominarlo «creador de la

literatura patria», o «fundador del lirismo en el Brasil». Ninguna de esas cosas apuntaba aún en la Colonia. Era demasiado temprano. De cualquier modo, sin embargo, eximio en componer misterios y diálogos, trenzar alpargatas o disciplinas de caraguatá, sangrar enfermos con el único estilete que poseía, expeler tentaciones y demonios del alma pecadora, Anchieta fué en Piratininga y a un mismo tiempo, comediógrafo y poeta, médico y artesano, oráculo y misionero, escriba y taumaturgo, maestro de escuela y arquitecto. Fué el antepasado mayor de nuestras letras en su etapa embrionaria, la personalidad múltiple de la vida colonial, el superhombre necesario a los medios sociales todavía no diferenciados como inteligencia ni subdivididos como trabajo.



Capítulo VI

LA FAUNA Y FLORA BRASILEÑA VISTA POR ANCHIETA

Anchieta naturalista. — Carta descriptiva de seres y cosas del Brasil. — Influencias meteorológicas. — Singularidades de la fauna. — Virtudes y aspectos de la flora. — La piedra elástica.

Aguijoneado por la insaciable curiosidad, llevado por la inteligencia metódica y minuciosa, José de Anchieta, el naturalista, bosquejaba el primer capítulo de la historia natural del Brasil, en seis años de Piratininga. En la permanencia de ese contacto, sus impresiones, tantas veces coloreadas con idéntica luz, coordinadas en el mismo ambiente, habían fijado la plétora, el tumulto, la sorpresa de las formas vivas. Eran ahora datos evidentes y exactos de los cuales había de surgir en 1560 la carta descriptiva de seres y cosas del Brasil: *Epistola quamplurimarum rerum naturalium, quoe S. Vicentii provinciam incolunt, sistens descriptionem.*

En aquella misteriosa provincia, escrutándole las nieblas doradas como nimbos, Anchieta no sabía formular con precisión la decadencia de las sombras, el curso de los astros, el ritmo de las fases lunares. Pero podía contar las horas, una a una, entre el levante y el poniente, en el día más breve y en el día más largo de ese clima. Había notado el pasaje de las estaciones mal definidas, con alternativas bruscas de claridad y penumbra, de resolana y diluvio. Había pedido a los cielos el milagro de la resurrección vegetal, cuando la sequía devastadora marchitaba y deshojaba la gloria de las frondas, no dejando en los campos más que la desnudez braceante de inmensos esqueletos, arraigados a la tierra muerta. Y oraciones o lágrimas de su piedad más de una vez habían intentado aplacar el flujo torrentoso de las crecientes, bajo el cual sucumbían ahogadas las plantas y morían podridas las raíces.

Dislocando piedras, conmoviendo almas, retumbaban tem-

pestades en las cumbres, súbitamente, entre claridades vertiginosas y ofuscadoras. Levantábase del sur, crecía al noroeste el vendaval, y casas, montes, selvas, todo era retorcido o arrasado. Temblorosamente los Padres invocaban a Nuestra Señora, desgranando su rosario, intercediendo por su grey, pero la naturaleza conflagada no arrancaba la gentilidad a sus cantos habituales: hijos más jóvenes de Tupán, nebuloso y tonante, continuaban indiferentes, bebiendo y danzando. Anchieta se preguntaría a sí mismo, en tales momentos, cómo infundiría el temor de Dios en aquellas almas hechas a la violencia e insensibles como piedras, más inconmovibles aún que ellas, bajo la espantosa furia de los vientos y los rayos.

Tierra singular por donde pasaban las calamidades y permanecía la abundancia de caza y de pesca... Si los ríos desbordaban, caudalosos, la crecida destructora de plantaciones dejaba en las hierbas, fuera del lecho profundo, relucientes cardúmenes llegados a la orilla para el desove, atontados por el jugo del *timbó* que los indios arrojaban al agua durante las inundaciones de setiembre y diciembre, meses de abundancia. Viendo a las multitudes repletas y contentas, nutridas para la catequesis, Anchieta pensaba en la multiplicación evangélica de los peces, en la fecundidad cristiana de la naturaleza, tocada por un efluvio de gracia.

Y para deleite del ictiólogo, además de los cardúmenes espejeantes y menudos, había el *iguaraguá,* pez-buey en el Brasil, pez-mujer en Africa oriental, herbívoro de los ríos, imprevisto por la enormidad, por el color de elefante, por el tamaño de las aletas, por la configuración bovina de la cabeza. El vientre del pez-buey, como el de la ballena de Jonás, podía alojar a un profeta. Más disforme aún, venía de las aguas claras y frescas la anaconda, que a los ojos de Anchieta figurábasele al nadar el oscuro mástil de un navío flotando con lentitud corriente abajo. Era la serpiente constrictora, sin par en su tenacidad, triturando en sus formidables anillos a la presa, y en su voracidad, tragando íntegros, lentamente, los venados y los tapires. Lustrosa y harta, soñolienta, permanecía después en la orilla del río, donde los urubús hambrientos le rompían el vientre a picotazos. Propalaban los indios que el

monstruo, semidevorado por los buitres, se recomponía anatómicamente para serpentear de nuevo.

Anchieta recordaba la maldición del Edén al contemplar el infinito serpentario que era el Brasil de aquellos tiempos, en su metálica variedad de Reino de los Ofidios. Tantas como los pasos eran las víboras por toda la espesura de la inextricable selva, en la que la sotana de los jesuítas rozaba de tanto en tanto con alguna yarará indolente y mortífera, estirada o enroscada al sol. Entre las alpargatas de los evangelistas a menudo se deslizaba la *boicininga* crepitando furiosa el cascabel, llevando en veinticuatro horas, con la más leve picadura, sordera y ceguera, parálisis y muerte. La *boiquatiara,* ardientemente colorida y la *ibiboboca,* más bella que una rama de coral, ponían irisaciones de joyas animadas en las hojas secas. La contráctil *boipeba,* manifestando su elasticidad, parecía un resorte bajo los golpes, sin perder el veneno. La *boiroiçanga,* víbora de congelante mordedura, enfriaba la sangre en las venas. Por meandros y barrancos, ríos y grutas, calveras y matorrales, ondeaban serpientes gelatinosas e informes. Por el número eran inevitables e indestructibles por la fecundidad. Anchieta vió salir del vientre de una, ovovivípara, a la que mató con el bordón, no sin persignarse antes, nada menos que once hijos, de los cuales sólo dos no vivían. En el vientre de otra alguien contó cuarenta reptiles. Como decía Anchieta, los misioneros, confiados tan sólo en Jesús, andaban incólumes entre las víboras.

A través de la noche, rodeando las viviendas, ardientemente rubios o bellamente pintados, atisbaban los jagüares. Fuertes, ágiles y voraces arrebataban junto a las hogueras apagadas a los viandantes adormecidos. Aún cribados de flechas, se llevaban la presa con idéntico vigor y furia igual hasta su cueva. Al pie de los árboles corpulentos, en cuyo ramaje se refugiaba el indio perseguido, permanecían toda la noche, acechando y gruñendo sin abandonar un instante la caza. El terror de su presencia se comunicaba a las numerosas tolderías, diezmándolas, y a veces, cuarenta y más hombres, todos armados de escopetas, de trabucos, de horquillas, de arcos, salían para matar a uno de ellos.

La leyenda hizo de Anchieta el melodioso encantador de las víboras, el paciente y tranquilo domador de las fieras noctívagas.

Había observado minuciosamente la vida y la forma de otras alimañas: el yacaré, lagarto escamoso, voraz, enorme, perseguido por los indios, que apetecían su carne y el sabor y el olor de los testículos. El carpincho, domesticable, pastando en los yerbales de los ríos y lagunas. El coipú inquieto, de sedoso pelo, revolviéndose con ruído y voluptuosidad, chillando en la delicia de un eterno baño. Y después de los anfibios, a lo largo de las playas agitadas había estudiado los crustáceos, innumerables variedades de cangrejos, lucientes y verdosos los más voluminosos, parduscos y rojizos otros, y otros más metálicamente azules en su caparazón, hirsutos, que cavaban moradas inviolables.

No menos familiar le era la plaga de los insectos, desde el escorpión, llamado por los indígenas *boiquiba* (víbora de pies pequeños), hasta la oruga oblonga y cáustica de la mariposa, cuyo vello los indios aplicaban a las partes genitales como afrodisíaco. Entre las arañas de toda especie no faltaba una con la que los indios envenenaban pérfidamente las bebidas salvajes. Como ignoraba la ley de la metamorfosis de los insectos, Anchieta suponía que el *rahú,* gusano de la tacuara, se pudiese metamorfosear en mariposa, ratón o lagarto. Recorriendo por los campos inundados había sufrido con paciencia la tortura infligida por nubes de mosquitos punzadores, zumbones, insaciables, que no podían volar bajo el peso de la sangre sorbida y a los que sólo el humo dispersaba. Las púas animales del erizo, asomando en la selva en dos tonos, morado y negro, eran utilizadas por las mujeres para perforarse sin dolor el lóbulo de las orejas, para sus salvajes adornos. Casi imperceptibles pero inexorables, hervían los *mariguis.* «Son tan pequeños, decía Anchieta, que mal los puedes percibir con la vista; eres mordido, y no ves quién te muerde; eres quemado, y no hay fuego en parte alguna; ignoras de dónde te vino repentinamente semejante mal; si te rascas con las uñas, mayor dolor experimentas; por dos o tres días se renueva y crece el ardor de los aguijonazos en el cuerpo.»

Con alegría el naturalista contó veinte géneros de abejas útiles, que enjambraban en las cortezas, en los troncos huecos o escondidos entre las ramas y hasta debajo de la tierra. Con esa miel los jesuítas curaban toda clase de llagas. A veces, sólo de esa miel se nutrían. Pero la de la abeja *eiraquaietá,* o miel de muchos agujeros, producía vómitos y temblores. Precioso alimento de las aves y de los indios eran las hormigas aladas *(içá)*, que surgían del subsuelo en primavera llenando los aires luminosos. Anchieta saboreó, torradas al fuego en ollas de barro, esas hormigas rubias, como se lee en su epístola de mayo de 1560: «Cómo es de sabroso este alimento y cómo es de saludable, nosotros mismos lo sabemos, que lo hemos experimentado» (81).

En torno de su breve figura evangélica, de su halo espiritual, recrudecía el tumulto de la fauna brasileña. En las altas frondas hacían cabriolas los güaribas, otras variedades simiescas, y bandadas de monos, a través de las copas floridas, pasaban de un árbol a otro sobre el cuerpo del guía, el más grande de ellos, asidos de la cola y de las manos, a dos ramas opuestas. Invulnerables y lentos bajo la caparazón, los tatús cubrían los campos en flor. Venados blancos y rubios, rápidamente saltaban en las planicies yermas. El microcéfalo tamanduá, extraño animal de cuello afilado y brazos terribles en el abrazo, revolvía los hormigueros con la desmesurada lengua. Entre el ramaje, el pelo mosqueado y sedoso de los gatos monteses lucía al sol. Cerdos salvajes gozaban en los pantanos. Comadrejas en fuga llevaban en la marsupia los hijos recién nacidos. Morosamente, con hocico de vieja y las uñas aduncas, el perezoso se iba aferrando al tronco de las *embaúbas* para trepar, recoger y comer los brotes más tiernos.

En el espacio tremulante de vuelos y de cantos pasaban las aves. A lo lejos, las aves marinas descendían al ras de las aguas encrespadas; acá oscilaban las ramas bajo el aleteo de la estrepitosa paloma de monte. Los picaflores eran tan graciosos que, para Anchieta, se alimentaban de rocío y nacían legendariamente de las mariposas más fulgurantes. Esa delicadeza, sin embargo, era un cambiante sutil en la violencia de los instintos alados. Los papagayos devastaban los maiza-

les en un tremendo coro ensordecedor, cuervos armados de espolones, bélicamente, ahuyentaban su propia bandada, y sobre las aves menores, con el ímpetu de su fuerza y la crudeza de su mirada, volaban en la claridad los gaviones reales.

Tanto como los tipos de la fauna, conocía Anchieta los de la flora, las virtudes esenciales de hojas y frutas, raíces y tallos. Pacientemente estudiaba el reino vegetal, sorprendiendo y anotando los contrastes, desde la sustanciosa mandioca, transformada por el aborigen en alimento primario, hasta las semillas de *jeticopé,* una planta que fortalecía los pulmones. Otros aspectos maravillaban al santo: aquí, verdeando en los brazos de mar, entrelazamientos y retorcimientos de manglares, más allá, la florescencia de enredaderas perennemente lujuriantes. En esa invasión tropical de hierbas y arbustos sabía escoger el remedio más apropiado a los males, que le seguían los pasos. Y la sensitiva era la imagen de su castidad, retrayéndose bruscamente al más ligero contacto, sobre marismas y abismos. Y el símbolo de su bondad al hacerse fronda en la inmensa arboleda, al modo de una bendición, era la copaiba prodigiosa, vertiendo el bálsamo para todas las heridas humanas.

Acerca del reino mineral, ya en 1554 y desde la casa de San Pablo, Anchieta escribía que se había descubierto una gran cantidad de oro, plata, hierro y otros metales, perspectiva necesaria para la llegada de muchos cristianos que sometiesen los indios al yugo de Cristo, obligándolos a hacer por la fuerza lo que no se resolvían a hacer por el amor. Empalidecía a todas las piedras preciosas, en su campo visual, la piedra elástica o flexible en la que los soldados portugueses afilaban, para otros golpes contra los herejes, sus fieles espadas (82).

LIBRO TERCERO

EL POEMA DE IPERUIG

Tu mihi cum chara sis unica Prole voluptas,
Tu desiderium cordis, amorque mei.

ANCHIETA.

(Tú con tu amado hijo eres mi amor y deseo
amor y deseo de mi corazón.)

CAPÍTULO I

REHENES Y EMISARIOS DE PAZ

Asalto de los portugueses al fuerte Colligny en 1560. — Coalición de los tamoyos. — Defensa de Piratininga. — Tebireçá, el luchador. — Anchieta y Nóbrega, emisarios de paz en los cuarteles generales del enemigo.

Mem de Sá, el gobernador justiciero y valiente, azote de los herejes, amigo de los Padres, había abatido en 1560 el reducto de Villegagnon, el «Caín de América», caballero de Malta y vicealmirante de Bretaña, que renegó del catolicismo para pasarse al calvinismo, enarbolando sobre las islas de Guanabara el pabellón de la Francia Antártica. Desde 1559 el corsario francés estaba ausente del Brasil, habiendo dejado en su lugar a su sobrino Bois-le-Conte.

Por tierra y mar la lucha se trabó rudamente en los días 15 y 16 de marzo, contra la opinión del capitán mayor Bartolomé de Vasconcellos y de los otros capitanes de la pequeña flota lusitana (83), batalla fortalecida con el socorro de los jesuítas de San Vicente: un bergantín artillado, canoas veloces como gaviotas, combatientes salvajes y *mamelucos*. Sobre los baluartes de madera, de sol a sol, habían tronado los cañones bajados de las naves, había estallado incesante la fusilería de los mosquetes, e iban raleando las nubes de flechas sobre las olas sin que la suerte de las armas se definiese. Consumida toda la pólvora, disparadas todas las balas, ya los portugueses comenzaban a recoger los falconetes y morteros, cuando una sorpresa los tornó en vencedores. Inexplicablemente, a despecho del número y la posición de las fuerzas superiores en hombres y armas (84), franceses y tamoyos se desbandaban, huyendo en inmensas canoas en medio de la noche, propagando con alaridos su descalabro. Los portugueses ocuparon Villegag-

non triunfalmente o, mejor dicho, milagrosamente, como lo creyeron Nóbrega y Anchieta (85).

En el regocijo de la victoria los lusitanos recogían piezas de bronce y de hierro abandonado, pólvora y otras municiones, barcas y remos para la navegación costera, pero el gobernador general hubo de abandonar más tarde toda la bahía ante el posible regreso de los fugitivos. Celebrada la misa entre los morros, demolidas las fortificaciones y arrasadas varias aldeas enemigas, la escuadra hizo velas a Santos, ya que urgía reparar los navíos averiados por las bombardas francesas.

Al acoger y hospedar al gobernador general, Nóbrega creyó llegado el momento para la realización de un viejo proyecto: la mudanza de la picota y los habitantes de Santo Tomé a San Pablo, quitando de ese modo a Ramalho la investidura de Alcalde Mayor y a su villorrio el tratamiento de villa. Persuasivas fueron las razones topográficas y religiosas del fundador. Incrustada en la selva, Santo André no tenía defensa contra la gentilidad que llegase de repente, ni siquiera Padre que administrase sacramentos a los habitantes. Todo aconsejaba el traslado a San Pablo, ubicado estratégicamente y con el clero ya instituído por la Compañía.

El pensamiento del fundador, como jesuíta, no era otro que el de absorber la impiedad ramalhista de Santo André en la religiosidad loyolista de San Pablo. Pero la fusión de esas villas antagónicas, una de mercaderes y guerreros, la otra de misioneros y catecúmenos, habría de tener consecuencias imprevistas para la catequesis, formidables para el Brasil. De la llanura de Piratininga, del propio ambiente consagrado por la vigilia cristiana de Anchieta, iban a irrumpir más tarde los *bandeirantes,* devastadores de reducciones. En la fusión habían de prevalecer los gérmenes de la sangre *mameluca* y de su indomable bravura, contra las fuerzas místicas del jesuitismo.

Inclinado a las razones del jesuíta, Mem de Sá dispuso que se trasladase a San Vicente el Colegio de San Pablo, y la villa de Santo André a Piratininga, y que se abriese un camino nuevo, más seguro, entre el altiplano y la costa del mar. Al partir creía consolidada la paz en toda la capitanía.

* * *

Pero el asalto al fuerte Coligny no sometió ni apaciguó al indio rebelde. En efecto, de San Vicente a Cabo Frío, llegados de ambas márgenes del río Jarahíba, los tamoyos coaligados peleaban, raptando mujeres, hijos y esclavos a los colonos, diezmándoles el ganado, quemándoles las plantaciones y los ingenios. Rama de la gran familia tupí, esa gentilidad, que sólo consideraba de su sangre a los tupinambás, siempre había hostilizado en sus correrías a las demás tribus. Devoradora de prisioneros, indígenas o blancos, no excluía de la carnicería más que a las mujeres, conservadas para concubinas.

Insistentemente instigados por los franceses, por un lado, y gravemente ofendidos por el otro por la codicia de los peninsulares, los tamoyos, coaligándose a las órdenes de Cunhambebe y Aimbiré, decidieron barrer de la costa al lusitano. Atraídos por Villegagnon a la escuela de la Francia Antártica, muchos de ellos ya conocían el buen manejo de las armas de fuego. Eran flecheros y arcabuceros, esgrimían espadas de madera, de hierro o de acero con igual destreza. En los encuentros, la fortuna les sonreía cada vez más; los tiros de la coalición habían suplantado en campo raso a la mosquetería lusitana. Los vencidos de Guanabara, llenos de exaltación, regresaban ya al núcleo de su antigua ambición, la Francia Antártica de Villegagnon, y los portugueses entreveían desalentados el ocaso de su poder (86).

* * *

La mentalidad primitiva de los indígenas no resistió a la fascinación de tales victorias. Soplando humo a través de las maracas, los brujos predecían convulsivamente la hora de la liberación y la venganza. Tribus aguerridas todavía neutrales, se habían incorporado a las huestes vencedoras, y los tupís del sertón, indecisos al principio por esta nueva alianza, abandonaron por último la vieja amistad portuguesa.

A mediados de 1562, la indiada más numerosa de las sierras y de las breñas remotas, contadas en millares de arcos y en decenas de tribus, marchó secreta y vorazmente sobre Piratininga. Ovejas corrompidas y descarriadas que guiaban los lobos al redil, venían con ellas los catecúmenos fugitivos, para

los cuales eran familiares todos los caminos de la villa. Pero uno de ellos, todavía fiel a los Padres, corriendo por senderos más cortos y ganando en cinco días la marcha de los asaltantes, pudo poner sobre aviso a los religiosos. Sin ese aviso, proporcionado el 3 de julio, fatalmente habría sido sorprendida y arrasada la villa cristiana.

Piratininga era granero y refugio de los jesuítas, que allí estaban desde noviembre de 1561, huyendo a la terrible penuria de San Vicente, donde ni siquiera había fariña para sus habitantes (87). En 1562 estaban allí, bajo la dirección de Vicente Rodrigues, diez misioneros de la Compañía, entre ellos José de Anchieta, que relató y describió los combates del 8 y 9 de julio (88). Si bien le atribuyen hazañas de comando en esos episodios sangrientos dos autores modernos (89), otros biógrafos más antiguos, Pedro Roiz y Simón de Vasconcellos, nada revelan a la posteridad acerca de la iniciativa del apóstol guerrero.

El verdadero salvador de Piratininga fué Tebireçá, aquel cacique bautizado con el nombre de Martín Alfonso. Movilizando el gentío de nueve o diez aldeas fieles, rechazó los ofrecimientos del hijo de Araraig, su feroz sobrino Jaguanhara (perro bravo), quien le propuso abandonar la causa de los jesuítas. Por toda respuesta, la mañana del 8 el gran Tebireçá contuvo valerosamente, con lealtad y arrojo, la avalancha de las tribus asaltantes.

La lucha se anunció con tremendo golpear de arcos y pies, entre silbidos y gritos. Apenas iniciado el combate al clarear rosado de la aurora, en la retaguardia, viejas y brujas con ollas monstruosas, se aprestaban ya para cocinar la carne de los vencidos. Millares de flechas caían sobre Piratininga, y por centenares volaban sobre los atacantes. Al crecer el furor y el griterío de los combatientes, «los grandes alaridos» de que habla Anchieta, llegarían a ser para Simón de Vasconcellos, como el desmoronamiento de los montes por el estruendo y la polvareda de la refriega: «...dan los enemigos de improviso sobre la villa de Piratininga, con tan grande estruendo de gritos, silbidos, golpear de pies y de arcos (como acostumbran) que parecía venirse el mundo abajo y *que* se

estaban arruinando los montes vecinos (Chr., Lib. II, Nº 135)». Mas Perro Bravo murió en seguida asaeteado junto a la huerta de los Padres, al intentar embestir contra la iglesia en la que oraban las mujeres y los niños. Tan arrojada, tan imprevista fué en sus golpes la defensa de Piratininga, que los sitiadores, descorazonados por la muerte de Jaguanhara, levantaron el cerco al segundo día, y los flecheros de la bandera católica hasta persiguieron en fuga a la horda caníbal. Dos prisioneros cayeron a los pies de Tebireçá y gritando que eran cristianos, imploraban la gracia del héroe y la clemencia de los Padres, pero el cacique, inexorable, respondió:

—¡Para el crimen de ustedes no hay perdón!

Y alzando la *tangapema,* la blandió en el aire y astilló la cabeza de los dos renegados.

Poco después de la victoria, Martín Alfonso expiró contrito, «con tanto sentido y madurez, al decir de Anchieta, que no parecía hombre del Brasil.» Todos los cristianos de la capitanía lloraron su muerte. Inhumado en la iglesia como hijo dilecto, el Héroe consiguió del Santo la mayor de las consagraciones al ser proclamado no sólo bienhechor sino también fundador y conservador de la Casa de Piratininga (90).

* * *

Durante la cuaresma de 1563, en plena guerra de los tamoyos contra los lusitanos, Anchieta visitó las poblaciones de Santos e Itanhaem, confesando, instruyendo, bautizando, convirtiendo al gentío y a los esclavos. Un indígena, anciano de ciento treinta años, fué por entonces adoctrinado y redimido por el catequista. Al regresar a San Vicente, el apóstol encontró a Nóbrega inquieto por la suerte de la capitanía donde los dos habían predicado a los colonos, desde el comienzo de las hostilidades, la mortificante expiación de culpas y vicios contra la cual se rebelaban los indios, antaño sumisos. No bastaban, sin embargo, cilicios y oraciones, penitencias y peregrinaciones, lámparas encendidas junto a la peana de las imágenes, lágrimas vertidas en el retiro del santuario. Urgía salvar a la colonia con un acto de soberana intrepidez y ostentosa religión. Nóbrega comunicó a Anchieta su proyecto, que había concebi-

do y madurado, de entablar directamente la paz con los tamoyos de Iperuig, donde la visita de los Padres era deseada (91), llevando al hermano como intérprete. Y ambos, exponiendo sus vidas resolvieron marchar hacia aquel lugar salvaje de peñascos y tormentas, cuartel general de las tribus coaligadas para el exterminio de los portugueses.

Con ellos fué el colono Antonio Luiz, una especie de Job, al que los indios habían quitado mujer, hijos, cuñados y ciervos (92). Reuniendo en San Vicente los bienes y esclavos que le quedaban, Luiz intentaba una vez más el rescate de los seres queridos que acaso viviesen aún, en la toldería de algún cacique. Desilusionado continuamente, debiendo hacer las jornadas por tierras inhóspitas, trabado por sus heridas, sentía ahora renacer sus esperanzas. Puesto que no poseía ya su hogar, destruído por los tamoyos, aquel hombre, el más infeliz de los hombres, acompañaba a Manuel de Nóbrega y a José de Anchieta al exilio.

Viajaron de San Vicente a Bertioga en canoa, en la primera octava de Pascua de 1564. No bien desembarcaron se desató la borrasca, ennegreciendo e incendiando la atmósfera, y en eso reconocieron los Padres el favor de Dios, que la había contenido mientras navegaban. Como se habían anticipado a los navíos de José Adorno, hidalgo genovés, antiguo devoto de la Compañía, esperaron cinco días bajo los muros de la fortaleza, confesando a moradores y esclavos. Lentamente preparados llegaron por fin los dos barcos que con ellos a bordo partieron de Bertioga el 23 de abril con destino a Iperuig (93).

Durante la travesía los misioneros conocieron los peligros de los escollos y arrecifes, yendo a dar a una isla desierta, la de San Sebastián, madriguera de fieras, en la que celebraron misa el día de San Felipe y Santiago. Por último, rodeados por las canoas de los indígenas que, suspicaces, iban y venían sospechando alguna celada o alguna estratagema del enemigo, con viento próspero fondearon las embarcaciones en aguas de Iperuig, playa situada entre las actuales poblaciones de San Sebastián y Ubatuba (94).

Reconocidos por los tamoyos, cautelosamente (porque ahora de todo desconfiaban los indios enconados contra los *perós*),

Anchieta y Nóbrega desembarcaron el tercer día. Frente al mar y al cielo, de rodillas, dieron gracias a la Divinidad en esa hora incierta, llena de milagros y peligros. Luego, al visitar las dos aldeas de la población, Anchieta habló con evangélica dulzura a la fiereza de los gentiles, agazapados en la sombra de sus cuevas.

Alégrense con nuestra llegada y nuestro amor. Queremos estar con ustedes, enseñarles las cosas de Dios, para que El les proporcione abundante alimento, buena salud y victoria sobre sus enemigos (95).

Encantados por el misionero de ojos azules y sonora lengua de catequesis, los tamoyos abrían la boca comprendiendo y riendo... Además, el navío de José Adorno les traía como rescate hachas y abalorios, espejos, collares vistosos, alfileres y otras bagatelas.

En ese entendimiento los jesuítas y los indios ajustaron las primeras condiciones de paz. Paz que, ciertamente, los salvajes no querían por temor a los cristianos, sobre los cuales aun pendían las *tangapemas* vencedoras, ni por necesidad, ya que habían sido provistos por los franceses de arcabuces y espadas, ropas y herramientas, hasta poder vender a los colonos lo que les sobraba si se daba el caso. No. Querían esa paz tan sólo para flechar y devorar libremente a sus antiguos enemigos, los tupís, que aliados a los portugueses más de una vez habían triunfado en la guerra salvaje. Mientras tanto, ¿cómo pagaban ellos tal beneficio? Con injurias a los bienhechores. Que los portugueses se uniesen ahora a los de Iperuig para fulminar a los ingratos, y la paz sería definitiva, coronada por el exterminio de toda la nación excecrable. Poniendo de manifiesto su cordialidad, y aunque apeteciesen con ansia la sabrosa carne de los tupís, los tamoyos se obligaban a perdonar a los catecúmenos de ese origen que en San Vicente permaneciesen fieles a los jesuítas.

* * *

Mensajeros de paz, regresaban ahora los navíos con esas condiciones preliminares. Iperuig, al acoger la propuesta y aceptar los presentes de los vicentinos, retenía como rehenes

de la colonia a los dos jesuítas, pero en uno de aquellos barcos eran conducidos a San Vicente doce rehenes de las aldeas, mozos de los que se enorgullecían las tolderías por su reciedumbre y coraje. Cinco tamoyos más los acompañaban para acordar las treguas con los *morubixabas* de la tribu, por entonces aliados a los franceses de Guanabara.

Con sus esclavos y sus bienes, el colono Antonio Luiz permanecía voluntariamente junto a Nóbrega y Anchieta.

A la hora de la partida, los marineros que habían llevado a los religiosos decían sollozando:

—¡Se quedan entre lobos y tigres!

Eran aquellos en realidad los gentiles más feroces de toda la costa brasileña, y todo parecía augurar a los dos jesuítas la suerte del obispo Don Pedro Sardinha, devorado en el país de los cahetés. Pero no les asustaba la muerte, guardiana de la estrecha puerta del cielo, iniciadora de una vida sobrenatural, con su misterio glacial. Imperturbables, los dos mediadores de la paz vieron desaparecer poco a poco el velamen de los frágiles navíos, apenas blanqueando en los aires opalescentes, entre la neblina. Y una vez más se arrodillaron junto al mar y elevaron a Dios, con idénticas preces ardientes, el mismo corazón herido y roto.

Su fe inquebrantable, desdeñando la vida, confesaba el error de los blancos que por la traición, el cautiverio y toda clase de abominaciones y atrocidades, habían exacerbado a los indios de la playa y de la sierra, grandes carnívoros domesticables, ahora enfurecidos como los tigres de los alrededores.

Su caridad intrépida, flameante como nunca, encerraba en esas oraciones el oscuro destino de la tierra y de los pecadores, colonos o aborígenes, mercenarios o antropófagos, hombres enemigos del Dios-Hombre, sobre los cuales presentía la fulminación de la ira sagrada.

Su esperanza invencible, renovada como la florescencia y el perfume de las selvas, por maravilloso efluvio, aguardaba de la Suprema Misericordia el día del martirio en que habían de ser transportados al cielo en los brazos resplandecientes y poderosos de los ángeles, logrando salvar con ese holocausto a sus hermanos (96).

Capítulo II

CATEQUESIS DE LOS TAMOYOS Y REQUERIMIENTOS DE VENUS

Primeros días de Iperuig. — Aula infantil de catecismo. — Guerra a los caníbales. — Misa de la primavera. — Irreverencia de los tamoyos. — Vejámenes y tentaciones.

Anchieta y Nóbrega vivían bajo el techo del cacique de aquellos parajes. Asaltado en otros tiempos por los colonos y preso a bordo de un velero, aquel cacique se lanzó al mar con los pies encadenados, atravesó las olas agitadas, se arrastró luego por la selva toda una noche, volviendo a la libertad bajo el peso de los grillos. Pero su odio se había convertido en afecto hacia los Padres, alabados por una de sus mujeres que había conocido, en el dolor del cautiverio, la bondad sacerdotal. Desvelada y cariñosa, servía a los huéspedes con ternura, y se acercaba para decirles en secreto las perfidias tramadas por los indígenas.

Los misioneros estaban habituados a las contradicciones, a los embustes, a las mutaciones del alma brasílica, desorientada bajo los impulsos naturales, tornadizos como los mismos vientos que encrespaban las ondas de Iperuig. En la rapidez de las emociones, opuestas y fugaces, esa alma reflejaba la diversidad ambiente de la tierra y de los aires, el propio nomadismo. Oscilaba entre uno y otro polo afectivo, entre la dulzura y la rudeza, entre la sumisión y el frenesí, entre la confianza y el resquemor. Nada más inconstante y vagabundo. Sólo en el deleite de la vanidad, el espíritu de venganza, el placer de la mentira y la ciega obediencia a los hechiceros perduraban en aquella fluctuación del alma primitiva, tan pronto impetuosa y loca como disimulada y cruel (97).

Macilentos, descalzos, inmateriales como espectros en la sotana de cáñamo, acaso harapo de alguna vela desmontada en el viaje de Indias (98), los dos jesuítas pasaban por largas fatigas y duras mortificaciones en el nuevo destierro. Ya envejecido y vacilante, apoyado en el bordón, no soltando un solo instante el breviario, Manuel de Nóbrega sonreía a la mocedad virgen del compañero. Todo en él era cansancio, palidez, renunciamiento, pero en los endrinos ojos del asceta, como en los azules ojos del soñador, brillaba la santidad en fuerza y poesía, en magnetismo irradiante. Aunque consagrado a Jesús, el ideal religioso de ambos evocaba a menudo, en la nebulosa lejanía de los mitos, las jornadas y los encantos de Orfeo... (99).

Ambos reunieron a todos los niños de la aldea en el aula de catecismo al tintinar de la campanita, y les narraron la creación del mundo y la vida de Jesús, como lo habían hecho en los colegios de Bahía, de Piratininga y de San Vicente. Para ellos fué una dicha sorprender en aquellas playas vislumbres de inteligencia a través de la espesa animalidad, para la que todo se reducía a combatir y devorar. Los pequeños discípulos aprendían sin esfuerzo las primeras nociones del Cristianismo, se interesaban por las figuras del Génesis y del Evangelio, sombrías o resplandecientes, cándidas o gigantescas, y sus pensamientos aleteaban tocados de luz cristiana, por leyendas ingenuas, sueños castos y parábolas edificantes.

La enseñanza religiosa les transfundía el horror del canibalismo, la compasión por la suerte de los antepasados, a los que el repugnante pecado mortal había condenado al eterno suplicio. Ningún consuelo mejor para los dos iluminados peregrinos de la vía tenebrosa, apóstoles del mismo reino salvaje. Comprendidos y amados por las criaturas, se destacaban de la hora presente como si previeran las horas cristianas de los nuevos tiempos, la alborada ya concebida por el Verbo. En el áspero suelo brotaba la buena simiente, repuntaría el trigo dorado, promesa de hostia para las almas. Con seis días de catecismo, tantos como fueron necesarios para la obra universal, las criaturas de Iperuig podrían ser bautizadas. El Padre Nóbrega, encantado, recordaba en aquellos momentos

lo que Jesús había dicho a sus discípulos una tarde, en los confines de la Judea bárbara: «Dejad que los niños vengan a mí.» Anchieta completaba la reminiscencia evangélica: «No entrará en el reino de Dios aquél que no lo reciba como si fuese una criatura.»

Los misioneros fulminaron con elocuencia, desatada en coléricos gritos y encendida en zarzas de fuego, la práctica de los sacrificios humanos, la gula de tamoyos y tupís, descuartizando y triturando la carne del semejante en sus orgías. Como si la naturaleza salvaje quisiese hacerles vislumbrar, de tanto en tanto, algunas excepciones, en aquella tribu había mozas todavía incontaminadas del vicio execrable. Con toda verdad, sin la menor fiereza en los hermosos ojos y en los blancos dientes, expresaban la repulsión que les causaba el deleite de los antropófagos. En vísperas del festín dispuesto por la venganza de la tribu, ellas ocultaban lejos sus utensilios para conservarlos sin mancha. Bajo el canibalismo espantoso, resplandecía así el alborear de otros sentimientos. Pero no se corregían las viejas, sacrificadoras obstinadas, que cortaban con arte los cadáveres, embebiendo ávidamente las manos huesudas y ágiles en las ollas desbordantes de vísceras humanas. Y los guerreros más accesibles a la lección evangélica no eran menos dados a la antropofagia. A lo sumo, prometían abandonarla más tarde y enmendarse poco a poco, luego de haber devorado algunos centenares de tupís.

Los Padres dijeron la primera misa un domingo 7 de mayo, bajo la umbría y primaveral enramada del gran bosque. Cerca, murmuraba el límpido arroyo, entre los pedruscos. Era incesante la música de los sabiás en las alturas, entre el follaje de los *buritís*. En derredor espiaban los indios, aproximándose más y más a la imagen de Cristo. Las genuflexiones, las bendiciones, los transportes de la Eucaristía al aire libre, todo maravillaba a los gentiles en ese ritual desconocido y armonioso. Atravesando el ramaje, combado como una bóveda verdiclara, un rayo del sol de mayo venía a herir al crucifijo y a aureolar a los celebrantes, y el pajarerío orquestaba en derredor, con alegría aleteante y sonora, la misa de la primavera.

Poco después, según lo había dispuesto uno de los cinco caciques que habían partido para Río de Janeiro, les proporcionaron casa más espaciosa, en la que fué instalado el santuario. Antes de la segunda misa dominical, celebrada el 14 de mayo, rociaron con agua bendita y purificaron aquel lugar de concupiscencia y carnicería. Fervorosamente rogaban a Dios en todas sus oraciones una victoria sobre el demonio y la paz entre los indios y los blancos, para la seguridad de tantos bienes y la salvación de tantas almas.

Era un tormento incomparable a la hora de la misa la inquietud y la irreverencia con que los tamoyos rondaban el altar, moviéndose de un lado a otro, apretándose junto al oficiante, curioseando el cáliz, la patena, la imagen del Señor. Temiendo algún sacrilegio, los jesuítas decidieron madrugar para el oficio divino. No asomaba todavía el lucero del alba sobre las negras cumbres, cuando aquéllos ya se acercaban al altar. En la pureza de la alborada el Padre Nóbrega, teniendo a Anchieta por acólito, murmuraba las palabras sacramentales: *introibo ad altarem Dei* (entraré al altar de Dios). Pero ni aun así conseguían los dos refrenar el chismerío de los intrusos. Furtivamente, arrastrándose, algunos se introducían en el santuario y nunca faltaban tres o cuatro caras bestiales vueltas hacia el crucifijo, abriendo desmesuradamente los ojos oscuros pero relampagueantes de curiosidad.

A esas tribulaciones del sacerdocio se sumaban todavía escándalos y vejámenes infligidos a su castidad. Bajo las ramas en flor, en las aguas ribereñas, crecía el alboroto del baño común en el que mujeres y hombres gritaban, agitándose alegremente en el placer de las cosquillas, de los escalofríos, de los mordiscos. Más allá se desplegaba libremente el cuadro natural de los amores salvajes, sobre la blanda alfombra de los bosques, como entre silvanos y ninfas, o sobre el lecho arenoso de la playa, como si allí noviasen tritones y ondinas. Por todas partes se oía el lenguaje bárbaro y silencioso de los indios, que en todo momento se jactaban de proezas sexuales, riendo a carcajadas como faunos ebrios.

Caía la noche y los salvajes de Iperuig no eran menos insidiosos que los demonios de la Tebaida. Atizando el bra-

sero, bajo el mullido cojín de la hamaca, para que no tiritasen con el frío de la noche, iban a sentarse a los pies de Anchieta y de Nóbrega, mandadas por los tamoyos, esbeltas jóvenes desnudas, hermanas o hijas de caciques. Había en sus cuerpos rociados por el reciente baño un frescor de planta olorosa, humedecida de rocío. Negros ojos aterciopelados, sumisos, lánguidos, buscaban magnéticamente la mirada de los huéspedes, que rechazaban a las visitantes con abstraída frialdad, haciendo la señal de la cruz. Adormecidos entre los rumores de la selva, poblada de lechuzas y batracios, los misioneros volvían a ver quizá en pesadilla la tentación de los eremitas en el desierto. Avidas formas pecadoras se enroscaban como salamandras a los castos misioneros. Otras llegaban a rozarles el rostro con los pechos erectos, los cabellos sueltos, la respiración jadeante, en un silencio más perturbador que un secreto voluptuoso. El efluvio de su belleza impregnaba el sueño y la carne de los viejos anacoretas y de los novicios castos, insinuándoles en la sangre el veneno de una lenta caricia, enervante y abrasadora, mezcla de aroma y de fuego. Despertando con un grito, los dos santos de Iperuig ahuyentaban con las preces a los súcubos hijos del desierto y de la noche.

Pero los tamoyos no podían comprender por qué solamente Anchieta y Nóbrega rechazan todo lo que perseguían los demás hombres. Cabatán, nombre de abeja al sol, volando y brillando, era mejor que un panal en su dorada desnudez. Bory, nombre de palmera al viento, se inclinaba, para el amor con el susurro y la gracia de los flexibles tallos. Amaytim, aromática y sabrosa, brindaba en sus brazos de mujer toda la voluptuosidad de la selva pagana, la loca embriaguez de los vinos fermentados para las tribus en fiesta.

¿Por qué, pues, ellos no las deseaban como hubieran deseado la miel aromática de los panales, la sombra de las palmas de las tolderías, la pulpa de los frutos en sazón? Los misioneros sonreían, explicando a los indios el voto de castidad, la fuerza del ayuno y las disciplinas, contra los impulsos alucinantes como tarántulas secretas, que arrastran a las almas al infierno.

Manuel de Nóbrega, envejecido, habría desvendado las ci-

catrices y los anhelos de otra edad, antiguos deseos muertos, azotados por la correa penitencial que estallaban en la carne macerada. José de Anchieta, joven, habría exhibido en las estrías aún sangrantes de las espaldas, desgarradas por la azotaina, el suplicio de los nuevos deseos, todavía temblorosos bajo el castigo.

Y de los salvajes, polígamos incontentables, se apoderó una especie de temor sagrado por esos hombres que vencían al prestigio carnal de las mujeres con la flagelación de la propia carne (100).



Capítulo III

FEROCIDAD DE LOS CAPTORES DE ANCHIETA

Las canoas. — Primeras hostilidades de los tamoyos. — Gran Palmera. — Regresa a Iperuig el navío de José Adorno. — Un visitante feroz. — Peligros y tribulaciones. — El francés luterano y su malicia. — Los franceses en estado salvaje y su crueldad.

Desde los fines de abril hasta los de mayo, día a día aumentaba la ansiedad de los rehenes, ahora tensos de temor, al acecho de la canoa en que navegaban los tamoyos, y a la idea de la muerte probable desencadenada por los enemigos.

Rápidas, esbeltas, labradas en la corteza o excavadas a fuego en la albura de los árboles más altos, las piraguas iban y venían sin cesar, asaltando naves portuguesas y núcleos del litoral entre Cabo Frío y las rocas de Iperuig.

Si desde la cofa el marino las divisaba, dispersas, moteando de negro las aguas tranquilas o agitadas, su aviso a la tripulación era un grito de guerra: «¡Tamoyos a la vista!» Los artilleros corrían a las bombardas con las mechas encendidas, formaban filas los combatientes, con rapidez, armados de escopetas, sables y machetes. Cruzadas las manos, arrodillados entre la palidez y la agonía de las mujeres transidas, los Padres oraban por la suerte de la nave. Y relucía la espada y resonaba el grito del capitán sobre cubierta. Súbitamente caían nubes de flechas sobre los mástiles, los cordajes y las amuras, rasgando las velas, hiriendo los ojos, sangrando los pechos, silbando como los vientos locos entre las jarcias, de proa a popa, en medio de la tempestad. Culebrinas y arcabuces, en sucesivas descargas atronadoras, defendían los galeones del rey contra las canoas de la tribu.

Pero no conjuraban de una vez por todas el peligro. Doscientas piraguas veloces, casi intangibles, remolineando en las crestas de las olas por toda esa costa atlántica, borrosas las

unas entre las nieblas de la inmensidad o entre los repliegues de la piedra, suspendidas y errantes las otras, al acaso, sobre los remolinos, acechaban a las naves para el abordaje. En la penumbra de los mares, cierta noche el cardumen de leños flotantes arremetía. Presentido y hecho blanco por los arcabuceros de a bordo, se metamorfoseaba en un enjambre feroz. Con el zumbar de las flechas envenenadas y aturdidoras, sus aguijones, con el sordo batir de los remos, al modo de antenas, rozaban las canoas brasileñas como colosales avispas, irritadas y punzadoras, tan pronto dispersas como unidas, picando siempre el mismo cuerpo flotante y oscuro, al que los indios herían a hachazos, a veces en su misma línea de flotación.

Por el flanco de la nave, entonces, trepaban los asaltantes como simios en la selva, túrgidos los músculos, tensas las venas, apretados los dientes. Cortándoles el paso, la tripulación enfurecida hundía cráneos, abría vientres, descepaba brazos y piernas a cuchillo, a sable, a machete. En el furor del sangriento abordaje, hombre a hombre, pecho a pecho, se entrechocaban espadas y *tacapés,* hoces y chuzos. Saltaban los sesos cubriendo plumas y yelmos. Se teñía de rojo la cubierta trepidante. Bajo el impasible fulgor de las estrellas, la ira humana rugía y gemía la carne humana. De pronto sonaba una bocina misteriosa y los tamoyos, como espectros de guerreros legendarios, desaparecían en la inmensidad.

Aves de rapiña y de combate, en otra instantánea metamorfosis, las canoas volaban con su presa, encrespando el plumaje de los penachos, de las maracas, de los haces de flechas envenenadas. ¿Qué velas o qué alas podrían seguirlas? ¿Qué fuerza irresistible, cortando el mar, podría detenerlas? Como las gaviotas en la sombra de la tarde, las canoas se perdían a lo lejos en busca del varadero, y un círculo de peñascos tenebrosos ocultaba la dirección de su vuelo.

Eran audaces, ligeras, invencibles. Airosamente giraban en medio de las borrascas, ágiles escapaban a los vendavales, arrastrando cada una sobre el piélago, veinte, treinta o más guerreros tamoyos. Se diría que un rastro fosforescente trazaba su derrotero macabro y nocturno. Si la ola inundaba el casco, remeros desnudos y ágiles, nadando como delfines, lo agotaban

y de nuevo proseguían su curso. Si la resaca destrozaba la embarcación, estrellándola contra las rocas, los indios ganaban a nado, risueñamente, el palmar de la vecina playa. Y otras innumerables canoas surgían de todas las caletas, de todas las brumas, de todos los azules repliegues de la costa meridional del Brasil (101).

* * *

Y bien, las dos primeras canoas llegaron el 23 de mayo a Iperuig trayendo a Pindobussú, cuyo nombre significa «palmera grande», jefe de tribu, y a un hermano del huésped ausente de Nóbrega y Anchieta, condómino del techo facilitado a los jesuítas. Rencoroso y pérfido, este último volvía con su yerno, tan impulsivo en sus embates como disimulado en sus ardides era el suegro.

El mismo día, el recién llegado ordenó a los jesuítas que le desocupasen la casa. Anchieta desarmaba el oratorio bajo la dura vigilancia del indio taciturno y áspero, cuando el yerno de este último llegó a la puerta. Empuñaba con arrogancia una espada y clavando sus ojos en aquel joven extranjero que sonreía cándidamente a su bravura, inquirió:

—¿Quién es ése?

—Portugués. — Es cuanto dijo el suegro.

—¡Aquí un portugués! — rugió el otro; y el odio le crecía en la voz, y la espada le temblaba en la mano.

Y entre el odio y la muerte, Anchieta habló con suavidad al tamoyo:

—Soy tu amigo, vine para estar contigo de aquí en adelante.

Pero el otro, soberbio y colérico, avanzó contra el misionero, gritando:

—¡No quiero tu compañía!

Como enloquecidas le fulguraban ahora las pupilas de jaguar, y acudían a sus labios amenazadores torrentes de injurias. Suspendido del labio perforado, el tembetá de piedra se sacudía por el borbotón de apodos. Los indios de la vecindad corrieron alarmados por el griterío. La voz tonante y el gesto majestuoso de Pindobussú intimidaron al bruto.

Era un nuevo amigo de los jesuítas, al que asombraba que sus amigos no amasen la opulenta carnadura de las indias. Los dos misioneros le revelaron entonces cómo sufrían y cómo sangraban, mordidos por las disciplinas, combatiendo la voluptuosidad; le describieron los tormentos del fuego eterno con que Dios castiga a los lujuriosos y le entreabrieron la puerta de la Bienaventuranza, lugar de resplandores y delicias del que sólo disfrutan los justos. Pindobussú, maravillado, los seguía a través de los círculos infernales y de la gloria celestial, sorbiendo con avidez la verdad católica.

Durante la mudanza del santuario, había sido perversamente escondida la campanita que todas las mañanas resonaba convocando a los indiecitos a la doctrina, como un llamado sonoro del Evangelio. Nueva tribulación para los dos apóstoles, trabados en esa artimaña, insalvable sin los buenos oficios del jefe de la tribu. En efecto, nadie daba noticia de la campana diabólicamente sustraída. Pero Pindobussú iba de casa en casa, escudriñándolo todo, amenazando a los encubridores con razones potentes. O ellos restituían la campana a los misioneros, grandes *pagés* de los cristianos, o serían aniquilados por su propia maldad. Si los brujos de la selva ya eran temibles, cuando arrojaban el humo a través de las maracas con que predecían la muerte a los valientes, ¡cuánto más no lo serían los enfurecidos Padres! Su poder no tardaría en desencadenar sobre los indios, si el objeto sagrado no aparecía, contracciones de sangre, fiebres agotadoras y convulsivas, atroces dolores de cabeza, enfermedades pavorosas. Amedrentado, el encubridor devolvió la campanita. Había sido el mismo salvaje hostil que los desalojó de la choza. Y de nuevo la campana de bronce, lanzando ecos por montes y valles, reunió a las criaturas alrededor de Jesús.

Inesperadamente, el 27 de mayo, una flotilla de diez canoas cruzó la barra: casi de inmediato llegaba el navío del capitán José Adorno, que había interrumpido el viaje a Río de Janeiro, advertido de nuevos peligros en aquellas zonas. Venía en la flotilla un cacique, ceñudo enemigo de los portugueses y suegro del corsario francés, resuelto a matar y comer a los

dos rehenes católicos. Pero su propio yerno, comandante de cuatro canoas que navegaban a la distancia rumbo a Iperuig, se había topado con el barco de Adorno: dado que el capitán no era portugués, le demostró amistad, le hizo retroceder y mandó un mensaje al suegro para que no turbase vorazmente la paz iniciada. Encargóse él mismo de llevar a los franceses de Río de Janeiro las cartas escritas por el navegante e hidalgo genovés.

Mientras tanto, una vez que la flotilla ancló en Iperuig, el cacique fué al encuentro de Anchieta y Nóbrega, cuyos mejores amigos, vagando por las selvas, los habían dejado casi solos e indefensos en aquella playa. Era un indio de siniestra catadura, huesudo y gigantesco, legendariamente perverso. De él se contaba en los alrededores que, traicionado por una de sus veinte concubinas, había amarrado a la infeliz a un tronco y a punta de espada le había abierto el cuerpo desde el vientre al pubis, arrojándola al fuego...

Anchieta y Nóbrega saludaron y acogieron con humildad al feroz visitante, cercado por su banda de fieras, entre las cuales había un francés luterano. Todo él, sin embargo, en el diálogo que se entabló respecto a la paz, era incredulidad, frialdad, malevolencia. Le sombreaba la cara empedernida una tristeza más densa que el nimbo de las montañas de Iperuig. Envuelto en la larga camisa, sentado en la hamaca, oía a los misioneros de Cristo, agitando el arco y las flechas. Sospechaba de las buenas intenciones coloniales de San Vicente, y no olvidaba los males que a los indios habían hecho los portugueses. De un navío portugués había huído cargando las cadenas, y al recuerdo de su cautiverio en el mar, de su intrépida fuga, recogía la manga de su camisa, blandiendo las aguzadas flechas. Milagrosamente en aquel terrorífico instante, algunos pasajeros del navío de José Adorno, indios confederados, vinieron a comunicarle las paces firmadas entre el yerno y el capitán. Menos torvo y más triste, amortajado como un fantasma en la larga camisa, el cacique de los tamoyos se retiró, prometiendo volver el día siguiente.

Ahora bien, el día siguiente y otros más fueron de tinieblas y de angustias para las almas cristianas en ese destierro. Los

selvícolas primero intentaron exterminar de golpe a los vicentinos, ocupando el navío y atrayendo a tierra al capitán, pero un presentimiento de Anchieta, que lo retuvo a bordo mientras de allí no salían los tamoyos, evitó la celada. Más tarde, en la conferencia de la paz brasileña, entre guerreros armados de arcos y flechas, dagas y puñales, el truculento cacique, vistiendo un sayo negro y con una espada en la mano, hubiera querido abatir y devorar a José Adorno, suponiéndole de origen portugués. El francés luterano, su compañero, deshizo el error y contuvo al bruto que, cejijunto, exigía la entrega de todos los indios aldeados en San Vicente para una gran fiesta caníbal, si es que los *perós* deseaban reconciliarse con los tamoyos. Apoyado por Pindobussú, José Adorno dijo entonces que iría a consultar a las autoridades portuguesas acerca del asunto. E hizo velas finalmente para Bertioga, conduciendo instrucciones personales de Nóbrega y Anchieta, por escrito (102). Los dos apóstoles rogaban a los colonos, de rodillas, que no aceptasen la propuesta del caníbal, prefiriendo mil veces perder la vida en aquellos peñascos a sacrificar por ella un cabello de indígena.

Con sutileza, instinto malicioso de su raza, el hereje francés seguía torturando a los jesuítas, narrando las tribulaciones que habían experimentado en la Francia Antártica doce frailes, posiblemente de la Orden de San Bernardo, entre los habitantes calvinistas. Odiados en Guanabara por haber dicho misa, éstos buscaron la benevolencia de los indígenas, pero andaban hambrientos, con el hábito gastado y las sandalias rotas, mendigando por las tolderías pobres. En día de hambre mayor, ignorando el veneno de la mandioca, neutralizable por maceración, arrancaron de la tierra y asaron en las brasas algunos tubérculos, que fueron ansiosamente devorados. El epílogo de esa comida fué una tremenda intoxicación para los bernardistas. Otro día, durante una roza, el fuego de una quemazón se les propagó a las chozas, reduciéndolas a cenizas. Hambrientos y desalentados, sin albergue ni altar, los doce siervos de Dios se reembarcaron. Por un tamoyo ladino supo después Anchieta que habían muerto, algunos asesinados durante el viaje y otros al llegar a Francia. Y los calvinistas, el francés luterano, los

infieles de Guanabara todavía se reían de aquella triste aventura de los frailes.

Para mayor afrenta de la Santa Madre Iglesia Romana, aquellos demonios franceses se sumergían en el mundo salvaje como en su propio elemento. Precipitados de la civilización, se incorporaban a las tribus con espontaneidad fraternal. Casi desnudos, vistiendo sólo un ligero calzón, bebiendo los mismos vinos tropicales de los indios, cantando como los indios en el giro monótono de las mismas danzas, eran denominados *mairs*, rubios, socios naturales de orgías y guerras primitivas. Holgaban o combatían al modo ornamental de los aborígenes, bajo anchas plumas multicolores, escondida la blancura de la raza por la tinta que los enrojecía o ennegrecía. Conforme al ritual de las carnicerías, en las que se habían familiarizado con el manejo de la cachiporra, rompiendo la cabeza de los prisioneros, tomaban el nombre de la víctima, y entre sus apetitos bravíos sólo carecían del de la carne humana. Maestros de los indígenas en el uso de las armas blancas y de fuego, los incitaban contra el portugués, sacudidos por su rebelión. En el campo de la visión ortodoxa de Manuel de Nóbrega y del mismo José de Anchieta, aquellos demonios calvinistas rondaban como enemigos astutos y cruentos de los más peligrosos, a los que era un deber católico exterminar o expulsar con la gracia de Dios y la ira de los justos.

CAPÍTULO IV

SALVADOS DE LA MUERTE, TIENEN POR GUIA A UN FEROZ CANIBAL

Anchieta y Nóbrega escapan de las flechas de los tamoyos. — El Gran Mar. — Socorro imprevisto. — Cunhambebe.

Los amigos salvajes de Nóbrega y de Anchieta, al volver de la selva, deploraron con ellos los peligros y las traiciones que de improviso sobrevinieron durante su ausencia. Asombrados porque a pesar de tanta maldad los veían incólumes, les atribuían cada vez más el poder sobrenatural de los adivinos sagrados. Atento a la enseñanza de los Padres, devoto casi, Pindobussú estudiaba los misterios de la fe cristiana.

Pero el 9 de junio, víspera de Corpus Christi, se diseñaba este cuadro: en la aldea desierta a orillas del mar, vagaban los Padres solos, cuando, balanceándose sobre las agitadas olas, apareció en la neblinosa lejanía una canoa.

Presintiendo un peligro inminente, los jesuítas adivinaron en esa barca la amenaza de otros peligros. Decidieron trasponer cautelosamente la ribera y la montaña próximas y refugiarse en la toldería de Pindobussú, leal discípulo, antes de que bajaran de la canoa los indios amenazadores. En la playa desierta, mientras tanto, agobiado por la edad, por la enfermedad, por las privaciones del exilio, apenas podía correr el viejo Nóbrega al lado de Anchieta, joven y ágil. Con dificultad, sin embargo, jadeante, lívido el semblante, casi muerto, llegó hasta la ribera, que se extendía en aquel extremo arenoso de la playa, ligada a ella por el monte en cuyo vértice reinaba Pindobussú. Urgía, pues, vadear la corriente, aun con el agua hasta la cintura, antes que los indios abandonasen la canoa ya embicada en tierra. El peligro no daba tiempo a Nóbrega para quitarse las botas y los pantalones, que le envolvían las llagas supurantes y malignas, bajo la sotana.

En un supremo esfuerzo de sus músculos débiles, el compañero se lo echó sobre las espaldas, intentando la hazaña hercúlea de San Cristóbal. Pero el peso leve del santo, casi una pluma para hombros de atleta, abatía su fragilidad. Angustiábale ya la respiración, ya le dolían las costillas, oprimidas y enfermas. Repentinamente en medio de la ribera tropezaron ambos, empapados, tiritantes. En esa desolación, alcanzando la margen opuesta, se internaron en la maleza y escalaron el morro. Apresuradamente, en un reparo frondoso, Nóbrega se desvistió, hizo un atado de su sotana, pantalón y botas, y continuó por la escarpa en camisa, apoyándose penosamente al bastón, a través de los espinos, con el atado de ropa goteante a la espalda. Imperativa, a su lado, la voz de Anchieta murmuraba:

—¡Corred, Padre, corred, que ahí vienen los asesinos!

Subían de la ribera los alaridos de los indígenas, su clamor y tropel, como en la persecución de venados en fuga. Era tarde para alcanzar antes que ellos la aldea. Instintivamente, pálidos de terror, los dos santos hallaron en la espesura del tupido bosque un escondite, desde donde oyeron las pisadas de treinta adolescentes, feroces y desnudos, que venían a su alcance. Con una reluciente espada tan desnuda como los salvajes, pasó cerca de ellos el hijo de Pindobussú, truculento, jurando que mataría a los Padres. Trémulos de susto, los dos abandonaron el bosque, volvieron a subir la escarpa, en la misma ascensión hacia el martirio, ayudado Nóbrega por un indio, vigoroso peatón de la montaña, a quien la promesa de una buena paga había seducido.

Al entrar en la aldea, exhaustos, supieron con infinito horror que Gran Palmera se hallaba ausente. Ocultos en una de las chozas, comenzaron a rezar el oficio de vísperas, cuando asomaron en la puerta los guerreros. Terminadas las oraciones, uno de ellos fué a sentarse en la hamaca, taciturno, empuñando la espada. Era tal vez el verdugo, que miraba de soslayo a los dos jesuítas. Por detrás de los indios aglomerados aparecía la cabeza de Gran Mar, jefe del bando, curioso, locuaz, risueño. Sin embargo, nada intentó contra los religiosos, salvo mucho inquirir y arengar. Y, al retirarse, habría dicho, más o menos:

—Vine para matar a los Padres, pero su presencia me desar-

mó. Hablándoles, sentí que el corazón me fallaba, y no pude herirlos. ¡Ahora, aunque todos se pongan contra ellos, nadie tocará a esos hombres!

En todo aquello los religiosos veían la intervención de la misericordia celeste. Al regresar los indios amigos pero desaprensivos, que habían estado cazando en la selva, lamentaron de nuevo su imprevisión, el infortunio del viejo Nóbrega, corriendo y tropezando por los senderos, entre los espinos. Alta la noche, cortando olas y tinieblas borrascosas, una canoa no terminada aún vino a buscar a los jesuítas, para ofrecerles la toldería inviolable de otro cacique tamoyo. Lúgubre, en la proa, negreaba la silueta de Cunhambebe...

¿Sería ése el gigante del mundo salvaje? Andrés Thevet, en su *Cosmographia,* universalizó a Cunhambebe, dándole los contornos colosales de un símbolo americano, temible como los sombríos dioses aztecas. Trazóle la figura deforme y sanguinaria en claroscuro de leyenda: le puso en los hombros macizos, recios como cureñas, dos falconetes fundidos en bronce, que allí mismo tronaban humeantes...

Jefe de todos los jefes tamoyos, aliados para la venganza, reinaba sobre aquellas gentes brasílicas, desde Cabo Frío hasta Bertioga. Ejércitos, flotillas, los arcos de la confederación inquebrantable, peleando sin treguas, obedecían rítmicamente a ese *morubixaba* de torvas facciones, anchos y rudos miembros, poderosas armas, en cuya feroz catadura había la singular tristeza de los monstruos.

Modelo y gloria del canibalismo, tronando en el denso crepúsculo de la raza, decía con orgullo, agitando el pesado *tacapé*, haber devorado ya, en festines retumbantes y sangrientos, casi diez mil prisioneros. Bajo una piel rayada y retinta, en sus ocios, tenía bostezos de jaguar estirado al sol, olfateando en derredor la carnicería. Hans Staden, el preso alemán de Bertioga, arrojado a los pies del cacique, fué a encontrarlo delante de una olla repleta de carne humana. En columnata erigida fúnebremente por la victoria, señalaban la puerta del antro doce picas donde sangraban aún, hincadas como trofeos, cabezas de enemigos. Royendo y rasgándo una pierna humana, el carnívoro de las selvas rugía, deleitado:

—¡Qué bueno es esto! ¡Soy un jaguar!

El eco de sus bramidos pasmaba las almas, que sentían la penumbra de la caverna, el rugido de la vorágine, el ímpetu del jaguar en ese horrendo hijo de la tierra misteriosa. Nombre de fauna legendaria, el suyo expresaba un vago destino de fantasma: Cunhambebe. *Mujer que vuela:* signo errante de la Muerte. Cuando la guerra convulsionaba los aires o la noche los oscurecía, volaba el tremendo poder, con alas innumerables, las flechas silbadoras y emplumadas, sobre el caserío de los blancos, las fortalezas del rey, el inflado velamen de las *naos*, la quietud de las galeras adormecidas en el fondeadero. Vencía el *morubixaba* terrible. Y la vanidad henchía su broncíneo pecho, le encendía los ojos torvos, si un hombre blanco le alababa las hazañas.

Saboreando la lisonja, Cunhambebe paseaba en esos momentos delante de sus guerreros, sombrío y fiero, lentamente, como si ostentase el más rico manto de plumas. Otras veces, erguido en medio de las calaveras amontonadas en la vecindad de la toldería, inmóvil bajo el ornato de joyas bárbaras —pendientes, barbote y el vasto collar de conchillas rematado en un escarabajo—, era como un ídolo salvaje que se exhibía en la lividez de un osario para el culto de las tribus. Había en su aldea seis cañones arrebatados a dos carabelas, y las insignias de un Caballero de Cristo.

Tal sería el compañero de Nóbrega y Anchieta, el mismo que más tarde, según uno de nuestros historiadores, condujo hasta Bertioga al poeta de la Virgen (103). Mas para otro, no era él el amigo de los jesuítas: en 1564 ya no existía el gran Cunhambebe, terror de los colonos, de los piratas, de los indígenas, con esas proporciones fabulosas, esos apetitos descomunales, y las dos piezas de artillería sobre sus hombros, asestadas contra los portugueses. Inmediatamente después de la llegada de Villegagnon, la peste abatió al gigante (104).

Capítulo V

EL POETA MARIANO

En la aldea del gran jefe. — Antropofagia. — Nóbrega regresa a San Vicente. — Promesa de Anchieta a Nuestra Señora. — El poema de la Virgen.

Con estrepitoso entusiasmo fueron acogidos los misioneros en la aldea del gran jefe, que les había hecho construir, en el centro de la plaza, un pequeño santuario. De los alrededores afluían los indios, a quienes Cunhambebe, señalando a los jesuítas, había dicho:

—No les toquéis. Si me contrariais, haré con vosotros, amigos, lo mismo que hice con uno de los vuestros.

Y mandó que le trajesen la canilla del muerto, que los guerreros usaban, a guisa de flauta, en las marchas triunfales. Al verle, dos flecheros golosos gritaron, agarrando el hueso no reseco todavía:

—Si lo mataste y lo comiste, vamos a comerlo también.

Y pidieron fariña a las mujeres, y ambos, con avidez canina, royeron la tibia mal descarnada hacía largo tiempo.

Todo acabó en demostraciones pueriles y cordiales. Los dos santos vivían sobresaltados en aquellos lugares de feroz animalidad, no obstante su blanca delgadez, en poder del salvaje Cunhambebe. Allí se mataba al semejante aun sin ganas, para la adquisición de otro nombre, por desagravio o por entretenimiento. Ninguna penalidad refrenaba a los matadores frenéticos. Cuando mucho, el sacrificio de los Padres costaría al verdugo tamoyo una palabra condenatoria del bando: ¡Malvado! Sólo la mano de Dios había hecho inviolables, entre la llama de los incendios y el tropel de las guerrillas, las existencias de Nóbrega y de Anchieta.

Transcurrieron así ocho días. Los flecheros que habían ido en canoa a Bertioga siguiendo el rastro de José Adorno, tra-

mando hostilidades, regresaban amigos de los colonos, trayéndose una porción de tupís. Desde el primer momento, el lenguaje de los rehenes enviados a su encuentro por el capitán de la fortaleza, había disipado en ellos la lusofobia original. Habían sido prudentes, renunciando a la entrega de los tupís refugiados en San Vicente. Los cristianos, a su vez, celebraron la moderación ejemplar de los indígenas. Y a última hora, sublevándose los indios de Itanhaem, en la frontera, para matar a los rehenes tamoyos y romper ferozmente las paces entabladas, los portugueses dieron a los nuevos amigos una buena presa con que regalarse. Echadas al mar en el deseo de otras dádivas inhumanas, todas las canoas recién llegadas de Guanabara, hoy once, mañana diez, volaban velozmente hacia Bertioga. Los dos apóstoles observaban el canibalismo de esas paces con evangélica tristeza, cuando surgió en la distancia, el 20 de junio, luciendo al sol sobre las aguas claras, un bergantín airoso y velero, que los iba a buscar.

Estaba terminada la misión. Desconfiadamente, sin embargo, los indios no concordaron con el regreso de ambos: partiría sólo el más viejo, permaneciendo el más joven como rehén.

Bañado en lágrimas, a la hora de despedida, Nóbrega quería compartir hasta el fin la suerte de Anchieta, vivir o morir con él a manos de los enemigos de su fe, pero el otro, inconmovible, con los ojos nublados por el llanto, suplicaba al superior que partiese, dejándole la bendición.

Nóbrega partió solo a San Vicente. Anchieta volvió a su choza, prisionero de los tamoyos.

* * *

Y como pesase en su espíritu el aislamiento y ardiese crepitante el deseo, atizado por uno de los tres enemigos del alma, la carne, Anchieta prometió entonces a Nuestra Señora componer el poema de toda su vida, si le era dado vencer las tentaciones. Con los objetos del culto, se había traído algunos libros religiosos, aun cuando sus biógrafos, sobre todo Pedro Roiz y Simón de Vasconcellos, hayan afirmado lo contrario de lo que el propio jesuíta afirma al relatar los sucesos de Iperuig (105). Papel, tinta y pluma se los habría dejado el capitán

José Adorno, que todo eso traía a bordo. Según la misma versión dudosa, todo le faltaba en aquel ámbito de rocas, entre caníbales (106). Mientras de su alma creadora y musical brotaban sonoros dísticos, no podía Orfeo, sin buril, grabarlos en el tronco de los viejos árboles o en las toscas superficies de los peñascos. ¿Nacerían ellos, acaso, como los *ephimeræ,* para atestiguar tan sólo el imperio de la Muerte? ¿De dónde sacar el artificio que los retuviese, la materia que los preservase? Concebido en la soledad, idealizado en versos latinos y elegíacos, el poema de la Virgen, para sobrevivir al instante original y fugaz, no habría tenido más que la memoria de Anchieta, a estar a lo que dicen sus panegiristas de la Orden. Legendariamente, como papel, no se le había brindado más que la arena humedecida por las olas, agitada por los vientos.

Junto al mar, un día, con su rama de arbusto tradicional trazó en el borde espúmeo y arenoso el verso inicial del poema:

Eloquar? an sileam, sanctissima Mater Jesu?

¿Hablar o enmudecer? Titubeaba. Si la hiperdulia era su culto y la fe le inspiraba el canto, temía pronunciar el nombre de Nuestra Señora, eternamente puro, brillando sobre la impureza de la lengua humana. ¿Convendrían loores profanos a la excelsa beatitud, enclaustrada en el Seno de Dios? ¿Qué hacer, pávido corazón, lengua trabada por el temor? Confiarse a la piedad maternal de Nuestra Madre, cuya fuerza levanta las almas inertes y acumula los bienes paradisíacos. Si no le tocaba la llama del cielo y voz no tuviese la musa para alabar a María, era que su corazón invicto, su adusto corazón, había vencido la propia dureza del sílice, del hierro, del bronce. ¿Acaso no lo sostenía contra el pecado la efigie tutelar de la Virgen Madre? Que ella fuese, pues, con el hijo adorable en los brazos, su amor indivisible.

Tu mihi cum chara sis unica Prole voluptas,
Tu desiderium cordis, amorque mei.

Rematado así el preludio, Anchieta desarrolló los motivos del primer canto: *De Conceptione Virginis Mariae.* La concep-

ción radiosa de María precede al surgimiento de los orbes, a la formación de la tierra. Aun no se agitaban los mares ni se precipitaban las aguas pluviales por las vertientes, no había sobre el caos el borbotonear perenne de las fuentes, ni la grandeza de las moles altísimas, y ya había sido concebida en la Eterna Inteligencia su imagen, y predestinado su vientre para redimir el pecado original. Perfecta y dilecta, como antídoto para el veneno de sierpe, había sido prometida en las mañanas edénicas, turbadas por el pecado de Eva. Con el dragón a sus plantas, *dulcis amica Dei,* ella se cierne sobre los coros angélicos. Su fruto bendito es anunciado por la boca de los profetas, que le adivinan en los cielos la claridad y le desean aspirar en las voces celestes la dulzura. Ya llega la mujer más fuerte que el hombre. Exulta el palacio de Dios, se entristece el infierno insaciable, se purifica el mundo tenebroso y abyecto.

* * *

Nace María a flor del segundo canto. Yace en su abismo la noche milenaria. Un nuevo sol asoma. Raya una estrella virgen. Cadenciados en letanía se suceden ahora los versos iterativos, y como turíbulo de oro encendidos para la Madona, exhalan ardientes los dísticos, sahumando incienso. El fulgor nominal de Nuestra Señora, ampliado por el celebrante en vocativos de letanía, constela el orden alfabético, reproduciendo el esmero torturante de las composiciones abecedarias de Sedulius. Una tras otra, desfilan las imágenes, rutilan las iniciales: *Arbor,* árbol sublime con las raíces humildemente hundidas en el suelo, las ramas fructificando en estrellas. *Baculus,* frágil bordón en que se apoyan los hombres vacilantes y afligidos. *Collis,* trascendiente colina, que vierte el dulce perfume en las tinieblas. *Ductus,* maravilloso conducto por donde corre el agua de la fuente divina. *Effigies,* vera afigie, magno espejo en que se contempla Dios. *Fulmen,* el resplandor del rayo en la tormenta, la fulminación de los viejos crímenes infernales. *Gemma,* incomparable gema, bajo la cual desmerece la pompa metálica del oro y del bronce. *Hydria,* urna estelar de las Híadas cristianas, vaso de leche y óleo, aroma y gracia. *Ju-*

culum, el antiguo jáculo o venablo, hiriendo suavemente los corazones para curar profundas llagas. *Luna,* sagrada luna, inmutable plenilunio, dando al ocaso de sus contempladores una impresión de alegría solar. *Mare,* profundo mar, vastedad sin límites, insondable para todas las formas gigantescas o ínfimas de la vida, refugio de los buenos y de los malos. *Navis,* la nave que socorre a los náufragos arrojados por la vorágine de las olas y los lleva a la playa remota. *Ober,* óbice antepuesto en el santuario a la devastación de los toros indómitos y en el umbral del templo a los heresiarcas y a los demonios. *Portus,* tranquilo puerto adonde vino a dar el poeta como nauta exhausto en su bajel, sacudido por la furia del viento, pero guiado por la mano de la Virgen, reminiscencia católica de los temporales brasileños. *Quadriga Dei,* impetuosa cuádriga divina, arrebatada por la Justicia, en tropel resonante, aplastando a los enemigos de la Fe. *Rosa,* inmarcesible en el estío y en el invierno, rosa que brota entre espinas, pero no adornada por ellas. *Speculum, Signum, Sydus, Stimulus, Salus*... Y todavía *Tegen,* primer tejido para cubrir el pudor de Adán, el rubor de Eva, la lamentable desnudez del cuerpo o del alma. Y, por fin, *Virga,* azote de las maceraciones eclesiásticas, vara desnuda y flexible con que se tarjan y bajo la cual se retuercen los penitentes...

¡Doloroso canto del hombre fustigado por su misticismo! Reina y látigo de los cielos, *Virgo* y *Virga,* para él se funden en la misma invocación terrible. No se traducen esos gemidos, esos gritos, esas convulsiones de anacoreta a los pies de la gran *Mater* flageladora. Cuando mucho, su interpretación podría decir con alguna fidelidad:

Disciplíname, que atormentas en las tinieblas al demonio, y del vórtice lo expeles, castigas dulcemente a los que te aman, los corazones abrasados, heridos por tu amor! ¡Cae, día y noche, lacerándome las espaldas! Es un deleite, ¡oh, Virgen! sufrir de tus manos el castigo! ¡Látigo, no me eximas! ¡Azótame por lo que debo, desciende sobre mí! Sangrando, más leves se tornan las culpas. Sería fatal mi caída sin la gracia con que fustigas a los elegidos. No temo perecer, morir bajo tu castigo. Porque solamente tú, Disciplina, puedes descender, curando

nuestras heridas; solamente tú, descendiendo, curas nuestro mal. ¡Bajo tus golpes, renace más pura la vida ya extinguida!

* * *

Vencido el terror de muerte y con él el demonio de la carne, Anchieta componía sus versos latinos en la gran paz luminosa de esas alturas. Aleteaba en sus hombros en esos instantes, de acuerdo a la leyenda, una avecilla multicolor. Dístico por dístico, hasta la gloriosa asunción de la Virgen, el poema sería metrificado entre los bárbaros (107).

Y siempre con el mismo fervor, con la misma exaltación, el poeta de Nuestra Señora sigue, como ya se ha escrito, los pasos de la vida y los pasos de la muerte, ascendiendo con ella hasta la gloria. Los diálogos del Angel y de la Virgen, el misterioso noviazgo espiritual, el advenimiento del fruto inigualable, las preces de María al recién nacido, la ofrenda simbólica de los Mayo, la purificación, la fuga a Egipto, el regreso de la Sagrada Familia a Israel, Jesús en el templo, el supremo dolor del Calvario y la suprema alegría de la resurrección, el transporte de María a la bienaventuranza y el triunfo en que ella se cierne sobre los coros angelicales del Paraíso, constituyen la acción poética en un reflorecimiento inagotable de la leyenda cristiana. Entremezclados a esos cánticos, relampaguean los anatemas a Calvino, deflagraciones del odio religioso contra los que niegan la excelsa virginidad de María.

El austero Calvino, teólogo, jurisconsulto y humanista, cuya sobriedad fué tan rígida como su doctrina, pasa a través de la poesía anchietana como un ebrio tambaleante, un sátiro calvo y tonto que saliese del baño de las ninfas hacia la escuela de Ginebra. En la cólera del santo estalla la misma intolerancia con que su enemigo lanzaba a los anticalvinistas al exilio, a la tortura, a la muerte por el fuego. Era el siglo de San Bartolomé, de la Inquisición y de los autos de fe, entre los católicos, pero también el de la Rochela, del tribunal de Ginebra y del corso de Jacques Sore, entre los reformistas. Nada esclarece mejor tales conflictos del alma religiosa como los versos de Anchieta sobre la intemperancia y la concupiscencia de Calvino, el ayunador sectario:

—Calvino, trocaste la gloria de Cristo por la demencia de Baco, y ese es numen de tu lenguaje, tu amor. Calvino, mudaste la pureza de María por la impudicia de Venus, y es para ésta que vives y en ésta tienes tu maestra, más todavía, tu luz y tu diosa. Son ésos los ídolos propios del nombre y de la mente de criatura tal, los ídolos alzados en el fondo de tu corazón. Baco y Venus son, perpetuamente, los númenes que inspiran tu lenguaje, los dioses que imperan sobre tu vida. Porque el nombre te revela las costumbres: para tal vida, tales obras. Resonándome en los oídos el nombre de Calvino me hace pensar en los vinos que tienen el color de Venus. Te arrebata perpetuamente el vino y al calor del vino desbordante se inflama tu lujuria. Es por eso que expeles, abrasado en esa doble llama, la torpeza del ser por la boca vinolenta. Amanezca, atardezca o anochezca, te revuelcas siempre en el estercolero, inmundísimo y execrable suizo. En el mismo lodo se revuelcan otros jabardos de la misma especie. Torpemente, como un cerdo, pisoteas la perla divina y ofendes el recato de la Virgen. Así lo haces para que otros no guarden en el ejemplo de ella los preceptos de una vida casta, y no te condene los vicios. Saturado de vino, delirando, es natural que así vociferes, dipsómano Calvino. El vino desata tu lengua abrasada; a pesar de tu intento, no podrías hablar de otro modo. Al recordar tu nombre, la depravación de tus costumbres, la imagen de tu sordidez, reveo tantas figuras abominables como los vicios generados en tu corazón impío. Calvino, tienes el nombre de cal y de vino, el doble nombre de la vida que llevas. Blanqueado al modo de la cal, resplandeciente de falsa piedad, engañas al vulgo con tu aparente candidez. Pero el furor del vino, en que todo lo sumerges, eruptando, patentiza la ignominia oculta en tu abyecto ser. Y ahora sé por qué te conviene el nombre de Calvino, calvo, pelado entre los más de espíritu y de fe, como tú mismo lo quieres.

Pero la cólera flageladora pasa... Como los lirios a los pies de María, se abren las alabanzas alfabéticamente ordenadas —*Laudes Virginis ordine alphabetico*—; emana de los coloquios y los ruegos finales un aroma votivo de saumerio y santuario. Por último se transparenta en el epílogo la minuciosi-

dad, la delicadeza y el arte precioso de vetustas joyas: primero, la dedicatoria del poema, *Dedicatio operis;* después, las inmaculadas horas marianas; por último, la hermosa y breve *Recommedatio* de Anchieta a la Virgen-Madre, que le había convertido los pensamientos voluptuosos en ritmos sagrados, le había conservado intacta la pureza del cuerpo y del alma (108).

Has preces fundo tibi, Virgo Mater,
Quæ cares naevo speciosa tota,
Ut mihi intacto tribuas pudicam
Corpore mentem.
Amem.

Todo ese extenso poema sería, más tarde, pulido y completado, escrito por José de Anchieta con esmero benedictino, desde el ofertorio hasta la oración, en el Colegio de San Vicente. Aun en la memoria del poeta religioso, le había dado una certeza de absoluta invulnerabilidad a los ímpetus de los tamoyos. A veces, si lo encontraban frente al mar, en el arrobo de las mañanas o de las tardes luminosas, le decían los caníbales:

—Hártate de ver el sol, José, porque pronto te hemos de matar y comer.

Mansamente, el taumaturgo respondía a los antropófagos:

—No me matarán. Todavía no ha llegado mi hora.

El indefinible sentimiento del propio destino, creador de belleza, le afirmaba que no moriría sin escribir antes los versos de su poema.

CAPÍTULO VI

ENTRE AMENAZAS DE MUERTE SURGE UN DEFENSOR

Marabá. — *El hijo de Anchieta. — Bautismo de los inocentes. — Demonios del mar. — Gesto sublime de Anchieta. — Un paladín cristiano entre los salvajes.*

Una mañana, mientras rezaba maitines en el oratorio de Iperuig, Anchieta oyó un rumor de tierra removida, ligeros pasos y voces femeninas. Suponiendo que fuesen indias que por allí se ocupaban en labores de cerámica, continuó tranquilamente hojeando y meditando el breviario. Media hora habría transcurrido cuando una de ellas vino en busca del religioso. Anchieta le preguntó la causa de ese ruido. Con la simplicidad y la espontaneidad jovial de los seres primitivos, la india le respondió que momentos antes había dado a luz una linda criatura y que la suegra había enterrado al hijo, vivo todavía, conforme a la ley de la tribu.

En su inmenso asombro, porque no había oído llanto ni quejido, y Eva multiplicada, sin dolor, entre las palmeras del Edén brasileño, burlada la sentencia bíblica, supo Anchieta que esa mujer, dos veces casada, llevaba ya del primer connubio la gravidez. Y bien, el producto de mujer binuba, así concebido, era destinado a la sepultura inmediata, por creer los indios que en él se mezclaban los gérmenes de dos hombres. Para el criterio de la tribu, de esa concepción nacía un ser sin vigor de savia y de fibra —*marabá*— repugnante por sus orígenes. Era deber de la madre, en esos casos, enterrar con alegría al recién nacido.

Transido el corazón, demudado el semblante, al oír tales cosas, singulares e inhumanas, pensaba el jesuíta: «Otro inocente muerto sin bautismo, presa de Satanás.» Corrió al agua, mojó un trapo y salió en dirección al sepulcro. Avidamente removida, la tierra fresca y suelta se entreabrió permitiendo

ver al más lindo rostro de aquel mundo siniestro, un hermano pequeñito y trigueño de los ángeles que circundan, rubios y desnudos, la Asunción de la Virgen (109). El hálito débil denunciaba una vida a punto de extinguirse. De rodillas, inclinándose hacia la hermosa criatura desnuda, Anchieta la bautizó. Había salvado su alma, había vencido al demonio. Y ya se incorporaba, sin mayor esperanza, cuando oyó decir a una de las indias, estúpidamente agachada en derredor, que muchas de esas criaturas yacían en el seno de la tierra todo un día. Presuroso, recordando tal vez a la hija de Jairo resucitada por el Divino Maestro, se arrodilló de nuevo al borde de la sepultura para tomar en brazos al niño sepultado. Acudieron otras mujeres y con ellas un indio saltarín y feroz, que levantando la *tangapema* intentaba allí mismo, en medio de gestos y saltos, despedazar al recién nacido. Anchieta imploró, contuvo el brazo violento, nudoso como un tronco:

—¡No lo mates! ¡Este niño será mi hijo!

Dejaron al santo el hijo adoptivo. Pero ninguna de las mujeres tocó siquiera levemente el cuerpo desenterrado, palpitante a la impresión luminosa del amanecer. Ninguna quiso llevarlo y amamantarlo, a pesar de todas las súplicas. Estallaban carcajadas breves, crepitaciones de hoguera salvaje, irrumpían frases malignas:

—¡El Padre ya tiene hijo! ¡Mira el hijo del Padre!

Era una alusión a la invencible castidad de Anchieta, que sonreía al escarnio. Maternalmente, como si el amor evangélico, resplandeciendo sobre la muerte y aunando la vida animal congregase todos los amores sagradas y el propio amor de madre, posó sobre sus rodillas al niño, le limpió el rostro sucio de tierra sepulcral, los ojitos entrecerrados, el débil cuerpo moreno. Afilada la lanceta, iba a cortarle el cordón umbilical al ras, cuando una de aquellas brujas acudió a tiempo para evitar el desastre, guiándole la mano inexperta. Y el hijo adoptivo de Anchieta, vestido y acariciado por él con cariño maternal, fué entregado a las ayas de la corte de Cunhambebe.

Durante cuatro semanas, amamantado por las indias, el pequeño ser floreció e iluminó la tristeza en que se había su-

mido el santo después de la partida de su glorioso hermano Nóbrega. A veces, contemplando al niño, creía vislumbrar en sus facciones angelicales el oprobio del salvajismo a la elevada sorpresa del alma cristiana, o el arrebol de otra humanidad menos cruel. Había belleza y dulzura en aquella imagen, arrancada por sus manos bienhechoras del seno de la tierra. Y se apoderaba de él, flagelador de la propia carne, sufridor empedernido en el ayuno, en la penitencia, en el trabajo, en las mortificaciones, una ternura infinita de madre que soñase los más bellos sueños junto a la cuna del hijo. Volvía a tomarlo en los brazos, lo adormecía a la cadencia tal vez de alguna vieja canción indígena o peninsular, lo acostaba sobre palmas tiernas entre flores silvestres. Y las mujeres de la toldería, indias estrepitosas, aprendían en la escuela del jesuíta la delicadeza de los gestos maternales.

Bruscamente, sin embargo, bajo la amenaza de los brujos o al peso de la tradición, aquellas robustas nodrizas negaron al niño la limosna de su leche. Desolado, día a día, Anchieta lo veía extinguirse en medio de un llanto de hambre, angustiosa y desgarradoramente. En derredor del oratorio, la abundancia de la tierra y del mar, plenitud soberbia; adentro, la vida inocente, hambrienta y agonizante. El clamor del santo no conmovía a las indias que a su lado amamantaban a sus fieras. Una por una, cobrizas recias, jóvenes, iban y venían con sus voluminosas ubres repletas de leche. Fuera de ellas, en las selvas y en las cuevas, desbordante, pero intangible, sólo había la leche de las jaguares preñadas.

Murió así, condenado por las madres de la tribu a la inanición, el más delicado de sus hijos, el hijo espiritual de Anchieta. Sin lágrimas, conteniendo en el corazón una onda tormentosa de piedad, el santo restituyó aquel bello cuerpecito a la tierra insaciable. Después de eso, escribiría que el ángel había sido prudente, emigrando al cielo en vez de permanecer en el destierro inhumano de las tribus. La más adorable Señora, glorificada entre los perfumes de la rosa mística, no le había de negar por cierto, la leche de su ternura divina, la comunión de su bendita gracia...

La idea católica de Anchieta, en aquellos días, era prin-

cipalmente la de bautizar a los niños moribundos, arrancarlos en pleno abismo de las garras del diablo. Movido por este designio religioso asistía al parto de casi todas las indias de la aldea. Con ese pensamiento lustral, cierta vez, bautizó a una recién nacida, que toda enrojecida de la sangre de la maternidad, no estaba desprendida aún del útero materno, y la criatura sobrevivió a la partida de Anchieta, que lamentó dejarla viva entre las furias de aquel infierno, pero luego exultó a la noticia de su muerte. Prefería el apóstol que las almas de los inocentes bautizadas por él, volasen en seguida al Paraíso.

* * *

Días amargos, penosos, transcurridos en el exilio de Anchieta, con tribulaciones y amenazas, evangélicamente sufridas... Su cuaderno de notas negreaba debajo de dos terribles fechas: 1º de junio, llegan cinco canoas de Río, y 6 de julio, llegan las de San Vicente y de Río otras diez. ¿Qué traen esos leños empujados por el viento hacia Iperuig, unos tras otros? Hordas de asesinos, voces insoportables, la mentira o la cólera del gentío.

En la primera flotilla habían embarcado los peores demonios de la selva. Tales fueron los visitantes de Anchieta, exactamente cuando la Iglesia celebra la Visitación de Nuestra Señora, el 2 de julio. Grotescos y feroces, ebrios y chillones, enemigos de la paz, querían palpar los objetos enfardados que Antonio Luiz, compañero de Anchieta, destinaba para un posible rescate de la mujer y los hijos. Rodeaban al jesuíta, corriendo y graznando como ruidosos pájaros zancudos, cada cual diciéndole, monótonamente, interminablemente, sus orígenes, sus nombres, sus hazañas. Inmóvil, ajustada la flecha en la cuerda tensa del arco, esperando la señal combinada, un flechero apuntaba al apóstol. De pronto, en desbandada, se iban todos saltando, gritando, en la explosión de una locuacidad infernal. En el ámbito de oro y ceniza de la tarde que caía lentamente, se aquietaban los alrededores. Al anochecer, sin embargo, volvían los indios con el mismo griterío, exhalando vino, cascabeleando insulceses o escarnios, y había entre ellos los «consoladores», los que tenían palabras untuosas para Anchieta y su compañero, acariciándoles la cabeza:

—No se asusten, no hemos de comer a nuestros amigos; pueden engordar tranquilamente...

Así se deslizaba el lenguaje de los «consoladores», melífluo, desmedido en la exhibición de sus dientes brillantes. Y alta la noche, como Anchieta levantase los ojos en el intervalo de sus preces, vió en la puerta a un guerrero sombrío, con la desnuda espada en la diestra. Vió que pasaba y repasaba, cerca de él, lentamente y en silencio. Anchieta se encomendó a Dios, presintiendo y bendiciendo la muerte. En eso, alguien afuera llamó al verdugo, que una vez más se detuvo para mirar al santo genuflexo, aunque por último salió a las tinieblas, cabizbajo, con el acero desnudo en la mano robusta.

La mentira y el pavor desorientaban a la segunda flotilla, compuesta de once canoas que, en junio, antes que la goleta de Nóbrega, había tomado el camino de Bertioga. Un esclavo huído a los colonos en San Vicente, había pregonado entre los rehenes y huéspedes tamoyos, que los blancos deseaban concentrarlos allí con los caciques, principalmente Pindobussú y Cunhambebe, para aniquilarlos bajo el mismo golpe. Decía más aún: que un flechero de la hueste de Caoquira ausente desde hacía mucho, había sido degollado por el portugués Domingo Braga, y entregado después a la gula de los tupís. Cundió el pánico entre los guerreros tamoyos acampados en San Vicente, a la espera de la bonanza que les permitiera caer sobre los voraces tupís, con alegría y refuerzo de los cristianos. Reembarcaron de golpe en las once canoas, arrastrando a Cunhambebe que, recién en Bertioga descubrió la innoble patraña, no sin experimentar la vergüenza de su fuga. Y con voz de trueno dijo a los compañeros amedrentados:

—Cunhambebe no huye. Regresa de aquí a San Vicente, sólo para morir.

Los otros huyeron, sin embargo, aturdidos por el balanceo de las canoas, encorvados sobre la pala de los remos, en dirección a Iperuig. Apenas llegaron éstos, el gran Coaquira fué a hablar con Anchieta.

—Padre —exclamaba el indio—. Aquí están los guerreros fugitivos, amenazados de muerte por los tuyos. Fué para eso que mandaste a San Vicente a los jefes tamoyos...

Anchieta hizo protestas de lealtad, de veracidad. Ante Dios y ante los hombres nunca había dicho mentiras. Si los vicentinos, en efecto quisieran traicionar a los tamoyos, él pagaría con la vida esa traición. El salvaje le respondió que no hablase de muerte, pues él venía para defenderlo, como más tarde vendrían Cunhambebe y Pindobussú.

En esa misma fecha llegó a Iperuig una nueva escuadrilla, la tercera, conducida por la venganza. Un compañero del cacique había sucumbido en la pelea contra los vicentinos y urgía el desagravio. Como los tripulantes que llenaban diez canoas, maldiciendo la paz, reclamasen de Anchieta los indios mansos, agregados al colegio de San Vicente, el apóstol gritó, erguido y sereno:

—Ninguno de ellos será entregado a los tamoyos. Aquí estoy yo a tus órdenes. Si me queréis tragar, hacedlo, pero no consentiré en el sacrificio de los nuestros.

En el acento de su voz dominadora vibraba el heroísmo asombrando a los salvajes. La horda retrocedió, intimidada por ese verbo, relámpago de fuerza física. Recrudecieron, sin embargo, las hostilidades apenas disimuladas en derredor del héroe. Rondábanle su refugio cada noche. A su paso los rostros se volvían ceñudos, torvas las miradas y duras las palabras. Algunos proponían que se llevase la guerra a los *perós* de San Vicente. Menos belicosos, otros no querían sino la muerte de Anchieta y de Antonio Luiz, o el despojo de los objetos de éste, amontonados en un rincón oscuro de la choza. Afortunadamente, como si la mano invisible de Dios lo trajese, llegó de pronto a la aldea el flechero de la hueste de Caoquira, inmolado por Domingo Braga y devorado por los tupís, según la versión embustera del esclavo. El miedo le había tiranizado el alma desde el primer contacto de los blancos, y había corrido a través de bosques y de playas, durante un mes, huyendo como loco de un espectro imaginario. Ante esa evidencia de la mentira forjada por el esclavo, súbitamente, Anchieta recuperó el vasallaje de algunas fieras amigas.

Pindobussú, o Gran Palmera, que regresaba de Bertioga, llegó a Iperuig, más que nunca consagrado al jesuíta. La insolencia de los tamoyos de Guanabara, a quienes los otros

desearían ver lejos, en interés de la paz, no dejaba tranquilo al apóstol. Cierto día, presentósele con su espadón de madera, y con voz tronante, batiendo los pies y las manos en son de guerra, así habló a los tamoyos:

—Pindobussú no quiere desorden en su aldea. Cuando deben ayudarlo contra los enemigos, cuando él hace las paces con los blancos, ustedes andan pidiendo cabezas de cristianos. Pero el brazo de Pindobussú es fuerte.

Nadie se movió. Los tamoyos de Guanabara enmudecieron, acobardados. Al estrépito de las palmadas y de los gritos de Pindobussú acudían corriendo los salvajes de los alrededores para disfrutar del duelo que suponían haberse trabado. Ante el valor del jefe y su espada de madera, se encogían los más arrogantes. Bajó el arma, tuvo un gesto de soberbio desdén y señalando al cacique de la hueste, amigo suyo, le confidenció aparte acerca de Anchieta:

—Ese es quien trata de las cosas del Paí Tupán, el verdadero maestro de los cristianos. U obtendrá nuestro respeto o seremos destruídos por la cólera de Tupán.

La fe ingenua de Gran Palmera, atribuyendo al misionero tamaño poder, vínculos sobrenaturales, creaba la leyenda milagrosa de Anchieta en el Brasil que nacía. Suponía él con inconmovible firmeza, después de ser doctrinado por el jesuíta, que la existencia de éste amparaba la de la tribu, que los indios perecerían fatalmente, uno a uno, si llegasen a molestar al Padre... Anchieta no se explicaba de otro modo su dedicación paternal. Ya entrado en años, pero robusto, amando la longevidad, Gran Palmera decía constantemente al apóstol:

—Hijo José, no tengas miedo. Aunque los blancos le matasen los parientes, que están lejos, Pindobussú sería contrario a tu muerte. Hablas verdad al cacique de los tamoyos, y su venganza sería contra los tuyos, no contra ti, por los males causados a la gente de su toldería. Ya ves cómo Pindobussú te defiende, oyes lo que dice su boca en favor tuyo a los caciques de las canoas y aldeas. Reza por él a Tupán y consigue para él una vida larga y abundante de bienes.

Capítulo VII

INOFENSIVO ESPECTADOR DE LA BARBARIE SALVAJE

Sacrificio de un tupí. — Anchieta frente a la muerte. — Anchieta frente a Dios, a través de los sueños. — Expansión de la leyenda en los peñascos de Iperuig. — Prodigios de la caridad anchietana. — Un prisionero indomable. — Nuevas desventuras de Antonio Luiz. — Su regreso a Bertioga.

En esa cárcel cercada por las montañas y el océano, sólo quedaba al hermano Anchieta la solidaria tristeza del malaventurado colono Antonio Luiz.

Un día oyeron los dos, desde su choza, el clamor violento de los indios que pretendían matarle un esclavo tupí al compañero de José. Interrogado por el jesuíta el cacique Caoquira, defensor de los huéspedes, éste había simulado asombro y duda: nadie se atrevería a trasponer el umbral de la choza inviolable para matar al esclavo. No obstante, ebrios de vino y de odio, los salvajes cantaban, batiendo los pies y blandiendo los arcos. Sus melopeas, cadenciadas por el chocar de las olas, resonaron hasta la puesta del sol. Lúgubremente, la oscuridad envolvió los peñascales y al caer la noche, con algarabía, un bando feroz invadió el rancho. Hembras alucinadas como furias gritaban:

—¡Mata! ¡Mata!

Otras pedían a los guerreros, ciñéndoles los brazos musculosos, las piernas robustas, enrojecidas de tatuajes:

—¡No lo maten, que nuestros maridos y nuestros hijos pagarán por el esclavo en Bertioga!

Anchieta quiso interponerse, hablar, pero dos indios leales lo disuadieron con su consejo: era la muerte lo que él provocaba, tan enfurecidos venían los tamoyos. A tirones, brutalmente, el esclavo fué arrastrado a la plaza entre golpes y ru-

gidos. Allí estaba ya un tupí, condenado a igual suerte. Dos veces, sordamente, se oyó el golpe fulminante de la *tangapema,* astillando los cráneos. Los sesos se escurrieron por la membrana rota; de los cuerpos mutilados asomó la grasa, la sangre hizo charco... Remolineaban las mujeres, cantando, en vertiginoso coro. Danzarinas desnudas y trágicas, acudían; algunas clavaban lentamente los cuchillos de madera, aguzados como puñales, en las sangrientas vísceras esparcidas; otras se embadurnaban los dedos descuartizando los cadáveres, e iban a untar mascarones y bocazas a través de la turba, con alaridos carnavalescos. Una de ellas, vampírica, abrasados los ojos de loba por la sed nocturna, se inclinó hacia uno de los muertos como sobre una fuente, empapó las manos en la sangre derramada, y las lamió con avidez.

Terminado el festín, y antes de rayar el día, las indias alojadas cerca de la choza de Anchieta, furiosas contra los matadores, propalaron que no tardaría la venganza de los blancos. ¡Funesto lenguaje! Apenas relampagueó el rumor, se armó de nuevo la tempestad. Era una razón más, clamaba la lógica de los salvajes, para devorar también a Anchieta, y mucho costó disuadirlos, desdeñando los horrores de la noche bárbara. Nada importaba a los colonos la muerte de un esclavo, decía sonriente, aun cuando el dolor le oprimiese y ensombreciese el corazón (110). Serenáronse con esas palabras los caníbales.

Sin embargo, lúcidamente comprendió Anchieta que la muerte, cazadora siniestra, le seguía el rastro día y noche, por selvas y despeñaderos. El disimulo, la hipocresía, la tortuosa maldad de los tamoyos, precipitarían el instante supremo. Todo el torvo mundo circunvecino, con sus selvas y sus peñascales, el mar rugiendo en derredor, la fiereza de los hombres, se desvanecía para Anchieta en la lejanía de su espiritualidad, como pompas de jabón. A la idea del juicio divino concentraba en la oración todas las energías de su ser, pedía ansiosamente a la infinita misericordia que le perdonase los errores y desobediencias de antaño por aquella sumisión a los designios de lo alto. En las largas horas de oración, cuando fluían las sílabas ardientes como lágrimas requemándole el alma, deseaba la muerte con avidez. Sus pensamientos, como alas impacientes, volaban al

cielo desprendiéndose de la tierra. Su exultación en flor quería exhalar el último efluvio en un ocaso de sangre. Rebelada, atormentábase la carne joven. A los treinta años el terror del aniquilamiento le crispaba los nervios doloridos, las fibras palpitantes. Era la vida terrenal celosa de su imperio, de sus formas, asiéndose a nuevas raíces, retomando nuevos deseos. Pero la oración burbujeaba en el llanto, el alma escudada en la fe vencía a la carne, y de nuevo, sobreponiéndose al miedo, tocado por la gracia contemplaba desde las alturas, en un resplandor, toda la polvareda humana.

* * *

Conoció la tortura silenciosa del hambre, el dolor mortificante de nuevos males, los escalofríos y las angustias del miedo, la omnipotencia de la mentira incubada por brujas y brujos sobre el espíritu de aquella gente crédula, *tan sutil en inventar y fácil en creer* todo género de rumores e imposturas.

Transcurrieron los días, las semanas y la larga ausencia de Cunhambebe y de sus arcos precupaba a los guerreros inertes, a las mujeres añorosas. ¿Se los habrían devorado los tupís de Itanhae? ¿Los habrían matado los cristianos de San Vicente? Alguno de ellos, sin embargo, ya escaparía de la muerte para traer noticias. Pero éstas no venían de los bosques o de las aguas circundantes evocadas por el deseo de los Tamoyos que se agrupaban en derredor de Anchieta, oráculo de la selva, interrogado con impaciencia acerca de lo que Dios le había dicho sobre la tardanza de Cunhambebe, de su destino, del más ingenioso ardor para acabar de una vez con los enemigos. En nombre del propio Cunhambebe insistía Pindobussú para que obtuviese de Dios el exterminio de los tupís. Y una noche, porque no lo había encontrado en la choza, indagó del compañero Antonio Luiz:

—¿Dónde está el padre? ¿Duerme ya?

—¿Quién le ve dormir? Se pasa toda la noche hablando con Dios. Sólo se adormece al llegar la madrugada.

—¿Y no te dijo todavía lo que le sucedió a Cunhambebe? ¿No se lo preguntaste?

—Se lo pregunté, pero el padre oculta lo que sabe, y hasta hoy nada quiso decirme — respondió el otro.

Ese misterio y ese lenguaje fortalecían en los tamoyos la certidumbre de comunicaciones divinas, hechas en sueños a Anchieta. Le fué preciso decir que no creían ni debían creer en la magia nocturna de los sueños. Sus hermanos estaban bien tratados por los colonos como pronto lo habrían de ver. Y sabiendo que el Padre Nóbrega, generoso para los tamoyos, cuando enemigos, no traicionaría seguramente la nueva amistad, los indios se retiraban satisfechos con la palabra del oráculo.

La ilusión de la clarividencia de Anchieta se manifestaba en los propios casos domésticos. Vino un indio a confesarle que por sospechas de infidelidad en vano había querido acuchillar a una de las mujeres, porque se le había torcido la punta de la espada al primer golpe. Como Dios no tenía secretos para Anchieta, el indígena le hizo dos preguntas: «¿Era ella culpable o inocente? ¿Debía matarla o no?» Con inefable dulzura, recordando el suavísimo perdón de Jesús a la mujer adúltera, Anchieta sólo respondió a la última pregunta.

—Dios prohibe matarla, si lo hicieses no te lo perdonaría.

El tamoyo salió tranquilizado, contento después de haberle dicho al misionero que, al venir a verlo, sabía muy bien que Dios le había revelado todo.

Esa intimidad nocturna de Anchieta, y de lo sobrenatural, comienzo de su leyenda en Piratininga, era omnímodamente aprovechada por los indios. El prisionero se había fugado y Gran Palmera rogaba ansiosamente al jesuíta que hablase a Dios, para que lo extraviase en los caminos de la selva y lo restituyese así a los tamoyos de Iperuig. Contra el feroz deseo pedía él en sus oraciones la liberación del indio, condenado a muerte por los antropófagos, pero ocurrió que el fugitivo, falto de coraje frente a tan densas marañas o peñascales tan ásperos, en la inmensidad hostil de aquella naturaleza, volvió espontáneamente al cautiverio, mientras los tamoyos gritaban jubilosos:

—El padre habló a Tupán, no durmió en toda la noche. Así hizo volver al enemigo para ser otra vez amarrado y en breve comido.

Entre los más confiados en esa virtud sagrada, había cier-

to indio a quien una vieja le desviaba la caza de las trampas, porque el cazador, egoístamente, le había negado un trozo de la presa. Después de eso, el indio nada pudo cazar, por lo que nada pudo ofrecer al hermano Anchieta, a quien visitaba. Espíritu claro y fuerte en su creencia, detestando el salvajismo y la superstición, el jesuíta censuró la flaqueza del indio.

—¿Hasta cuándo vais a creer, pobres hombres, en la mentira de vuestros brujos, como si ellos tuviesen algún poder sobre las cosas del cielo y de la tierra? Cree en mi palabra y el Señor te dará otra vez una rica presa en los bosques.

—¡Mejor que mejor! —gritó el indio alcanzado por el sortilegio—. Haz que Dios mande hacia mis trampas y habrá banquete.

Fueron armadas de nuevo las trampas y atrapadas por el salvaje dos capibaras, entre el denso yuyal. Anchieta y sus compañeros, que sufrían un penoso ayuno desde hacía muchos días, tuvieron en el banquete una buena porción de fariña y algunos pedazos de carne. El prestigio del santo milagroso humillaba a la brujería diabólica de la tribu.

Esa fama de oráculo y taumaturgo floreció a pesar suyo contra su modestia. Nunca Anchieta se atribuyó semejante poder. Tuvo siempre la explicación natural del buen sentido y de la fe cristiana, límpidamente para todos los sucesos de Iperuig, conforme a la narración epistolar hecha en 1565 al padre Diego Lainez, general de la Orden. Creyendo en la fuerza interior y suprema de la oración, nunca se exhibió el misionero como adivino, mago, confidente o electo de Dios. A pesar suyo se formó la leyenda cargada de milagros, ilusoriamente, a despecho de su palabra sencilla y veraz.

Toda su conciencia resplandecía en doctrina y caridad. El médico de los salvajes no descansaba, administrando infusiones y drásticos, practicando sangrías y curaciones. Diplomado tan sólo por la experiencia, en el curso doloroso y universalitario de los males de cada sèr, de cada día, tenía por laboratorio la selva y una lanceta por instrumento quirúrgico.

Fué con esa lanceta que operó la mano hinchada, infestada, casi gangrenada, del enemigo más perverso, un tamoyo de Río, que soñaba con matarlo. La inflamación se había ex-

tendido por todo el brazo, llegándole al hombro, y tan repelente surgían las úlceras que todos huían de él, abandonándolo como un leproso al dolor y al hambre. Sólo Anchieta y su compañero Antonio Luiz velaban al enfermo repugnante. Negándose los indios a alimentarle, ni siquiera a buscarle en los montes un poco de miel, buena para tales heridas, Anchieta rasgó su propia camisa y le hizo compresas de aceite. Después, comprimiendo en las vísceras el reclamo y los aguijones del hambre, le dió el escaso alimento de su destierro, quitado a su propia boca. La enfermedad había maniatado al salvaje y era alimentado ahora por la mano cariñosa de Anchieta, como si fuese una criatura en el regazo del aya.

Y el santo intentó aún iniciarlo en el Evangelio, pero el bruto, apenas curado, partió con la misma brutalidad y el mismo rencor.

Para la vida o para la muerte resistían así los tamoyos y tupís, muchas veces a la influencia de la caridad evangélica. Desafiando los peligros, cierto día Anchieta bajó al monte para bautizar en el patio de otra aldea, un indio valiente predestinado a morir bajo la *tocape*. La gota de agua del bautismo, sin embargo, no logró insinuarse religiosamente en aquella voluntad impermeable como un bloque de acero.

—¡No quiero ser cristiano! —decía el selvícola con arrogancia— porque no mueren como valientes los que tú bautizas, y yo prefiero la muerte de los bravos!

Cuatro jóvenes tamoyos lo amarraron sólidamente de la cintura, estirándole las cuerdas en pleno patio, lugar del sacrificio. Este rugió y saltó al modo de un admirable tigre acosado. Contrayendo el pecho de bronce macizo, irguiendo la cabeza firme y grande y con todo el orgullo de los abuelos guerreros brillándole en los ojos, irritaba a la tribu vengadora, se jactaba de haber devorado, él solo, al padre de éste, al hermano de aquél, al hijo del otro. Era un demonio en fiesta en su llama, que parecía abrasarse con el recuerdo y la satisfacción de tantos maleficios. Le centelleaban las pupilas. Las palabras le brotaban certeras y agudas como flechas mortales. Su alegría de matador condenado a muerte se estrellaba envuelta en burlas, en sarcasmos, en risa, contra la cara de

los enemigos y era tan arrogante, que éstos no esperaron siquiera la presencia del verdugo, bajo el manto de plumas rutilantes *ibiracena* adornada con cáscaras de huevos multicolores. En la impaciencia furiosa de la venganza abatieron al atleta en medio del ruido ensordecedor de silbidos, de palmadas, de gritos, pedradas y cuchilladas. Rabiosamente le separaron la cabeza que aún conservaba en la boca exangüe el mismo rictus de fuerza inexorable.

* * *

Antonio Luiz, el hombre que había pedido mujer e hijos, rebaño y siervos, enfermó de gravedad para que todo le fuese arrancado, en todo tuviese la suerte de Job. Creciòle la desventura bajo diversos aspectos en la melancolía de esa existencia, no obstante su convivencia religiosa. Era aquel, sin duda el perfecto ejemplar de cristiano del alma sin ventura. No bastando los males cuya sombra le había hecho el desierto en la vida, anocheciéndole, redoblaban ahora inquietudes y sinsabores. Curada por Anchieta la enfermedad, había irrumpido contra el hombre infortunado, insólitamente la aversión de los salvajes que no apreciaban ni temían sino al jesuíta. En los días de mayor abundancia, le negaban la comida, por maldad, le exigían rosarios, hoces, hachas, todo el rescate de la familia cautiva, empobreciendo cada vez más al paupérrimo Job, alegando que no tenían por sus muertos indemnización alguna los colonos de San Vicente. Una adversidad misteriosa inmutable como las leyes naturales era el destino de Antonio Luiz, el signo de sus horas, y hasta Gran Palmero, tan amigo de Anchieta, no estimaba al compañero, y menos aún lo protegía. Sintiendo su vida amenazada y estando dispuesto a sacrificarse por él, Anchieta dijo a Gran Palmera:

—Ese hombre que ves allí es constructor de las iglesias de Dios, es albañil. Si lo molestan el Señor se pondrá encolerizado, como si el mal me fuese hecho a mí mismo. Habla en su favor a los tuyos, defiéndelo.

Gran Palmera comenzó a tratar con benevolencia a Antonio Luiz, prohibiendo a los tamoyos que le hendiesen, como deseaban, la cabeza malaventurada. No terminaba, sin em-

bargo, la desolación de Anchieta, casi aterrado frente a aquella animalidad obscena y perversa. Día y noche, bajo el mismo techo, bajo los ojos angelicales del hermano José, nublados por la tristeza, rodaba la insanía de las orgías bramadoras. Quebrábase la línea de los cuerpos vigorosos y desnudos en flexiones grotescas o macabras; revolcábanse en la embriaguez del *cauim* o en el espasmo del coito. Voces, gestos, movimientos y miradas, todo expresaba allí no sólo la locura sino también la depravación de seres humanos y convertidos en bestias por un dios maligno. Lastimado en su pudor, en su idealidad, Anchieta salía a la soledad de la noche lluviosa, se guarecía junto a un árbol espectral, castigado por el viento, cubierto de lágrimas por la oscilación de las ramas deshojadas. Expuesto a la flagelación de la naturaleza, al relente o a la helada, a veces a la violencia de los aguaceros, empapado y tembloroso, el jesuíta permanecía largas horas, mientras duraba la orgía de los indios. Pero la frialdad nocturna otras veces, calándole los huesos, lo llevaban al fuego de la toldería donde su castidad volvía a ver el mismo delirio animal, libertino.

Y los bebedores no le perdonaban ese horror de místico a la depravación de las costumbres, al desenfreno de los instintos, mirándolo con ojos rencorosos.

Felizmente, el 14 de agosto, víspera de la Asunción de Nuestra Señora, llegó el cacique Cunhambebe, trayendo un tupí más enlazado en la playa de Itanhaem, una presa de guerra con que habían exultado los indios, acercándose a Anchieta, emisario de los cristianos de San Vicente que favorecían de este modo la captura de los enemigos. Cunhambebe traía además del prisionero, la noticia de la reconciliación de los indios mansos aldeados entre los portugueses reunidos por influencia de Nóbrega, cordialmente, primero en la Iglesia de Itanhaem, después en la de Piratininga. Contentos, pero inflexibles, los tamoyos prepararon las canoas para volver a San Vicente con la esperanza de nuevos presos, que le serían fáciles en esa campaña, aliados con los vicentinos. Anchieta supuso que el momento era propicio para el regreso del compañero sufridor. Una vez más, sin embargo, negreó la mala

suerte de Antonio Luiz: en el momento mismo del embarque se hizo pedazos a la vista misma de Iperuig la canoa utilizada para el transporte de los objetos que había traído inútilmente. Fué necesario aguardar un barco a vela durante cuatro o cinco días; fué preciso que Anchieta dominase elocuentemente las vacilaciones de Gran Palmera y de otros jefes, el murmullo de las mujeres confiadas, viendo partir un rehén de los tamoyos cuando los maridos continuaban en poder de los colonos de San Vicente.

Partió por fin, Antonio Luiz, con su desdicha y su rescate, el 5 de setiembre. No podían ser más deplorables las condiciones del navío que poco después llevaba a Job a bordo. Viento contrario, timón roto. Escaseaban los víveres. La tripulación quería volver al puerto de Iperuig. Como hubiese desembarcado en una isla de paso, Antonio Luiz prometióles en nombre de Dios que tendrían buen viento. Sólo compuso el timón averiado encomendándose a Nuestra Señora de la Concepción y a medianoche hizo un llamado a los indios que dormían bajo la arboleda:

—¡Naveguemos con la brisa de tierra!

Lentamente navegaron, pero al día siguiente, en mitad del viaje fueron sorprendidos por la calma chicha. ¡Ni un soplo en la vela marchita! ¿Qué hacer todavía lejos de la tierra, sin agua, sin alimentos? Ataúd flotante, casi inmóvil en la onda plúmbea, apenas fluctuaba el navío de Job... Sin desfallecer en su fe, Antonio Luiz mandó izar el trapo al tope del mástil, afirmando que Dios lo hincharía. La vela subió, el viento sopló de pronto, reciamente, a popa de la goleta, cesando recién en Bertioga, donde los navegantes entraron con alegría.

Y otra vez en la tierra de Hus, sin mujer, sin hijos, Job desalentado continuó viviendo entre las mismas ruinas, para su luto interminable.

Capítulo VIII

¡AL FIN LA PAZ Y LA LIBERTAD!

Conclusión de la paz. — Anchieta obtiene de Cunhambebe su libertad. — Riña de mujeres. — Un oratorio en llamas. — El regreso del santo en la canoa de Cunhambebe. — Se salva la colonia. — Tristeza de Anchieta.

Solitario en los peñascos de Iperuig, viendo terminada la paz de la que había sido emisario, Anchieta sintió el deseo primitivo de la libertad, el ansia de volver a ver a los hermanos, principalmente al viejo Nóbrega, que por él enflaquecía lejos, y había estado a punto de morir, afligido por la amarga incertidumbre de su destino. Dijo a Cunhambebe:

—Están hechas las paces, como sabes. Prometiste al Padre Nóbrega llevarme después de esto. ¿Podemos irnos?

El *morubixaba* tergiversó. Había, en efecto, contraído ese compromiso, pero antes de darle una respuesta definitiva, debía consultar a los jóvenes de la aldea, veinte mozos astutos y bravos. Aun cuando su autoridad era omnímoda, con todo trataba tanto en la guerra como en la paz de encontrar la solidaridad en la voz de la tribu. Sin mayor insistencia, abandonándose a la voluntad de Dios para la liberación o el cautiverio, Anchieta bajó del monte y se hospedó en la aldea de Gran Palmera, donde aguardaría la resolución de sus captores.

La respuesta favorable de Cunhambebe no tardó en llegar. Apresuradamente el apóstol metió los libros y algunas otras bagatelas en la maleta, dió la llave a la mujer de Gran Palmera, que le consagraba un cariño esforzado, casi maternal, y siguió solo, monte arriba al encuentro del *morubixaba*.

La resaca del mar de Iperuig, quebrándose con estruendo en las playas, bajo una niebla que todo lo cubría, lo oscurecía, lo retuvo durante ocho días encadenado a los peñascos.

Más angustiosa se le hizo la espectativa con la divergen-

cia de las mujeres, el debate que ellas trabaron acerca del viaje, por unas aplaudido, por otras condenado.

—¡Llévatelo! —decían las primeras, entre las cuales sobresalía la mujer de Cunhambebe—. ¡Llévate al padre antes que vengan los perversos tamoyos de Guanabara y le rompan la cabeza!

—¡No! —clamaban las segundas—. No lo lleves todavía. Si no lo tenemos a mano para matarlo y comerlo, cuando los *perós* nos traicionen, nuestros maridos serán fusilados.

El odio tintineaba en cada grito, llameaba en cada mirada. Desnudos, desgreñados, feroces, no pudiendo inmolar al santo como deseaban, los tamoyos prendieron fuego al oratorio de la aldea de Gran Palmera. Tirándose de los cabellos, como enloquecidas, las devotas de Anchieta clamaban en medio de aquel tumulto:

—¡Quemen el rancho de los padres, la casa donde los padres hablaban con Dios, y morirán, desgraciadas!

El destino de Orfeo melodioso, destruído por las mujeres de Tracia, rozaba una vez más la sotana de Anchieta. Como el perfecto amante, había rechazado el amor lascivo, llevando en el corazón una sola imagen. Como el poeta apolineo fué también casi destrozado por las furias salvajes de las bacantes que él había desdeñado, bajo la idealización del amor celestial. Y su cabeza órfica, desgarrada la arcilla humana, rodaría igualmente en la onda perenne, de una a otra edad, murmurando en verso latino, a través del poema compuesto a la virgen, el nombre de su Eurídice cristiana, llena de gracia y de gloria.

Finalmente, el día en que las almas católicas celebran la exaltación de la Santa Cruz, partió de Iperuig una gran canoa tallada para veinte hombres, conduciendo a José de Anchieta, que había prometido volver pronto en busca de su maleta.

El demonio, padre de la mentira, quiso aún impedirle el viaje en la primer escala, la villa de los Porcos, donde la tripulación de un barco de Río, gente traicionera e hipócrita, aconsejó a Cunhambebe que se volviera calumniando a los portugueses.

—Han matado a uno de los nuestros—decían los noveleros—

y ahora mismo tuvimos que huir de los bertioguenses, que nos persiguieron a tiros de arcabuces.

Imperturbable, sin embargo, alzando el remo a guisa de clava, respondió Cunhambebe:

—Los cristianos de Bertioga y de Piratininga son buenos. Si los han tratado como tú dices es porque los han provocado.

Y al día siguiente, al compás de los remos, desamarró de la isla la canoa, y de nuevo se hizo al mar. Y navegaron cuarenta y ocho horas de travesía por mares encrespados. Al doblar un cabo se desató la tormenta, castigando sierras, levantando castillos de agua, sobre los cuales remolineaba la embarcación indígena. Anchieta nunca había sentido la inminencia de la muerte como en ese trance. Aun cuando los remeros lo animasen con su intrepidez, prometiendo salvarlo a nado si la canoa fuese volcada por la tempestad y voyando a través de los mares a toda fuerza. Devotamente el ignaciano rezaba, puesta la confianza en las alturas inaccesibles al tumulto de las olas. Cunhambebe, el antropófago, ya conquistado por la fe, iba diciendo en la proa:

—Padre nuestro que estás en los cielos, amansa al mar, señor Dios.

Continuaban las aguas embravecidas y chapoteantes, pero la canoa pasó incólume, por donde no pasaría, tal vez, un gran navío sin grandes riesgos. De la orilla próxima, a la que fueron a dar inundados, reembarcaron los tamoyos, veinticuatro horas después en dirección a Bertioga. Flanqueado por dos o tres peatones, Anchieta prefirió seguir entre los oteros de la tierra firme, andar cansadamente sobre la arena blanda de la playa, con el rostro chorreando agua del mar por el camino, sal en los cabellos goteantes, en la boca un amargor de naufragio, arrastrando el peso de las ropas empapadas, aguantando el chorro diluviano con que se deshacían sobre los campos, de golpe, muchas nubes plomizas. Después de media legua de camino llegó exhausto a la villa, de súbito alborozada con la presencia del misionero a quien creían perdido. Su regreso fué casi una resurrección, por lo que le cubrían al paso, alegremente, claridades y cánticos de aleluya.

Entre las bienvenidas y los abrazos, sin embargo, se nu-

blaba la luz de la mirada de Anchieta. Nuncio de paz, con su heroísmo había salvado la colonia presta a ser destruída por la coalición de los tamoyos; poeta de la Virgen, traía más de cinco mil versos latinos reventando en secreto, como lirios intactos, en la penumbra de un jardín espiritual. Al servicio de la fe cristiana y del nombre portugués, habían triunfado el sentimiento, la inteligencia y la voluntad. Pero el hermano de Loyola sufría íntimamente, porque Dios no le había concedido la gloria de derramar la sangre al pie de la cruz, acabar como un apóstol radioso de los nuevos tiempos despedazado por las eumenides salvajes. En esa tristeza sólo lo consolaba la esperanza del martirio, la antevisión del holocausto en que se transfigurase un día, perdonando el mal, bendiciendo la muerte, después de haber cumplido sus votos en la humildad y en el dolor.



LIBRO CUARTO

FUNDACION DE RIO DE JANEIRO

...En todos estos encuentros tratemos de andar en la delantera...

ANCHIETA.

Capítulo I

GUERRA CONTRA LA PESTE Y CONTRA LOS INDIOS

Comienzo de una nueva guerra. — El santo y la peste. — El llamado del capitán Estacio de Sá en 1564, para la fundación de Río de Janeiro. — Nóbrega y Anchieta en Guanabara, a través de la tormenta. — Encuentro de héroes y santos. — Rumbo a San Vicente.

Hechas las paces de Iperuig, José de Anchieta comunicaba a Diego Lainez: «...quiero acabar de escribir el fin de esta paz que en verdad fué fin de paz y comienzo de nueva guerra, como era de esperar de gente tan bestial y carnicera que vive sin ley ni rey» (111). No se hacía ilusiones pacifistas el santo. Por un lado eran todavía inquietantes las demostraciones de fuerza del gentío a lo largo de la costa, por otro, seguía siendo extranjera la bahía de Guanabara, de nuevo en poder de los franceses, después de la efímera victoria de Mem de Sá. Los mismos tamoyos apaciguados que otrora venían de las alturas fluviales de Parahiba a Santos y a Piratininga, en el desenfreno de sus incursiones, traían noticias desagradables. En efecto, ya el hermano Anchieta había sabido en el peñasco de Iperuig que los indios de Río, estimulados y abastecidos por los intrusos, conservando en su poder mujeres e hijos de cristianos, preparaban doscientas canoas de gran poder contra San Vicente. Por dos veces ya, después de su regreso, a los caníbales de aquellos parajes habían sorprendido los colonos devorándoles algunos esclavos. Hasta dos flotillas indígenas habían abandonado la colonia. Nóbrega había ahuyentado a las cuarenta embarcaciones de la primera, sugiriendo a los nuestros que detuviesen como rehenes a los jefes de varias canoas, diez u once, cuya llegada había sido anticipada. Pero el núcleo de Bertioga sufrió las hostilidades de la segunda, habiendo muertos y heridos. Aún cuando trajera de la batalla una pierna flechada poco después resecada, el

guarda heroico de la fortaleza, contando los que él había derribado a golpes de montante, daba por bien pagado el daño causado por el enemigo en ese encuentro.

Ante la insaciable bestialidad de los caníbales, el hermano Anchieta volvía a ver en ellos los monstruos del salmo de David, la figura del salmo XIII, modulado sobre la corrupción humana. Era con seguridad de hombres incrédulos y feroces como esos que el rey poeta decía: su garganta es un sepulcro abierto, su lengua se mueve para urgir la mentira, sus pies se apresuran para derramar la sangre, ninguno de ellos conoce el camino de la paz, y son ellos quienes se tragan a mi pueblo como si fuese un pedazo de pan.

—Más que pan —exclamaba Anchieta—, más que todo manjar.

Por aquel tiempo, como los demás hermanos y padres de la compañía en el Brasil, Anchieta se excedía en sagrado heroísmo y perfecta caridad. Al finalizar casi el año 1563, de improviso había invadido la Capitanía una peste de viruela confluente y gangrenosa que se extendía por todo el cuerpo, desde la cabeza a los pies, con su sarna mortal, *semejante al cuerpo de cazón.* Enrojeciendo en botones, madurando en pústulas, la erupción abrasadora mataba al cabo de tres o cuatro días. Como si fuesen cadáveres, pero devorados por la fiebre pestilente, los vivos se podrían, deshecha la carne en sanies, cubiertos de moscas, asaltados por los gusanos. Entre las miasmas se desentrañaban las indias fecundas y moría con ellas su fruto selvático.

Enviado a Piratininga, donde la peste había recrudecido, el hermano Anchieta confesaba o bautizaba a los moribundos, hacía sangría a los enfermos, cortaba porciones de materia corrompida y nauseabunda, lavando con agua caliente la carne viva, la carne roja exasperada por dolores infernales. Algunos variolosos tentados por el demonio, escapaban de manos del cirujano, creyendo que la muerte era la consecuencia de las sangrías eclesiásticas. Otros peferían las curas por el fuego en cuevas extensas y ardientes, braseros chispeantes, sobre los cuales cruzaban palos cubiertos de hierbas. En este horrible lecho de brasas, se estaban desnudos los indios ar-

diendo en fiebre, torrados, crepitando como si fuesen castañas a la lumbre...

A tres de éstos, Anchieta pudo salvar de la peste y del fuego, arrancándolos con sus propias manos del suplicio de la cueva dantesca.

* * *

Ahora, en San Vicente se redoblaba el anhelo de los jesuítas, porque de un momento a otro podía venir el capitán mayor Estacio de Sá, con las velas de la pequeña flota, que la metrópoli había enviado al gobernador Mem de Sá, y éste había decidido emplear en la conquista y en la población de Río, viejo sueño del padre Manuel de Nóbrega. Ya en 1560, al leer la carta del gobernador Mem de Sá narrándole la hazaña contra Villegagnon, la reina doña Catalina había extrañado que él hubiese demolido tan sólo el fuerte, abandonando la tierra al dominio extranjero y al demonio salvaje. Nóbrega, por su parte, aconsejaba al cardenal don Enrique, la fundación de una ciudad en Río de Janeiro, *como la de Bahía,* que asegurase la capitanía de San Vicente y Espíritu Santo, disuadiese de las ambiciones colonizadoras al francés, permitiese la catequesis de los grupos dispersos y hostiles (112).

Cierto día de la primera quincena de marzo de 1564 fondeó en San Vicente un bergantín despachado por Estacio de Sá. Iba en busca del padre Nóbrega, a quien el capitán mayor, ya entre los cerros de Guanabara desde principio de febrero (113), pedía consejo.

Durante las primeras semanas, el tamoyo había disimulado el odio que le causaba la expedición, compuesta de seis carabelas, una nave de la carrera de las Indias, *Santa María a Nova,* que era la capitana; el galeón *Sao João,* los barcos preparados urgentemente por Mem de Sá, la galeota de Pablo Dias Adorno, comendador de Santiago, y el refuerzo de Espíritu Santo, en el que venían con Estacio de Sá, ya acompañado por el Oidor General Braz Fragoso y Martín Alfonso Ararigboia, formidable guerrero temiminó.

Inmediatamente se produjeron las hostilidades de los pobladores. Ni los lusitanos, al fin, podían posesionarse de la

tierra con seguridad, ni sus enemigos se dejaban atraer hacia el mar. La situación era difícil; el consejo de Nóbrega, indispensable.

Al llamado del capitán mayor, el padre Nóbrega partió con Anchieta el 19 de marzo para llegar a Río el Viernes Santo a medianoche. De paso el barco se detuvo en Iperuig, donde los indígenas, festejando la visita de los misioneros, vieja promesa de Anchieta, devolvieron a éste los libros y demás objetos y proveyeron de víveres al bergantín, que traspuso Guanabara al fin, medio desorientado a causa de la niebla y la resaca.

Torvamente ululaba en la barra el viento sudeste, convertido en ciclón por el susurrar de las palmeras. Grandes nubes caliginosas se cernían sobre los cerros espectrales. Las olas bramaban con un furor de leones furiosos, azotados por el viento en su jaula de piedra. Y los navegantes, presa de la aflicción, cubierta la bahía revolucionada y yerma, de tinieblas encrespadas como las olas, no divisaban dentro las naves de la flota portuguesa.

¿Qué se había hecho de Estacio de Sá y de sus embarcaciones, de toda la gente que había quedado en Villegagnon, al abandonar Río el bergantín? Al desembarcar en la isla, Nóbrega y Anchieta encontraron cenizas de techos, cabezas de muertos hendidas por la venganza de los tamoyos, que los habían desenterrado para saciar sus viejos odios.

El presentimiento de algún desastre en que se hubiera precipitado la flota se unió al espanto del sacrilegio.

Y la impresión congeladora fué casi una lúgubre incertidumbre al notar los dos, en la palidez de la madrugada, que venían flotando flechas, numerosas flechas de tacuara emplumadas en la superficie de las aguas oscuras. En esos vestigios de batalla, probables señales de carnicería y desastre de los lusitanos, preveían aún igual destino. Se veían ahora los recién llegados entre las ondas como entre los muros de una cárcel, cerrada con estruendoso silbido por el viento clavero: «*. . . el viento que era mui grande nos tenja cerrada la puerta, entrado por medio de la barra y enniguna manera podiamos salir.*» De tal modo aprisionados, sólo aguardaban ser ferozmente abatidos, devorados por los tamoyos. Pero he aquí que blanquea una

vela, palpita en la lejanía todavía neblinosa. Otras velas se hinchan, avanzan, ostentando en la semiclaridad del amanecer la cruz roja de Malta. Con el velamen de las carabelas, alas de galeras, antenas de barcos pequeños y ligeros, vuelve a entrar en la bahía la flota comandada por Estacio de Sá.

Dos días antes, como tardase el padre Nóbrega, y la armada estaba reducida a la inacción en Guanabara, los pilotos habían tomado rumbo hacia San Vicente, donde el capitán mayor deseaba restaurar y abastecer los navíos. Fuera de la barra, mientras tanto, la armada no había podido enfrentar los recios vientos de proa y regresaba.

En esa travesía la nave francesa incorporada a la flota y el carabellón de Domingo Fernández habían sufrido un asalto de casi cien canoas. Los indígenas combatientes, a hachazos, bajo la fusilería de los arcabuces y las balas de los obuses, alcanzaron a averiar en la línea de flotación a dos barcos. Varios hombres cayeron traspasados por las flechas y los guerreros indígenas abordaron al propio carabellón en medio de un espantoso alarido. Eran tantos, que el navío se hundió. Sólo intimidados por la furia de las olas, por el grueso de la armada lusitana navegando a corta distancia, los tamoyos dejaron en el camino la nave mal averiada (114).

El regreso de la armada el sábado de aleluya fué la salvación de los jesuítas, una bendición más del cielo victorioso a la tierra que sufría, en que la divinidad resucitaba y esplendía. Celebrada la misa de Pascua en Villegagnon, el domingo, el mar se había aquietado. Estacio de Sá y Nóbrega, considerando su escasez de provisiones, la urgencia no sólo de refuerzos sino también de defensas, decidieron partir con toda la flota real para Santos.

Capítulo II

LUCHANDO CONTRA EL INDIO INDOMITO FUNDAN RIO DE JANEIRO

La escuadra en el puerto de Santos. — Rumbo a Guanabara. — Escuadrilla anchietana. — Incidentes de la travesía. — Desembarco el 1º de mayo de 1565. — Fundación de la ciudad. — Bahía de Guanabara. — Primeras escaramuzas. — José de Anchieta y Gonzalo de Oliveira entre los combatientes. — Nuevas agresiones de los tamoyos. — Anchieta parte para Bahía.

En las aguas de San Vicente la flota permaneció casi diez meses, restaurada y acrecida por el esfuerzo de marineros, colonos e indígenas. Desde el cordaje hasta el esqueleto, desde el paño de las velas hasta el bronce de las piezas, todas las embarcaciones debían ser cuidadosamente revistas y rehechas. Con el fragor de cada hora, en cada navío, el puerto de Santos atronaba como un gran astillero donde se martillase una escuadra. Cepillábanse troncos, se embreaban junturas, se soldaban metales. El alquitrán hervía espesamente en las calderas. Manos callosas remendaban lienzos de cáñamo, desbastaban los mástiles, bruñían las armas negras. Iban y venían los calafateadores, los grumetes, los forjadores tiznados y rudos artesanos de a bordo, canoeros salvajes y Estacio de Sá dirigiendo la faena, reanimando o acelerando el vigor con que era aumentada la flota, recorría la turbamulta de los cíclopes martillantes entre dos sombras tutelares: Nóbrega y Anchieta.

Finalmente, el 22 de enero de 1565, bendecida por los jesuítas que veían el catolicismo triunfante sobre el calvinismo en la conquista de Guanabara, la capitana *Santa María a Nova* izó el ancla, soltó el velamen, impulsado por el noroeste, arribándose ese mismo día a la isla de San Sebastián, adonde fueron a dar, después de ella, cinco naves pequeñas y ocho canoas (115), conduciendo a bordo al padre Gonzalo de Oliveira y al hermano José de Anchieta. Sumaban trescientos hombres la tripulación de aborígenes y *mamelucos* de esa escuadrilla anchietana. El galeón *San Juan* y la *nao* francesa, corroídos por

el gusano, quedaron en la barra de San Vicente en reparaciones, bajo la vigilancia de Braz Trajoso.

* * *

Todo el mes de febrero es invertido en las dilaciones, en los accidentes, en las intemperies de una travesía penosa en que no logramos fijar fechas ciertas (116). Lento viaje por mares torvos. Durante la primera quincena, las embarcaciones pequeñas y las canoas de *mamelucos* e indios alcanzan la Isla Grande, en donde los expedicionarios ocupan una aldea de tamayos y de donde se trasladan a otro puerto, abundante de pez y caza. Mientras tanto se destacan de la flota las canoas, tripuladas por indígenas impacientes, que van a esperar en las islas fronteras a la barra de Río de Janeiro, seguidos más tarde por los *mamelucos* y las naves de la flota portuguesa.

Exacerbados por el hambre, por la lentitud de la capitana, los flecheros de Ararigboia quieren trasponer la barra o irse a sus tierras. Anchieta prevé el malogro de la expedición, preparada con inmensa dificultad. Conforme a la leyenda jesuítica, promete a los guerreros famélicos la llegada de provisiones, antes de que el sol brille en cierta parte del cielo que señala con el dedo. Y a poco blanquean en el horizonte las velas de los tres navíos de Juan de Andrada, que fuera enviado de San Vicente a abastecerse en el norte. Irrumpe un clamor de júbilo y confianza entre los salvajes, para quienes, una vez más, Anchieta es el *pagé* sin igual, pero el propio jesuíta narra con sencillez el caso, sin alusión a cualquier pronóstico: «A esta aflicción acudió la Divina Providencia, puesto que a poco en el mismo día vimos los navíos que iban de aquí de Bahía con socorros de abastecimientos...»

Al rayar la mañana siguiente, afortunadamente, llega Estacio de Sá a bordo de la capitana, trayendo una nave extraviada, y el 1º de marzo los conquistadores desembarcan a la sombra del Pan de Azúcar, en un lugar denominado posteriormente Villa Velha, para unos el de la actual Praia Vermelha, para otros el cerro de São João (117).

* * *

En el islote ceñido por los brazos del río Carioca, y por

el mar, desde 1503 hasta 1506, habrían tal vez permanecido los expedicionarios de la flotilla de Gonzalo Coelho, a la sombra de los marañones, en un campamento provisional, como dedujo de vetustos planos de puertos, el padre de nuestra historia. Es verdad que, en 1531, desembarcando con los nautas de su flota (118), Martín Alfonso de Souza hizo instalar la primera forja, construir la ruinosa casa de Guanabara: una fortaleza en el centro de la empalizada única de troncos o medios troncos, bajo el techado espeso de barro y totora. Allí se guardaban los mantenimientos que necesitaba para todo un año, y las herramientas con las que en los pequeños astilleros se preparaban dos bergantines de quince bancos. Mientras el navegante se hacía constructor, de paso, cuatro hombres, cuatro hurgadores de la selva brasileña, recorrían intrépidos ciento quince leguas, atravesando llanuras, escalando cumbres, donde llegó finalmente con ellos, al cabo de dos meses, *um grande rei,* señor de los campos vecinos. El cacique recibió honores y dádivas del capitán mayor, a quien había traído muchos cristales de la serranía y buenas noticias de metal precioso en el río Paraguay. Sin demora, los filones del subsuelo brasileño despertaron la codicia de Martín Alfonso de Souza, que sólo se detuvo en Río de Janeiro tres meses, para luego navegar hacia Cananéa.

Otros serían, treinta y cuatro años más tarde, los albañiles de la obra definitiva.

Portugueses, mamelucos e indígenas, bajo el comando de Estacio de Sá y la bendición de Anchieta, inician la fundación de la ciudad tropical, desmontando, abriendo fosos, levantando la estacada, después del baluarte con sus garitas, los falconetes, emplazamientos y lechos de la artillería menuda, construyendo en el terraplén apisonado, en líneas paralelas, las primeras chozas o ranchos, las primeras casuchas de adobe y teja vana. Estancada entre las rocas, el agua de la laguna es impura y salobre. Dos benefactores, el genovés José Adorno y Pedro Martín Nomorado, buscan en el subsuelo el agua clara y dulce. Excavan aquí una cisterna, pozo bautismal de la *urbe* recién nacida. Y el fundador pone a la ciudad atrincherada el nombre doblemente venerable de San Sebastián, recordando al más

bello de los mártires y al más loco de los príncipes. Le da por armas un haz de flechas, le demarca un radio de seis leguas por cada lado al crecimiento secular y hace donación de tierras amplias, legua y media, al municipio venidero.

* * *

Hija de héroes portugueses y americanos, concebida entre los dolores y los sueños de guerra, nace la *urbe* meridional, que va de un siglo a otro a florecer, imperar sobre la unidad brasileña. Como cuna tiene el campamento levantado a orillas del mar y sombreado por un peñasco arqueano, bajo la Cruz del Sur, poco antes descubierta por los nautas de su linaje. Como espejo azul, que entremostrase mágicamente el futuro, se ve a los pies la bahía de Guanabara, otro Mediterráneo ondeando en el marco pedregoso de la cordillera por veinticinco leguas, dilatándose para contener, todavía hoy, todas las flotas del mundo. Al mismo tiempo, el imprevisto contorno, gracias al acaso de las formaciones geológicas, anticipa en miniatura la imagen del Brasil moderno y de ese Mediterráneo tropical destaca un archipiélago, verdeando en ochenta islas encantadoras, maravillas del océano, compendio de la selva virgen. Aquí, más allá, oblongos o esféricos, lentamente bruñidos por las olas, emergen rocas y arrecifes solitarios, arrecifes verdosos de limo, desnudos de hierba. En derredor, cumbreras de serranía, acantilado y aristas, escalones y mesetas que supieron de lances de la misma ascensión triunfal hacia el esplendor del sol... Ilusión de piedra superpuesta a la ciudad infantil, se descompone la propia anatomía del gigante acostado bajo la neblina, en formas titánicas —brazos que tumultúan, senos que repuntan, gargantas que se estrechan—, rodeando la minúscula cuna, vigilado contra el enemigo francés por las armas de los lusitanos y de los indios.

Extensamente ondula en la cuenca de la bahía, serpea en diecisiete ríos y riachos, fluye de manantiales, duerme en los lagos, se deshiela por las escarpas desnudas, de caída en caída voltea cascadeante, el agua del mar, de las nubes, de los orígenes, el agua que todo baña y en todo brilla, en el juego perenne de las sombras y de los reflejos. Pródiga escultora de

ensenadas y estrechos, angras y caletas, arquea, platea, festonea, insinuante y caprichosa, la orla de la tierra verdinegra. Impregnada en esa frescura de linfa, exubera la germinación agreste de los cerros y de los llanos, frondeando en coloso, expandiéndose luego en arbustos, retorciéndose toda en vejucal flexible. Contrastando con la desnudez violenta y adusta de los cortes graníticos, se desdoblan en el horizonte el claroscuro del reino vegetal, y la floración esparce, derrama por cumbres y vertientes, los colores de una fiesta solar —oro en los *ípes,* amatista en las *quaresmas,* rubí deshecho en cachos sanguíneos de *pan d'arco.*

Evolucionando en otros cielos, hacia otro reino, la misma energía puebla las aguas de cardúmenes, vaga en los aires en el estremecimiento de los enjambres; la misma vida opulenta circula en toda la fauna como asombrosa multiplicación de reptiles, pájaros, fieras. Indomable, desnudo, encadenado a esa animalidad, el hombre pasa a través de las formas naturales con apetitos y adornos bravíos, en terror salvaje, las flechas de su arco, su inhumana crueldad.

Frente a la inercia de las rocas y de las plantas, el instinto de los brutos, la inconstancia de las cosas y de los seres, el espíritu funda la ciudad hostilizada por bandos de flecheros y arcabuceros. Es otra energía consciente, religiosa, batalladora, la que ahora viene del mar hacia la selva. Del mismo modo que un soplo del misticismo creador levanta el alma ingenua y guerrera a los nuevos hombres de la Nueva Lusitania (119), devotos de la confesión y de la eucaristía. Asaeteada por los salvajes, bombardeada por los franceses, la ciudad tropical resiste, renace, aferrándose a la estacada con sus garras leoninas. Por ella combate un héroe ejemplar, noble reminiscencia de la caballería andante y hermosa de otras edades: Estacio de Sá. Lidian, oran por ello tres santos: Manuel de Nóbrega, José de Anchieta y Gonzalo de Oliveira. Empenachado y poderoso, Ararigboia comanda los indios.

* * *

Con el mes de marzo comienza la guerra, débilmente arrastrada, largamente desarrollada, hasta principios de 1567, en encuentros, salidas, escaramuzas. El 6, en la primera celada,

los tamoyos apresan un indio cristiano, pero la ira de nuestra gente los persigue y ellos saltan a tierra con la presa, huyen selva adentro, abandonando canoas y armas. Entre el 11 y el 12 una flotilla de cuatro barcas, comandada por Estacio de Sá, intima la rendición a una *nao* francesa, avistada a legua y media del baluarte. En la ausencia del capitán mayor, cuarenta y ocho canoas enemigas abordan la estacada, pero el héroe, dejando tres navíos contra la *nao* embestida y alarmada, rápidamente socorre en su galera a los defensores del poblado que trasponen la cerca y rechazan a los atacantes. Bajo la vigilancia de las tres barcas, entretanto, había capitulado a la gran nave, cuyo retorno a Francia con los navegantes católicos fué concedido. Estacio de Sá mantuvo la promesa de sus capitanes, después de tomar cañones y pólvora. Ochenta pasajeros, que eran franceses luteranos, y temían el odio de los contrarios, se habían lanzado al mar, buenos nadadores, procurando las aldeas de los tamoyos, donde se habían refugiado. Tanto mejor para su exterminio en campaña.

Aun en el mes de marzo, poco antes de la partida, la nave francesa ayudó a portugueses y brasileños en el rechazo a veintisiete canoas de guerra, que fueron por los nuestros, como las demás, rechazadas a golpe de montante y fuego de arcabuz. José de Anchieta celebra el esfuerzo de los vencedores: «. . . así los fueron persiguiendo por mar y por tierra, hasta mitad de caminos de sus aldeas, y les tomaron canoas, y volvieron con gran alegría. Gloria sea dada al Señor» (120).

Por la *urbe,* contra los nómades, por la fe, contra los calvinistas, Anchieta expone serenamente la vida de todos esos hombres. Su gesto retempla el valor, su palabra reanima la creencia de las huestes portuguesas, como la palabra y el gesto de otro misionero, Gonzalo de Oliveira. Al partir ambos, Nóbrega había dicho ante la comunidad:

—El Padre (Gonzalo de Oliveira), por ser sacerdote, será superior, pero habrá de recordarse, pues el hermano (Anchieta) fué su maestro, del respeto y obediencia que debe tenérsele y de tomar sus consejos (121).

Cuando no rezan a Nuestra Señora de la Victoria, el Padre y el hermano instruyen a los soldados europeos en el modo

cómo pelean los tamoyos y comunican valor a los indios fieles, recordando las proezas de los antepasados (122) y las perfidias de los enemigos.

Durante el mes de marzo no había desmayado en el campamento la acción de los fundadores de la ciudad. Habían hecho rozadíos, plantaciones de legumbres y ñame, casas de madera y barro con techado de palmas, cuatro o cinco garitas en derredor del baluarte poderoso, construído de barro apisonado y erizado de piezas de artillería. Trabajaban sin descanso. Y para su alimento, para su sembrado, habían resuelto algunos de ellos arrancar a los tamoyos, combatiendo, ramas y tubérculos de mandioca, nodriza legendaria de los salvajes.

Pero el hambre los preocupaba y afligía. Venidos de otros parajes, otras capitanías remotas del Brasil, muchos de ellos suspiraban por sus hogares y campos. Anchieta había formulado concisamente el dilema: «. . . si no se les deja venir, se les pierden sus haciendas; si se les deja venir, queda la situación desamparada y con gran peligro de ser devorados los que allá quedaren» (123).

Mientras tanto, aumentaba el poder agresivo de los tamayos, que disponían de ochenta canoas armadas, reunidas en Guanabara, y lanzarían probablemente cerca de doscientas contra los baluartes de San Sebastián. Como ese momento era deseado con ansiedad por los nuestros, agrandaba el peligro, tanto más cuanto que había recomenzado, de una manera ostensiva, el intercambio de las *naos* francesas y de los aborígenes, hacia los cuales podrían éstos transportar arcabuces e instructores militares. Urgía llevar noticias, pedir socorro a Mem de Sá.

Debiendo el hermano Anchieta, por aquel tiempo, recibir las órdenes sacras en Bahía, el Padre Nóbrega le confió la gran misión política: inducir al gobernador al refuerzo de la expedición. Anchieta se despidió del capitán y de los compañeros el 31 de mayo de 1565, partiendo con el proveedor de la escuadra, Juan de Andrada, que había sido enviado por Estacio de Sá, una vez más, a buscar mantenimientos del norte.

Con el destino de la Francia Antártica, iba a ser decidido el nuestro, entre el gobernador general y el apóstol del Brasil.

CAPÍTULO III

ANCHIETA INGRESA EN EL ESTADO SACERDOTAL

El gobernador y el apóstol. — Perfil del héroe Mem de Sá. — Su fe. — Su gobierno. — Hechos de armas. — Primera ruta de Anchieta.

Anchieta visitó en Espíritu Santo, donde oficiaban por ese tiempo cuatro misioneros, las aulas de lectura, escritura y catecismo, las dos capillas de Santiago y San Juan, las dos aldeas cristianas de indios flagelados por la última epidemia. Más de una vez socorrió a los enfermos, consoló a los afligidos, instruyó a los hermanos. Trasladándose de un lugar a otro, sin fatigas, sin desalientos, su caridad perfumaba el ambiente colonial.

Fué acogido en Bahía con cariño y devoción por el gobernador Mem de Sá. Claramente le expuso la situación de los nuestros en Guanabara, las hazañas practicadas, los dolores sufridos con el mismo inquebrantable valor. Portugueses, *mamelucos* y aborígenes eran todos robustos, sufridores, temerarios, pero poco todavía, frente al tamoyo y al francés, reunido a la inteligencia de éste el número de aquél. A medida que el tiempo transcurriese para unos y otros, más débiles serían ellos, tal vez, en el aislamiento de su estacada, más fuerte los enemigos, constantemente proveídos de armas por las *naos*, de hombres por las tribus. San Vicente había dado a la flota de Estacio de Sá lo que le ha sido posible dar. Era llegado el momento de Bahía, núcleo de la conquista portuguesa y sede episcopal. Debían expedirse otras naves, equipadas otras milicias, y en vez de consumir tanto heroísmo en las celadas, en las escaramuzas, en las operaciones de la campaña infructífera, podrían los nuestros desbaratar al enemigo, de golpe, en un severo golpe, que fundase al mismo tiempo, en esos parajes tropicales, la ciudad tan deseada por Su Alteza.

Pensaba el gobernador del mismo modo que el religioso, asimilando su experiencia para los fines de la estrategia. En la plática de tantas horas, en la permuta familiar de tantas

sugestiones, el poeta cristiano, José de Anchieta, reconocía en toda su grandeza monumental, al borde de su poema venidero y perdido: *De rebus gestis Mem de Sá.* Con la intuición de los elegidos, había presentido en él la exuberancia multiplicadora de una raza, la energía constructiva de un cielo abierto en el Brasil por el más virtuoso de los hombres, Tomé de Souza, aliado a la experiencia del Padre Manuel de Nóbrega. Sin esa directriz moral, el cuatrienio del antecesor, Duarte da Costa (1553-57), se había resumido casi todo en oligarquía, inacción, discordia, caracterizada ésta, sobre todo, por la desavenencia con el obispo don Pedro Fernández. Y la Cámara de Bahía suplicaba al trono, *por las llagas de Cristo,* el envío de otro gobernador.

Justo y creyente, el nuevo emisario del rey, hidalgo de su casa y de su consejo, volvió la primitiva alianza en que se fundían gobierno y apostolado en unos mismos ideales. Al llegar a Bahía, a fines de 1557, Mem de Sá recogióse en seguida en el santuario con el Padre Nóbrega, habiendo pasado ocho días absorto en los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. No había sido otra la vigilia de armas para la larga cruzada jesuítica del Brasil, donde la Iglesia Católica Romana le cerraría los ojos con amor casi maternal. Del oratorio había traído Mem de Sá, inspiración y fortaleza, esclarecida la inteligencia por el saber administrativo y regional de Nóbrega, la voluntad escudada por la fe. Así viviría toda su vida brasileña, oyendo misa de rodillas cada mañana, confesándose y comulgando, a los pies del sacerdote, cada semana.

La religión le amoldaba la conducta en preceptos ineludibles. Sobrio, serio, abominando todas las formas del pecado, no perdonaba la usura, la vanidad, el alcoholismo, el juego, la rapiña. Despojado por el vendedor, en un atroz régimen de ventas al crédito, inmediatamente después de la cobranza judicial, los consumidores dejaban a las garras de la justicia y del comercio todo lo que poseían. Mem de Sá reprimió implacablemente la ganancia ilícita, subordinando la proposición de nuevas acciones a su consentimiento, y en breve, en el foro vacío como un yermo, sin litigio repercutían las gracias rendidas a Dios por el oidor Pedro Borges.

Disciplinando las relaciones entre colonos e indígenas, el héroe ponía en sus actos el mismo fervor de la catequesis. Vedó a aquéllos las guerras injustas, los rescates inhumanos, el cautiverio de los gentiles, la perfidia con que incitaban para tener «piezas» a la venta en el mercado, odios y luchas entre los salvajes. A éstos había prohibido bajo penas intimidadoras, el canibalismo de la victoria o de la venganza. Los quería pacificados, reunidos en varias aldeas, dentro de un circuito de 8 a 9 leguas, para el trabajo, la enseñanza, la conversión. Restituía la libertad a los que eran inícuamente herrados como bueyes. Había dispuesto la existencia de las tribus en cuatro poblaciones jesuíticas: San Pablo, San Juan, San Thiago y Espíritu Santo, en las que ahora se fundían las tolderías menudas y esparcidas de los alrededores. A instancias de los jesuítas, escogía los capitanejos de los pobladores entre los tupinambás, iniciándolos en la escuela de la autoridad. Indiferente a la malicia y a la murmuración de los colonos (124) edificaba la sociedad colonial, poco a poco, y deseando atraer hacia ella la fortuna de otras regiones, lo selecto de otros núcleos distantes, sugería al gobernador de la metrópoli que enviase al Brasil, con todos los honores deseados, a los hombres ricos de la isla africana de Santo Tomé. Administrador celoso de la renta pública y de su empleo, habría de elevarla a seis mil cruzados, valorizar por el cultivo el suelo virgen, multiplicar los ingenios de azúcar. Constructor, terminó las obras de la Catedral, de la Iglesia, de la Santa Casa de Misericordia, erigió la capilla del convento de los jesuítas, en donde serían guardados sus despojos, levantó sólida torre de cal y canto, junto al palacio de los gobernadores.

El prudente hombre de gobierno era un denodado hombre de armas. Marchaba día y noche, sorprendiendo, acosando a los antropófagos con la celeridad de las huestes, lo imprevisto de los golpes. No raras veces, de los propios vencidos hacía nuevos aliados, cautivándolos por su magnanimidad, y de este modo había dominado a numerosos arcos de jefes insumisos y voraces, como *Sapo-bufador* y *Boca-torta*. La clemencia de los fuertes suavizábale el triunfo, pero en la excitación de la lucha, el lidiador no conocía la piedad. En la capitanía de

Ilheos, donde los tupiniquines asediaban a los cristianos famélicos, reducidos a las naranjas de sus huertas, después de ser demolidas sus viviendas, incendiados sus ingenios, Mem de Sá había sido terrible, dejando las aldeas en sangre y ceniza, venciéndolo todo por el hierro o por el hambre. Vasco Rodríguez de Cáldas, el astuto y osado capitán mayor, le había ayudado magníficamente en esa empresa.

De regreso, como los tupiniquines le apareciesen aun a orillas del mar, el vencedor atrajo y rodeó a los gentiles, los hizo ganar el océano, en donde otros indios nadadores, a mandato suyo, los persiguieron, los combatieron, los exterminaron a través de casi dos leguas de costa brava. «Allá en el mar pelearon —dice el héroe— de suerte que ningún tupiniquín quedó con vida» (125). Tal fué la batalla de los nadadores, ondulación roja de sangre entre las ondas glaucas de Ilheos. Extendidos a lo largo de la playa, rígidos, los muertos cubrieron cerca de una legua.

Todavía en Ilheos, poco después, le llega la noticia de un levantamiento de los salvajes de Paraguassú e Itaparica, indomables como jaguares, a despecho de las partidas anteriores de Vasco Rodríguez de Caldas. Y, comandando 300 blancos y 2.000 indígenas, el gobernador que inmediatamente había acudido a Bahía, avanza a marchas forzadas, escala montes y breñas, traza y ejecuta, en 24 horas, un camino de tres leguas, abierto a hacha y machete por sus peones, embiste y somete al enemigo, derribándole el fortín de Tarajó, bélicamente arrasa más de 130 aldeas, compele al salvaje diezmado, despavorido, a la sumisión y la paz. Y es en el furor de esos encuentros que la muerte le ensombrece pero que no le quebranta el alma con el luto por el hijo joven, Fernando de Sá, victimado por el indio en Espíritu Santo, en la margen del río Cricaré, a donde fuera para someterlos, bravo y apuesto como un héroe desdichado del fabulario medioeval, capitaneando su escuadrilla de seis velas.

Jefe de la primera expedición, en 1560, contra los franceses de Villegagnon, ese hombre prudente y precavido, Mem de Sá, no había sabido cerrar al enemigo la bahía de Guanabara. Imprevisión guerrera y política severamente reproba-

da en la Corte. Otras peleas, otros sucesos, notoriamente la guerra de Porto Seguro contra los aimorés, violentos y feroces, y la peste de 1563, que se llevó casi dos tercios de la población indígena, retardaron por 4 años la segunda expedición confiada a Estacio de Sá. Frente al francés y el tamayo, sin embargo, no bastaban las fuerzas congregadas en ella. Urgía evitarle el posible fracaso, arrancando a los intrusos la más bella joya del Brasil marítimo, Guanabara. Con este pensamiento coincidieron el héroe y el santo, que había de celebrar la vida en un poema, abandonado a la injuria del acaso o del tiempo. Y, finalmente, había llegado de la metrópoli la armada del capitán mayor Cristóbal de Barros, en 1566, trayendo el real mandato al gobernador para acudir a Río de Janeiro a derrotar al enemigo francotamoyo.

* * *

Mientras el gobernador Mem de Sá reunía los hombres y las armas disponibles, acelerando la faena de los astilleros, José de Anchieta, sin abandonar otros deberes políticos, era iniciado en las órdenes sagradas por el obispo Don Pedro Leitão, que lo estimaba desde los tiempos escolares. Acerca del valor de Anchieta, preciosidad católica, ese sutil príncipe de la Iglesia Romana lapidaría más tarde una frase de joyero: «La Compañía es un anillo de oro y el Padre José la piedra preciosa.»

Tres lustros habían transcurrido, religiosamente, después del ingreso en el colegio de Coimbra. Diesiciete años tenía el novicio. Treinta y dos contaría ahora el Padre. Había surcado el Mar Tenebroso, en el que erraban galeones desarbolados, sedientos de oro; había sentido en su apostolado el vértigo del mundo bárbaro, la pulsación del mundo nuevo; había madurado en la creencia y en el saber. Lo que era vocación, se había tornado destino, esplendiendo bajo otras formas, para otras gentes; lo que era ansiedad, sueño, misticismo, inquieto y neblinoso, se había levantado llameante, columna guiadora de las tribus por el desierto americano. Y la propia visión eucarística de 1551, aureolándole el sacerdocio en 1566, resume el holocausto de la sagrada energía al Dios de los ejérci-

tos, invocado por nuestras armas contra los herejes de Guanabara.

Bajo el bordado de la casulla y la candidez del alba, volvemos a ver al Jadre José de Anchieta ante el altar, celebrando su primera misa.

Luces, incienso, flores... En el introito, en que dialogan la experiencia del sacerdote y la esperanza del catecúmeno, resuena la tristeza de largas edades cavernosas, penumbra donde sale la conciencia humana hacia su indeciso alborear; en el *Confiteor* gimen los pecados de la tierra brasílica y salvaje. Contrito, subiendo ya los escalones, besando la piedra simbólica del altar, lápida evocativa de las catacumbas, revé el osario cristiano de otros mártires, destrozados por los caníbales. Por tres veces, sollozante casi, irrumpe del santuario hacia las alturas la invocación suprema: «¡Señor, tened piedad de nosotros!»

Pero el dolor tumultuoso del *Kyrie-Eleison* sucede a la alegría universal traducida por el *Gloria in excelsis.* Alegría de voces terrestres y voces angelicales, propalando la gloria de Dios entre los soles, concluyendo por igual deprecación a la infinita misericordia para los *brasis* (1). Litúrgicamente, el espíritu del oficiante asciende a la Epístola, verbo de profetas y de apóstoles como el de él mismo; busca luego el Evangelio, irradiación de Cristo, luz que las tinieblas de Puidorama comienzan a comprender. Y en esa luminosidad espiritual, transfigurado, Anchieta recita el Credo, suma de las verdades eternas, llama del eterno amor, volviéndose hacia Jesús: *lumen de lumine, Deum verum de Deo vero. (Luz de luz, Dios verdadero del Dios verdadero).*

Ahora sus manos descubren el cáliz de oro, toman el vino y el pan, eucarísticamente para el gesto ritual del ofertorio. Purificándolas sobre el mar de sangre de las tribus, que guerrean entre sí y se devoran, arranca del propio corazón mortificado las palabras de angustia y de esperanza cristiana: *Lavaré mis manos entre inocentes. ¡Oh! no queráis que mis días acaben entre los que aman la sangre.* Invitación de la Iglesia reveladora y armoniosa, transponiendo el umbral del propio santuario, llegando al seno sombrío y ululante de las selvas, su

Orate fratres impele a los hombres degradados a la humanidad, atrae a los salvajes a la oración.

Y una vez más todavía, con el loor del *Prefacio* y del *Sanctus,* se hermanan voces de pecadores al cántico excelso de ángeles, dominaciones, potestades. Tierra y cielos glorifican al Señor, antes que el tremendo misterio con que se redime la gran mancha. Por los vivos, por los muertos, el sacrificador impoluto ofrece a Dios el Sacrificio, consagra las especies, como Jesús en la Cena, eleva el cuerpo y la sangre del Hijo adorable al Padre omnipotente. Supremo acto eucarístico y suprema gloria de la vida de Anchieta, exaltada hace 15 años por la fascinación de la Eucaristía: en sus manos se corporifica la divina sustancia, Jesús aparece a los fieles... Con humildad, bajando la voz, el oficiante comulga: *Domine non sum dignus;* con el acento de los predestinados encierra en el brillo de la mañana la ceremonia: *Ite, missa est.*

Y ampliamente bendice al pueblo que nace cristiano de la fiereza indígena y del comercio lusitano.

Con la pureza de la bestia en la patena de oro, tocándola un rayo de sol filtrado por la rosa de los vitrales, debe fulgurar en el siglo XVI, glorioso Misal jesuítico, la iluminación de la primera misa de Anchieta.

Capítulo IV

FAMA DE SANTIDAD EN TORNO DE ANCHIETA

Segunda flota de Mem de Sá. — Dos años heroicos. — San Sebastián entre los nuestros. — Trabajo y Justicia. — El Capitán y la ciudad. — Un consejo de Capitanes y Sacerdotes. — Ataque al fuerte de Uruçu Mirim. — Estacio de Sá herido. — Combate en la Isla del Gobernador. — Muerte de Estacio de Sá. — Embarque de los religiosos para S. Vicente. — Regreso. — Mudanza de la ciudad. — Ejecución de un hereje anónimo. — El Santo y la leyenda.

El 19 de enero de 1567, víspera de San Sebastián, se hallaba frente a la nueva ciudad, en Guanabara, la flota preparada por Mem de Sá. Se componía de 3 galeones del reino, seis grandes carabelas y dos embarcaciones menores, habiendo llegado enfermo el gobernador, su comandante, que se había enfermado en Espíritu Santo. Iban con él algunos prelados insignes, el obispo don Pedro Leitão, el visitador Ignacio de Azevedo, el provincial Luis de Gram, el Padre José de Anchieta y algunos otros religiosos de la Compañía. Desde la partida, en octubre o noviembre, pasajeros, tripulantes, los propios hombres de armas, inclusive cien tiradores de la hueste pernambucana, vivían a expensas del gobernador.

* * *

Casi dos años habían transcurrido, inciertos en la espectativa, interminables en las privaciones, entre la partida y el regreso de Anchieta, el llamamiento de los héroes y el socorro a la nueva ciudad. Todo ese bienio había sido de escaramuzas y combates.

Son imprecisos los datos cronológicos, pero innumerables los acontecimientos principales: La batalla en que tres naves francesas y 120 canoas, viniendo de Cabo Frío, habían roto el

poder ofensivo por el fuego de los artilleros de Estacio de Sá; operaciones de abordaje, comandadas por el capitán mayor, siguiéndose a la defensa del reducto inexpugnable; acometidas soberbias de los nuestros a dos o tres aldeas, en una de las cuales la cifra de los muertos y presos ascendió a 300; victoria de 14 de nuestras canoas, después de reñida lucha, contra 64 de los tamoyos; la hazaña del valiente Melchor de Azevedo. proveedor de Espíritu Santo y capitán de la galera *S. Thiago*, que sólo con ocho canoas desbarató a 20 embarcaciones enemigas en julio de 1565, matando el mismo a seis guerreros tamoyos y trayendo de la refriega muchos prisioneros. El mar había quedado teñido de sangre en la ruta de su barco (126).

Un año después, en julio de 1566, los astutos tamoyos simulan en un estero, cerca de una legua del poblado portugués, 180 canoas. Desprendiéndose de la flota algunas de ellas maniobraban de modo de atraer sus ocupantes a la celada en un brazo de mar. Y, en efecto, a la vista del poblado, más finteando que embistiendo, amenazan al barco del mayordomo de S. Sebastián, Francisco Velho, que había salido en busca de madera para la capilla del mártir, y es socorrido en el mismo instante por Estacio de Sá y su gente, dispuesta en 4 canoas tan sólo, pues los otros andaban de pesca o habían regresado ya al puerto de San Vicente. Pero los tamoyos huyen. En su persecución vuelan los nuestros, ajenos al peligro y, de pronto, al doblar el brazo de mar, son atacados a flecha, perseguidos a remo por 180 embarcaciones, millares de tiradores cuyo vocerío anuncia ya el triunfo. Inopinadamente, sin embargo, el estruendo de un cañón arde la pólvora de una canoa. El terror del incendio, repentinamente, enloquece a la mujer del jefe en un barco enemigo. Bracea, clama, y a todos los demás se propaga la locura de sus gestos, el espanto de sus gritos. 180 canoas se desbandan, ahuyentadas por una llamarada. Los nuestros gritan:

—¡Milagro!

Y ese deslumbramiento fué mayor aun, cuando supieron, poco después, que los tamoyos habían huído no sólo al claror del incendio, sino también a los golpes de un bello y fuerte soldado, un gentilhombre de armas ofuscadoras, que allí saltaba y

hería, ágilmente de canoa en canoa. Temerario arcángel guerrero, conforme a la creencia divulgada, San Sebastián había marchado entre los nuestros, y la fiesta anual de las canoas rememoró a partir de entonces el prodigio.

En la evidencia magnífica de la historia, entre llamas y flechas, el prodigioso guerrero fué Estacio de Sá.

* * *

El estado de guerra no había impedido la organización del trabajo y la justicia en la colonia. Por un lado, los carpinteros desbastaban, los albañiles construían, levantando baluartes nuevos, nuevas viviendas indígenas de barro con techo de paja; por otro, los sembradores plantaban mandioca, ñame y legumbres en derredor de las fortificaciones. Pedro Martín Namorado, el primer Juez de la nueva ciudad, labraba las primeras sentencias y los reales oficiales del foro y del fisco eran normalmente provistos por el gobernador general o por el capitán mayor. Los jugadores de naipes, dados y bochas, después del indulto concedido en 1566, pagaban una multa de cien mil reis para la cofradía de San Sebastián.

Francisco Díaz Prieto, nombrado Alcaide Mayor por el gobernador Mem de Sá, tomó posesión de la ciudad amurallada y cerrada, el 13 de setiembre de 1566. Al llegar a la fortaleza con el juez ordinario y el alcaide menor, Estacio de Sá se detuvo fuera de los muros, mientras el nuevo llavero de la *urbe* trasponía el recinto, cerraba las puertas y postigos por sus propias manos, con aldabas de hierro. Después el Alcaide Mayor —con voz resonante—, indagó del Capitán Mayor, a través del muro, si quería entrar, que dijese quién era, a lo que Estacio de Sá respondió:

—Quiero entrar y soy el Capitán Mayor de la ciudad de San Sebastián, en nombre del rey, nuestro señor.

Reconocido el poder, franqueósele la entrada. Y así el héroe portugués, victorioso, entró en la ciudad de Río y en la historia del Brasil, bajo la misma consagración (127).

* * *

El consejo de capitanes y sacerdotes de la escuadra de Mem de Sá, reunido inmediatamente después de su llegada, fué bre-

ve y audaz. La mañana siguiente, al rayar la aurora, dos huestes de bravos infantes al mando de Estacio de Sá, bendecidos por el obispo, escalando el Cerro de la Gloria bajo el zumbar de las flechas y el tronar de los cañones enemigos, asaltaron y tomaron el fortín de Uruçu-mirín (128), sólidamente levantado en aquella cumbre, tal vez por Bois-le-Conte. Muertos o heridos, en la ascensión y en la refriega, cayeron muchos de los nuestros, pero ninguno de los tamoyos sobrevivió a la pelea, y de los franceses algunos murieron en combate, acabando los otros, nueve o diez, colgados de la horca o traspasados a espada. Del cerro de la Gloria bajó el triunfador, Estacio de Sá, mal herido en la cara, para morir al cabo de 25 o 30 días. Y, frente a la estacada, en un desafío a pecho descubierto a la chusma de los incrédulos, había sucumbido Gaspar Barbosa, devoto capitán, que había comulgado para mejor combatir, jurando no volver las espaldas al hereje en el campo de batalla.

Más encarnizada y sangrienta fué la lucha en la Isla del Gobernador, que los nuestros habían denominado isla de Maracajú, o Gato Cerval (*), por habitar en la espesura del arbolado el jefe de los indios maracajás. Paraná-Pecú (**), lengua de mar, era el nombre indígena de la isla, y pasaba de mil hombres el ejército allí atrincherado con artillería. Reñidamente, tres días duró la acción, en que las balas, hiriendo las aguas o las rocas, levantaban columnas efímeras de agua o de humo en el aire trepidante. Por la ensenada, gritando hasta las crestas de la cordillera, dialogaban sin descanso las bocas de fuego. Había relámpagos, que eran descargas de mosquetes; réplicas silbantes y venenosas, que eran lloviznas de flechas. Sitiados los maracajás, batidas sus fortificaciones, de uno y otro vallado, de una a otra cerca, por el fuego martillante de la escuadra, se rindieron los vencidos a la conquista y al cautiverio. El prestigio de esa victoria fué tan grande que los defensores de otra fortaleza mayor, entre ellos muchos franceses, ocupando baluartes, fortalezas, empalizadas, juraron espontáneamente vasallaje al rey de Portugal. Dos rápidos hechos de armas con-

(*) En el original "Maracuyá ou Gato Bravo". — *N. del T.*

(**) En el original "Paranápecu, lengua de mar". Disentimos de la grafía tupi-guaraní y de su traducción. — *N. del T.*

solidaban la fundación de la ciudad. «Jamás una guerra —escribe Southey— en que tan pequeños esfuerzos se hiciesen y tan pocas fuerzas se empleasen de una y otra parte, fué tan fértil de importantes consecuencias. De haber sido Mem de Sá menos enérgico en el cumplimiento de sus deberes o Nóbrega menos incansable, esta ciudad que es hoy capital del Brasil, sería ahora francesa.»

La fundación urbana había vencido, pero perecía al batir de alas de la Victoria el fundador, Estacio de Sá, intrépido y llano, como sus primos Fernando y Salvador, obstinado y religioso como su tío Mem, héroe del más puro linaje como cualquiera de los tres. En pleno triunfo después de dos años de redoblados y pacientes esfuerzos, se había inmovilizado la energía concentrada en esa figura esbelta, que tanto valor y tanta fe irradiaba, manteniendo el coraje de las tropas con autoridad y blandura, entre peligros y privaciones. Había en él la juventud, la nobleza, la devoción, el casto idealismo y la serena altivez de un caballero andante perdido en el mundo salvaje. Flor de su estirpe, gloria de su raza, la *urbe* lo identificó desde los orígenes, como el patrono, soldado también y joven, herido también por una horda de sagitarios. Entre nuestras palmeras, Sebastián de Narbona, tiene un hermano lusíada (*) —Estacio de Sá—, el mismo que le trajo a los pies, con su manojo de flechas simbólicas, la ciudad infantil, pequeñita, asaeteada como los dos en el flanco y en la faz. Los despojos fueron guardados bajo el altar de la capilla humilde, levantada en el poblado por guerreros y Padres, hasta que Salvador de Sá, 16 años más tarde, trasladándolos a otra yacija, la del templo de San Sebastián, mandó inscribir en la lápida la verdad histórica:

Aqui jaz Estacio de Sá, primeiro capitão
e conquistador desta terra e cidade... (129).

* * *

Vencidos los franceses, sometidos los tamoyos, dichas so-

(*) *Lusiada*: poetización del vocablo "lusitanos", por Camoens, en su magnífico poema épico *Os Lusiadaes*, para referirse a las hazañas y los hechos célebres de la historia portuguesa, llevadas a cabo por los portugueses (lusiados) en las Indias Orientales. — *N. del T.*

bre el cadáver de Estacio de Sá las últimas oraciones, embarcaron para San Vicente, con el obispo Leitão y la buena nueva del triunfo, los padres Ignacio de Acevedo, Luis de Gram, José de Anchieta y otros. Manuel de Nóbrega, envejecido y achacoso, pero fulgurante de santidad y de heroísmo, abrazó con alegría a los compañeros y bendijo la fortuna de nuestras armas. Y todos siguieron visitando escuelas, aldeas, santuarios, hasta Piratininga, donde la gentilidad los acogió alegremente, como si le trajesen algún divino mensaje.

En esa peregrinación a San Vicente después del combate, el nimbo de las leyendas evocadas por los agiógrafos comienza de nuevo a envolver y nublar el perfil de Anchieta. Narrándolas prolijamente, el cronista de la Orden le atribuye, primero, la noticia de una victoria distante e imprecisa en el silencio de la noche a Manuel de Nóbrega: «Padre mío, demos gracias a Dios que alcanzaron los nuestros ahora una victoria de los enemigos.» Después, la visión del martirio de una india, esposa cristiana que le había traído poco antes, presintiendo ya ese fin, dos velas de cera para su misa de mártir, velas encendidas por Anchieta el mismo día en que ella, cautiva de un bárbaro sensual, a 30 leguas de San Vicente, prefirió ser degollada a ser maculada. Finalmente, otra visión semejante, la de la muerte de un Padre, ex discípulo suyo, lejos, en el colegio de la Compañía de Nuestra Señora de Loreto, alma encomendada por el vidente, a Dios, el día siguiente, que era el de San Juan Evangelista. Sin discutir acerca de la veracidad, notemos la posibilidad metagnómica de esos casos, el primero de clarividencia, los otros de telepatía, hoy comunes en el dominio de las investigaciones psíquicas.

En julio de 1567 regresaron los Padres. Como le escaseaban los vientos de popa y se marchitasen las velas, la nave fondeó durante algún tiempo frente a Bertioga. Era la víspera de Santiago. Suspiraban los creyentes por el confort de la misa. No queriendo retardarla por más tiempo, Ignacio de Acevedo, Luis de Gram, Nóbrega y Anchieta se dirigieron en busca de la tierra en un batel que, en mitad del camino fué abordado por un cetáceo. Después de tocar la cola sobre la popa, inundando el barco, debajo del cual nadaba, la ballena

no descargó el golpe esperado por los cuatro misioneros, todos ellos de hinojo con las manos juntas frente a la muerte. Así habrían dejado de perecer en un solo naufragio, las cuatro figuras dominantes de la Compañía en el Brasil. ¿Simple, acaso? Tal vez. De todos modos, nuevo prodigio aquel, atribuído por los jesuítas a la influencia apostólica de Anchieta, que lo atribuye modestamente a otro: «Estaba el obispo, y los demás del navío a la misa, esperando el suceso con gran temor, pero que no peligrarían, por ir allí el Padre Ignacio con sus confiados compañeros» (130).

Al llegar a Río de Janeiro, los religiosos encontraron al gobernador inmensamente ocupado en el traslado de la ciudad matriz al morro de San Januario, después de Castello, que dominaba en la espesura de los bosques, entonces, el fondeadero habitual de las naves. Avanzando más que las otras eminencias sobre el mar, era ese cerro más estratégico y recomendable para el asiento de la *urbe,* a juicio de los capitanes recién llegados y de los viejos conocedores de la tierra. Fué preciso abatir sus árboles colosales y apropiarle el terreno a las edificaciones proyectadas. Con su red metálica y de púas, con sus muros y baluartes, el poder de su artillería blanqueó la *urbe,* lindamente, en la eminencia frondosa. Una por una surgieron las construcciones ordenadas por Mem de Sá: los graneros de la hacienda de S. Alteza con espacio. Los corredores, la cárcel atisbando el mar por las hileras de ventanillas enrejadas, la sede de la Cainora, la iglesia y el colegio de los jesuítas, la erguida Catedral de tres naves. Todo pobre, claro, sencillo, pero destinado a crecer, durar, florecer. El gobierno ayudaba a los habitantes en su laboriosa nidificación de aves de paso; bajo la vigilancia de los Padres, trabajaban los indios en esas obras humildes. Y habiendo hecho donaciones de tierras en nombre del rey a la Compañía de Jesús y al indio Martín Alfonso Ararigboia, castigado otra vez, el gentío rebelde en las inmediaciones de Guanabara, nombrado Salvador Correa de Sá el 4 de marzo de 1568, gobernador de la ciudad, Mem de Sá, el héroe, partía para Espíritu Santo, donde logró aun vencer y someter, con denodado esfuerzo, las tribus ferozmente sublevadas.

La segunda conquista de Río de Janeiro fué la coronación del *Instrumento de Serviços,* presentado al rey por Mem de Sá. El gobernador general no sobrevivió en Bahía más de cuatro años. Expiró un domingo, 2 de marzo de 1572, a las 10 de la mañana, envejecido y amargado, añorando la hija y el reino a donde nunca más pudo volver, no obstante sus súplicas al soberano. Los Padres de la Compañía guardaron sus despojos en la capilla del templo y los anales brasileños conservaron su nombre para la inmortalidad. Con la más hermosa de las tierras dos veces arrancadas al invasor, le debe el Brasil, casi perdido entre los horrores del siglo XVI, la autonomía de los orígenes económicos, la seguridad de los principios religiosos.

* * *

En el asalto al reducto del cacique Uruçu-Mirim, en el que había caído Estacio de Sá mortalmente flechado por los tamoyos, fueron capturados nueve o diez combatientes franceses. Tan inflexible como valiente, Mem de Sá los hizo ejecutar (131). Inmediatamente después, fueron capturados otros en la isla Paranápucu, otros aun se rindieron a los portugueses en los últimos baluartes y fortalezas de Guanabara. Muchos de ellos habrían sufrido la misma suerte de los primeros, ajusticiados por Mem de Sá.

En alguno de esos grupos, si es verídico el relato del biógrafo Pedro Roiz, había un francés calvinista, un hereje, condenado por la justicia del gobernador al suplicio de la horca y entregado a los cuidados espirituales de Anchieta, que hizo todo lo que pudo para convertirlo al catolicismo. No se conoce su nombre. Obstinándose el pecador en el error, consiguió el sacerdote que fuese postergada la ejecución. Anchieta quería salvarlo, extinguir en ese rebelde la influencia de un réprobo, Calvino, el dragón del poema de Ipernof. Convertido finalmente por él, el hereje se sometió a la confesión, aprestándose a morir en el seno de la Iglesia Católica.

En la hora postrera, sin embargo, como la impericia del verdugo redoblase el tormento al condenado, hombre propenso a la cólera, Anchieta sintióle la desesperación inminente, afren-

tando a los cielos en la explosión de alguna blasfemia irreparable. Era el alma perdida para Dios atrapada por Satanás, y el jesuíta reprendió al verdugo, ordenándole que se apresurara: «...le ordenó que lo hiciera bien.»

Pasó el tiempo sobre la fundación de la ciudad y la ejecución del hereje. Oyendo al Padre Anchieta semejante caso, muchos años después, le recordó un hermano que las leyes eclesiásticas prohibían al sacerdote acelerar la muerte, so pena de verse suspendido en su cargo. Y la respuesta fué que esa irregularidad no era «ofensa a Dios», pudiendo la Iglesia absolverlo, pues otro remedio no tenía aquel desventurado, cuya salvación debía operarse en un plazo fatal:

—Para salvar un alma —terminó— viviera yo toda la vida suspendido, dando mi sacrificio por bien empleado (132).

* * *

José de Anchieta había quedado en el colegio de Río, ayudando a Manuel de Nóbrega, superior del nuevo instituto y de las casas de San Vicente, Santos, Piratininga y Espíritu Santo, con todas las aldeas anexas. Excesivo trabajo para una existencia casi tambaleante. Vencido por la enfermedad, Nóbrega fallecía dulcemente y cada vez más la tarea pesaba sobre Anchieta, maestro del gentío agregado al colegio.

La creación oracular y taumatúrgica de la leyenda anchietana, comenzada en Piratininga, desarrollada en Ypercuy y San Vicente, continuaba en Río de Janeiro incorporando nuevos sucesos tenidos como milagrosos. Eran predicciones, descubrimientos, anuncios. En el púlpito, un día de San Vicente, Anchieta había noticiado un lance feliz de nuestras armas ocurrido en Bahía Formosa en aquel mismo momento, conforme a su vaticinio. Otra vez, había sorprendido a un pecador con la revelación del impedimento que él tenía oculto. Había anunciado más tarde el regreso de los maridos a mujeres supuestamente viudas. Florecía en la cuna de la propia ciudad la leyenda colonial de un santo guerrero y doméstico.

LIBRO QUINTO

ASCENSION

Maravilhas sao estas que sabe fazer a summa bondade de Nosso Senhor com seus escolhidos.

ANCHIETA.

Capítulo I

ASCENSION ASPERA POR EL MONTE DE LA PERFECCION

Anchieta nombrado rector del Colegio de San Vicente. — Sus trabajos en ese período. — Exaltación de sus virtudes. — Misticismo y renuncia. — Grandeza y humildad.

Entre 1569 y 1576, Anchieta gobernó la casa de San Vicente, donde residían 7 jesuítas, laboriosos y mendicantes, que enseñaban lectura, escritura, música y oración a los niños, explicaban desde el púlpito el Evangelio, confesaban a los portugueses y aborígenes y sembraban en las tierras salvajes de Santos e Itambaen la verdad cristiana. Diez o doce leguas más allá, por aldeas remotas, les era necesario catequizar al gentío rudo y voraz. Iba con ellos el Padre Anchieta, venciendo los caminos sinuosos tan rápidamente que le advino del prodigio de esa rapidez la fama de caminador invisible.

Rector del colegio de San Vicente y de las casas anexas de San Pablo y Santos, el jesuíta no se despide aún, pero día a día, se alarga su elemento selvático e histórico. Paradógicamente, cuando aferrado a la obediencia en que se amortajaba el Yo religioso, inerte, semejante a un cadáver, había sido el hombre de acción compleja en la historia del Brasil: misionero, diplomático, guerrero, político, admirable fundador entre los fundadores de ciudades. Jerárquicamente, subiendo ahora de la obediencia a la autoridad, primero como rector en 1569, después como provincial, en 1578, el héroe no tiene ya el relieve de los fuertes lances épicos. La escuela de Piratininga, el exilio de Ypercuy, la misión de Bahía, la toma de Guanabara, tempestades y combates, escuadrillas de canoas, bandas de arqueros guiados por la fe, todo se había desvanecido en el turbión de las guerras coloniales. Se define para él, con el revestimiento de la autoridad, la era agiológica de las profecías, de las re-

velaciones, de los milagros. Junto mismo al nombre representativo, creación dinámica de la voluntad sobrecerniéndose a nuestra primitiva y formidable naturaleza, asoma el taumaturgo, nebulosa figura construída línea por línea, por la inspiración brasileña del mundo colonial, hecho de supersticiones y temores, poblado de brujerías y de espectros. A partir de allí, la vida histórica de Anchieta será esfumada por el automatismo y anonimato de la Regla o por la bruma de la leyenda jesuítica. No poseemos ya las observaciones, los aspectos, los datos originales del epistolario con que logramos reconstituir su escenario y su acción. Como si el naturalista se desinteresase de la propia naturaleza, el catequista vuelve a recogerse, absorto, en el santuario y en el silencio.

* * *

Nuevos trabajos intelectuales, no obstante, habrían de alternar con los duros trabajos religiosos. Aducido un bienio sin funciones administrativas, al septemio del rector, contamos nueve años plácidos, fecundos para el escriba, en la pobreza marítima del núcleo vicentino. Evocando a través del silencio, roto tan sólo por el choque de las olas, porque el de las tribus había amortiguado, lejos, en la conquista de Guanabara, habría acordado la lira frente al mar y compuesto los versos del poema, sumido en el tiempo como un barco en el piélago: *De rebus gestis Mem de Sá.* Había escrito y cincelado algo del poema de la Virgen, presumiblemente los *Laudes Virginis ordine alphabetico* y las *Horæ Immaculatissimæ Conceptionis Virginis Mariæ,* que nos recuerdan joyas al modo de encajes, superpuestas, por la devoción infatigable a la urdidura poética del texto. Su misticismo y su inspiración producirían, ornamentando el ambiente claustral, nuevos autos y cantos piadosos, naturales como pimpollos de rosas y clavelinas, flores cuidadas por sus manos en otros tiempos, en la humilde huerta de Piratininga.

De esos trabajos de autor que tan sólo conjeturamos, callan los biógrafos, pero uno de éstos destaca, durante el septenio 1569-76, el progreso de la mentalidad y el prodigio del saber de José de Anchieta, autorizando nuestra conjetura (133).

Sin otros estudios, fuera del de humanidades, retórica y parte de la filosofía, en Coimbra, versificaba con la misma facilidad, en las disertaciones del aula y en las resoluciones del confesionario, la teología moral y especulativa, según el Padre Vasconcellos. Maravillando al clero por la exégesis de las Sagradas Escrituras en el púlpito «su ciencia parecía más que humana», su estilo rememoraba a los doctos, el verbo de San Jerónimo y de S. Bernardo, añade el panegirista. Uno de los ejercicios predilectos de Anchieta, en esos tiempos, era el de componer vistosos ramilletes de frases bíblicas, bajo forma epistolar, sin una palabra suya, pero lógicamente urdidos, sólidamente ajustados de modo que revelando todo su pensamiento, condujesen a la misma convicción al destinatario. Oyéndole los sermones, decían los fieles que Dios ponía en su boca todo cuanto debía de predicar. El obispo Leitão, de la ciudad de Salvador, prefería el *gorjeo* de ese canario al de todo el bando sonoro de predicadores de su diócesis. Y el jesuíta Gaspar Sampères juró haber visto, cuando predicaba Anchieta el día del Espíritu Santo, posársele en el hombro izquierdo, alegremente, una especie de canario que los ademanes del orador no lograban ahuyentar. Como tratase de conocer el fundamento de ese milagro, Anchieta le respondió:

—Yo os lo diré, Gaspar, lo que ocurre. Cierto día, navegando, vi un ave marina que revoloteaba de una borda a la otra. Le extendí el brazo para que en él descansase, y en mi brazo se posó entonces, como se posaría en una de las vergas del navío.

Otra vez, recordando alguien que los pájaros atraídos se le posaban en el brazo, en el bordón, en el breviario, como en las ramas lozanas de la selva, Anchieta exclamó:

—¡Bien dicho, gran milagro! ¿Y no se posan ellos en las basuras y en las horcas?

* * *

Copiosamente los biógrafos relatan milagros o disertan sobre virtudes insignes del Padre José en aquel período: el amor a la pobreza, a la castidad, al cilicio y a la paz, lo que había en él de mansedumbre, paciencia y renuncia; cómo era

caritativo para con el prójimo en cosas temporales y espirituales, cóma revelaba en todos los actos de la fe un celo sobrehumano.

La incesante genuflexión le dejaba en sangre las rodillas, ásperamente encallecidas en la piedra o en el barro. Su oratorio estaba en todas partes, su oración a cada instante ascendía hasta la divinidad. Lidiando, comiendo y hasta durmiendo, el santo hablaba a Dios. Al caer la noche y noche adentro, en los solitarios y fríos corredores del colegio de San Vicente, descubierta la cabeza, los pies descalzos, iba y venía rezando, o arrodillado en un extremo de la celda, inmóvil, sombra de eterna penitencia, desgranaba el rosario. Puestas las manos, semicerrados los ojos, resplandeciente el rostro, deshaciendo el alma en profundos suspiros, permanecía horas y horas sumergido en el éxtasis de la paz. Casi de madrugada, exhausto, se allegaba al lecho que era una tabla o un haz de pajas agrestes. Y la resonancia interior de ese largo nocturno, agitando nerviosamente al propio sueño, llenábale el espíritu de imágenes y de anhelos cristianos.

Más pobre que él, más devoto de la casta y santa pobreza no habría sido el Pobrecito de Asís. Le bastaba a José de Anchieta como fortuna, la misma visión radiante del sol, que el sentimiento de la naturaleza había cantado por la voz del monje, casi ciego, tres siglos y medio antes que él en la cabaña de San Damián. Todo su ropaje era un pedazo de trapo, todo su calzado un viejo par de burdas alpargatas. Ni arca ni libro poseía Anchieta. Si algo componía, inmediatamente abandonaba en otras manos lo que había escrito. Si algo le daban, inmediatamente restituía el don precioso o sencillo, agradecidamente, cuando no imploraba que se lo diesen a otro.

Después de la tentación demoníaca y de la victoria celeste de Ipercuy, había enmudecido la carne, no envejecida aún, pero día y noche mortificada, la voz del secreto deseo, enemigo de almas fuertes y puras. Consumido por el ayuno, lacerado por las disciplinas, sangrando y sonriendo, llevaba un demonio encadenado en el aislamiento glacial de un voto. Y los años, poco a poco, fueron extinguiéndole las pasiones, ahora quietas y mudas. Ya no le era penosa la guerra de los malos pensa-

mientos, como decía a los Hermanos. Superhombre de armas espirituales, había luchado y vencido. Contra los deseos lascivos, abrasadores, eran tenidos como reliquias los fragmentos de su sotana.

La paciencia, la dulzura y la humildad, igualaban en él el espíritu de renuncia a los bienes y goces materiales. Reflejando el alma impasible, su aspecto no cambiaba con la ventura o la desventura. De injurias y disgustos, guardaba solamente el recuerdo, evangélicamente, para encomendar al cielo a aquéllos que le amargaron la existencia. Y de un deudor impenitente suyo, decía: «Más pecó él contra Dios que contra mí: si Dios lo sufre, bueno es que yo lo sufra por amor de Dios.»

Inteligencia y erudición, poder y valor, nada le era agradable evidenciar a los hombres como grandeza humana, vanidosa ilusión de los efímeros, y Anchieta hacía todo para encubrir o desmerecer los atributos excelsos de predestinado. Consideraba al propio yo con infinito desprecio, sintiendo el horror de la evidencia, del realce, del mando. Pedro Roiz, su biógrafo, que había tratado personalmente con él, apenas si sospechaba de sus virtudes heroicas, por saberlas ocultar a los demás bajo *el velo de la humildad y santo disimulo.* Voluntariamente el Padre Anchieta desaparecía en la quietud severa de los colegios, abandonando el puesto decorativo a otro; en el tumulto bravío de las aldeas, si lo convidaban para bautismo y casamientos, dejaba a los Hermanos la pompa de la celebración, dedicándose a la tarea más oscura: enseñar a los indios, convertir a los tigres. Armado por escrúpulos, de rodillas, suplicaba penitencia al superior. Dominando los sufrimientos del cuerpo, era el dulce enfermo paciente, que ahogaba los gemidos, durante la noche, para no despertar al enfermero. Diego Flores Valdez, comandante de la flota española que en 1582, se dirigía al Estrecho de Magallanes, fondeó en Río de Janeiro, donde asistía el Padre Anchieta como provincial y resumió del siguiente modo su oculta grandeza:

—No quiera Dios que yo deje de hacer cuanto él mandase, pues nunca se me presentó persona tan abyecta y despreciable, en nuestro primer encuentro, pero después, nunca me he visto tan mezquino en presencia de cualquier otra majestad.

Enemigo de toda maledicencia y discordia, cerraba los oídos sistemáticamente a la lengua murmuradora que viniese a acusar o manchar a los ausentes; reconciliando a salvajes y malvados, su bondad ofrecía a las mismas almas obtusas de la selva un consuelo inefable. En las vigilias de las enfermerías, el Padre Anchieta, estando él enfermo, iba de un lado a otro para preparar jarabes y drásticos y entibiar caldos para otros enfermos; en la soledad invernal de los caminos, en la noche, andaba sigilosamente por debajo de las hamacas, atizando el brasero de los indios dormidos que el fuego crepitante apenas resguardaba de la helada.



Capítulo II

EL MISIONERO Y AMIGO DE LOS INDIOS

Anchieta en la tribuna sacra. — El sermón de 1568 sobre la conversión de Saulo. — Efectos oratorios y locales. — El pecador de Brasil-colonia. — Vas electionis. *— Catequesis de los Maramomis. — El amigo de los indios. — Una bandera cristiana.*

En esa época la elocuencia de Anchieta resonaba todavía en el púlpito con ardor belicoso y fascinante. El sermón recitado a los fieles de Piratininga en 1568, sobre la conversión de Saulo, es un modelo de oratoria entre salvajes y colonos; una de las pocas hojas arrebatadas al viento, como tantas otras que dispersó en el seno de nuestros bosques: imágenes, conceptos y exhortaciones que provienen de sugestiones o asociaciones bíblicas, toman una forma directa y objetiva, propia de su estilo (134). En las cartas, en los poemas, en los sermones, el pensamiento de Anchieta nunca se hace abstracto y difuso. Aunque ataviada algunas veces con los recursos del florilegio católico-romano o, más frecuentemente, con estractos latinos de la Escritura, su forma revela siempre cierta tendencia plástica, cierto impulso evidente para la modelación, el contorno, la realidad corpórea y tangible. Como si su visible amor a las cosas naturales le determinase la expresión de las cosas místicas, Anchieta es un *realista* vigoroso, que observa con agudeza, materializa con energía, empleando un lenguaje concreto y exacto, sin vacilaciones.

Un párrafo feliz, recientemente divulgado, demuestra la tendencia a la objetividad del sermonario anchietano, al corporificar las ideas del predicador aun cuando se encuentran asociadas a la divinidad misma. «Otra causa por la cual *Dios Nuestro Señor* dejó de ir a curar al hijo del Régulo y se ofreció tan liberalmente para ir a sanar al esclavo, fué para condenar la negligencia de tantos que en el Brasil dan tan poca importancia

a sus esclavos, a los que dejan vivir mal y a veces morir sin bautismo y sin confesión; y para que sepan estimar las cosas según su valor, no considerando en el esclavo lo que tiene de ignorante, o el haberme costado mi dinero, sino viendo en él representada la imagen de *Cristo Nuestro Señor,* que se hizo esclavo para salvar a este esclavo, y me sirvió como esclavo treinta y tres años, por salvarme a mí» (135).

Ajeno al artificio, cuando piensa y compone fuera de la métrica religiosa, el orador no teme la violencia del epíteto o de la locución. De ahí que se haya establecido entre su espontaneidad verbal y la rudeza instintiva de nuestros primeros auditorios, azotados y seducidos por el catequista, esa corriente continua y magnética, hecha de simpatía, de entusiasmo y de temor. Ninguna oratoria más adecuada al entendimiento, ningún prestigio más fuerte y más grato a la sensibilidad de las almas primitivas, cuya impresión, una ingenua devota, resumía así: «El Espíritu Santo pone en boca del cura lo que ha de decir, como la paloma en la boca del hijo lo que ha de comer.»

En esas agrupaciones coloniales e indígenas del siglo XVI, simples posadas erguidas al borde del mar o nidos suspendidos en el linde del campo, la guerra es el estado social necesario. Al hablar a guerreros, José de Anchieta reviste la armadura de la Iglesia Combatiente, rebusca las alegorías y analogías en que se complace la índole batalladora de los oyentes. Lanzado el tema de la prédica de 1568 —*Vas electionis est mihi iste*— «es éste para mí un vaso escogido», como dijo Jesús en Damasco, en seguida anuncia el predicador un simulacro de batalla que se traba entre dos bandos: de parte de Jesús están los coros angélicos y los santos; de parte de Saulo los ejércitos infernales de los diablos y los fariseos; alrededor, disfrutando el desafío, los cristianos de Piratininga, valientes luchadores, comandados por el muy valiente capitán de las milicias eternas: Cristo. Lobo cebado con la carne y sangre de mártires, Saulo arrastra mujeres y hombres a la cárcel, en la ciudad de Jerusalén, donde son torturados. Jesús, cordero suave, que él crucifica y despedaza en el martirio de sus hermanos, ha de vencer su furor con la paciencia, su ferocidad con la mansedumbre, su crueldad con la misericordia.

No saciado en Jerusalén, el perseguidor marcha sobre Damasco, llevando cartas del príncipe de los sacerdotes a las sinagogas, en busca de otras víctimas. En ese instante Jesús abandona la paciencia del cordero y ostenta la fortaleza del león para someterlo. León y rey magnánimo, sin embargo, no lo despedaza, ni lo devora: simplemente lo mantiene a sus pies, derribado por una chispa de sus ojos, y le rompe el corazón, penetrando en él con su voz lacerante: *Saule, Saule, quid me persequeris?*

Celebrando la conversión de Saula y la victoria de Jesús, el predicador generaliza humanamente el episodio: «¿Sabéis qué cosa es la vida de un pecador? Es un continuo desafío que obliga contra Cristo, Nuestro Señor, al que siempre va desafiando y provocando a que tome la espada de su ira, y se meta en campo con él.» Aquí dejamos el camino real de Damasco por el sendero serpenteante de Piratininga. Cristo acepta el desafío, no para aniquilar, sino para convertir al pecador. Y lo convierte de dos maneras: instantáneamente, como a Saulo, o lentamente, a fuerza de sucesivos golpes certeros: ora la idea de la muerte, ora un revés de fortuna; a veces el terror del juicio y del infierno, otras el recuerdo de la bondad infinita; hoy un ejemplo virtuoso, mañana un consejo de amigo.

Se hace evidente su predestinación al apostolado en el Brasil, cuando José de Anchieta grita al colono, pecador lanzado a la conquista de la tierra salvaje, reprochándole su barbarie o su iniquidad: «. . .todas las veces que pecas, persigues a Cristo y pisoteas su preciosa sangre, que derramo por ti; todas las veces que injurias y deseas el mal de tu prójimo, injurias y deseas mal a Dios, que es su hermano; todas las veces que vejas y persigues con el poder de tu vara y de tus cargos, a Cristo persigues; todas las veces que andas sutilizando formas para apoderarte de lo que pertenece a tu prójimo, o de lo que haya podido cristianamente ganar, a Cristo persigues y robas, todo el tiempo; todas las veces que retienes los bienes del pobre huérfano y, pudiendo, no se los quieres pagar, a Cristo persigues y le bebes la sangre, como lobo hambriento; todas las veces que miras a la mujer de tu prójimo y la quieres deshonrar, persigues a Cristo, su verdadero esposo y mucho más celoso de su honor que su marido; todas las veces que llevas

a la pobre negra a pecar, por la fuerza, o voluntariamente, o consientes en su pecado cuando ella te busca, a Cristo persigues, que es su verdadero señor y padre, y que, para salvarla y sacarla del pecado, quiso tomar la forma de pecador en este mundo y ser condenado a la muerte en la cruz; finalmente, cualquier pecado que cometas contra tu alma, es persecución que levantas contra Cristo, más verdadero señor de ella que tú mismo.»

Recapitulemos en el sermón de Anchieta el cuadro social de la colonia con todos sus males y vicios: la discordia, la injusticia, la expoliación, la chicana, la rapacidad, el adulterio, la lascivia de los blancos y de los mamelucos, divirtiéndose con la carne de las indias bronceadas — *las negras.* ¿Qué debe hacer el pecador advertido e iluminado por Dios? Contesta el misionero: acogerse a la Iglesia de San Pablo, *vas electionis,* vaso de oro labrado y brillante, pedrería, fundido a la manera de los demás apóstoles, mártires y santos, vasos admirables, dispuestos sobre la mesa de Cristo, para sustento y deleite de las almas. Vasos también hay de distintos materiales, trabajados en madera, cobre, metales diversos que, a fuerza de hacha y martillo, se esfuerzan por guardar los mandamientos de Dios. ¿Y los pecadores contumaces? Son los ínfimos vasos de barro, obra de las manos del alfarero infernal, girando siempre en la rueda del pecado, «malos en el principio como en el fin de la vida, malos en la vejez como en la juventud, que nunca acaban de dar vueltas en esa rueda...» Son vasos mellados, agrietados, nauseabundos. Infúndeles Dios el óleo de la misericordia, pero en seguida lo derraman, jurando y perjurando, viviendo para la mentira, la cólera, la envidia, la avaricia, el odio, la lujuria, la ganancia, y así es cómo se pierde la antigua devoción de la villa de San Pablo, embrujada por broncos demonios: «¡Oh, pecador desventurado, habitante del Brasil, vaso de barro agujereado y hendido por mil vicios y pecados, que no puedes guardar en ti el óleo de la misericordia divina, que Dios quiere concederte, ¿qué esperas, sino que se te haga vaso de ira, lleno de hez?» Pero el empeño del jesuíta es de que el fiel pueda tornarse, como San Pablo, un vaso elegido de Dios, *vas electionis,* y entre en

la ciudad de gloria, *ingredere civitatem.* Abrasado en su fe inextinguible, clama contra la impureza del hombre de Piratininga, encerrando su prédica fulminante: «Rompe tú también, hermano, ese tu duro corazón, para que en él entre Cristo; deja de pecar, pues ved que en la ciudad del cielo no entra el pecado. Déjate vencer por Cristo, sometiéndote a sus mandamientos, ya que él es poderoso para transformarte con su gracia, de vaso de barro que eres, en vaso de oro y plata, escogido y puesto en su mesa celestial...»

Ni de plata ni de oro, amorosamente labrado por el artífice, sino de hierro o de cobre, duramente fundido, el sermón de Anchieta semeja un vaso religioso, sin ornatos, en cuya simplicidad surgen expresiones cortantes o abruptas. En esta vehemencia inculta del lenguaje encontramos al propio Cristo bajo la forma de un cordero *despellejado* y muerto en la cruz, Saulo *coceando* contra el aguijón de la divinidad, el pecador desafiando a Jesús por sus malas acciones y *haciéndole tantas en sus barbas,* o *metido en el agua de los deleites* del mundo y de la carne, una *estocada* del amor divino, *las orejas del alma,* el Salvador hecho un *bichito* para la redención del hombre, Dios infundiendo el licor de la misericordia por el *caño de la castidad* y el pecador derramándolo *por los agujeros de la lujuria o de la codicia.* Asperamente se materializa la fe para influenciar y actuar con energía sobre la emotividad o la imaginación de los habitantes de Piratininga.

* * *

En esos tiempos, entre las naciones tapuyas de la capitanía, vagaban los maramois (136), cazadores salvajes y amigos de los portugueses. No eran botocudos ni tampoco antropófagos. Uno de ellos, que el hermano Anchieta había conocido y libertado en Piratininga, apareció con otros en las inmediaciones de Bertioga. Terminada su visita al rector del colegio, se despidieron, pero, a los pocos días, seducidos por la bondad de Anchieta, volvieron con todos los demás de la tribu — hombres, mujeres y niños. Advertido de su llegada, el padre Anchieta se adelantó a recibirlos, saludándolos en nombre de Jesús; les distribuyó tierras para vivir, les edificó la iglesia,

empezó a adoctrinarlos y aun consiguió, mediante un intérprete, recogerles el vocabulario y, en medio de sus quehaceres, componer en parte un arte de la lengua de los maramois. Todo ello en quince días, terminados los cuales, volviendo a sus ocupaciones de rector, el apóstol entregó la catequesis al cura Manuel Viegas, que tanto trabajó por ese fin en santuarios y aldeas.

Por la instrucción y defensa del indígena, clamando por su libertad contra las guerras injustas o contra los vejámenes disimulados en rescates, luchaba el jesuíta. Valiéndose del anatema, si los avisos no bastaban, se alzaba colérica la voz del predicador por sobre la ignominia de los mercaderes de esclavos.

Preparados para este comercio, en la villa de Santos, estaban por hacerse a la mar dos navíos en busca de la tierra de los carijós. Los capitanes se habían mantenido sordos a los dolorosos ruegos de Anchieta, que en vano suplicaba por los indios; y tampoco oía sus quejas la justicia local, deshonesta en su indiferencia... Entonces, desde la sagrada tribuna el apóstol lanzó la amenaza profética de los castigos de Dios, si los navíos partían con aquel rumbo. Obstinadamente se fueron los dos traficantes. Cierta noche, en mitad del viaje, uno de ellos soñó que se despeñaba desde una roca en un abismo y que el cura José, al salvarle la vida, le reprochaba en nombre de Dios su codicia. El capitán despierta arrepentido, da vuelta a la proa del barco y regresa al fondeadero. Pero el otro navío sigue en su derrotero, alcanzando, desventuradamente, las playas de los carijós, donde naufraga, pereciendo en manos de los salvajes todos los que viajaban, excepto dos, que, heridos, traen la noticia a los colonos de Santos.

Así se multiplica la fama de Anchieta como *amigo de los indios y portavoz del cielo.*

* * *

En 1570, temiendo a la justicia, alzándose contra el gobierno de la capitanía, dos hombres truculentos y aventureros huyen con sus familias a la selva, donde se unen al indígena enemigo. ¿No surgirá de esa alianza un poder que en

breve amenace y aniquile a San Vicente? El pueblo está inquieto; las autoridades preocupadas. Sólo la fuerza espiritual no vacila. Rogando y obteniendo el perdón de los sublevados, espera José de Anchieta arrancarlos a la vida salvaje. Con el cura Vicente Rodríguez, cierto Manuel Velloso, y unos pocos hombres fieles, organiza una expedición cristiana. Y parte en busca de los rebeldes.

Navegan así ocho días en *ubá,* ligera canoa tallada en corteza de árbol que zozobra rápidamente si hace agua. Transpuestos los ríos más amplios y fáciles, resoplan los remeros, hunden sus remos en forma de pala en el tumulto de un río torrentoso. Bruscamente, a cuatro o cinco brazadas de la ribera la violenta agua espumosa inunda la *ubá,* santuario flotante de corteza, donde navegan los dos curas, Vicente y José, ocupados en rezar las horas de Nuestra Señora de la Concepción. El leño, recubierto de agua, desaparece, y con él se hunde el padre José, que no sabía nadar... Mientras los demás expedicionarios, buenos nadadores, se acercan a tierra firme, uno de los remeros indios se zambulle dos veces, explorando largamente el turbio oleaje y, por fin, descubre a Anchieta, que llega a la ribera con las ropas empapadas. El misionero había estado un rato bajo la corriente, encomendándose a Dios y la Virgen María, sin beber agua (137).

Sin fuego, sin pan, sin hogar, caminan ahora los náufragos, arrastrando el peso de sus trajes mojados, por la espesura de la selva. Lentamente, bajo la lluvia torrencial, vagan sin rumbo. Azotados por el viento, perdidos en las tinieblas, ya han abandonado toda esperanza de encontrar un abrigo cuando, a ciegas, se encuentran frente a las cabañas donde viven los rebeldes. En el asombro de esa visita a horas muertas, a través de la tempestad, los dos malhechores se arrojan llorando a los pies de Anchieta:

—¡Oh, Padre, habrían nuestros pecados de molestar a Vuestra Reverendísima!

Y el maravilloso huésped, que lleva el perdón a los criminales, arrogantes como leones en su cueva, consigue traerlos poco después a San Vicente, agradecidos y dóciles.

Capítulo III

TRISTEZAS Y DESGRACIAS DE APOSTOL

Tragedia de la nave Santiago. — *Muertos ilustres.* — *Paz y Fuerza.* — *En la playa de Itanhaem.* — *Adán.*

Anchieta y los demás jesuítas esperaban en 1570 el regreso del visitador Ignacio de Azevedo, que volvía de Europa en aquel año, con los misioneros portugueses y españoles del Val de Rosal.

Florecía entre rosas el espíritu de esa misión. Era una pléyade cristiana de 70 religiosos, fascinados por la selva americana. Los buenos misioneros que el visitador había elegido e instruído en Val de Rosal, en los alrededores de Lisboa, embarcaron en la flota del nuevo gobernador, don Luis de Vasconcellos, con destino al Brasil. Cuarenta venían con Ignacio de Azevedo en la nave *Santiago.*

En la isla de Madeira, separándose de la armada, la *Santiago* imprudentemente tomó el rumbo de las Canarias, corriendo el riesgo de encontrarse con la piratería de aquellos mares. El 15 de julio, poco después del amanecer, frente a la isla de Palma, blanquearon velas distantes, que la voz del gaviero anunció. Las aguas y el cielo se teñían de púrpura, heridos por el resplandor del sol naciente. Y eran velas hostiles de corsario las que avanzaban, hinchadas por la brisa matinal, velas de la escuadra de Jacques Sore, almirante hugonote de la Rochela. Un disparo cortó el aire. Intimada por el galeón *Príncipe* a amainar, contestó la *Santiago* con otro disparo de artillería. Fué su pérdida.

Los obuses de cinco naves cayeron en su proa, y rompieron su flancos, y entre las nubes del bombardeo, el enemigo le clavó los dientes del arpeo, arrastrándola en la maniobra del abordaje. Cincuenta soldados, fieros y ágiles, saltaron sobre cubierta. Pero a la audacia de los infantes pelirrojos de Sore se con-

traponía, con imprecaciones, el valor de los marinos morenos de Portugal. Las lanzas se hundían de golpe en los jadeantes pechos musculosos; daban vueltas en el aire, golpeando al azar, destrales y hachas; tronaban los arcabuces a quemarropa; ceñíanse los combatientes; ahogábanse los gritos en la misma ola roja de sangre. Acuchillado y aturdido, al pie del mástil mayor, cayó Ignacio de Azevedo, animando a sus compatriotas en la lucha. Los religiosos eran arrojados al mar. Uno de ellos, Manuel Alvarez, cuya voz resonaba por sobre el tumulto, fué herido en la cara a cuchillazos, las tibias rotas a culatazos de escopeta. A otro hermano, los herejes, golpeándolo con los puños de sus espadas, le hendieron el cráneo hasta los sesos; a otro, le mutilaron bárbaramente el mentón y la lengua. En fin, muerto en la refriega, el capitán, flor de valientes, se rindió la nave, y los religiosos fueron empleados en la tarea de dar a la bomba, porque ya se hundía lentamente la *Santiago,* desarticulada por el fuego de los calvinistas.

Entre los vencidos, algunos murieron decapitados, como Simón Costa, capitán y calafate del navío. Considerando a los jesuítas agotados en el trabajo de las bombas, sentenció Jacques Sore: «Echad los perros al mar.» Dispuestos en dos pelotones, a babor y a estribor, apuñaleados los de más edad por los verdugos, fueron todos arrojados como fardos, cayendo a las mismas aguas reverberantes sobre las cuales el cadáver de Ignacio de Azevedo flotaba, simbólicamente, con los brazos abiertos en cruz. Un joven tripulante, a quien el visitador había prometido iniciar en la Compañía, no habiendo sido martirizado con los ignacianos, viste un hábito manchado de sangre y corre al lugar del suplicio, gritando:

—¡Matadme! ¡Yo también soy jesuíta!

Apenas dos hermanos escaparon a la matanza para narrar al mundo la tragedia (138). Cuarenta mártires habían conquistado el Paraíso bajo el estandarte de Loyola. Todas las rosas cristianas de Val de Rosal sangraban en este martirio, entre las rosas de fuego del sol naciente.

* * *

Pocos meses después, el 18 de octubre de 1570, expiraba en el colegio de Río de Janeiro el fundador de la catequesis.

Manuel de Nóbrega, jesuíta primacial en los orígenes católicos de la historia del Brasil, tiene su epitafio labrado por la justicia de un protestante, Southey: «No hay nadie a cuyo talento deba el Brasil tantos y tan permanentes servicios.»

Dilectos amigos, Ignacio de Azevedo y Manuel de Nóbrega, revivían nostálgicamente en el corazón de Anchieta, resignado, sin embargo, más que nunca, a la voluntad de Dios. Y a seguir lo impelen fúnebremente los tristes eclipses de viejos afectos: en 1572 perece el gobernador Mem de Sá, héroe de su poema; en 1573 el obispo don Pedro Leitão, para quien la Compañía era un anillo de oro y José la piedra preciosa. En aquel año, entre el 2 y el 4 de noviembre, cayó en Piratininga un aguacero acompañado de enormes piedras. Los caminantes, apedreados por el cielo, espantados, clamaban de rodillas: ¡Misericordia! Algunas piedras rodaban por el suelo como esferas de cristal, otras como cruces de hielo, y una de éstas se le figuró a los jesuítas un vago crucifijo, recordando en su albor momentáneo la pasajera cristianización de los indios (139).

Pero por otro lado, la vida aporta al rector José de Anchieta nuevas esperanzas y nuevos estímulos. El gobernador Antonio Salema, reuniendo a sus hombres de armas, los de San Vicente, portugueses y nativos, capitaneados por Jerónimo Leitão, consigue expulsar a los franceses y nativos de Cabo Frío y apaciguar a los tamoyos de Parahiba del Sur. Anchieta no acompaña a los guerreros al campo de batalla, pero se siente jubiloso con el advenimiento de la gran paz indígena, por la cual tanto sufriera cuando joven en el destierro de Iperuig. Así se realizaba lo que predijo en 1554: «. . . ninguno o muy poco fruto se puede coger de ellos (los indios) si la fuerza y el auxilio del brazo secular no entran en juego para domarlos y someterlos al yugo de la obediencia.» (140).

Por sobre la paz de la colonia, impuesta definitivamente por la fuerza, se expandía la catequesis sin peligro. Eran más fáciles los caminos, más dóciles los corazones, y el jesuitismo loaba en esa conquista el favor de los cuarenta mártires de la *Santiago,* patronos del Brasil (141).

Todas las rosas cristianas del Val de Rosal se entrelazaban ahora, en el mismo santuario, a las orquídeas de la selva bra-

sileña. Y la musa anchietana compondría más tarde el elogio sagrado del bienaventurado Ignacio de Azevedo, atestiguando la conversión milagrosa del protestante Jacques Sore en la vejez:

A la fe, de corazón
se redujo en la vejez,
porque tú, con oración,
ganaste de Dios perdón
al enemigo francés! (142).

* * *

Anchieta, jovialmente, denominaba la playa de Itanhaem su reino de los Incas, su Perú, transbordante de almas nacidas para la cristiandad, opulento de conversiones, bautismos, alianzas, como el otro, inverosímil, de oro y plata a quintales, de pedrería en toneles. Medía ocho leguas y poseía un templo levantado por los jesuítas a Nuestra Señora de la Concepción. Ese era el recorrido habitual del santo en sus interminables peregrinaciones evangélicas. Por todo el reborde de la playa aparecían, blanquecinos, huesos colosales, despojos de cetáceos que traía, flotando, la pleamar y después yacían en seco, inertes, en el reflujo de la bajamar. Itanhaem, inmenso osario de ballenas, contraponía al choque de las olas la dureza de su suelo, en el cual las ruedas chirriantes de los carros de bueyes cargados y morosos no dejaban siquiera rastro.

Cierto día (nos cuenta la leyenda), al pasar por ahí con su breviario y su bastón, José se sintió impulsado por una extraña fuerza a entrar en la selva misteriosa. Bajo el follaje de uno de los árboles, avistó el padre, sentado, un viejo indio, tan viejo como el propio árbol que le concedía a su vejez un poco de frescor y de sombra. Cerca, ya corroída por el tiempo, yacía abandonada una azada de labrador o de sepulturero. El misionero se detuvo un rato, entre sus recuerdos, con la sorpresa de tal encuentro. Le vino a la memoria otro pagano secular y rugoso, convertido y bautizado por él cuando era apenas hermano en esa misma playa de leyenda (143). Como si lo hubiese esperado con ansiedad desde milenios, al pie de aquel follaje, dijo el venerable indígena:

—Acaba de venir, padre, que hace mucho que aquí estoy suspirando por tu presencia.

Acelerando, entonces, sus pasos, indagó José su nombre y el de su aldea; supo, con espanto, que no era de la provincia del Brasil, sino de tierra extranjera, más allá del mar, de la banda de oriente, y comprendió, maravillado, que desde tan lejos lo había traído una fuerza invisible, sobrenatural.

Dulcemente le preguntó la causa de su venida y qué deseaba. Conocer la ley de Dios y la vida buena, le contestó el indio prehistórico, último ejemplar de la antigüedad salvaje, arquetipo moldeado en el bronce de la raza americana.

Pensativo, casi transfigurado por el sentimiento de esa predestinación, acogiéndose a la misma fronda, descansando sobre las mismas raíces, el pastor de almas confesó al nómada envejecido en las jornadas y los combates de la tribu. Oyó con alegría que sus amores no habían sido bestiales ni sus guerras injustas. Si había en él la mácula del pecado original, oscureciéndole sus incontables días, no había el fuego secreto del pecado infernal contra la naturaleza humana. Y el cura serenó la tormenta del viejo corazón, que pulsaba ingenuamente por Dios, al acercarse la hora extrema.

Uno a uno le develó los misterios de la fe: frente a cada revelación, con su lámpara encendida entre los velos del santuario, el iniciado explicaba cómo había presentido aquella verdad, sin poder expresarla. Irguiéndose para bautizarlo, Anchieta buscó en vano en los alrededores algún manantial o arroyo. Pero vió cerca, rompiendo entre las piedras como un trofeo de gladios vegetales, un lustroso cardo silvestre, cuyas hojas dentadas, puntiagudas, entumecidas, todavía rezumaban agua de la última lluvia.

¿Y el nombre? ¿Con qué nombre lo bautizaría Anchieta? Contemplando el paisaje, sintió que ese hombre debería ser, en las evocaciones genésicas del mundo, tan vetusto y sagrado como las florestas, los breñales, los mares. Símbolo de las primeras edades humanas, semblante crepuscular de los tiempos idos, lentamente se encorvaba con el peso de las culpas edénicas. Habitaría con inocencia el Paraíso, bajo la mirada cariñosa de los ángeles: mordería con avidez en los labios crespos

de la tentadora, el fruto acidulado y prohibido. De los besos de ambos provenían los mellizos rivales, las generaciones impenitentes y orgullosas, los desafíos al cielo, los deleites de la carne, las impurezas y atrocidades que eternizan el mal. Encorvado y contrito, en fin, bajo el follaje de los jequitibás, allí estaba, a los pies de Anchieta, reconciliándose con Dios, el más viejo de los hombres. Las voces de la selva y del mar dialogaban. Asperjando ritualmente la cabeza nevada con el agua purísima de las nubes recogida en las hojas de un cardo bravío, dió José al macrobio el nombre de bautismo: Adán. Y, a los pies del sacerdote, elevada el alma en la promesa de sus tranquilos ojos azules, claros y profundos, Adán expiró suavemente, bajó a la sepultura abierta por Anchieta y se quedó a dormir, para siempre, en ese rincón de tierra brasileña, junto al cardo silvestre (144).



Capítulo IV

ASCENSION EN LOS CARGOS DE LA ORDEN

Anchieta en el colegio de Bahía. — El nuevo provincial; el nuevo gobernador. — Piedad y caballerosidad. — Fundaciones de la provincia. — Los súbditos de la Orden.

Cierto día, meditaba Anchieta en la casa de San Pablo de Piratininga, entre dos hermanos y tres padres. Era invierno. Afuera la niebla se espesaba. Adentro el fuego de leña chisporroteaba. Dijo, proféticamente, a sus compañeros:

—Oíd lo que dicen las viejas: que seré provincial, y que tengo buenas espaldas para el cargo.

Sonrió, pensando en su joroba, adquirida en las genuflexiones y los trabajos del colegio de Coimbra. Remirando las brasas, pensativamente, agregó:

—Dicen, además, que seré nombrado rector de Bahía, pero no serviré en ese cargo.

Los jesuítas lo oyeron con sorpresa, recordando la frase, la hora, el lugar de esos vaticinios, confirmados por los sucesos de 1578.

En ese mismo año, al venir a las tierras de San Vicente el padre Ignacio Tolosa, que era en el momento el provincial, fué con él, hasta Bahía, el padre Anchieta, que desde 1576 vivía humildemente como súbdito de la Orden.

Al entrar José en el colegio de Salvador, con la sotana en jirones, macilento, giboso, ínfimo, se preguntó mentalmente un hermano, mientras los demás abrazaban el recién venido:

—¿A qué viene éste por acá?

Penetrante lector de almas, buenas o malas, Anchieta le adivinó el pensamiento en la mirada, y se le acercó con los brazos abiertos y el rostro iluminado por una sonrisa:

—Así es, así es, mi hermano, que entre tantos solamente

vos me conocisteis: ¿a qué vengo yo aquí, hombre inútil y de ningún provecho?

El otro, confundido, sintió la veneración instintiva que despiertan los reveladores de la vida interior. Pero su pensamiento secreto, así divulgado, era el de toda la comunidad. Cuando el general Everardo Mercuriano, poco después, le envía el nombramiento del nuevo rector, José de Anchieta, el colegio protesta y objeta. No se comprendía que el rectorado más ilustre, más erudito, más en evidencia del Brasil, fuese atribuído a la insignificancia religiosa de un jorobado, tan ajeno a los caracteres y a las condiciones de la autoridad —jerarquía, vestimenta, ceremonial— para recepción de los ignacianos.

Renunciando al colegio, Anchieta se hizo misionero de la isla de Itaparica. Allí conoció, ciertamente, los horrores ya narrados por el hermano Antonio Blásquez en 1556: la bestialidad voraz del indígena, la sordidez nauseabunda de las viviendas, que los ya adoctrinados comparaban al purgatorio; la eterna borrachera de viejos y jóvenes, el pecado irremisible de los malos cristianos, diabólicamente perversos, que no amaban sino la mercancía y la mentira, y no querían sino el cautiverio y el exterminio de los aborígenes: «. . . se complacen y se regocijan al verlos matar y comer, como si se tratase de perros de caza y jabalíes» (145).

* * *

Oía Anchieta cierta vez la confesión de una vieja india que agonizaba en una hamaca. Sentado cerca de la cocina, sobre un tronco de árbol que ardía en el extremo opuesto, rehusó cambiar de asiento.

—Antes que termine de confesar a esta mujer —dijo al dueño de la casa— me traerán un asiento menos agradable todavía.

No tardó en llegar, en efecto, un mensaje del padre Ignacio Tolosa, para que volviese a Bahía, donde le esperaba la suma dignidad provincial. Al transferirle el cargo, delante de toda la comunidad, su sucesor predicó a los hermanos. Y les besó los pies, bañado en llanto. Al día siguiente, después de la prédica, hizo lo propio José de Anchieta, rogando a todos el auxilio espiritual de las preces.

Duró siete años (146) el provincialato de Anchieta, sobre el cual silencian los biógrafos y escasean los documentos. ¿Mediante relaciones o iniciativas de su autoridad habrá tenido el nuevo provincial una más poderosa influencia sobre la formación histórica del Brasil? No lo sabemos. Partiendo de otras bases, ¿habráse transmutado la gran acción política y moral de Nóbrega, el fundador? No lo suponemos, después de examinados los vestigios de su obra, indefinible por desvanecida. Sin la antigua preponderancia, tal vez, es el mismo sistema religioso de conversión y defensa del indígena que logramos intuir, o entrever, hojeando la crónica y la historia en ese período incierto del jesuitismo brasileño.

Entretanto, el año en que Anchieta tomó posesión de su cargo, 1578, se destaca por dos grandes sucesos: la batalla de Alcacer-Kibir, ocaso de la gloria portuguesa, seguida por el largo dominio español; y la restauración de la unidad administrativa del Brasil, cuyo gobierno fué bipartido por la carta regia de 1572, que entregó el norte a Luis de Brito y el sur a Antonio Salema. En el primer día de 1578, con su guardia personal de doce hombres, Lorenzo de Veiga comienza a gobernar todo el Brasil. Y en ese mismo año el prelado Bartolomé Simões Pereira, bachiller, es investido en la jurisdicción eclesiástica de las capitanías del sur, actuando como pastor de un rebaño inconfundible, en un aprisco independiente de la mitra bahiana.

Al nuevo gobernador, Lorenzo de Veiga, no le faltaban antecedentes heroicos. En su juventud sirvió en Arzila y hasta fué herido en los muros de Tánger; combatió en algunas escuadras como soldado; capitaneó a otras en la ruta de Guinea y de las Indias. Cuando vino al Brasil, a los cuarenta y ocho años, tenía la sensibilidad fácil, la devoción minuciosa y asidua. Todas las mañanas asistía a misa, haciendo el viaje de ida y vuelta sin pompa ni séquito. Según Anchieta, al visitar las aldeas jesuíticas, vertía lágrimas viendo a los indios arrodillados para el catecismo o la comunión, colocados en fila para las procesiones o lacerados por las disciplinas. Con los ojos húmedos de llanto, oía en la iglesia a los pequeños tocadores de órgano o de flauta. No toleraba que los portugueses oprimiesen

a los aborígenes, marcados a hierro al rojo en la espalda, o en el mismo rostro amarillo o cobrizo; libertarlos para el bautismo, bajo la tutela de los padres, era su único fin religioso. Patriota, honesto, sentimental, murió de tristeza en 1581, a los cincuenta y un años, al saber que Tristán Vaz de Veiga, su hermano, asediado por veinticuatro cañones del señor duque de Alba, había entregado a los castellanos la torre de San Julián, y con ella el mismo reino, apresurando la caída del fuerte de Cabeza Secca y la derrota final de Don Antonio, prior del Crato.

Con la muerte del desdichado gobernador Lorenzo de Veiga, la Compañía perdió un amigo dedicado. En seguida, como no existiesen *vías de succesión* (147), se improvisó un gobierno compuesto por el obispo, el oidor general, Cosme Rangel, y la Cámara de Bahía.

En poco tiempo, alejado el obispo, deshecha la Cámara, elegidos concejales serviles, copiada la institución popular del reino de los *mestéres* (148), dominó exclusivamente el arbitrio de Cosme Rangel, hombre virulento y ambicioso. No podía estimarlo la caridad jesuítica de Anchieta, irreconciliable por temperamento y doctrina con ese régimen de usurpación, intriga y odio que subsistió durante casi un año. Recién para el 20 de mayo de 1582 llegó a Bahía el gobernador Telles Barreto con una guardia de veinte hombres, heraldos de la nueva soberanía española, declarada por el regio prepósito a las capitanías brasileñas. Debió de ser grato a los jesuítas ese nombramiento, pues, más adelante, al referirse a su venida, manifiesta Anchieta que espera de Telles Barreto que *ayude a la cristiandad, y favorezca la liberación de los indígenas.*

* * *

Responsable por los destinos de la Orden en el Brasil, como provincial, José de Anchieta dividía todo su cuidado, más ardiente que nunca, entre las misiones y los institutos de la Provincia, la formación de los alumnos y la catequesis de los indios. Semejante ideal resultaba a menudo incomprendido por los mismos dignatarios de la Iglesia, donde el obispo don Alvaro Barreiros, por ejemplo, tenía en poco aprecio al indí-

gena tosco e ignorante, cuyas aldeas visitaba raramente, bautizándolos sin fervor.

En la provincia de Anchieta culminaban tres fundaciones: los colegios de Pernambuco, de Bahía y de Río de Janeiro, dotados por el rey don Sebastián, erigidos en la cumbre de una colina, mirando hacia el naciente y el mar. En todos ellos, en una misma vetustez, había una iglesia pequeña pero adornada, un aula de consulta, una clase de gramática, una escuela de música y de primeras letras, modestos talleres trabajando y un vasto cerco murado con su fuente, su pozo, su floreciente huerto dispuesto en hileras y una abundante arboleda que fructificaba y daba sombra. A una distancia de varias leguas, no muy lejos de la villa, se divisaban los dominios, los pastos, los rebaños, que los habitantes poseían individualmente. El más rico de esos colegios era el de Bahía, seminario de la provincia, de donde salieron vicarios, casuistas, canónigos de la iglesia mayor y teólogos predicadores. En el templo resplandeciente de alfayas, entre las reliquias engastadas en plata, se exhibían tres cabezas de las Once Mil Vírgenes. Además de los colegios, la Orden poseía en el Brasil las casas de Ilhéos, Porto Seguro, Espíritu Santo, San Vicente y Piratininga, situadas cerca del mar o entre ríos y sierras — pequeños núcleos de la gran fe, alvéolos de la gran colmena cuyas abejas vivían de limosnas, revoloteando sobre el alarido y la hambrienta fiereza de las tribus.

Eran súbditos de Anchieta, soldados que militaban por la misma gloria, sesenta y ocho sacerdotes, treinta y cinco coadjutores y treinta y siete estudiantes, en total ciento cuarenta religiosos, entre sacerdotes y hermanos. Además de los centenares de indios esclavos de la Compañía, artesanos o labradores, carreros o boyeros, y de los millares de indios cristianos y libres de las aldeas confiadas a los colegios o a las residencias, Anchieta comandaba las huestes evangélicas por colinas y valles desde el mar de Olinda hasta el Tieté.

Los clérigos ajenos a la Orden no conocían el idioma de la tierra. Si bautizaban a algún indio lo hacían automáticamente y poco significaba ese bautismo que no iba acompañado de la revelación. Infecundos, no predicaban siquiera a los portugue-

ses, que tenían por confesores a los ignacianos. Los mismos vicarios se limitaban a cuatro o cinco formas rituales del sacerdocio entre los colonos: la misa, la eucaristía, el casamiento, la extremaunción y el oficio de difuntos.

Así, devorados por los caníbales de Porto Seguro los primeros misioneros franciscanos, lanzados al mar por los franceses herejes, posiblemente, siete u ocho frailes de hábitos blancos, que Villegagnon en 1560 ó 61 mandara de Francia a Río, sólo los jesuítas evangelizaban por ese tiempo en el Brasil. A ellos pertenece el reino espiritual del siglo XVI en estos parajes, y el terreno de la catequesis, que labran profundamente, se presenta irreductible al condominio. Aún después de 1584, los benedictinos, franciscanos y carmelitas observantes que llegan al Brasil, son monjes piadosos y sedentarios, amigos del claustro y dedicados al libro. No tienen la movilidad selvática y la finalidad histórica de los jesuítas.



Capítulo V

TRABAJOS DE ANCHIETA COMO PROVINCIAL DE LOS JESUITAS

Jornadas y viajes del provincial. — Hábito de la mansedumbre. — Defensa del indígena. — Enseñanza. — Trabajos y peligros de la catequesis. — Aniquilamiento de la raza indígena. — Estoicismo de Anchieta. — Casos de profecía. — Valdez y su armada. — Ortega y Filds, emisarios anchietanos. — Victoria de los catecúmenos.

Con espíritu omnipresente y acción perseverante, el provincial José de Anchieta reanima el apostolado, multiplicando los viajes apostólicos entre el fausto mundano de Olinda y la ingenua desnudez de Piratininga. Ningún relato poseemos, sin embargo, de las visitas a la capitanía fundada por Duarte Coelho.

En sus jornadas por las selvas, Anchieta no va a caballo ni se hace transportar en hamaca, como los demás: es siempre el mismo andariego descalzo, ligeramente apoyado en el bastón del peregrino. Al navegar, apenas lleva consigo su breviario y sus más urgentes papeles. Su camarote es el más pobre, su sotana la más vieja, su alimento el más escaso. Durante el viaje, el provincial está siempre en la cubierta, bajo el sol y la lluvia, la reverberación y la niebla, ayudando a los marineros en las tareas de a bordo, atendiendo al timón y a la bomba del navío. Prevé los temporales, conoce los arrecifes y las corrientes, aconseja a los capitanes, infunde coraje a los tripulantes en la hora de la borrasca, sorprende a los más adiestrados pilotos con los avisos de su experiencia náutica. Vive para los enfermos y los indígenas, para la doctrina y la caridad. No reposa un solo instante en el correr del día; casi no duerme por la noche; apenas echa un ligero sueño recostado en un rollo de sogas, junto a la vela mayor de popa, o a la uña de hierro del áncora. Pero, en seguida, despierta sobresaltado, como si la vigilia fuese un deber, el sueño una negligencia, y se entrega otra vez a la ora-

ción, velando por otros destinos, flotantes y dormidos en pleno abismo. Solo, sobre la cubierta, es el confidente de los astros, el interlocutor de las olas, la mirada serena del hombre hecho a la imagen de Dios, cósmicamente bueno.

* * *

Discreto y benevolente, el provincial nunca impone a los súbditos de la Orden: «Haced esto o aquello.» Prefiere solicitar o sugerir con acento fraternal: «Hermano, ¿podéis hacer?» «Conviene que hagáis.» Si se le dice que no debe tardar, como aviso, la reprensión o penitencia, la enmienda jerárquica de las faltas religiosas, interpone el santo:

—Os digo yo, que el superior no ha de hacerle notar al súbdito su falta, sin que primero la haya llorado por dos o tres veces delante de Dios.

Queriendo saber del padre Alfonso Gonçalves, ministro del colegio, por qué habla con aspereza a un hermano, contéstale éste que es necesario ejercitar oportunamente la paciencia de los subalternos. Y el santo contesta:

—Pues bien, yo, *in nomine Domini,* os desvisto de ese hábito de rigor y os visto ahora con otro de mansedumbre, con el cual no habéis de dar nunca a súbdito alguno oportunidad de paciencia, sino a todos oportunidad de amor y afabilidad.

Revestido con ese hábito de mansedumbre, dirigía la marcha del apostolado en el Brasil, donde habían sido bautizados por los jesuítas, desde 1549, más de cien mil indígenas, lamentablemente reducidos, treinta y cinco años después, a veinte mil cristianos nominales, por enfermedades contagiosas y agravios de los colonos. Su eterna tristeza era la iniquidad portuguesa, contra la cual pedía leyes severas, que le prohibiesen marcar con hierro o vender al indio, someterlo a la esclavitud, arrancarle la mujer y los hijos, todo lo cual determinaba el éxodo de los salvajes hasta doscientas o trescientas leguas de la costa, por breñas inaccesibles a la doctrina. Su única satisfacción era ver, una que otra vez, la sumisión de los indios más domésticos a los padres, su abandono de los usos depravados, su comprensión de los artículos de fe, o la viva inteligencia de los niños,

aprendiendo sin esfuerzo, y aun con alegría, el portugués, el solfeo y el catecismo.

En los colegios, en las residencias, en las aldeas, la Compañía lidiaba por cristianizar al Brasil, venciendo peligros y trabajos. ¿Cuántos conoció Anchieta? ¿Cuántos describió? Enumeremos con él las serpientes ponzoñosas, las onzas hambrientas; el salvajismo de las tribus enemigas, emboscándose para lograr la presa y la carnicería; amenazador en el horizonte, fiero en los escollos, el mar de las borrascas y de los obscuros naufragios, estallando por toda la costa, erizada de peñascos; inundaciones de ríos caudalosos, vadeados con agua hasta la cintura, hasta el tórax, hasta el cuello; algunas veces el calor tropical, reverberante, penetrando con sus brasas en las rocas, calcinando el esqueleto de las florestas; otras veces, el frío de las tierras del sur, el frío implacable de San Vicente, donde morían helados en invierno hasta los mismos salvajes; aguaceros estrepitosos o nubes de mosquitos insaciables, zumbando al caer la tarde; el acicate de las heladas, que, a falta de fuego, interrumpían el sueño de los misioneros o les quemaban las piernas escasamente abrigadas; el desconsuelo de las noches brumosas en la soledad, cuando los padres desnudos y tiritando extendían las vestes mojadas frente al brasero.

Aun en los últimos días de su provincialato, y no sin amargura, se quejaba el santo de los hombres indiferentes al martirologio de la catequesis: «nada de esto se considera y muchas veces por acudir a bautizar o confesar al esclavo de un portugués se caminan seis y siete leguas a pie, y a veces sin comer; hambres, sed, *et alia hujus modi;* y finalmente, a nada de eso se niegan los nuestros, sino que, sin distinción de tiempos, noches ni días, les acuden y muchas veces sin ser llamados los van a buscar por las propiedades de sus señores, donde se encuentran sin amparo. Y, cuando hay enfermedades generales, como hubo acá muchas, de viruela, de la vejiga, tabardillo, flujo de vientre, etcétera, no hay descanso, y en esto se gasta aquí la vida de los nuestros, con lo cual se han ganado en todo el Brasil muchas almas al Señor» (149).

Heroicos y sencillos, se alegraban los misioneros, al término de todos esos riesgos, de todos esos sinsabores, con las fiestas

católicas y musicales de la indiada, los bailes de los niños infieles o de los guerreros empenachados, cuando sonaban rústicamente las flautas, las violas y los tamboriles en el atrio de un templo levantado por sus manos...

* * *

Entristecíase, a veces, el alma cristiana de Anchieta, al considerar el aniquilamiento fatal del indio, adoctrinado por el verbo, redimido por la sangre de los jesuítas. Al fijarse para la catequesis o para la cautividad, los indígenas perdían toda robustez: el contacto con los blancos y la modificación de régimen les provocaban enfermedades desconocidas en la alegre plenitud de su nomadismo. Solamente en San Vicente y en Bahía, entre 1561 y 1563, la peste aniquiló las dos terceras partes de los catecúmenos.

Había también el hambre que azotaba los sertones. Y la guerra de las tribus, exacerbada vorazmente por la antropofagia, y la caza humana de esclavos, ya imposible de reprimir en ese tormentoso prenuncio de las banderas, completaban la destrucción. Eran once los pueblos fundados en Bahía por Mem de Sá y algunos contaban de cinco a seis mil tupinambás; eran catorce las iglesias de los jesuítas, congregando más de cuarenta mil neófitos. Ahora bien, en 1583, veinte años después, las iglesias estaban reducidas a tres y los neófitos a tres mil quinientos (150). Por más indios que el padre Gaspar Lorenzo hiciese venir de Arabó hasta las aldeas, por más cautivos que hicieren los colonos ingresar en sus propiedades, buscándolos a doscientos cincuenta y trescientas leguas de distancia, disminuía en unas y otras el elemento salvaje. ¿Inadaptación? ¿Fatalidad? ¿Castigo de Dios? Los jesuítas optaban por esta última hipótesis y uno de ellos escribía: «Id a ver ahora los ingenios y plantaciones de Bahía, los encontraréis llenos de negros de Guinea, y muy pocos de la tierra; si preguntareis por tanta gente, dirán que ha muerto, por lo cual bien se demuestra el gran castigo de Dios, dado por tantos insultos como los que se han hecho y se hacen a estos indios...» (151).

La raza indígena moría en los brazos de Anchieta y de sus hermanos, expropiada y vencida. Símbolo de la catequesis, la

cruz de piedra se erguía en las aldeas sobre la mortandad de los tupíes, la desolación de la gran familia tapuya. Pero en el flanco de la negra y de la india, por la fusión con el portugués, germinaban violentamente para otro ciclo nuevas estirpes de labradores y guerreros.

* * *

El más puro estoicismo, ligándose, en José de Anchieta, a la más pura modestia, dominaba por la voluntad el sufrimiento y la repugnancia.

Habiéndose enfermado en Bahía, vino el hermano enfermero a traerle la dieta: un plato de zapallo cocido. Al probar el primer bocado, sintió Anchieta que le servían, sin advertirlo, una mala especie de zapallo silvestre, amarga como hiel. Depuso la cuchara en el plato y miró al enfermero, sin una palabra. Suponiendo que lo hacía por falta de apetito, el hermano insistió con el provincial. José bebió el caldo amargo, comió el zapallo imposible de tragarse, y, al terminar, preguntó, sonriendo:

—¿Habrá otro enfermo a quien reservéis la misma dieta?

—Sí — fué la contestación.

José sonrió otra vez enigmáticamente, y sólo dijo:

—No lo hagáis, entonces, sin haberle probado el sabor.

Impresionado por este aviso, el enfermero tuvo una sospecha. Probó lo que sobraba del caldo, sintió lo amargo que estaba y comprendió todo:

—¡Ah, padre mío, que maté a vuestra Reverendísima con mi descuido!

Pero el santo le contestó, con la dulzura y alegría de siempre:

—No me habéis matado, hermano. Antes, quiso Nuestro Señor darme salud, suministrándome algo semejante a la esponja de hiel, que sus labios tocaron por mí y por vos en la cruz.

* * *

Entre los héroes de la catequesis, Anchieta gobierna y profetiza. Que la tendencia de los jesuítas por él gobernados es

hacer del provincial un profeta y de su vida una leyenda, lo documentaremos con los tres casos siguientes, extraídos del interminable relato de las maravillas anchietanas.

Primero:

Cierto día, en el campanario de la iglesia de Salvador, el albañil Juan Fernandes, hombre devoto y casado, estaba solo acuñando las campanas, cuando pasó por allí el provincial y en voz alta le dijo:

—Juan Fernandes, acuñad bien las campanas, porque seréis el primer hermano de la Compañía por quien doblarán.

Instado por los religiosos, meses después, Anchieta siguió contrariado para el norte, en visita al colegio de Pernambuco. «Aquí debo estar —objetaba él— el día de Nuestra Señora de la Concepción.» Realmente, ese mismo día arribó el navío a la barra de Salvador, impulsado por vientos contrarios a su rumbo.

Al desembarcar se encaminó José hacia la casa donde vivían los obreros del colegio, encontrando enfermo y viudo a Juan Fernandes.

—Consolaos, amigo —le dice el santo—, porque sois recibido como hermano nuestro y estaréis dentro de siete días bajo la gracia de la Virgen, a quien me recomendaréis.

En otra visita al albañil, le afirmó que su compañera lo esperaba en el cielo. Siete días después, en efecto, sucumbió el hermano, y entre los demás religiosos, parado, a la cabecera del muerto, así habló el provincial:

—Hermanos, a este hombre, que entregó el espíritu en las manos de Dios, habiendo sido toda su vida albañil, y además casado, dió el Señor en siete días el premio de la religión y la vida religiosa, porque se entregó a Dios de todo corazón, para juzgar con él y para confundir en el Juicio, entre los que veo en este cubículo, a algunos que nunca se entregaron completamente a Dios, aun después de muchos años, y nunca recibirán, por esta misma razón, el premio debido a los buenos religiosos.

Dijo esto y dejó la cámara ardiente, donde quedaron todos perplejos, demudados, silenciosos. El tiempo le confirmó las previsiones, al debilitarse la vocación de algunos (152).

Segundo:

Antes de un viaje a Pernambuco, fué el provincial a la enfermería del colegio a despedirse del gran jesuíta Francisco Pinto, que estaba desahuciado y recibía en aquel momento los Santos Oleos. Risueñamente, se acercó José al lecho y exclamó:

—Quedad ahí, que yo llevaré buenas noticias a vuestra madre y a vuestros hermanos. *Longa tibi restat via.* Tenéis todavía muchos servicios que hacer a Dios en la Compañía y no habéis de entrar en el cielo por una holgada muerte. Levantaos, id al coro y dad gracias al Santísimo Sacramento que os ha dado la salud.

Y dirigiéndose al enfermero:

—Hermano, dadle el hábito.

El padre Francisco Pinto se vistió, se fué a rezar en el coro de la iglesia, y ya no volvió a la enfermería. Veinticuatro años después, el 11 de enero de 1608, como lo profetizara Anchieta, murió martirizado por los tapuyas, en la falda de la sierra de Ibiapaba, en la conquista evangélica del nordeste (153).

Tercero:

En marzo de 1582, estando el provincial en el colegio de Río, aparecieron delante de la barra, misteriosamente, diecisiete naves de alto bordo. Conmoviéronse los habitantes, presintiendo un asalto, y cada uno buscó el mejor escondrijo para su tesoro. Hasta los mismos religiosos trataron de resguardar las cosas sagradas, temiendo al corsario luterano o calvinista, pero el provincial desvaneció el temor con este aviso: «Que nadie se perturbe; aquella flota no es enemiga.» Y, acercándose a una ventana, desde la cual se divisaba la armada, prosiguió: «Una de aquellas naves trae un hombre, oficial carpintero, que ha de ingresar en la Compañía y prestará grandes servicios a la religión.»

Realmente, la armada era castellana y viajaba con rumbo al Estrecho de Magallanes, donde el general Diego Flores Valdez, su comandante, debería fundar un reducto y una población, como se lo ordenara Felipe II. El nuevo jesuíta fué el carpintero Francisco Escalante, el mismo hombre que imaginaría más

tarde ver a José en el coro de la iglesia en oración, con alas de serafín abrasado.

La escuadra invernó seis meses en Río, ocupándose la marinería en hacer estacas y labrar madera para la fortificación del Estrecho. No llegaría hasta allá, sin embargo, Diego Flores Valdez, históricamente destinado a construir en ese viaje otro reducto, el de San Felipe de Parahiba, cuando volviese a España.

Venían a bordo, en 1582, más de tres mil españoles, muchos enfermos o necesitados, y a todos socorrió Anchieta, con abrigo para los enfermos en un hospicio, origen de la Santa Casa de Misericordia de Río de Janeiro (154), y alimentación para los hambrientos en la portería del Colegio. Diego Flores Valdez, que amaba al provincial, lo visitaba frecuentemente, y así le atendía los pedidos: «Hágase como manda el padre.» Reconociendo en esa figura exigua, bajo un harapo, la más deslumbrante de las majestades, Diego Flores Valdez, general de España, se sentía pequeño delante del misionero de las selvas.

* * *

Don Francisco Victoria, obispo de Tucumán, rogó en 1584 a José de Anchieta que le enviase algunos jesuítas para el servicio de su diócesis. Fueron designados entonces dos misioneros portugueses: Manuel Ortega y Esteban de Grã; dos italianos: Leonardo Arminio y Juan Salonio, y un escocés, Tomás Filds.

Pero el encuentro de esos jesuítas con otros hermanos que venían de Perú no parece haber sido fraternal. Previendo ya las divergencias que se desarrollarían a raíz de la expansión de las conquistas portuguesas y castellanas, aun entre religiosos, Leonardo Arminio y Esteban de Grã volvieron al Brasil. Sus compañeros prefirieron quedarse en la América española.

Ortega y Filds se hicieron catequistas, llevando, fervorosamente, a lejanos parajes el grandioso espíritu de las misiones anchietanas. En 1589 bajaron el río Paraguay y entraron en la provincia de Guaira, vasta región de pinos y torrentes, donde había doscientos mil indios listos para el reino de Dios.

Llevó años la peregrinación de los emisarios de Anchieta

por breñas y aldeas. Conocieron más de una vez los horrores de la peste y de las inundaciones, abrieron caminos nuevos para la milicia que vendría más tarde a establecer las reducciones, invadidas y arrasadas en el siglo XVII por el tropel de las banderas paulistas.

Su caridad y su denuedo fueron inigualables. En el cuadro más conmovedor, más teatral de la evangelización de Ortega, éste aparece como en un escenario diluviano, sobre una nudosa rama de árbol, cuya fronda oscila entre las aguas tumultuosas de una inundación. Cerca, agarrado también a otra rama, está el acólito del misionero, y ambos ven, desde ese mirador de catástrofe, la inmensa llanura transformada en torrentoso río, que hierve, sube, truena con la furia de las olas arrolladoras y bravías. De pronto, con infinito asombro, ven una serpiente desmesurada, enroscarse a un brazo del árbol, ondular en el follaje hacia ellos. Ortega y su compañero ya se sienten abismados en aquellas fauces tremendas. Pero la rama se dobla, estalla y se rompe bajo el peso del monstruo, que desaparece en la vorágine.

Dos días, dos largos días, pasaron ellos trágicamente aferrados al leño solitario. En la segunda noche de aguacero y tempestad, nadando bajo relámpagos, a través de la inundación, un indio se acerca a Ortega y le dice que seis guaraníes, refugiados más allá, en el espesor de la floresta, van a morir sin bautismo. Fuerte nadador, el misionero no trepida en ir en su auxilio, pero antes, lleno de cautela, deja a su acólito atado a la rama por lianas irrompibles. Con algunas brazadas vigorosas alcanza el otro refugio, bautiza a los moribundos, cinco de los cuales en seguida se despeñan en el torbellino de la inundación.

No había terminado, entretanto, el drama fluvial de Ortega en el Paraguay. Volviendo a nado a la cumbre de su árbol, encuentra a su acólito siempre atado a la rama robusta pero sumergido hasta el cuello en el agua que seguía creciendo. Y todavía tiene que desprenderlo, ayudarlo a subir a otra rama, nadando incesantemente, con los pulmones exhaustos y una pierna lacerada por los espinos. Veintidós años después, no había cicatrizado todavía esa herida.

Ortega recibió como premio de tanto heroísmo ser metido en la cárcel de la Inquisición por la justicia eclesiástica de Lima. En su contra, un habitante de Villa Rica le imputó falsamente haber publicado lo que oyera en confesión. Sólo en el lecho de muerte el acusador se impuso penitencia por su calumnia.

En 1609, cuando Mazeta y Cataldino transpusieron los bosques de cedros y alcanzaron la confluencia del Pirapé, había en aquella región doscientas familias indígenas bautizadas por Filds y Ortega, mensajeros del provincial José de Anchieta. No fué pequeña su sorpresa evangélica. De las semillas anchietanas brotó en seguida la reducción de Loreto, primer núcleo del imperio jesuítico, deshecho en sus comienzos por los mamelucos, cuando las flechas nada valían contra los arcabuces y las corazas paulistas (155).

* * *

Durante el último año del provincialato de Anchieta, 1585, Bahía fué atacada por los ingleses de la expedición Withrington. Los cañones truenan, bombardeando la ciudad, y el apóstol reza entre las murallas del colegio. Vencido por la enfermedad, ya no puede Anchieta reunir flotillas o ejércitos para la defensa. Es el padre Cristóbal Gouvêa, visitador de los jesuítas, quien hace la ciudad inexpugnable a los filibusteros, guarneciendo enérgicamente las inmediaciones con los millares de arcos de las tribus de las aldeas.

Durante seis semanas intentaron en vano los ingleses llevar a término una guerra de saqueo en el Reconcavo, y un asalto a la isla de Itaparica. Fueron rechazados por todas partes, ahuyentados por los barcos de Sebastián de Faria, por las huestes de Cristóbal de Barros. Suprema alegría del provincial... Su gobierno tenía un resonante epílogo en esa victoria de los catecúmenos sobre los herejes de Gran Bretaña.

Capítulo VI

LA CARIDAD DE ANCHIETA FRENTE A LA AMBICION DE LOS COLONIZADORES

Informaciones de 1584 y 1585. — Desdicha de Ilhéos, Porto Seguro, Itamaracá. — Opulencia de Pernambuco y Bahía. — Comienzos de Espíritu Santo y de Río de Janeiro. — Infancia de San Pablo. — «Vae victis!» — Ambición de oro y de poder, síntesis de las fuerzas del nuevo ciclo. — Egoísmo y caridad.

Considerando a esta altura las capitanías, los aborígenes, la tierra de Santa Cruz, *pouco sabida,* según el lenguaje camoneano, José puede ahora contemplar su obra jesuítica: el vigor hercúleo, el sereno esfuerzo, que la desarrollara y mantuviera por tres decenios de heroísmos y sacrificios, la había llevado a su término. Las condiciones históricas de nuestra evolución ya determinaban el exterminio de una raza y el cautiverio de otra, ya cimentaban la riqueza en los ingenios para supremacía de los blancos y mestizos: no habían propiciado a la catequesis la realización de su sueño de un vasto imperio tupíguaraní, sujeto a la Compañía de Jesús y semejante por la forma teocrática al sistema de las reducciones paraguayas. Pero el espíritu ignaciano lanzó las bases cristianas de la sociedad brasileña. Y el precursor, José de Anchieta —que dentro de poco será, en la renuncia y el cilicio, el ermitaño de Espíritu Santo, envejeciendo a los pies de la imagen de Nuestra Señora— con las dos informaciones escritas en 1584 y 1585 se despide de nuestras capitanías, donde el individualismo económico empuja a la ruina el comunismo eclesiástico, y la tremante ambición de las *banderas* está por lanzar un desafío al alma religiosa del siglo XVI (156).

1º — Ilhéos y Portos Seguro declinan, azotadas por la brutalidad de los aimorés, nómadas sin aldeas que, para dormir, se arrojan, simplemente, al suelo sobre las hojas secas del bosque; colosos guturales y lampiños, que sólo temen las profun-

das aguas corrientes y son hambrientos cazadores de carne humana, habiendo cazado en veinticinco años, con arcos y flechas, más de trescientos colonos y tres mil esclavos. De los cuatrocientos o quinientos habitantes blancos de Ilhéos, sólo quedan doscientos; de los cañaverales abandonados, improductivos y desiertos, ya no viene caña para los seis ingenios. Porto Seguro es igualmente una ruina, casi despoblada, con un solo ingenio, reliquia de los siete u ocho que en los buenos tiempos del señor don Juan de Alencastro, duque de Aveiro, molían con prosperidad entre canciones de esclavos. La hierba *matapasto* diezmó sus rebaños; sin domar corren por los campos y las aguas contentos y lustrosos, con relinchos salvajes, los jumentos bravíos. Itamaracá se empobrece y agoniza, despoblándose lentamente como sus hermanas. José de Anchieta medita sobre la desolación de las cunas coloniales...

2º—Por encima de las villas nacientes, como Piratininga, o decrépitas, como Porto Seguro, se propaga la fama de las capitanías opulentas —Pernambuco y Bahía—. En el labrado de las piedras, en las alhajas de los templos, en las vajillas de las casas, en la magnificencia de las fiestas, en la indumentaria de los habitantes, las ciudades de Olinda y Salvador trasponen, resumido, el fausto de la era manuelina, a los bordes de la selva americana.

Pernambuco envía todos los años a la metrópoli de cuarenta a cincuenta navíos cargados de azúcar, el más dulce, y de palo brasil, el más fino de la costa. Esa producción refluye a la capitanía en monedas de oro. En la clase de los hacendados, hombres altivos y pródigos, había más de cien que poseían de mil a cinco mil cruzados de renta. Otros tenían de ocho a diez mil. Libre de caetés y pacificado el sertón por cincuenta leguas, cada ingenio es como una vasta y fuerte población. En ese trabajo, para producir esa riqueza, sudan diez mil esclavos de Guinea y Angola, dos mil indígenas y dos mil colonos. Al llamamiento lanzado por Duarte «el viejo» desde la torre de Olinda, la capitanía de su hijo, Jorge de Albuquerque Mello, puede reunir ocho mil hombres de armas, fuertes y diestros.

Sobre esta prosperidad económica, el lujo extiende mágica-

mente sus fantasías y sus caprichos, ornamentando la vida. Desde el altar hasta la intimidad doméstica, todo refleja la pasión asiática, todo renueva el ansia oriental de grandeza y esplendor. En la capilla, en la matriz, hermosa iglesia de tres naves, los brocados visten con una misma pompa a las imágenes santas y sus devotas. En el interior de las casas señoriales brillan los adornos, y, en Lisboa, se consideran lugares de maravilla la plaza del Paço de Ribera y la calle Nova dos Mercadores: azulejos y cristales, lozas y tallas, colchas de la India, vajillas de plata maciza y labrada, tapicerías de valiosos cueros dorados, bufetes de ébano y marfil, lechos de damasco con franjas de oro que intimidan al padre visitador Cristóbal de Gouveia. En literas o en ondulantes palanquines pasan las damas, rutilantes de joyas, con efluvios de benjuí o nardo. Los caballeros, al enjaezar sus caballos, cubren las sillas y los arreos con el brillo de las vestimentas de seda, terciopelo y damasco. Fluyen los días en banquetes, en juegos de caña, de pato y de argollita, en corridas de toros, cabalgatas; y así devora el lujo, anualmente, su millón de cruzados, amontona el placer deudas formidables. La belleza femenina y el gusto ornamental de Vianna do Castello exaltan a Pernambuco, dominado por los vianneses (157). Como advierte el padre Fernán Cardim, «en Pernambuco se encuentran más vanidades que en Lisbôa», los vinos de Madera y de las Canarias encienden en las fiestas populares una inquieta llama dionisíaca. Y la manutención del clero es magníficamente costeada por los devotos. A los visitadores se les ofrecen «grandes banquetes de extraordinarios manjares», con los cuales jamás hubiesen soñado en otras épocas los ascetas de Piratininga. Fugitivo, cruza todo ese mundanismo el humilde apóstol Anchieta.

3º — Menos rica, pero igualmente vanidosa, fabricando ciento veinte mil arrobas de azúcar por año, produciendo hasta cuatro mil de gengibre, señora de mil cuatrocientas embarcaciones, muchos rebaños, muchas alhajas, Bahía esplende a los ojos de José. Dos mil ochocientas familias pueblan la tierra, sesenta y dos iglesias bendicen la colonia por la voz de bronce de sus campanas. Mirando hacia el poniente por sobre el mar, la ciudad con sus murallas y sus torres, su catedral, su picota,

su plaza de toros, apunta catorce bocas de artillería pesada, cuarenta y cuatro de artillería liviana, aunque las que defienden la entrada del puerto no puedan alcanzar a las naves enemigas. Pero nada le cuesta improvisar una pintoresca escuadra de galeotas y barcos artillados de los ingenios, reunir, eficazmente, en un original ejército, dos mil blancos, entre caballeros e infantes, cuatro mil arcabuceros negros de Guinea, seis mil flecheros americanos (158). La vida lujosa de los ricachos, y aun la de los peones con sus mujeres, gastando seda y terciopelo como hidalgos, imita, desde la ciudad hasta los alrededores, las costumbres orientales de la gente pernambucana. Y la devoción de los bahianos, entre reliquias e incensarios, entre albas y sobrepellices, tiene igual colorido, igual suntuosidad, en las procesiones o en las capillas adornadas de alfombras y guadamacíes.

4º — Espíritu Santo, lugar predestinado al reposo final del apóstol, es una tímida mancha blanca, bajo la blanca capilla de Nuestra Señora de la Peña, quien desde un negro picacho de la barra apacigua los escarceos. Se les fué la desdicha con el espectro de su fundador, Vasco Fernandes Coutinho. Los padres tienen ahí una buena casa y una buena iglesia, un huerto de limeros dulces y de prósperas plantas de cajú, una espléndida cosecha de cidras y naranjas. Rica en algodón y azúcar, en cedro y bálsamo, dueña de pastajes y rebaños, la capitanía, con sus ocho aldeas, trabaja y disfruta entre las peñas la paz de un redil católico, «pues hay todavía mucho indígena y no tan escandalizado por los Portugueses», como dice Anchieta. Viven en ese redil más de ciento cincuenta familias europeas, más de cuatro mil indios aldeanos y mansos.

5º — Más adelante, edificada en la cumbre de una colina, defendida por varios fuertes, José vislumbra la ciudad de San Sebastián de Río de Janeiro, donde hay ciento cincuenta colonos, tres ingenios, frutas deliciosas, pescado en abundancia. Se siembra el trigo, se poda la vid. El sándalo blanco y fino perfuma en el verdor de la mata; en los astilleros se tallan navíos del precioso leño odorífero, como antaño en Judea las balaustradas y cítaras de la casa de Salomón. Con la libra de pescado a cuatro reis y las verduras y frutas del huerto —me-

lones y uvas— se hartan los veintiocho jesuítas del colegio. «Estaba yo en duda —escribe Fernán Cardim, alabando la abundancia en que vivían— cuál estaba mejor provisto, si el refectorio de Coimbra, si éste, y no sé decidirme...» Esa minúscula ciudad tropical de hortelanos y pescadores parece una flor perdida en la curva de las montañas. Silente y vacío, el anfiteatro colosal de las sierras aguarda la explosión de su drama y de su gloria.

6º — Exhibiendo a los navegantes la pobreza senil de tres villas marítimas, San Vicente desmedra. Sólo la cuarta, Piratininga, fundada lejos, en la altura de la serranía, reverdece y fructifica, exuberante huerto, velado de neblina, en que se abrigan ciento cincuenta matrimonios portugueses. La bendición de los jesuítas le fué propicia desde el nacimiento. La fusión con San Andrés le infiltró en el cuerpo la sangre de los mamelucos. Le tejen ahora de cuando en cuando una corona vernal de rosas y lirios alpestres. Los rebaños aumentan, hierve el mosto en los lagares. Carne y vino con que se alimenta la infancia heroica de San Pablo.

Fervorosamente el apóstol del Brasil inspecciona colegios y residencias, bautiza, rescata, socorre a los indios; siembra virtudes cristianas, condena con vehemencia los pecados mortales; compone nuevas oraciones y nuevos autos, sermones, o himnos, cartas o notas, a través de todo ese comercio y de toda esa voluptuosidad. La magnificencia de Bahía y de Pernambuco —bien lo sabe Anchieta— se nutre de sangre humana, de dolor humano, como todo el apetito social de los ricos. No basta el cargamento africano de los navíos negreros para las dos capitanías, soberbias y pródigas, instaladas con pompa en sus dominios de plantaciones y moliendas, como en un trono de oro y hierro. Si las guerras, en el sur, reducen los vencidos a la esclavitud, el resultado de las entradas, en el norte, en busca de piedras y metales preciosos, es siempre el cautiverio del indio, atrozmente perseguido y marcado a hierro. Antonio Dias Adorno, el descubridor de esmeraldas del Río das Contas; Sebastián Alvares, que navega el río San Francisco, llevando consigo al morubixaba Porquinho, vestido de escarlata y con una vara en la mano; el belicoso Luis Alves Espinha, de Ilhéos;

Gaspar de Taide y Francisco de Caldas, pernambucanos, traidores y víctimas de los jefes tabajaras, y muchos otros sertanistas y aventureros, cautivaron a millares de salvajes.

Los predicadores claman, *rompen los púlpitos* en su ira, según la expresión de fray Vicente Salvador, pero predican en el desierto. Con la matanza o el cautiverio de los vencidos, está por terminarse en esa época la conquista de Parahiba del Norte; cuatro años después se realiza la de Sergipe. Y los capitanes del nuevo ciclo ya no piensan en la alianza espiritual con la Compañía. Por todas partes embisten, pelean, conquistan, sin que intervengan los misioneros.

Por cierto no escaparía a Anchieta este nuevo fenómeno de la lucha por la tierra sin compromisos religiosos. Si en 1585 la expansión de la Compañía de Jesús anticipaba la *Imago primi seculi,* dibujada y colorida pomposamente en 1640, el sistema brasileño de Nóbrega y Anchieta, declinando juntamente con la misma existencia de sus creadores, entra en el ocaso. Brujuleaba el misticismo; divorciábanse guerreros y sacerdotes; definíanse como signos del tiempo la soberbia de los gobernadores, indiferentes a la Orden de Loyola, el sentimiento de poder y la ambición de oro de los colonos, sordos a la ira y a las quejas de los religiosos. Esta ambición precipitará contra el jesuitismo las banderas tumultuosas, cuando termine el primer siglo, y en las cenizas de las aldeas incendiadas por los cazadores de hombres, veremos extinguirse la llama del apostolado, transpuesto al nordeste brasileño.

Anchieta preveía ciertamente el epílogo... Si bien es cierto que sólo el egoísmo triunfa, la caridad espontánea de los habitantes todavía lo reconforta. En casi todas las capitanías, venturosas o desdichadas, se evidencia una misma creencia en la diversidad económica: la fortuna y la pobreza levantan Casas de Misericordia, asisten a los enfermos, amparan a los niños, acogen a las viudas, casan a las huérfanas, sustentan a los Padres. Así, el eterno contraste de la naturaleza humana, entremezclando en los orígenes sociales el bien y el mal, justifica la esperanza con que el misionero todavía sonríe a los hombres, cerrando el breviario, cansadamente, en la soledad crepuscular de su último día.

Capítulo VII

¿LEYENDA O MILAGROS?

En el reino de los milagros. — Lo sobrenatural dividido en párrafos: 1º, Anchieta, el Proveedor; 2º, Médico; 3º, Revelador; 4º, Cómo domina la tierra y sus animales; 5º, Cómo influye sobre el agua y el fuego; 6º, Cómo le obedecen las aves.

De aquí en adelante fallan los datos cronológicos o biográficos sobre el rector y el provincial. Llegamos a la puerta del santuario, Eleusis o San Vicente, en que el oráculo devela el porvenir a los hombres o el taumaturgo impone a las leyes naturales el sello divino de su ley. Minuciosa y abundantemente, cierto autor describe centenares de casos maravillosos en ese período sacro: revelaciones, profecías, descubrimientos, curaciones, éxtasis con o sin ascensión, dominio sobre las aves y las fieras, visiones, prodigios de ubicuidad y celeridad. Atribuyendo a la parte legendaria de la vida de Anchieta, sin compromisos, los momentos y aspectos sobrenaturales o subjetivos, veremos cómo la sensibilidad y la imaginación de los grupos coloniales estuvieron maravillosamente impresionadas por el misionero. Sombra que lo excede pero lo acompaña, la creación popular y religiosa acentuará nuestro retrato histórico. Por abreviaturas o instantáneas, salteadamente, la reconstituiremos en plena visión colectiva del siglo XVI, alboreando en la escuela de Piratininga, sobredorando el ocaso de Reritigbá.

1º — Anchieta es el milagroso proveedor de su estancia o de su redil en las horas escasas. Un día en San Vicente manda hacer sonar la campana del refectorio.

—Sólo tenemos naranjas y harina de guerra — informa el encargado de los alimentos—. ¿Qué hacer?

El taumaturgo reza. En seguida se oye el tintineo de la campanilla de la portería. Corre el portero y encuentra un cesto de provisiones ofrecidas por José Adorno, marino genovés, buen amigo de los Padres.

Otra vez, en el colegio de Bahía, habiendo falta de pescado, el provincial se asomó a la ventana y dijo al lanzador de red, mostrándole cierto punto de la entrada del puerto:

—Id a lanzar la red.

No estaba propicio el tiempo, pero el cardumen afluyó y la canoa volvió desbordante. Red bendecida por Anchieta, era la fortuna de los pescadores, aun en estaciones tempestuosas o en zonas desfavorables. Los indios lo llamaban, expresivamente, señor de la pesca.

Según el estilo de las bodas de Canáan, transformó para sus compañeros el agua de las sierras en vino. Suplió a la falta de éste en la misa de Navidad, en Santos, a la de aceite en el colegio de San Vicente, a la de óleo para las lámparas del altar de la Virgen de Itanhaem. Asistiendo a un hermano, que enfermara, convirtió el pescado en jamón, el vino áspero en vino maduro. Atendiendo a la tristeza de las mujeres devotas, suspendidas de sus labios, volvió albo y blando con su bendición el pan renegrido en el horno.

2º — Anchieta es el médico infalible del cuerpo y del alma, el santo de la floresta y de la familia. Entrando modestamente en los hogares, compone las discordias, adivina el paradero de las cosas perdidas u ocultas, anuncia el regreso del hijo a la madre inconsolable, o el del marido a la esposa enlutada, previene casos de bigamia, revela a las jóvenes el próximo casamiento, salva a las enfermas, socorre a las parturientas, bautiza a las criaturas, bendice los amores fecundos. Decíase que resucitó en Santos a la hija de Oliveira Gago, ya amortajada entre flores en su féretro. Si el padre José a veces pronostica enfermedades, muertes, incendios, castigos o ruinas, revelando el lado sombrío de la existencia humana, es, casi siempre, una voz que anuncia la dicha, el amable profeta de los caminos en flor que trae siempre consigo la misma promesa de alegría, llegando y partiendo en la misma claridad solar.

El contacto con José infunde salud y gracia. Enmiéndanse los pecadores, advertidos; sanan los enfermos tocados por un gesto de su mano, o la señal de la cruz, o por un escrito, un morrión, un crucifijo, un relicario que lleva el taumaturgo al acercarse a ellos. Magnetizados, sintiendo su poder, todos se

levantan y caminan, desde los más ilustres sacerdotes —Ignacio Tolosa, Francisco Pinto, Fernán Cardia— hasta el indio que se arrastra por el suelo y se yergue de la animalidad para mirar

Ya en Piratininga, armado de lanceta y provisto de hierbas, para sangría e infusiones, cura a los salvajes. La leyenda multiplicó su renombre, atribuyéndole millares de curaciones por medio de esa medicina espiritual que vence todos los males con exorcismos, flúidos, aspersiones, bendiciones y misas; ora con una palabra en nombre de Dios, ora con una gota de óleo del Santísimo Sacramento. Bautizado por el taumaturgo, se purifica el leproso; a la imposición de sus manos, como en un lance del Evangelio, la viuda epiléptica no sufre más; y el prestigio de su voz ahuyenta la fiebre palúdica. La medicación anchietana no falla en los casos de hemorragia, cefalalgia, asma, culebrilla, disentería, ahogo y hastío. A veces, en su singular clínica, repunta un caso de humorismo. Durante la fiesta de la aldea de San Juan, después de la cabalgata, dos caballeros exigían el premio, que era un pato, y Anchieta fué proclamado juez de la contienda. Había entre los circunstantes un chico de cinco años, mudo de nacimiento. Le preguntó el santo:

—¿De quién es el pato?

Y el niño sagaz recobró el habla para decir:

—El pato es mío. Quiero llevarlo a mi madre.

3º — Anchieta es el inigualable revelador en los hogares y en las selvas, en la tierra y en el mar. Ora prenuncia hostilidades inminentes —visita de corsarios a Santos, acercamiento de enemigos, asedio puesto a nuestra gente—, ora prevé éxitos militares —rendición de aldeas, victoria sobre los tamoyos—. Asegura el rescate del prisionero a los caníbales e impide el sacrificio; a los canoeros, el abastecimiento de guerra, evitando la deserción de su escuadrilla en la conquista de Río. Profetiza en la misma forma translúcida el riesgo en que se encuentra un navío o la muerte de un hombre, la caída de una bala o el incendio de una casa, la desgracia de un ahogado, o la venida de una nave, el asalto de los indígenas o el castigo de los cazadores de esclavos, el fracaso de los novicios en la Compañía, o los trabajos y martirios de los religiosos. Una vez, después de excavados en Guanabara los cimientos del fuerte

de la entrada de la bahía, hoy fuerte de Santa Cruz, y levantados los muros de piedra, dijo José al capitán Gonzalo Corrêa de Sá, en dialecto indígena:

—Amigo, vano es vuestro esfuerzo; porque el mar ha de comer al fuerte.

Tradujo esta misma profecía al portugués a los asistentes, que sonreían, incrédulos. Pero, pocos meses después, concluída la obra, el mar devoró el fuerte con su artillería, sin dejarle una piedra siquiera.

Esa misteriosa facultad anchietana, manifestada como presciencia, revelación o segunda vista, comprende hechos históricos —primer viaje de don Sebastián al Africa y desgracia de Alcacer-Kibir—, pero desciende también a los mínimos hechos de la vida colonial. José pronostica a un viajante el doble del viaje, a un habitante sediento de vino el recibimiento del tonel deseado, a un bando de albañiles la interrupción del trabajo. José adivina el contenido de las cartas cerradas, señala los frutos de poca duración o de larga resistencia a las mujeres embarazadas. Acogiendo en la sacristía a un sacerdote tentado por Eva, pero incólume, ataja con esta advertencia la confesión: «*Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua.*» Mucho antes que llegue cualquier noticia, a veces en el mismo día de la muerte, celebra misa por el alma de personas fallecidas a distancias calculadas en sesenta, doscientas, mil leguas, y más lejos todavía, como cuando murió en Italia un condiscípulo amado, entre los hermanos del colegio de Loreto. Prosigue, a través de las miserias y debilidades humanas, deteniendo a los amigos extraviados en la breña infernal del crimen, acudiendo a los jesuítas en la penumbra de las tentaciones carnales, alejando vanos escrúpulos de la conciencia honesta o disipando las sombras de la cólera del alma obscurecida por la melancolía, prediciendo a los legos la fecha de su ingreso en la Orden, a los débiles su desvío, a los perjuros el castigo, a los perversos la ruina.

Cuando resbala un pecador, en el silencio de la noche, hacia la tentación criminosa, Anchieta le dice solamente: «Recogéis-vos, Collazo». Y así lo libra de la muerte. Cuando un hermano se deja vencer por el demonio de la ira le ordena

de paso: «Fuera con eso, que no sirve.» Y así le ahuyenta del alma el oscuro enemigo.

Revela los episodios más escondidos, sean de bigamia o de concubinato, descifra los pensamientos más ocultos, sean de venganza o de lujuria. Salva con una oración a cuatro naves en peligro; con su aviso, a los caminantes protegidos por el bosque; con sus palabras —¡Te doy a Dios, criatura!— a un chico de seis a siete meses al verlo caer desde lo alto de una torre.

4º — Anchieta es el dominador de los cuatro elementos, perfecto mago de Vera Cruz. Le obedecen la tierra y los animales; el agua del mar, de las fuentes y de la lluvia; todos los animales acuáticos; el aire y sus habitantes; el fuego mismo. Por influencia de su contacto y de sus preces vemos consolidarse la tierra movediza de San Jorge o de los Erasmos en San Vicente, desprenderse de un bloque inconmovible la de Espíritu Santo, restituir gente ya sepultada, la de Ibirapuera. Serpientes y onzas le rendían un mismo vasallaje. En la granja de Magé, el padre amansó un buey furioso, lanzándole la bendición. Fuera de la cabaña, cuando los demás dormían, él oraba a la luz de la luna entre las fieras, que esperaban de él su ración, agachadas y sumisas. Por desenfado, el taumaturgo componía, a veces, escenas hilarantes, como el funeral de los simios a través de la floresta de Maricá.

En la leyenda se nos aparece con algo de los encantadores de serpientes orientales al recoger, acariciar, despedir por otros caminos a una jararaca, enseñando al indígena cómo los mismos reptiles están sujetos a la voluntad humana que no transgrede los mandamientos de la ley de Dios. Cierta vez, sujetando a un ofidio hecho un ovillo bajo su talón, le dijo con energía: «Muérdeme el pie, vengan los agravios que hice al Creador.» Pero la serpiente, meneando la cabeza, no osaba morder, y él la dejó con esta advertencia cristiana: «Vete, no hagas mal a nadie.» El toque de su bordón inmovilizaba a las serpientes, el efluvio de su gesto reprimía a los cetáceos.

5º — El poder del santo se ostenta a la vez en la atmósfera, en los ríos, en el océano. Basta evocar los lances de pesca asombrosa; la nube que se va a romper, boyando, preñada de agua, queda suspendida por tres horas, como lo desea el após-

tol, sobre el auditorio de su drama en verso; las lluvias atraídas por la fuerza pluvial de sus oraciones, en plena y fulgurosa sequía; leguas de camino seco para sus vestes y sus pasos en medio del aguacero despeñado sobre los bosques circunvecinos; tifones, que él subyuga, nieblas, que él deshace en la travesía, al salvar a los barcos, de rodillas, invocando a Nuestra Señora; en fin, la magia de ese hábito desgastado, impermeable a la propia inundación, que todo empapa y nivela, fragorosa, excepto la piedra, situada en la confluencia de las olas, donde José descansa y medita.

Si el agua tempestuosa de Bertioga, de la isla de San Sebastián, de Iperuig, de los Abrollos, de Guanabara y de Espíritu Santo refluyen al mando de José, también el fuego labra bajo el mismo imperio. De algunos incendios fueron prevenidos los hombres por el taumaturgo y el milagro del pan, que se hizo nuevamente blanco y tierno, después de quemado en el horno, destaca su poder sobre las llamas.

6º — Como en el texto de la vida de San Francisco de Asís, obedecían las aves al padre con instintiva y alegre dulzura. Cuando el poeta se ponía a escribir su poema en la arena, cerca del mar de Iperuig, una avecita graciosamente coloreada revoloteaba a su alrededor, rozándole los hombros, las manos, la cabeza. Durante la prédica, en un día del Espíritu Santo, un pájaro vino a posarse, con insistencia, en su hombro izquierdo. Las tortolillas del refectorio en San Vicente atendían a su llamado. El mismo contó al padre Gaspar de Sampères cómo las aves marinas se posaban en su brazo. Otra vez, en canoa, Anchieta recogió una bandada de papagayos exhaustos que se habían distanciado imprudentemente de tierra, sin fuerzas para el viaje, y los envió de vuelta a la floresta natal. Tenía la costumbre de hablar a los pajaritos en lengua tupíguaraní, extendiendo el índice:

—Posa aquí, loa a Dios —ordenaba el santo al ave preferida y obediente. Gorgeado el loor sobre el dedo inmóvil, despedía en tupíguaraní al pajarito—: Ya loaste al Señor. Vete. — Y las dos alas se estremecían en la luz, alzando el vuelo.

Se decía que las golondrinas lo festejaban, al romper la aurora, cuando el padre se asomaba a su ventana en la casa

de Espíritu Santo; que ahí, además, era servido y acompañado, con sorpresa de todo el mundo, por dos lindas aves, el tuim y el guacamayo; que su doctrina melodiosa atraía los vuelos dispersos en el azul. Si las gaviotas importunaban a los pescadores indígenas en ocasión de la salazón, les recomendaba José: «Esperad vuestro alimento sosegadas.» Y cesaba la inquietud de las aves hambrientas.

En San Vicente y en Río de Janeiro, en el tórrido mediodía, sobre las altas olas del mar, José pidió más de una vez a los guarás que le hiciesen sombra, distendiendo sus alas purpurinas, y más de una vez su canoa evangélica se deslizó sobre la superficie de las aguas verdes, en la costa del Brasil, bajo el bramido de ese toldo escarlata, vibrante, de alas unidas contra el sol.



CAPÍTULO VIII

RESEÑA DE PRODIGIOS EN EL CAMPO DE LO SOBRENATURAL

Otros aspectos de la leyenda. — Caso del indio Diego, el resucitado. — Pesca de Maricá. — Esplendor de la capilla de Bertioga.

No bastan todavía a la leyenda anchietana los prodigios ya enumerados. Invisible, cruza el misionero por entre sus compañeros de jornada o aparece a la misma hora en San Vicente y Piratininga, en San Vicente y Santos, en la radiante proyección de su ubicuidad. Transpone ocho leguas, espiritualmente, para alcanzar el breviario olvidado en casa; vence dos leguas, instantáneamente, para buscar las hostias que quedaron en el carro. Donde se agota la fuerza de los salvajes, triunfa su gesto, impulsando a los barcos en el mar: «. . . acercóse al costado —narra Simón de Vasconcellos— tocó con su bordón, y comenzó la nave a correr con gran maravilla.» Donde pasa José, nuncio de primavera, genio de bondad, florece bajo sus pies la menta, da higos maduros la higuera, uvas doradas la vid. Toda la arboleda espectral requemada por la sequía, reverdece, se llena de hojas, y la más desnuda pradera, bruscamente, ondula como un vergel.

* * *

Los arrebatos y éxtasis del santo se divulgaban, en esa época, en toda la capitanía de San Vicente. Cuando trabajaba con otros hermanos en la apertura del camino de San Pablo a Santos, José se apartó un día de sus compañeros y se puso a orar cerca de un árbol distante. Empezó a llover y el religioso siguió en el mismo sitio, siendo encontrado después inerte y ajeno a los chubascos y a las voces de los hermanos que lo llamaban a gritos. Hubo quien afirmase haberlo visto en su celda

ora en elevación, *cosa de medio codo,* ora transfigurado entre resplandores divinos. Más tarde, ya provincial, al oficiar en la capilla interior del colegio de Bahía, se desprendió del suelo, y quedó suspendido en el aire y extático por largo rato. Llamado por el acólito, vino el padre Tolosa a la capilla, repuso a Anchieta sobre los escalones del altar, y siguió la misa. Iguales fenómenos de elevación fueron presenciados, en la hora de la misa, en Porto Seguro y en Espíritu Santo. Adorando a la imagen de Cristo en Río, perdió José los sentidos; con los brazos caídos, los ojos casi apagados, el cuerpo apoyado en una silla, parecía muerto. El jesuíta Francisco Escalante vió a Anchieta en el coro de la Iglesia con alas de serafín, abrasado en el fervor de las preces. Bajando por aterciopelados caminos, la noche cercaba de fulguraciones y melodías sus arrebatos, como en los templos de Nuestra Señora de Itanhaem o en la capilla del fuerte de Bertioga.

* * *

En el caso del indio Diego de Santos culmina la leyenda taumatúrgica. Estando amortajado el cadáver, y abierta la sepultura, Diego resucita y pide a la señora de la casa, Gracia Rodríguez, que le haga aflojar el sudario. Libre, empieza a hablar:

—Llamen ahora mismo al padre José para que me bautice.

—Imposible —le contestan—, pues hay dos leguas de la villa de Santos a San Vicente, donde vive el padre.

Pero el resucitado informa:

—El padre está en Santos, vino hasta el arroyo de la villa en compañía de mi espíritu y mandóme volver a entrar en el cuerpo para ser bautizado.

No tardó José en venir, avisado por los mensajeros de Gracia Rodríguez, y el indio le pregunta si trae consigo el relicario que le había mostrado en el camino.

—Sí —le declara el taumaturgo— pero, antes del bautismo, cuenta el misterio de tu resurrección.

Diego resucitado exulta y cuenta detalladamente el maravilloso episodio. Al pasar de esta vida a la otra, le había ad-

vertido una voz, la del mismo José, que él no seguía el camino real del cielo, porque no había entrado en la Iglesia de Dios por el bautismo. Urgía que volviese al cuerpo, y así lo hizo, para recibir de manos del sacerdote el bautismo redentor. Bautizado entre lágrimas y oraciones, Diego pide a la señora de la casa que le haga rezar dos misas, le ponga en la mano una vela de cera bendecida, reúna las pobres vestes para brindarlas a otra desnudez todavía más pobre y, asistido por José, impetrando permiso a la señora Gracia Rodríguez, como buen siervo, expira por segunda vez y transpone el umbral de la vida eterna.

* * *

José acompaña en 1584, como celebrante y confesor, al religioso Pedro Leitão, a los sirvientes de la casa y a algunos indígenas, pescadores, hasta la laguna de Maricá, distante siete leguas de Río. En esta famosa pesca se repiten todas las principales modalidades de la leyenda anchietana. Simón de Vasconcellos la ha definido: «. . .una como comedia de toda la variedad de acciones y figuras de lo divino.»

Junto al peñasco de Itapuig, posada nocturna de los caminantes, el taumaturgo comienza por alimentar a leopardos, dos tremendos carnívoros, sirviéndoles en la puerta de su cabaña, ¡un dorado cacho de bananas! Después, desde la ribera de la laguna, orienta a los pescadores dónde han de lanzar las redes, y es tan abundante el pescado que los sirvientes no pueden sacarlo todo y las aves de rapiña en bandadas voraces dificultan su labor. Anchieta reprende a las gaviotas en lengua tupíguaraní, ordenándoles que se alejen de aquel paraje y vuelvan después de la pesca en busca de la parte que les toca. Las aves, confiadas, le obedecen.

Por orden suya, dos espléndidos leopardos dejan la floresta, se acercan a la ribera, vienen a exhibirse a la curiosidad encantada y tranquila de los que navegan con él en canoa. Otro día, entregándose José a la contemplación en un punto retirado descubierto por la baja marea, sobreviene la creciente, pero lo deja ileso, entre flúidas murallas verdes coronadas de espuma. Y, por la noche, mientras cenaba con los pesca-

dores, previó la llegada de un mensaje, adivinó el texto de una carta, dió salud a Aires Fernández, ausente y en peligro de muerte.

Al terminar la pesca, como abultase la carga, ésta fué llevada primero hasta la aldea de San Bernabé y de ahí conducida al colegio de Río con el auxilio de nuevos indios. Había llovido toda la noche y era penoso el camino para el transporte, como lo hizo notar Pedro Leitão. Pero el taumaturgo prometió buen tiempo y buena carretera a la caravana. Entre los charcos de tierra inundada, intransitable, se desplegó hasta el colegio un suave camino, perfectamente seco. Deponiendo la carga, en medio de la jornada, un flechero apuntó a un gran mono barbudo, instalado entre el follaje... Al caer herido el macaco, entre gimoteos y aullidos, vinieron otros a cercarlo, y otras flechas diezmaron el bando para deleite de los indios hambrientos. Pero, mandando suspender los arcos, José consoló a los monos sobrevivientes:

—Haced vuestras exequias, que yo os aseguro el campo.

Y el funeral de los monos, ordenado por el taumaturgo, llenó de quejidos y de llantos a la selva. Por fin, regresando en canoa, José y sus compañeros fueron protegidos una vez más del sol ardiente, por la sombra de las alas de los guarás.

* * *

Bruscamente, mientras José oraba en el silencio de la noche, se inundaba toda la celda de fulguraciones mágicas y cambiantes. El 3 de octubre de 1602, interrogado por el reverendo Martín Fernández, vicario general de Río de Janeiro, el deponente Alfonso Gonçalves agregó a la leyenda anchietana el esplendor de una alegoría. Hospedado cierta vez por el capitán, suegro del testigo, en el reducto de Bertioga, donde se fuera a encontrar con el padre Manuel Viegas, en busca de los maramomis, Anchieta prefirió dormir en la capilla de Nuestra Señora, a treinta pasos del fuerte. A altas horas de la noche la mujer de Alfonso Gonçalves despertó a su marido, susurrando con emoción:

—Señor, despertaos y oiréis algo maravilloso.

Electrizado por la curiosidad, Alfonso entreabrió la venta-

na, espió, escuchó... Como una fuente encantada chorreando luz, toda la capilla resplandecía, y de la fuente corrían lágrimas sonoras, brotaban torrentes de melodías que no eran de la tierra, sino de parajes celestiales, donde cruzan vuelos, resuenan voces en la faz de Dios. Mayor que el deslumbramiento fué el espanto de Alfonso Gonçalves y su mujer. Un temor sagrado les erizaba los cabellos, les impedía los pasos. Dentro de la noche, la capilla de Nuestra Señora, vibrando como las liras, ardiendo como los astros, cedía a las olas, a las piedras, a las ramas, a las almas vigilantes, algo de su encantamiento. Pero a la mañana siguiente, cuando Alfonso Gonçalves y su mujer hablaron al santo del prodigio, como ya no se lo pudiese ocultar, les recomendó que lo tuviesen en secreto.



Capítulo IX

JUICIO DEL AMBIENTE Y DE LA PRODIGIOSA VIDA DE ANCHIETA

Ascensión legendaria. — Receptividad del alma portuguesa y del alma indígena para el milagro. — Caracteres del hechicero. — Zumé o San Tomé. — Entre el psiquismo y la fisiología. — Definición católica del taumaturgo. — El mayor de los prodigios.

Ascensión en el orden jesuítico, y en el orden espiritual, doble ascensión, jerárquica y taumatúrgica, es éste un hecho sobresaliente del nebuloso período de la vida de Anchieta que va desde 1569 hasta 1585. Primero con el rectorado del colegio de San Vicente y de las casas anexas, después, con el provincialato del Brasil, asciende José de Anchieta. Se santifica. Vuelve a la edad de oro angélica, a la creación inmaculada y paradisíaca, mezcla de fuerza humana y gloria divina, que en el *demiurgo* situara al hombre, por encima de todos los seres y todas las cosas terrestres. En él revive el Adán original, anterior al yerro y a la caída, unido a Dios por la sustancia y por la obediencia. En unión, dicen los panegiristas, lo hace profeta y taumaturgo.

La fe primitiva de los indios y la fe de los portugueses acogerían con extrema receptividad el torrente de esos milagros. Si la grandeza de la selva brasileña, llena de asombros y misterios inviolados para la superstición indígena, componía el fondo crepuscular necesario para el florecimiento de un nuevo mito, de una nueva leyenda, no era menos propicio a semejantes imaginaciones el estado de alma del portugués. Los tres decenios de mayor actividad del taumaturgo coinciden significativamente con la fase delirante del catolicismo peninsular. Era el tiempo anunciado por las extrañas apariciones de Sé y de la plaza de Xabregas —el ataúd en llamas, la dama vestida de duelo, bandos de moros salmodiando y llevando antorchas encendidas... Portugal olvidaba la realidad por una loca quimera —el sebastianismo—, cuando las imagina-

ciones volaban como fuegos fatuos en busca de un espectro vencido.

Portugal creaba su leyenda mesiánica, y el rey deseado, pero que se desvanecía frente a los deseos, abría el camino a los dos reyes efímeros de Penamàcor y de la Ericeira, a los profetas, a los inspirados, al *zapatero-santo,* a las ilusiones y esperanzas místicas, que se desarrollaban bajo el terrorismo avasallante. «Como en los primeros tiempos cristianos —escribe Oliveira Martins— ahora, en la limitada arena de Portugal, los milagros y prodigios pululan.»

Esa oleada psíquica de milagros, brotando del Mar de Tinieblas que era en aquellos días el alma de la gente lusitana, se propagó hasta el Brasil catequizado por los jesuítas. No se agotó. Creció, mezclándose al alma obscura del indígena y al alma fetichista del negro, donde subsistían el terror secreto de las fuerzas naturales, la confusión entre el sueño y la realidad, la tendencia al espejismo.

En su espíritu virgen el indígena llevaba consigo gérmenes de otras ficciones: credulidad, animismo, tendencia a inventar mitos y númenes, poblando la naturaleza de genios protectores o malignos, oyendo a cada paso los espíritus de sus muertos, viendo a cada momento el Anhangá, el Caapora, el Corupira o el Sacy-Cerêrê, demonios bravíos de la floresta sudamericana. En algunos episodios de mito-zoología —leyendas del jabutí, de la onza, del buitre, del anta, de los monos, del gambá, del sinimbú— dialogaban los animales entre sí y a veces con los hombres, y es curioso observar que según los cronistas de la Orden, el Anchieta legendario habla a los animales, invariablemente, en dialecto indígena.

El concepto diabólico de hechicero *(pagé* o *bari)* precede y prepara entre los indios el concepto eclesiástico del taumaturgo. El hechicero gobierna las almas, hace predicciones, prevé el curso final de las guerras, ubica las colmenas, sabe dónde abunda la pesca, revela el escondrijo de la caza, interpreta los sueños, adivina todo. Se comunica familiarmente con entidades extranaturales; cura por infusiones, sangrías, gestos. En sus metamorfosis es pájaro, y vuela dentro de la noche, es leopardo y ruge dentro del bosque. En sus invocaciones a los espíritus,

cae en trance, pierde los sentidos, parece muerto. Y acierta casi siempre, previendo sucesos próximos o remotos, según lo atestiguó un misionero salesiano, que en 1919 escribía: «Más de una vez verificamos la exactitud de los dichos y profecías. No se puede dudar de la influencia del espíritu demoníaco, que habla y obra por medio de sus fieles *mediums,* los *Baris* y *Aroetoraris*» (159).

* * *

Dibujada por la tradición oral, ya existía entre los mismos salvajes una figura legendaria de precursor o iniciador, Sumé o Zumé, el extranjero blanco de largas barbas, que les revelara cosas sublimes y el empleo de la mandioca, figura convertida por los jesuítas en la del apóstol Santo Tomé, cuyas huellas eran todavía visibles por toda la costa meridional del Brasil, imborrablemente impresas en ciertas losas veneradas como objetos sagrados. Zumé o Sumé, en otras edades, fuera tal vez uno de los guías y maestros de la raza indígena. Figura católica de héroe civilizador, Anchieta vió también formarse la leyenda hagiográfica de sus maravillas, *dentro y fuera de la casa,* domésticas y populares, bajo la influencia conjunta de los ignacianos, que se glorificaban con el santo, y del rebaño de los devotos que habrían de dedicarle un culto bárbaro, prohibido en 1625 por la Santa Sede. Además, en los orígenes de la vida brasileña que alboreaba en esas emociones religiosas, la ciencia imprevista de Anchieta sobre la tierra y el clima, la fauna y la flora, el hombre y sus artes, era ya una forma de conocimiento supra-normal, una verdadera fuente de milagros para el indígena y el colono.

* * *

Muchos de los casos anchietanos —videncia, telepatía, intuición premonitoria, adivinación de pensamientos, etcétera—, serían hoy vulgares en la escuela de la metapsíquica, aunque inexplicables en el terreno de los conocimientos positivos (160). Fenómenos de otra clase, como transportes, éxtasis, visiones, tendrían su explicación en el sistema nervioso ya afectado por la desviación de la espina dorsal, que le había producido en los tiempos de Coimbra la enfermedad eucarística, en que era idea fija del novicio ver en la hostia el cuerpo de Jesús (161).

Derivarían también, posiblemente, algunos fenómenos, de los ejercicios espirituales, del régimen ascético y de le auto-hipnosis, prácticas semejantes a las que se observan, con prodigiosos resultados, en los conventos lamaicos del Tibet. Macerado por la castidad, lacerado por los azotes, consumido por el ayuno y por el insomnio, absorbido en la contemplación y las preces o exaltado en la hiperestesia del misticismo, estaría Anchieta, según los psiquistas, predispuesto, por su estado nervioso, a la clarividencia y a la *mediumnidad*. De ser admisible esta hipótesis, sin embargo, habría que destacar que se trataba de la más electrizante y dinámica *mediumnidad*. Llevando en sus venas la cálida sangre española de los grandes Iluminados, que se llamaron Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús, sintiendo la misma pasión realizadora y actuando con el mismo poder sobre las almas, José de Anchieta no comprendía la inmovilidad como principio de beatitud, ni se abismaba en el mundo invisible como en el seno de una nube glacial. Se recogía para mejor exteriorizarse después en radiaciones de energía fisio-psíquica, a través del elemento salvaje.

El contacto con la naturaleza y el hábito de la acción, equilibrándole la vida espiritual por la correspondencia armoniosa con el medio ambiente, neutralizaron los gérmenes de la primera enfermedad, integraron las facultades excepcionales de Anchieta —voluntad heroica, intelecto admirable, memoria pujante— en el ritmo y la belleza de su destino. «La historia de todas las naciones —escribió Sokolowski— (162), presenta individualidades que se destacan entre los contemporáneos por la sabiduría, por el dominio de la naturaleza, por la arrebatadora fascinación. Se denominan profetas, adivinos, hechiceros, en general, magos. Son ellos los que provocan fenómenos, aparentemente sobrenaturales...» José de Anchieta fué uno de estos predestinados.

* * *

Repugnan al catolicismo tales conceptos. En su doctrina, lógicamente desarrollada, son la humildad y el sacrificio, el amor y la renuncia, la caridad y la penitencia que elevan al plano celeste de la creación al venerable José de Anchieta, remodelado en espíritu a la imagen y semejanza de Dios.

Uniéndose a Dios, santificándose, es como asciende a la categoría de profeta y de taumaturgo, bajo el influjo de la Gracia, pero también por un acto supremo de libre albedrío. Doscientos ocho testigos *antiguos y socios* depusieron en los procesos informativos y apostólicos, realizados en San Pablo, en Río de Janeiro, Bahía, Olinda, Evora y Lisboa para su canonización, autenticándole las virtudes y los milagros frente a la Congregación de los Ritos.

En la crónica religiosa, marco eclesiástico de la leyenda, Anchieta es el nuevo taumaturgo, como lo nombra Eusebio de Nieremberg, *(Ideas de Varones esclarecidos)* o Adán inocente, como prefiere llamarlo Jacobo Damián *(Sinopsis)*. Adán del nuevo mundo, es como aparece en la biografía del padre Simón de Vasconcellos, que le atribuye, aduciendo ejemplos, los mismos refulgentes dones del primer hombre antes del pecado original: inocencia, entendimiento ilustrado, voluntad recta, cuerpo impasible y dominio de los cuatro elementos.

Habiendo nacido para maravilla del Brasil en el paraíso de las Islas Afortunadas, nuestro segundo Adán, obediente a Dios, impera también sobre el hombre racional y sobre sus órganos, sobre la vida y la salud, sobre los bienes materiales y aun sobre el alma. De ahí procede la influencia curativa que sentían los enfermos, en la cabeza, en los ojos, en la boca, en los dientes, en la garganta, en el pecho, en las espaldas, en las entrañas, en las manos y en los pies. De ahí el poder sobre la vida humana, prolongada o resucitada por José, y la maravillosa prontitud con que abastecía a los hombres. De ahí el conocimiento de las almas pecadoras, la familiaridad con el cielo, las profecías, los éxtasis, las revelaciones. Más de una vez José-Adán triunfa del demonio o convierte los secretos y poderes del Creador, generosamente, en dádivas a seres necesitados. En cuanto a los demás atributos edénicos —pureza, obediencia, humildad, amor espiritual, saber infinito— el padre Simón de Vasconcellos subraya una sola diferencia entre los dos arquetipos: en que el primer Adán perdió en seguida la inocencia para mal del mundo entero, mientras el segundo la conservó, para bien del nuevo mundo (163).

Formada por la multitud y por el clero, la leyenda se ex-

tiende, después de 1569, a la inmensidad geográfica del Brasil: dentro y fuera de las casas jesuíticas son tantas las obras maravillosas, que ya no se les puede llevar cuenta. Anchieta camina por entre el *Flos Sanctorum* con las manos llenas de rosas y lirios, gracias y dones, como si fuese un divino sembrador.

Muerto el apóstol del Brasil, todavía operó centenares de milagros en todas las capitanías, apareciendo en sueños a los enfermos, acudiendo a las invocaciones, actuando por medio de reliquias, volviéndose un infalible abogado contra los peligros del parto, los abcesos, las fiebres y las jaquecas (164). Pasados sesenta años de la muerte del padre, todavía se veneraba en la sacristía de todos los colegios y casas de los jesuítas una reliquia de sus huesos, engastada en plata, con la cual se bendecían los vasos de agua para los enfermos.

Anchieta había soñado morir en el ápice de su caridad, en alguna jornada cristiana por desnudos, escarpados y sombríos cenagales. No se realizó esta su última aspiración. Pero ciertamente habrá comprendido, al terminar sus días en una mísera cabaña de una aldea bárbara, que había logrado alcanzar, por el amor, el más alto grado de perfección religiosa concedida a hombre alguno en su tiempo y en su medio. Considerado fuera de la leyenda taumatúrgica, en los límites del catolicismo ortodoxo y beligerante, sería el mismo Iluminado, creador de milagros del pensamiento y de la acción. Fué, sin lugar a dudas, el discípulo del patriarca Ignacio de Loyola, «el hombre de su Orden», que milita contra los herejes, pero fué también, dentro de ese marco, un raro ejemplar de humanidad altruista. Como ya escribió un sacerdote erudito (165), «la Iglesia se preocupa más, mucho más, con el examen de la vida y de las virtudes heroicas de los siervos de Dios, que con los milagros que ellos operan.» Sobre este punto no disiente el espíritu moderno del concepto eclesiástico. Y el más deslumbrador de los prodigios, que eclipsa todos los de la leyenda jesuítica, espejo ardiente de cosas sobrenaturales, mágico espejo de fuerzas indefinibles, fué el prodigio de la propia naturaleza humana espiritualizada por la fe cristiana — el mismo Anchieta.

LIBRO SEXTO

OCASO DE RERITIGBA

Buena ventura llamo a una vida conservada en gracia de Dios y una muerte que corresponda a tal vida.

ANCHIETA.

Capítulo I

ASCETISMO Y SOLEDAD DE ANCHIETA

Declinación de Anchieta. — Reritigbá. — El eremita. — El vidente. — Ultimo viaje a Bahía. — Vuelta a la soledad.

Con las fatigas del provincialato habían recrudecido los males de Anchieta. Atendiendo a sus ruegos, transmitidos por el segundo visitador de la Provincia, Cristóbal de Gouveia, el general nombró, a fines del año 1585, al padre Marcial Beliarte para sustituir a Anchieta. Enfermo, agotado por tantas luchas, pasó Anchieta a servir en el colegio de Río de Janeiro, donde había pocos sacerdotes y muchos quehaceres; pero, a despecho de los sufrimientos, denominados por él mensajeros de la muerte, el misionero ayudaba en la ciudad y las aldeas al rector padre Fernán Cardim.

Quebrantado por la molestia y por el trabajo, José estuvo a punto de sucumbir. Todo el colegio se alarmó y se llenó de lágrimas. Pero el enfermo, al sentir el llanto de los hermanos desolados alrededor de su catre, dijo serenamente:

—Que no haya lágrimas, porque no moriré esta vez, en este lugar: en Espíritu Santo terminaré mis días.

Y así fué.

La idea cristiana de la hora postrera ya le andaba por ese tiempo en el espíritu, dedicado solamente a Jesús. Uno de sus hermanos predilectos, Antonio Ribeiro, suspirando en el colegio de San Pablo por vivir con el apóstol del Brasil, no pudo persuadirlo de que lo mandase buscar. Obtuvo apenas en contestación consejos de obediencia, castidad y oración: «...conviene que trabajemos —escribía en 1587 a Antonio Ribeiro— por tener siempre como compañero a aquél que en todas partes y en todo tiempo está con nosotros; aquél que, aunque nosotros a veces lo rechacemos, sin embargo, sigue golpeando a la puerta de nuestro corazón, esperando que le abramos para entrar y habitar en nosotros, viniendo junta-

mente con él el Padre y el Espíritu Santo, para que no quede ninguna parte de nosotros que no esté llena, *ni haya otro que pueda en nosotros tener su parte, ni aún en el más pequeño rincón de nuestra alma.*» Era como si se hubiese desprendido de todos los afectos, o, mejor dicho, como si se desvinculara de la humanidad, transfigurado por el amor divino. Ya le era, desde mucho tiempo atrás, indiferente la suerte de su propia familia (166).

En ese mismo año de 1587, el nuevo provincial Beliarte concedió permiso al enfermo para mudar de aires cómo y cuándo le agradase. Pero cuarenta y dos años dedicados a la santa obediencia llevaban al padre Anchieta a desconfiar jesuíticamente de la libertad, causa, a su entender, de ceguera humana y de tránsito equivocado. Para el elegido, la obediencia se definía como sujeción a la voluntad de Dios, interpretada por los superiores, ignorando el hombre cómo elegir lo que más le conviene. Orientado por esa humilde seguridad, pidió Anchieta a Fernán Cardim que le trazase el rumbo y fué mandado para la aldea de Reretigbá, en Espíritu Santo, con el misionero padre Diego Fernández. Desde ese lugar, confiadamente, escribía Anchieta a Ignacio Tolosa: «...La disposición corporal es débil, pero basta con la fuerza de la gracia, que de parte de Dios no faltará...»

* * *

El asceta fué a vivir en la pendiente de un cerro, al borde de un río que los salvajes llamaban Iriritibá, por corrupción Reritigbá (167). Ya no veremos la figura dramatizada por la historia, golpeada por las tormentas, sobre la cubierta de los galeones, o la madera frágil de las canoas. Desaparece del escenario tumultuoso el apóstol, fundador de estancias y colegios, defensor de iglesias y ciudades, eclipsado por el anacoreta, abismado en la penitencia y la contemplación. En breve terminará el ciclo anchietano del Brasil meridional, donde la marcha de las banderas paulistas, embistiendo contra las reducciones, ensanchará el territorio hasta la desembocadura del Plata. Pero la edad heroica del jesuitismo brasileño, al terminar en ese teatro, invadido por los mamelucos, incendiado por la conquista económica y geográfica de los bandeirantes, continuará poco

después en el norte desde la villa de Olinda hasta el río Amazonas, por espacio de incontables leguas de costa y selva. Ya es otro el polo de atracción de la catequesis: las breñas del nordeste del Ecuador, fascinan ahora a los evangelistas ignacianos. Pronto serán rociados por la sangre de Francisco Pinto, mártir del Brasil septentrional, los parajes de Ibiapaba, tierra virgen de los pasos de Nóbrega y Anchieta.

El anacoreta vivía devotamente, al margen del Reritigbá, sus últimos días, como un santo de la leyenda brahamánica al borde del Ganges, en la soledad florida de preces y de lotos. El sentimiento de la perfecta quietud oriental, sin embargo, no se vinculaba en esa lama fecunda a la renuncia y a la piedad. En efecto, su cuidado seguía siendo la conversión de los indios, por los cuales había cruzado el océano y entre quienes se encontraba más a gusto que entre los portugueses (168). Su última esperanza, perdido el sangriento ideal del martirio, era alguna expedición a intrincadas selvas, para traer nuevos fieles a la Iglesia, o la muerte en la pendiente de alguna de las montañas que se esfumaban en la distancia, vaporosas, en un remoto plano fugaz de sombras y de nimbos (169).

Si la naturaleza le restituía momentáneamente la salud, ¿volvía el eremita a ser misionero, aventurándose por tremedales, abismos y breñales, a la caza de almas para Dios? Son temerarias o inciertas sobre este punto las declaraciones de los biógrafos. Consumido el héroe por la edad y la enfermedad, no le sería posible, tal vez, acompañar a Diego Fernández en el itinerario salvaje de las misiones, siete u ocho veces, como afirma Simón de Vasconcellos. Pero la presencia del taumaturgo contribuyó, indudablemente, al establecimiento de varias tribus de Aerigtibá, núcleo social de Benevente y otras villas de Espíritu Santo. El ejemplo de su vejez animaría a la práctica de heroícidades semejantes a las que le realzaron el nombre, aureolado por la tradición de los campos de Piratininga, de las playas de Iperuig. No dudemos de que, aún cansado, socorriese todavía almas distantes, visitase de cuando en cuando a sus amados indios. Al hermano Jerónimo Soares, en alguna de esas jornadas, mientras iban los dos descalzos por un atascadero, dijo José:

—Hermano, algunos desean morir en las casas y otros en los colegios, ayudados por sus hermanos, pero yo os digo que no hay cosa mejor que morir en un atolladero de estos por obediencia y bien de las almas.

Celebraba todos los días, además de asistir de rodillas a las misas de cuatro sacerdotes, que oficiaban en la aldea. Por delante de su mirada contemplativa, absorbida en Dios, pasaban las cosas ilusorias, con el mismo susurro de las hojas, de los vientos y de las aguas, corriendo hacia la nada. Sus noches estaban llenas de suspiros, de lamentaciones y monólogos, en que vibraba el deseo del cielo. Los indios le decían padre, le contaban sus sufrimientos, le pedían consuelo y ánimo en la tristeza. Y los dolores humanos, que aumentaban con la edad, no le nublaban la paz, el luminoso contentamiento de la vida interior.

Todo en él era dulzura, quietud, placidez cariñosa y envolvente. En su poniente gorjeaba la música del amanecer, en el fascinador azul de sus ojos ya desmayados por el atardecer, por el tiempo, brillaba por momentos una alegría celestial, que reflejaba en los corazones atribulados o inquietos. Después de cuatro decenios vividos en esas regiones, era como si la íntima experiencia de la tierra y de la gente le hubiese armonizado el ascetismo con la naturaleza circundante, de la cual él constituía uno de los aspectos grandiosos, el Hombre en el ápice de la Fe, en el esplendor de la bondad universal, en el supremo desarrollo del alma, entre colosos vegetales y picachos de serranías.

* * *

José de Anchieta, en ese período, según los testigos de canonización y los hagiólogos ignacianos, continuaba manifestando entre religiosos y catecúmenos, la misma videncia de Iluminado, sondeando espacios remotos, destinos venideros, la penumbra de los corazones humanos. Predice al sacerdote Juan Fernández Gato el conocimiento rápido de la lengua del Brasil, cuando ya se desanimaba el alumno en el largo aprendizaje; le asegura un retraso imprevisible de cuatro meses en la villa de Espíritu Santo; le adivina cierto escrúpulo, antes de la confesión; le anuncia bruscamente, mientras viajaban por

las granjas de los moradores, el peligro en que se encuentra el alma de un jesuíta en lugar distante y acude, en el momento oportuno, a esa debilidad espiritual; otra vez, corre a través de las matas hasta una lejana aldea arrastrando al compañero, diciéndole *que era necesario hacerlo,* y al llegar, desarma con su presencia a un bando de asaltantes. A la mujer de Manuel de Gaya, a quien ella creía muerto, dos veces predice el regreso del marido: primero de un viaje a Europa, después de una expedición a los sertones.

La experimentada sabiduría de su vejez, indulgente y cariñosa, poseía todos los secretos del alma indígena. Sucedió que cierta vez en un confesor, ol oír en confesión a una india que fuera tentada por uno de los padres más virtuosos de la aldea, fué presa de espanto y de tristeza. Bajo esa dolorosa impresión se puso a rezar las horas canónicas, desolado, en compañía de Anchieta. Mirándolo fijamente con sus grandes ojos azules, sin nada preguntarle, José conoció la razón del disgusto que lo perturbaba. Y le dijo sonriente:

—Mi padre, no se desconsuele. Ese mismo caso de confesión ya lo tuve yo en Piratininga. Una india vino a acusarse de un pecado semejante con otro religioso. Sin embargo, indagando minuciosamente las circunstancias, comprobé que todo pasaba en sueños. Vuelva a examinar el caso y verá cómo fué simplemente soñado. Nuestro pobre indígena es tan rudo que no distingue la realidad del sueño.

* * *

A fines de 1591 o principios de 1592 viajó una vez más de Espíritu Santo a Bahía, llamado a participar en la Congregación que eligió procurador en Roma al padre Luis de Fonseca, su compañero y amigo, para que instruyese al general de la Orden sobre lo que ocurría de importante en la Provincia. Después del embarque de Luis de Fonseca, hubo quien comentase con extrañeza la elección de un hombre cansado y enfermo, semimuerto, preguntando si llegaría el padre de nuevo al Brasil. Pero Anchieta contestó:

—El padre Fonseca va donde lo manda Dios. Si andaba con poca salud en la Congregación, mejoró en viaje, a la altura de

Pernambuco, y, aun enfermo, debe llegar a Roma. Llevará a término su trabajo con el aplauso de todos y verá el fin de sus días en el viaje de retorno, como se lo ha señalado Dios.

Luis de Fonseca cumplió brillantemente su mandato religioso, y expiró en Madrid, en el año 1594.

No hemos podido recoger ninguna otra noticia sobre este último viaje del misionero a Bahía.

Al volver a Reritigbá se hunde nuevamente el anacoreta en la soledad y la penitencia. Hasta 1593 sólo cuentan los biógrafos algunos casos maravillosos. Profetiza longevidad a un indio agonizante, verificándose la profecía que había sido comunicada al padre Jerónimo Rodríguez; extiende su bordón de peregrino hacia otro indio, disforme, que andaba centenares de leguas a la manera de los cuadrumanos, y en seguida el lisiado camina en forma humana, con los ojos levantados hacia el cielo; en fin, por la única virtud de su gesto, lanza a las aguas una desmesurada canoa, que la fuerza de varios hércules no consiguiera mover.

Lejos, seducidos por el demonio, los cristianos de Piratininga extraían escasamente oro de los primeros yacimientos abiertos en la serranía.

La ilusión que alentara las expediciones de Tourinho y Adorno que descubrió en los sertones de Bahía, producía, en lugar de esmeraldas y zafiros, apenas turmalinas verdes y azules; el espejismo del *Grypho dourado, urca flamenca* a la cual Gabriel Soares llevó algunos centenares de hombres a la conquista de las minas, terminó con la lúgubre muerte del capitán en las fuentes del Paraguassú. Pero la industria del azúcar brasileño ya exportaba tres millones de arrobas por año; el monopolio del palobrasil daba cerca de 200 mil cruzados a la corona; florecía el cultivo del algodón y del tabaco; aumentaban los rebaños; la pesca era grande. Y el corso de los herejes ingleses que antes dejaba abrasadas las colonias marítimas venía a estrellarse ahora, impotente, contra el fuerte de entrada de la bahía de Espíritu Santo.

José de Anchieta rezaba por la suerte del Brasil católico y trabajador, como rezara entre los cerros de Iperuig por el Gran Palma, que le pedía longevidad y abundancia.

Capítulo II

DE TAL MAESTRO TAL DISCIPULO

Anchieta superior de la casa del Espíritu Santo. — Pobreza y perfección. — Un discípulo inglés del taumaturgo. — Nuevos Milagros. — Rimas de un profeta.

En 1593 andaba José de Anchieta en misiones con el padre Juan Fernández en los alrededores de su aldea, cuando lo hizo llamar el superior de la casa de Espíritu Santo para que fuese a la villa. Presintiendo en esa invitación la imposición de mayores trabajos, el apóstol dijo al compañero:

—Padre Juan, ¿sabe de qué se trata? Me llaman para superior. Vea Vuestra Reverencia en qué estado.

Esa era en realidad la orden del provincial Beliarte, *por el servicio de Dios y bien de la Compañía.* Envejecido y desgastado, José obedeció. Era un cargo muy pesado para su debilidad... El gobierno de la casa de Espíritu Santo abarcaba entonces cuatro aldeas —Reritigbá, Guarapari, San Juan y Reis—, adonde había millares de indios congregados por la catequesis. Pero la fuerza espiritual reanimaba todavía en el cuerpo vacilante y enfermo de Anchieta, resurgía en medio de la invalidez.

Se le doblaban las rodillas a cada paso, cada día le deparaba nuevos sufrimientos. Para que no quedasen privados de doctrina y de consuelo los indígenas de cuatro aldeas lejanas, aunque le disgustaba como viejo caminante de las selvas, consintió en que lo llevasen en hamaca por los sertones. Si le preguntaban los fieles o los hermanos:

—¿Por qué no vais a caballo?

Contestaba jovialmente, aludiendo a su deformidad:

—¿Qué os parece el efecto de mis espaldas, yendo yo a caballo?

Siendo el Superior de la casa de Espíritu Santo, era el más afable, el más paciente, el mejor de los religiosos para los her-

manos o para las ovejas, tan olvidado de sí mismo en las peores enfermedades como dedicado al lado de otros enfermos. Puesto que vivir ya le era sufrir, maltrataba constantemente el cuerpo dolorido con abstinencias, vigilias, flagelaciones, cilicios. Poseedor de una veste desgastada y remendada, no se desvestía por la noche para dormir. No usaba sábanas ni frazadas. Escritor, no poseía una pluma siquiera para anotar sus apuntes, solía pedir una prestada a los súbditos de la casa. En su cubículo desguarnecido pero nunca desolado, no había más que un jarro de agua, el breviario, instrumentos de flagelación y algunos trapos inservibles; entre los compañeros, en el refectorio, dialogaba mentalmente con Dios de igual forma que en la penumbra de un huerto o de una celda.

Más que nunca brillaba el alma perfecta, sumisa a la regla, exaltada dentro de aquella obediencia, tal como se transparenta en la carta que escribió en 1591 a Francisco de Escalante. Nada significan los largos coloquios con la divinidad sin la voluntaria sujeción moral, la disciplina del religioso obediente, que se hace obrero o labrador. El trabajo reza por él. Dios convierte en suave ejercicio de oraciones la áspera labor de sus manos callosas.

Así eran glorificados los trabajadores por Anchieta y la pobreza del sacerdote debería ser, pensaba él, como la indiferencia escultural del mármol que se deja, insensible, recubrir o despojar de vestes efímeras. Modelo espiritual para la humanidad, José se consideraba el más vil, el más pecador, el más ignorante de los hombres. Al firmar sus cartas evitaba el apellido hidalgo de Anchieta y escribía humildemente «pobre e inútil José». Rogaba a los hermanos de rodillas, que le acusasen de sus culpas, le diesen penitencias. Al cruzarse con alguno en los corredores, bajaba los ojos, se encogía dentro del hábito, pegado a la pared. Tanto los elogios de los grandes de la tierra —gobernadores, obispos, generales—, como la fanática reverencia de los pobres y los simples, todos los honores de este mundo eran cosas vanas para Anchieta. No le agradaba que se le atribuyese el don excelso de la profecía y replicaba a los indiscretos:

—Buenas son estas espaldas para que lanzéis sobre ellas cosas tan grandes; andad, andad, que no sabéis quién soy.

Por excepción se irritó cierta vez el santo contra un vecino cuya casa en construcción cerraba el horizonte a las ventanas de la casa de los jesuítas. El secular egoísmo de la propiedad privaba así de la última visión del cielo. Se exasperó. Pero en seguida se arrepintió y pidió disculpas. Tuvo tal satisfacción con ello el vecino, refirió un biógrafo, que, siendo poco antes irreligioso y desafecto a la Orden vino a ponerse a los pies de Anchieta en confesión, haciéndose amigo y devoto de la Compañía. No se le conoce otro momento de enojo en todo el resto de sus días.

En ese mismo año de 1593, salió del colegio de Bahía y fué a servir en la casa de Espíritu Santo con su maestro Anchieta, el novicio Juan de Almeida, que naciera en Londres y venía destinado a la gloria de rivalizar con el profeta Ezequiel. Narrado por Simón de Vasconcellos, fué su caso el más violento en mortificaciones y misticismo de los que ocurrieron en el Brasil, y sorprendió por sus refinamientos a los mismos ignacianos. Porquerizo, veterinario, hortelano, barrendero de los corredores, ayudante de cocina y lavador de platos, Juan de Almeida, se hizo el más vil esclavo de sus hermanos. Bajo los atados de leña, los fardos que llevaba a cuestas por destino y por deleite, se consideraba jovialmente un asno. Quería ser para la Orden, para los trabajos jesuíticos un simple animal de carga. «...porque el concepto que tenía de sí mismo era el de un jumento —escribe Simón de Vasconcellos— y así se llamó por toda su vida.» En el delirio de la penitencia hería a golpes de tijeras las partes más sensibles del cuerpo. En el vértigo de su espiritualismo desafiaba hasta la repulsión por las cosas inmundas. Siendo veterinario y como le repugnase tratar la llaga cancerosa de un animal ¿qué hizo Juan de Almeida? Cierto día, según la narración del cronista de la Orden: «...reunió varias veces la materia y los bichos malolientes que de ella sacaba y los metió en la boca, y los llevó al vientre con valor...»

Tal fué el asombroso discípulo de Anchieta. De éste aprendió el comedor de gusanos, acentúa el cronista, la pureza del ángel sobre la rebeldía de la carne macerada; el arte de amar

a Dios, que alcanza a hacer del corazón un tabernáculo; el arte más complejo y más difícil de amar al prójimo; el espíritu de profecía; el don celestial de los milagros. Y así concluye Simón de Vasconcellos: «...quien lea la leyenda de este venerable aprendiz, verá en ella un retrato de las maravillas de su Maestro José.»

* * *

Son incontables los milagros con que se adornó la leyenda de Anchieta en el período correspondiente a su primer superiorato de la casa de Espíritu Santo. José prevé los sucesos ocultos, adivina el paradero de los objetos perdidos, anuncia trabajos y tormentos, revela los pecados y yerros más secretos, avisa al portero, saliendo bruscamente de su cubículo, que un homicida en fuga le golpea a la puerta, alcanza el favor divino de lluvias torrenciales en plena sequía, extingue los dolores con su bendición, da voz a un mudo en las fiestas de la aldea de San Juan, consigue mover, tocándola solamente dos veces, la piedra del ingenio de Miguel de Azevedo, enorme losa que desafiara el vigor de toda la gente de los alrededores, hace sonar la alarma contra los herejes y corsarios franceses que se avecinaban a la entrada del puerto, invisibles en la bruma. Fueron realmente notables sus predicciones durante la guerra declarada por los colonos de Espíritu Santo a los goiatacazes, antropófagos colosales, inexpugnables en sus chozas lacustres. Se hacían más frecuentes las contemplaciones y los éxtasis del santo. Las aves le obedecían al gesto y a la palabra, desde el tuim que lo festejaba en el púlpito, hasta la golondrina que le revoloteaba sobre los hombros. Atraída y amaestrada por él, cierta mona bravía ya no volvió a los bosques del ingenio de Miguel de Azevedo. Se contaba también que lo seguían por todas partes dos guacamayos, como dos vistosos pajes alados.

* * *

Casi vencido por los achaques y fatigas de la edad, Anchieta renunció al gobierno de la casa de Espíritu Santo y se

recogió otra vez a su ermita. Camino de la aldea se irguió en la oscilante hamaca en que lo llevaban cuatro indios y caminó de nuevo ágilmente como en los tiempos de su mocedad, a la luz del sol, por los meandros de las cerradas breñas. Pero la antigua savia se estancaba y los males recrudecieron, inexorables. Agravada por trabajos y cilicios, la enfermedad lo inmovilizó en la cabaña de Reritigbá, donde el padre Jerónimo Rodríguez dejara cierto día un fragmento de espejo. Examinando en él su rostro arrugado y oscurecido, observó sin embargo Anchieta el contraste que ofrecía el rubor del labio. Como entrase en ese momento su amigo, el poeta le recitó la famosa décima, improvisando con alegría:

Padre Jerónimo,
Vime ahora en este espejo,
Y empecé a decir:
Giboso, toma buen consejo,
Y hace buena preparación
Porque temprano haz de morir.
Pero, al ver a la vez
El labio un poco rojizo
Dije: flaco estás y viejo,
Pero puede ser, si Dios quiere,
Que vivas para consejo.

Poco tiempo después, José de Anchieta fué realmente nombrado admonitor de la casa de Espíritu Santo.

Capítulo III

BIOGRAFIA DEL FUNDADOR MANUEL DE NOBREGA

Apuntes del cronista y biógrafo. — Manuel de Nóbrega, el Fundador. — Vida en Portugal; viaje a Brasil. — Acción religiosa y social de Nóbrega. — Catolicismo y nacionalismo. — El apóstol severo. — Celo y santidad. — Frases indelebles. — El místico.

En su cubículo de Reritigbá, si la enfermedad, el trabajo y la oración le dejaban algunos momentos libres, Anchieta escribía apuntes sobre la historia de la Orden y la vida de los primeros jesuítas mandados al Brasil (170). Se refieren a ese manuscrito seguramente largo y rico en informaciones, tres autores ignacianos: Pedro Roiz, Simón de Vasconcellos y Annio Franco, citando impresiones o extractos. Se sirvieron de él ampliamente los dos últimos en los cuadros de sus apologías. Desconocemos su paradero, pero de la galería evocada por Anchieta conservamos todavía nombres y trazos que nos permiten revivir figuras íntimamente unidas bajo el prestigio de una misma evocación.

* * *

Los primeros jesuítas son los telamones de la Iglesia del Brasil, hombres-columnas, moldeados por Dios en la piedra evangélica de la imperecedera fundación. El mayor de esos gigantes espirituales es Manuel de Nóbrega, y todos juntos componen una misma unidad escultural en el plano de las catequesis, en el bloque de la Compañía de Jesús. «Primero que todo —escribió Nabuco en 1897— ¿cómo separar Anchieta de Nóbrega? ¿Podéis comprender al uno sin el otro, ver al joven hermano sin que el Fundador se muestre a su lado?'

Hijo de un juez, sobrino del canciller mayor del reino, el héroe de la catequesis americana vino al mundo, para fecundarlo con su espiritualidad, el 28 de octubre de 1517. Estu-

diante de humanidades en Coimbra, de leyes canónicas en Salamanca, finalizó en la primera de esas escuelas, donde ya se hiciera notable, el curso de teología. Siendo presbítero, concurrió a la vacante de una beca, pero el favoritismo suplantó el merecimiento, arrebatándole la sede universitaria.

Sin esa decepción, Nóbrega habría sido simplemente un canónigo pacato y erudito. El dolor de la victoria mutilada en pleno vuelo le rasgó el camino estelar hacia la santidad. Al entrar en la Compañía de Jesús a los veinte y cinco años, desilusionado de la vida, renunció a todos los bienes materiales y a todos los honores eclesiásticos, hízose mendicante y misionero.

Por aldeas y villas predicaba tenazmente, tartamudeando, a los campesinos, y el esfuerzo por vencer el tartamudeo provocaba la ternura de unos, la mofa de otros. Pero el padre tartamudo, como lo llamaban, era imperturbable. Con su bordón, su breviario, sus andrajos, iba de puerta en puerta, a mendigar, a aconsejar, a convertir. Viajando por las carreteras cubiertas de nieve o batidas del sol, llegaba muchas veces hasta los límites de Galicia o de Castilla.

En esas peregrinaciones entre Portugal y España, lidiaba el jesuíta por la salvación de los condenados a muerte, de las pecadoras atormentadas por íncubos, de las posesas, que habían sido amantes de clérigos hundidos en la concupiscencia. Abrasado por el amor al prójimo, tomaba sobre sí frente a Dios, los pecados ajenos. Y evangélicamente padecía la rudeza de los malos, la injuria de los violentos, el desprecio de los blasfemadores, la patada de los obscenos, la mirada chocarrera de los plebeyos, la risotada de las gallegas en la plaza pública, imitando su tartamudeo.

* * *

En 1549, oponiéndose el rey y el pueblo de Lisboa al embarque del padre maestro Simón Rodríguez, para el Brasil, vino en su lugar Manuel Nóbrega, como superior de la primera misión.

En el mismo día de la llegada, subiendo a la cumbre de un cerro, desde donde sólo se vislumbraban estancias indíge-

nas, chozas incontables en el espesor de la arboleda, viviendas de salvajes hasta los límites del horizonte, Nóbrega sintió la enormidad apostólica de la obra ignaciana. Pero no le intimidaba el corazón, aún mayor, la grandeza continental de Pindorama. El misionero exultó, el evangelista dió comienzo a la tarea.

Planeaba una guerra de cien años, o quizás más, sumando las fuerzas jesuíticas, reviendo los objetivos católicos. Por un lado, era necesario combatir el abandono de los sacerdotes (171), la poligamia de los blancos (172), los embustes y la crudeza de los salteadores de esclavos, la inercia religiosa de los viejos cristianos; por otro lado, venciendo por la doctrina y por el amor al caníbal, someterlo al imperio de la Iglesia y de la Ley.

Reforzado por el apoyo de los padres y hermanos llegados en 1550, el jesuíta organizó dos falanges: una para la instrucción del indígena, otra para socorrer al blanco y a su prole. Desde el primero hasta el último día del apostolado, se irguió el fundador de la Nueva Iglesia, frente a los poderes del cielo y de la tierra, denunciando abominaciones y escándalos. Reprochaba con vehemencia a los clericales disolutos la corrupción de la obra iniciada por manos fuertes y puras (173). Entre los colonos, la tartamudeante ira de sus maldiciones llenaba de terror el alma de los incrédulos, de los blasfemadores, de los sensuales, de los traficantes. Reprendiendo a los hombres, prohibiendo lo que más estimaban, opinando contra lo que más ambicionaban, era odiado y perseguido. No se hacía ilusiones sobre las pasiones suscitadas por la intransigencia apostólica. Decía: «Si habré de ser mártir, lo seré a manos de nuestros portugueses cristianos, y no de los Brasís.» Los enemigos premeditaban su muerte, sin que las maquinaciones que planeaban, generalmente conocidas y rumoreadas, le perturbasen siquiera levemente el coraje. Enfrentándolos impávido, clamaba el primer abolicionista del Brasil a Estacio de Sá y a los tripulantes de la armada que habría de conquistar Guanabara a los franceses: «Si ahora se tomasen siete de estos ladrones que vienen destruyendo a los pobres indios de Bahía y de toda la costa y se los ahorcase,

Nuestro Señor se aplacaría y se mostraría favorable a lo que pretendemos (174). Todo el arrebatamiento del alma evangelizadora de Nóbrega está en estas palabras, en que la idea del holocausto, común a todas las religiones, asume una forma represiva y justiciera. La divinidad, como la sociedad, no quiere víctimas inocentes, sino pecadoras.

Su supremo ideal era la incorporación del indígena al catolicismo y al lusitanismo. Exhortaba en su correspondencia a los hermanos de Portugal a que viniesen para la fundación de la nueva Jerusalén. Administrador lleno de cautela, conservó tanto el ganado perteneciente a la Orden, aún en momentos de extrema necesidad, que pudo multiplicar los rebaños y atender al abastecimiento de los futuros colegios de Bahía y Río. Preveía al Brasil rápidamente cristianizado por numerosas misiones. Mientras no llegaban éstas, sin embargo, algunas fuerzas espirituales, por él comandadas, en un indecible esfuerzo, traspasaban montañas, y nunca fué más inventivo el genio de la acción, más creadora la fe, más pródigo de resultados el heroísmo.

* * *

Las dos incógnitas de la selva y del hombre preocupaban a Manuel de Nóbrega. ¿Cómo dominar el idioma brasileño, que él ignoraba, y aplacar al salvaje, al que los portugueses, comprando, vendiendo, traicionando, habían exasperado? A costa de cariños y dádivas, paternalmente, Nóbrega comenzó por domesticar a los hijos menores de los indios. Así fué cómo los jesuítas, enseñándoles el alfabeto y el catecismo, aprendieron con ellos la lengua general y, por su intermedio, llegaron hasta la comprensión de los nativos. Curioso diálogo escolar. El padre tartamudo, al reunir a los primeros neófitos ignorantes, regimentaba también a los primeros novicios militantes de la Orden.

Más de una vez hizo irrupción su heroicidad, apoyada en la de sus compañeros, en la aldea de los caníbales en fiesta, y arrancó a las viejas sanguinarias, cocineras de carne humana, el cuerpo destinado al banquete, exponiendo la suerte de una ciudad al furor de una tribu. En pleno patio indio, el doctor

laureado en cánones luchaba contra los *pagés,* sacerdotes de maraca y hechizo, obligándolos a morder el polvo, achatados bajo la aplastante verdad. Sabía perfectamente que, entre seres semejantes, misionar es magnetizar con el poder de la voluntad, o ser aniquilado por su fiereza.

Tenía la cólera fácil, pero pronta la caridad, y en el nauseabundo horror de la viruela, transmitida por los blancos a los indios, pasaba días enteros sangrando a los enfermos, sobrándole todavía energías para confundir a los malignos *pagés* que atribuían todos los males al abandono de las tradiciones y a la influencia del agua bautismal. Era su vida un incesante viajar por las capitanías, por los desparramados núcleos de la catequesis. Iba y venía de Pernambuco a San Vicente, por Ilhéos, Porto Seguro, Villa Nova do Espíritu Santo, como si fuese de una a otra celda dentro del monasterio. En las tierras de Duarte Coelho mandó enseñar la doctrina, por intérpretes, a cien cahetés adolescentes, que fueron más tarde cien catequistas. En Bahía edificó un seminario, persuadió al gobernador Mem de Sá, entre los murmullos hostiles de la colonia, a someter al canibalismo, prohibir las guerras injustas, congregar a los tupinambás en cuatro poderosas aldeas cristianas. Promovió la fundación religiosa de San Vicente, confiada al padre Leonardo Nunes, y la de Espíritu Santo, encargada al padre Alfonso Braz. En 1553, en la primera de esas capitanías, organizó la cofradía del Niño Jesús, en la cual fraternizarían los huérfanos de los colonos y los hijos de los indios o aun de los blancos errantes por el sertón y hundidos en el salvajismo, aprendiendo éstos el portugués y aquéllos el guaraní. En ese año, en el mismo San Vicente, venció cuarenta leguas de sertón a pie, con su bordón, valle arriba, llegando hasta la lejana aldea de Manicoba o Japiuba, y levantó ahí un santuario, piadosa atalaya del oeste, en busca de la cual morirían, bajo los flechazos y golpes de clava de los tupíes, varios bandos de carijóes. Manuel de Nóbrega, cuya fama se extendiera más allá de nuestros límites, era llamado entre los paraguayos, Marcaclué, el hombre santo.

* * *

Con el título de superior en 1549, con el de viceprovincial

desde 1550 en adelante, Nóbrega comandaba las operaciones de la catequesis. Y, al fundar después Loyola la provincia jesuítica del Brasil, fué nombrado provincial, ascendiendo a la solemne profesión de los cuatro votos, el más alto grado de la Compañía. No solamente durante el provincialato, sino hasta la víspera de su muerte en el colegio de Río, el santo hombre conserva en el Brasil naciente un poder espiritual que se extiende desde los asuntos domésticos hasta los negocios políticos. Es consejero de los gobernadores y capitanes mayores; confidente del rey don Juan III, de la reina Catalina, del cardenal-infante don Enrique; árbitro de las riñas coloniales; defensor perpetuo de los indios.

En su cronología resplandecen las obras y las ideas. Ya en 1549 el misionero escribe al soberano, evidenciando el sentimiento de la unidad brasileña en contraposición al espíritu feudal y separatista: «... la jurisdicción de toda la costa debería pertenecer a V. A.» (175). En 1554 inaugura la casa de Piratininga, origen cristiano de la *urbs* magna, San Pablo. En 1558 fija en aldeas a los indios de Bahía, demostrando con ello la fuerza doctrinal y civilizadora de su sistema. Enemigo de protestantes y forasteros, aconseja en 1560 al gobernador Mem de Sá, en oposición a los pareceres oficiales, la expulsión de los franceses de Guanabara y, a pesar de sus sufrimientos y de su debilidad, que las hemoptisis agravan (176), va con él a Río, prosigue después hasta San Vicente, desde donde le manda refuerzos. En 1563, al verse amenazado el dominio portugués por la confederación de los tamoyos, decide acompañar a Anchieta a Iperuig y consigue establecer la paz con los indígenas. Entre 1564 y 1567 es el verdadero autor espiritual de la fundación de Río de Janeiro. Acoge, abastece, fortifica y reanima a la segunda escuadra portuguesa, cuyos tripulantes lo denominan *padre de los necesitados,* tan poderosa es su ayuda, no obstante la vejez y el agotamiento. El valor de Nóbrega, enfermo, daba coraje a los mismos cabos de guerra. Vacilante en medio de la indecisión general de los habitantes de San Vicente y de los marinos de la armada, temiendo medirse con el poderío francés, le dijo Estacio de Sá en la víspera de salir para Río;

—Padre, ¿qué cuentas rendiré a Dios y al rey si se pierde todo este armamento?

—Señor —contestó con calma el jesuíta—, de todo rendiré yo cuentas a Dios, y, si fuere necesario, iré también al rey a responder por vos (177).

En esta mentalidad unitaria, fundamentalmente portuguesa, el nacionalismo parece derivar del mismo catolicismo.

* * *

Su espíritu de mortificación y obediencia rivalizaba con su heroicidad. Inexorable consigo mismo, también lo era en el trato con los súbditos, frente a la Iglesia y a la Orden. En Bahía hizo pregonar en remate público, por el misionero Vicente Rodríguez, al padre Manual de Paiva, sacerdote de alto linaje, para experimentarle el alma cristiana: solamente al último minuto, poco antes del lance definitivo, explicó al gobernador que la venta era simulada, para someter al religioso a la más dura de las pruebas. En San Vicente impuso a un mameluco desviado, alumno de la Compañía, el castigo romano (178), que se infligía a las vestales mancilladas. Sería enterrado vivo, al redoblar las campanas, después del oficio de difuntos, por haber manchado en su recogimiento la pureza de la Orden. Acudieron a la ceremonia los fieles portugueses y los indios. Celebrada la misa de cuerpo presente, el pecador, amortajado, bajó a la tumba abierta en el mismo templo. Una a una, lenta, sordamente, rodaban las paladas de tierra sobre el cuerpo envuelto en el sudario, cuando el hermano Pedro Corrêa cayó a los pies de Manuel de Nóbrega, invocando su misericordia. Era un lance teatral, combinado entre los dos. Gimiendo y rogando, los fieles acompañaron las súplicas del hermano. Nóbrega cedió. El pecador fué retirado de la tumba por los sepultureros, y despedido de la Compañía. De ahí en adelante vagó por los caminos de San Vicente como un espectro y un ejemplo, bajo el apodo de Fulano de la Tumba.

* * *

De cuando en cuando sufrían los hermanos el peso de su autoridad inflexible. A uno le ordenó el mestre que fuese por

las calles de la ciudad, en traje de penitente, azotándose las espaldas; a otro, que se dejase rodar por un despeñadero; a otro, que se tragase un vaso lleno de aceite hasta el borde. Obedecían todos, aun en la enfermedad, aun en la agonía, si daba él orden para evitar la enfermedad o la muerte (179).

En la aspereza y la obstinación, en la impetuosa vehemencia de los gestos y gritos, en la atronadora ira contra los pecados mortales, Nóbrega volvía a las épocas bíblicas, a la ascendencia profética de Elías, Isaías o Juan Bautista, amenazadoras figuras de voces retumbantes. Si la concupiscencia de un sacerdote lo escandaliza, corre con sus anatemas a la puerta de la casa impura y grita a la ciudad entera que allí están crucificando a Jesús. Si un marinero, al desplegar la vela al barco, graceja con el poder de San Lorenzo en las tormentas, él exclama, de rodillas: «Bendito seas, Señor San Lorenzo; rogad a Dios que no nos castigue por las blasfemias que dijo contra vos ese mal hombre.» Y no hubo más riguroso anacoreta. Su implacable castidad lacerante le recortaba la espalda a latigazos, con asombro de los *pagés*. Según el cronista de la Orden, su amor a la pobreza no le consentía como ajuar más que un breviario, un rosario, un bastón, la disciplina, el cilicio, la vieja sotana, unas alpargatas de cuero o unas botas embarradas y raídas, cuando no iba descalzo. La hierba de los campos y la harina de los indios eran su alimento.

En el colegio de Bahía, durante las visitas del gobernador, llevaba un pañuelo atado al cuello, resguardándole la desnudez, porque no poseía camisa, y llamaba a este resguardo, jovialmente, su hipocresía. A veces, dice un biógrafo, no aguantando el peso de la sotana y no queriendo que lo llevaran a cuestas, iba sin ella (180).

* * *

En Bahía envía a la catequesis a todos los demás Padres y decide hacer solo todo el servicio de dos templos. En San Vicente se desempeña solo en todos los ministerios, corriendo de una a otra aldea. La tartamudez, trabándole penosamente la lengua, duplícale el tiempo de las misas y de los sermones (181). Tartamudo, tambaleante, oficia, predica, confiesa,

mantiene en el culto divino la posible solemnidad de coros y alhajas. Penetra en las selvas con música, en procesiones, alzando la cruz victoriosa, y el canto de las letanías, entonado por los catecúmenos, atrae dulcemente al cristianismo el alma bravía de los salvajes (182).

Su humildad y caridad igualaban su fervor ritualista. Provincial, gobernando rígidamente su provincia, Nóbrega quería, sin embargo, tener dos confesores: un sacerdote que lo absolviese y un hermano que lo advirtiese. Oía la palabra de su colateral en el gobierno, Luis de Gram, como si fuese la del patriarca Ignacio de Loyola. No desdeñaba siquiera el más obscuro juicio. Inclinándose frente a la voluntad de sus superiores, desistía de empresas ya iniciadas, revocaba órdenes ya expedidas. Oraba por los enemigos, al saber o suponer que habían muerto; hostigado por la tormenta de una horrible noche, impulsaba al compañero hasta la puerta de su desafecto: «Id vos adelante y decidle que estoy aquí y que haga él lo que quiera.» Ganábales con esa intrepidez el corazón empedernido o ensañado por el odio. Sus pasos se encaminaban hacia los sitios de mayor sufrimiento: hospitales y cárceles.

* * *

Tan expresivas como sus obras son las frases de Manuel de Nóbrega. Citaremos una que evidencia la magnífica intransigencia contra los tunantes cuando se buscaba remediarles la fortuna, vendiendo los servicios de los aborígenes en lugar de sus personas, capciosa distinción de algunos letrados regionales. «A Dios plazca que por así remediar a los hombres, no nos vayamos con ellos al infierno.» En otra perpetúa el espíritu de mortificación; la escribió en latín y se refiere a la elección del grado de profeso o coadjutor: «Quisiera yo, no sabiendo querer fuese lo que fuese, en todo querer a Cristo, y a este crucificado» (183). Otra condensa toda la pureza de un voto inflexible y de una vida sin temores: «Malaventurado será aquél por quien se quiebre el sello virginal de la Compañía.» Otra, inspirada en el recelo de la muerte de Anchieta, rehén de los tamoyos, en Iperuig, manifiesta el fervoroso deseo del sacrificio: «¡Ah, mi hermano, que os dejé solo entre ene-

migos y no fuí merecedor de morir con vos por amor de Cristo.»

Este severo apóstol, adepto en los colegios y aldeas del régimen del látigo y del ayuno para los niños (184), algunas veces por disciplina y otras por devoción, poseía el don perenne de las lágrimas, una abundante sensibilidad que se deshacía en llanto en los actos religiosos, al recordar los afectos idos, al compartir los dolores ajenos, en el encantamiento de las horas musicales (185). Sentía, como José de Anchieta, la belleza de nuestros paisajes, de nuestros cerros, expresando su admiración en analogías graciosas y originales: «Las colinas parecen grandes jardines y huertos, que no me acuerdo haber visto paño de raso tan lindo.» Cuando expiró, a los cincuenta y tres años, estaba tan agotado y consumido por su cruz, por su labor, que parecía contar setenta de combates y amarguras. En la antevíspera de su muerte se despidió de toda la ciudad, contestando a los que indagaban, sorprendidos, hacia donde partía: «Para el cielo, nuestra patria.»

Lidió como un justo, vivió como un santo. La santidad le abrevió los días para más rápidamente inmortalizarlo en la gloria, en la constelación erguida por la fe sobre los orígenes del Brasil.

Capítulo IV

OTROS ATLANTES Y FORJADORES DE LA FE EN EL BRASIL

Galería de santos: Leonardo Numes, la fe invicta; Aspilcueta Navarro, la imaginación; Luis de Giram, la sabiduría; Pedro Correa, la elocuencia; Juan de Souza, la humildad; Domingos Pecorela, la inocencia; Salvador Rodríguez, la sumisión; Francisco Pires y Diego Jacome, la candidez; Antonio Rodríguez, la predestinación; Mateo Nogueira, soldado y herrero, síntesis plebeya de la Orden.

Alrededor de Nóbrega, sosteniendo el mismo edificio, se perfilan otros atlantes, cuyas figuras modeló Anchieta.

El primero es el padre volador (186) Leonardo Nunes, cuya celeridad por montañas y breñas creaba entre los indígenas la vívida ilusión del vuelo. Fundador espiritual de San Vicente, en 1549, reprime en seguida la impiedad y la sensualidad que manchan la capitanía. Reanima la fe en las almas que viven en las tinieblas; purifica o disuelve las alianzas inconfesables. Predicador y celebrante, exhorta al padre de los mamelucos, Juan Ramalho, polígamo facineroso y excomulgado, a que salga de la Iglesia, donde su presencia constituye una profanación. Munido de poderes por el gobernador, se rebela contra el injusto cautiverio de los indios y consigue que varios habitantes los liberen. Y su coraje desafía desde el púlpito, con sus anatemas, el erotismo, la ambición, la dureza de alma de los viejos colonos o de los nuevos mestizos.

Tamoyos y tupíes, brutos hermanos por los cuales viniera desde tan lejos el misionero, vagaban por las sierras brumosas y distantes... ¿Cómo traerlos desde las abruptas montañas y las cavernas hacia el Evangelio que se sembraba a la orilla del mar? Leonardo Nunes convierte a su causa y arrebata en su vuelo a dos hombres importantes —el elocuente Pedro Correa y el valeroso Manuel Chaves, eximios conocedores del tupí-guaraní, que se hacen novicios e intérpretes de la Orden. Estos hombres traducen el catecismo para los salvajes y propagan en

las selvas la enseñanza de Jesús. Incorpóranse a la Compañía algunos jóvenes mestizos y, en poco tiempo, bajo el techo del seminario, los huérfanos venidos de Portugal tienen como fraternales condiscípulos a los hijos de los indios, entregados por sus padres a los jesuítas y que con ellos han venido hasta la orilla del océano para recibir la luz del Evangelio.

Si era grande la fe de los misioneros, su casa, empero, era pobre, más pobre aún que la tierra inculta de los colonos. Las limosnas no cubrían las necesidades del sustento. Pero Leonardo Nunes, reuniendo el santuario y el taller, hizo de la casa de Dios una escuela profesional, del religioso, un obrero. Era la ley de la vida en San Pablo. Este, herrero incansable, martillea la candente bigornia, encorvando anzuelos, refundiendo piezas, golpeando cuñas y cuchillos. Aquél, que nunca fué aprendiz en oficios mecánicos, se ingenió en la creación de un torno de pie, donde torneaba como un diestro artífice, incesante, incansablemente, rosarios y coronas de madera. Otros hermanos tejían alpargatas de caraguatás. Uno, que después fué sacerdote, era carpintero por instinto, cepillaba por vocación, habiendo erigido hermosos altares, sólidas iglesias. En la risueña pobreza de la comunidad primitiva, tejedores y albañiles, maestros de la fragua y del torno, trabajaban con la misma alegría en San Vicente que en Piratininga, ritmando el esfuerzo con la cadencia de los himnos sacros.

Hasta 1554, año de su muerte, el apóstol de San Vicente (187) padeció con resignación la maledicencia de los injustos, la mezquindad de los ingratos. Dos veces, pecadores advertidos por él decidieron matarlo; dos veces, arrodillado, el siervo de Dios esperó tranquilamente los golpes que sólo por milagro no lo abatieron. Cruzando serranías, su valor pudo restituir a los colonos sus esposas raptadas por los tamoyos, y su caridad, salvar en la isla de los Patos, a cien leguas de San Vicente, a un grupo de náufragos castellanos amenazados por los carijóes. Elegido a mediados de 1554 para informar al padre general sobre las cosas de la provincia, Leonardo Nunes se alejó del Brasil. Había llegado su hora. Con los destrozos de la nave perdida en el Mar de las Tinieblas desapareció el volador, alzando el crucifijo en una mano, sosteniendo en la

otra la disciplina, y exhalando el alma en un reclamo a la misericordia infinita: *Miserere mei Deus.*

* * *

Otro gigante de la Compañía, rama de la casa Aspilcueta, nobilísima estirpe del reino de Navarra, que los genealogistas emparentan con la familia de Loyola, fundador de la Orden, y la de Francisco Javier, apóstol del Oriente, fué el padre Juan Aspilcueta Navarro.

Fué el primero en aprender la lengua de los indios, traduciendo para uso de ellos oraciones y diálogos piadosos; fué quien más enfrentó la saña de los alarbes, robándoles el cuerpo de las víctimas para darles sepultura cristiana. Conmovidas por su elocuencia, las mismas viejas, sedientas de sangre, abandonaban el cadáver, ya dividido, en medio de la taba, en porciones de carne violácea.

En Aspilcueta se armonizaban en forma espontánea el fervor, la imaginación y la astucia. En la catequesis del indígena, que su inventiva mucho amplió, veían los contemporáneos un torfeo más de su linaje (188). Audaz y fecunda, la inteligencia apostólica del padre renueva los ardides contra el enemigo. Si la barbarie le prohibe, amenazadora, que bautice la presa humana, consigue bautizarla secretamente, en medio del horror de la fiesta canibalesca, llevando bajo la sotana un pañuelo goteante de agua. Si la degradación de los aborígenes avergüenza a la tierra y desafía al cielo, él viste la bolsa del penitente, y se flagela frente a las tribus, de aldea en aldea, sangrando por los salvajes en el acto expiatorio, hasta que éstos prometen, conmovidos y arrepentidos, no volver a pecar. Si la mímica de los hechiceros impresiona al indígena, él intenta apropiársela para la enseñanza de la ley cristiana, desarrollando su prestigio como instrumento religioso. Por las noches, en el patio de las *ocas,* haciendo visajes, distendiendo las manos, silbando, pisando y repisando a la manera de los *pagés,* Aspilcueta Navarro anunciaba el reino de Dios a los caníbales (189).

Para ablandar y convertir a los grandes pecadores, el noble de España se empleaba como siervo, especialmente en ocasiones de enfermedad, soportando las más envilecedoras injurias, el

peso de los mayores fardos, hasta que conseguía atraer nuevas almas a los pies de Jesús. Las flagelaciones de Aspilcueta ensangrentaban las piedras de la ciudad, hasta frente a la puerta del gobernador, y en las aldeas, según cuenta la leyenda, se derrumbaban en cenizas los techos, violentamente incendiados, si se le desoía el consejo. Así, en sangre y fuego, relampaguea en las tinieblas de nuestro primer siglo su gloriosa efigie.

Poco más de cinco años duró en el Brasil la fulguración de esa vida apostólica. Por orden de Nóbrega, a fines de 1553, el padre Navarro se incorporó a la expedición del castellano Bruxa de Espinhoso, que se aventuraba por los sertones de Bahía en busca de oro. «Ellos van a buscar oro —escribe Anchieta— y él (el padre) va a buscar el tesoro de las almas, que en aquellas partes es más copioso. . .» (190). Eran doce los blancos de la expedición, acostumbrados a la lengua de los naturales y al trato de las selvas, e iban acompañados por muchos indios. Viajando por los sertones, año y medio, los expedicionarios vencieron casi trescientas cincuenta leguas, desde Porto Seguro, a través de serranías peñascosas, incontables ríos, llanuras semejantes a huertos, tierras pluviales, sombreadas por corpulentos árboles, los *joazeiros,* siempre jóvenes en el verdor lustroso y eterno de sus hojas. Dormían al relente, bajo las estrellas. Sangraban parados cuando se enfermaban; curaban las heridas con la miel de las abejas; se alimentaban escasamente de agua y harina. Alrededor, una fauna bravía o insidiosa: gatos y puercos monteses, onzas y cascabeles, simios y tapires. Pájaros de todos los colores y de todas las clases, revoloteaban en la verde espesura del follaje. Una que otra vez encontraban una resina oscura y densa que manaba de ciertos troncos y con la cual los sertonistas calafateaban los barcos en la ribera de los ríos. Sintieron a veces, en esas soledades calcinadas, la angustia del hambre y de la sed, vislumbraron por el camino trepando sierra arriba imponentes bloques de mármol, pero no descubrieron en esos infinitos parajes agrestes el oro deseado.

La desilusión del padre Navarro, cazador de almas, fué mayor todavía. En las horribles aldeas de los tapuyas y los catiguçús, naciones extrañas, ávidamente carnívoras, el jesuíta

asistió perplejo a los singulares ritos del maracá, el Amabazorai, la calabaza pintada como una cabeza humana, alrededor de la cual bailaban los indios, con cabezas iguales en la mano, retorciendo la boca espumante, gesticulando como locos, aullando como perros, en la esperanza de que les brotasen en el campo los abastecimientos, sin trabajo, y las flechas por sí mismas fuesen al bosque a cazar a los venados. Melancólicamente el pregonero de la ley divina asistió a desconocidas ceremonias fúnebres que precedían a la matanza de los enemigos. En las puertas de la aldea bañada por el río Monayl levantó una cruz y una capilla y prosiguió por otras aldeas, bautizando, instruyendo a los salvajes, fuerte en su esperanza y en su doctrina. Pero luchaba infructuosamente, porque los salvajes no retenían sus palabras aunque las escuchasen con alegría. Olvidados de todo, al irse el misionero, volvían a las delicias de los vinos y a la fiereza de las guerras. No veía el predicador cómo redimir, cristianizar la tierra de los caníbales sin que la poblasen los cristianos (191).

Axejentado y exangüe, poco sobrevivió Aspilcueta a la fatiga de esa hercúlea jornada. Tan macilento volvió de esos áridos caminos, que pareció a los hermanos la verdadera imagen de la muerte. En 1555, serenamente, se adormeció para siempre el héroe, portaestandarte de la catequesis.

* * *

Así desfilan en los apuntes de Anchieta, una a una, las más bellas y graves figuras de la Compañía. Al volver a verlas, todavía hoy, recordamos los incomparables atributos de la milicia eclesiástica, sangrientamente disciplinada por el triunfo espiritual. La perseverancia, el equilibrio, la ciencia de las cosas divinas en Luis de Gram, rector del colegio de Coimbra, que fué colateral de Nóbrega en su provincialato, en seguida provincial, y como Nóbrega se reveló como un modelo de caridad a través de los ciclones y de las pestes, hierofante del apostolado en la costa y en los sertones, vencedor de herejes y hechiceros, convirtiendo a millares de almas paganas, orientando el nomadismo de las tribus hacia las aldeas cristianas, edificadas en su itinerario. La elocuencia en Pedro Correa, primer novicio del Brasil, antiguo cazador de indios, que llegó a

ser la boca de oro de la Orden, predicando a los indios largamente, todas las noches, bajo las estrellas, y que fué el encantamiento de las hordas sanguinarias, antes de ser, por el martirio, el de las huestes celestiales. La humildad en Juan de Sousa, mártir, como Pedro Correa, y dedicado a los más bajos menesteres para aniquilar las vanidades del mundo en el silencio de la más humilde perfección. La impavidez y la resignación en el padre Manuel de Paiva, que se dejaba pregonar por las calles como un negro de la Orden puesto en venta y, con la misma impasibilidad, siendo un atleta, oía amenazas e injurias y marchaba al combate al frente de los soldados portugueses alzando la cruz bajo una nube de flechas. La inocencia en Domingo Pecorela, siervo de los mismos siervos, hermano del mismo jumento, que él adornaba y conducía, aliviándolo de la mitad de la carga, que llevaba sobre sus propios hombros. La obediencia en el padre Salvador Rodrigues, que no osaba morir porque se lo había prohibido Manuel de Nóbrega al partir para la capitanía de San Vicente, hasta que volviese y se encontrase nuevamente cerca del lecho del moribundo. La candidez en Francisco Pires y Diego Jacome, que murieron angélicamente después de una tormentosa vida, con la sonrisa de la gracia infantil en los labios amoratados por la muerte. El escrúpulo, la suave y heroica diligencia en Gregorio Serrã, padre rector, padre cocinero, maravilla de paz y buena voluntad en los más rudos trabajos, en las más largas enfermedades. La predestinación en Antonio Rodrigues, hombre de armas, que venció a pie doscientas leguas, desde el Río de la Plata a San Vicente, suspirando regresar a Lisboa, y llegado allí, por inspiración del cielo, entró en la Compañía, y subiendo de novicio a padre vivió catorce años multiplicando las hazañas y las glorias de la Orden como doctrinador de fieras y constructor de templos. El implacable dominio de los apetitos rebeldes en Mateo Nogueira, primero, soldado portugués en Africa; después, soldado y herrero en Espíritu Santo, y finalmente introducido en la casa de San Vicente como novicio por Leonardo Nunes.

* * *

Estando ausente Mateo, respirando la muerte en la vio-

lencia de los feroces combates y del clima africano, lo traicionó su mujer, que él, en su piedad cristiana, dejó sobrevivir al pecado. Vino el guerrero al Brasil y terminó su vida edificantemente como religioso, castigando el cuerpo (192) y martillando el hierro. De sus manos callosas pasaban a las de los indios, que lo adoraban por esos milagros de herrero, hachas, cuñas y hoces. Cual otro Vulcano, revelaba Mateo Nogueira el Brasil de la edad del hierro, al Brasil de la edad de la piedra. El herrero-atleta, reverenciado como un ídolo bienhechor, deslumbraba al indígena con su poder siderotécnico, con sus dádivas de hierro, enseñándole el catecismo, atrayendo sus hijos al seminario. Manuel de Nóbrega dijo cierta vez de Mateo Nogueira: «. . . herrero de Jesucristo, quien aunque no predique con palabras, lo hace con obras y martillazos» (193).

Robustamente tallado en una fuerte contextura, consumió la energía de su cuerpo y el ardor de su alma en la fragua, en la devoción, en el cilicio. Venció las tentaciones de la carne a fuerza de azotes y ayunos. En doce años de esfuerzo y penitencia, fundiendo las horas de trabajo y las horas de tormento en esa estrepitosa, resplandeciente obra sideral, Mateo Nogueira aniquiló su fortaleza nativa. Cuando ya no podía mantenerse de pie, y ni aun de rodillas, apoyábase en una especie de muletas durante los ejercicios religiosos y llevaba colgado del cuello un sostenedor para mantener erguidas en las preces sus manos heladas y semimuertas.

Al final, el herrero-espectro, casi extinto, era sencillamente una sombra inerte y dolorosa de una férrea voluntad colectiva, moldeada en varios seres, por la sangre, por el saber, por la jerarquía, pero realizando, invencible, la unidad cristiana de su ideal, desde Ignacio de Azevedo, excelso visitador y mártir, hasta un obscuro hermano Fabiano, desde Gonzalo de Oliveira, el ilustre catequista, hasta Gaspar Lorenzo, el intérprete mestizo; desde Antonio Blásquez, el epistológrafo, hasta Vicente Rodrigues, el hortelano; y tantos otros más, como Simón Gonçalves y Fernán Luis, Antonio Pires y Braz Lourenzo, Manuel Viegas y Manuel Chaves, artífices de la obra maestra de Loyola en el siglo XVI, forjadores de un mismo signo de humanidad, cultura y fe para el Brasil.

Capítulo V.

LA MUERTE CORONO EL FIN DE SU APOSTOLADO

Ultima jornada a Victoria. — El consejero de la casa de Espíritu Santo. — Despedida. — Muerte en Reritigbá. — Funeral. — Glorificación de Anchieta.

José volvió una vez más a Victoria, casi moribundo, obedeciendo a un deseo del superior, aunque los padres de Reritigbá y de Guarapari, que oyeron al enfermo, le desaprobasen el viaje, que suponían fatal.

—Padre Jerónimo —dijo a uno de sus compañeros—, estoy decidido a ir para la villa, porque no quiero dejar a los jóvenes un ejemplo de poca obediencia, y que se diga que, a esta edad, he dejado ejemplo menos bueno.

Como los indios, presintiendo su muerte, llorasen en su despedida, José tranquilizó a sus amigos salvajes:

«Quedadvos aquí contentos, que todavía nos volveremos a ver en esta vida.»

Consejero de la casa de Espíritu Santo, no tardó en asumir nuevamente el gobierno, por determinación del provincial, mientras aguardaron por cinco o seis meses al nuevo superior, Pedro Soares. Ya había previsto el encargo Anchieta en Reritigbá, según lo atestiguó el padre Braz Lourenzo. Y continúa la leyenda envolviéndole cariñosamente el perfil en el mismo nimbo. Con el toque de su mano salva al amigo Juan Soares; profetiza a una devota el regreso del marido, ausente hace ocho años; al escribir a un padre de la Compañía, que le mandara desde la suntuosa villa de Olinda, sin nombrar al donante, cierta limosna destinada a los pobres de la casa de Espíritu Santo, adivina el nombre del grande limosnero, Cristóbal Paes. Su última profecía en Victoria fué la de la entrada de un navío con el trigo y el vino que faltaban a los habitantes

para su sustento y hasta a los sacerdotes para el sacrificio de la misa.

* * *

Por fin, habiendo llegado a Victoria el nuevo superior, Pedro Soares, volvió Anchieta a Reritigbá por última vez. En su cariñoso adiós a Juan Soares, se despedía del mundo:

«Hijo mío, quedadvos; jamás nos tornaremos a comunicar en esta vida; aunque habréis de volver a verme en este mismo sitio, será en tiempo en que no os podré hablar.»

Su vuelta a la aldea fué celebrada por el llanto de los indios, cuyas retumbantes lamentaciones suenan en igual forma en el dolor y en el placer. Subsistió todavía tres semanas la vacilante llama de su vida, sin una queja, sonriente frente a su propia agonía. Era en él tan poderoso el inefable amor al prójimo, que una noche se levantó del lecho, como un espectro, tanteando y tropezando, y fué hasta la cocina a preparar un remedio para otro enfermo. Los últimos pasos nocturnos del santo fueron de caridad cristiana. Exánime y frío, cayó bruscamente al suelo, como un lirio deshecho por una ráfaga. Fué llevado en brazos a la celda y pidió con ansiedad el Viático. Cinco sacerdotes oraban arrodillados a su cabecera. Y, en la creciente algidez de todo el cuerpo, la quieta y suave agonía del bienaventurado era como un celestial murmullo, en el cual exhalaba con su propia vida los nombres de Jesús y de María. Así expiró José de Anchieta un domingo 9 de junio de 1597, a los sesenta y tres años de edad, contando cuarenta y seis de religión, de los cuales cuarenta y cuatro los vivió apostólicamente en el Brasil.

* * *

Repercutía el clamor, al propagarse la noticia, desde el brumoso altiplano a los adustos sertones. Las lamentaciones de las tribus amigas, evangelizadas por el misionero en cuarenta y cuatro años de peregrinaciones, desvelos, sacrificios y combates, sus llantos, bárbaros como sus cantos de guerra, llenaban las selvas, conmoviéndolas con el mismo ímpetu de los vendavales. Cayó el *gran pagé* de los cristianos, enmudeció la gran voz que había protestado en los orígenes del Brasil, en nombre

de la libertad contra la antigua opresión del hombre por el hombre.

Alzada una cruz, en procesión, llevaron los indios de Reritigbá su cuerpo encerrado en una caja de cedro hasta la villa de Victoria, realizando un recorrido agreste de catorce o quince leguas, acompañados por el padre Juan Fernandes, revestido de alba y estola. En ese pequeño féretro, liviano como una cuna, reposaba medio siglo de heroicidad cristiana. Por intercolumnios, laberintos, arcadas, escalones tapizados de musgo, a través de las florestas, iba bajando el ruidoso séquito. Guerreros bronceados, plañideras semidesnudas, pías ingenuas, lamentaban el eclipse de aquella milagrosa fuerza. En la cámara ardiente del ocaso, a lo lejos, diríase que la hora vesperal goteaba sangre... Después, al anochecer, proseguía el cortejo entre masas, que eran troncos, fantasmas, que eran palmeras, bultos colosales y montañosos, dentadas bocas de caverna... Oíase a intervalos el croar de los batracios, un grito de ave nocturna hendiendo la soledad, el llanto de alguna fuente oculta en los bosques, bajo el limo de carcomidas piedras. Penoso era el camino de tantas leguas, pero no sentían fatiga ni sueño los caminantes. Ramas en flor pendían sobre el ataúd, exhalando su silvestre perfume. Al cruzar un río la canoa que lo llevaba, cesó la furia de las olas en presencia del cuerpo de Anchieta, y sobre sus ligeros despojos resplandeció simbólicamente la Cruz del Sur.

* * *

Cuando el féretro llegó a Victoria, *hubo mucho alarido en todo el pueblo,* al decir de los cronistas. Salieron a recibirlo al puerto el capitán de tierra, Miguel de Azevedo; el prelado administrador, Bartolomé Simões Pereira; el clero, los franciscanos, los hermanos de la Misericordia, con el aparato de sus andas, las cofradías de todas las iglesias con sus cirios en alto. Abierto al sol el ataúd a instancias de Juan Soares, cuatro días después del fallecimiento, ningún olor desprendía el cuerpo, inanimado pero incorrupto. Prosiguiendo la procesión hasta la puerta del templo, construído por los jesuítas, allí fué guardado el féretro para los maitines. Bartolomé Simões, al día siguiente

de la misa cantada, hizo el elogio sacro de Anchieta, narrando su vida, recordando a los fieles «el santo Misionero, el Bienaventurado, el Apóstol del Brasil», y esas palabras florecieron en el espíritu de las nuevas generaciones.

Por fin, los religiosos dieron sepultura al catequista, junto a la de Gregorio Serrão, como lo había predicho: «*Vade, frater, non longa enim dies nos loco conjunget.*» Por última vez, en la tierra se encontraban los dos amigos. Más tarde, ya vacío de reliquias el túmulo de Anchieta (194), la piedad lo revistió con una lápida conmemorativa (195).

José, el taumaturgo exaltado por decreto de 10 de agosto de 1736, cuando el Papa Clemente XII le reconoció, en grado heroico, las virtudes teologales y cardinales, todavía no salió del Vaticano para los altares, del proceso de canonización para la magnificencia de la liturgía y del calendario. A través de los siglos, sin embargo, vibra en la misma leyenda salvaje como en la misma gloria cristiana, el culto de Anchieta, *pobre e inútil José,* santificado por la conciencia de un pueblo.

* * *

Realizaciones económicas, científicas y militares crean orgullosos pero precarios sistemas nacionales, frágiles colosos de egoísmo y vanidad, pesando efímeramente sobre la tierra, si no les vivifica y consolida la llama espiritual. Vinculado a la formación histórica del pueblo brasileño, el Evangelio perdura con idealidad renovadora de energías y aspiraciones, a través del jesuitismo anchietano, en la misma forma en que se hizo la dinámica social en los Estados Unidos, a través del puritanismo colonizador.

La ciencia no puede brindar sino el dominio sobre las cosas externas, el conocimiento directo, pero fragmentario de los fenómenos y de sus relaciones, una cierta valoración del estrecho mundo objetivo. Sólo la idea religiosa nos da el sentimiento del misterio universal, perfeccionando el hombre interior, trascendiendo la naturaleza en dos sublimes amores: el de Dios y el del prójimo. Así, los evangelizadores de la Compañía de Jesús, aureolados perfiles, iluminan todavía nuestros días, en revelaciones espirituales de la vida colonial. Cuanto más se hu-

millaba en ellos el polvo, más los engrandecía la fe para el culto heroico. Si un pueblo es incapaz de consagrar a los humildes, como se ha escrito, es un pueblo moribundo (196). En la consagración del heroísmo y de la humildad, atributos de esas efigies, rejuvenece el Brasil con esperanza y belleza.

Visitando las playas tropicales, donde el canibalismo degradaba a los seres humanos, el alma evangélica fundó la *urbs* latinoamericana para mayor gloria de Dios, *ad majorem Dei gloriam,* interpretada la leyenda cósmica de la Orden en un alto y puro sentido. Enseñó la ley, transmitió la luz. Dió cimientos morales a la familia inculta, a la sociedad informe.

Los primeros jesuítas fueron acogidos en Bahía «como si fueran ángeles bajados del cielo» y el mismo prestigio envolvió en seguida a los que vinieron en las expediciones de 1550 y 1553. Es que esos iluminados traían consigo las palabras candentes de la fe, los dones excelsos del saber y del arte. Con ellos aprendieron los hijos del país a labrar la tierra, fundir los metales, levantar columnas y altares, poseer letras y números; de ellos recibieron no solamente el agua del bautismo, sino también el fuego del espíritu en los santuarios, en las escuelas, en los talleres.

La trascendente ficción de los emisarios ideados por el misticismo de Schelling, arquitectos, y sembradores, ángeles y maestros, fué con Anchieta y sus hermanos una realidad social en los orígenes brasileños del siglo XVI: epílogo de nuestro mundo salvaje, preludio de nuestra vida cristiana.

FIN

NOTAS

(1) Pág. 43. *Compendio de la vida del apóstol del Brasil* (ed. de 1677), por don Baltazar de Anchieta. Este día (19 de marzo de 1534) es *el día exacto del nacimiento de Anchieta* para el doctor Brasilio Machado. Conferencia titulada *Anchieta, narraçao da sua vida no Centenario do Veneravel José de Anchieta,* ed. Aillaud & Cía., 1900. Es ésa la fecha consignada ya en las *Ephemerides Brasileiras,* por el Barón de Río Branco (págs. 199 y 299, ed. de 1918). Carlos Sainte-Foy, autor de la *Vie du Vénérable Joseph de Anchieta,* parece confundir en su libro el día del nacimiento con el del bautismo —7 de abril de 1534— también referido por don Baltazar. No dan el día ni el mes los biógrafos portugueses Pedro Roiz y Simón de Vasconcellos, ambos de la Compañía de Jesús, pero se refieren al año 1533 como siendo el del nacimiento de Anchieta, equivocación que siguieron los demás biógrafos, incluso el *Grand Dictionnaire* de L. Larousse. Aunque omitiese el año del nacimiento, al escribir la *Imagem da Virtude,* el padre Antonio Franco, jesuíta, determina el ingreso de Anchieta en la Compañía. «Entró en ella el 1º de mayo de 1551, a los 17 años de edad.» Para que hubiese cumplido ese año los 17, con los cuales lo admitió la Orden —y así lo afirman también Pedro Roiz y Simón de Vasconcellos— es necesario que José de Anchieta haya nacido en 1534, todo lo cual está perfectamente de acuerdo con la fecha indicada por don Baltazar de Anchieta: 19 de marzo de 1534.

(2) Pág. 43. ROCHA POMBO, *Historia do Brasil,* vol. III, pág. 383: «A la edad de 13 o 14 años, acompañado por un hermano mayor, fué a estudiar a Coimbra.»

(3) Pág. 43. «Parmi les volcans, cette montagne est unique par sa hauteur et son isolement au milieu du cratère primitif; le rebord de l'ancienne bouche d'éruption n'est plus maintenant, en proportion du cône géant, qu'un ourlet à faible relief *limitant le pourtour de sa base.* Le pic de Teyde est «un mont dressé sur un mont.» ELISÉE RECLUS, *Géographie Universelle,* t. XII, *L'Afrique Occidentale,* pág. 121. En esa obra no se hace alusión al fenómeno de reflexión multicolor, del cual, sin embargo, nos da noticia el *Grand Dictionnaire* de P. Larousse:

«En montant au sommet du pic, il arrive quelques fois que, dans les nuages que couvrent le bas de la montagne, on voit un instant un phénomène que les voyageurs naturalistes ont eu occasion d'observer plusieurs fois dans les hautes montagnes: on aperçoit tous les contours de son corps, dessinés avec les belles couleurs de l'arc-en-ciel sur les nuages qui sont au dessous de soi, du coté opposé au soleil. Les rayons

solaires, qui se décomposent en passant sur la surface des corps, donnent une explication fort simple de ce brillant phénomène.»

(4) Pág. 44. El filósofo, cronologista y astrónomo alemán Luis Ideler comunicó a Humboldt: «Resumiendo, el Atlas de Homero y de Hesiodo no puede ser otro sino el Pico de Tenerife, y hay que buscar en el Africa septentrional el de los geógrafos griegos y romanos. *Quadros da Natureza,* por Alejandro Humboldt, versión de Assis de Carvalho, ed. de 1884, Buenos Aires, libro I, pág. 176.

(5) Pág. 45. ELISÉE RECLUS, op. cit.

(6) Pág. 45. PADRE ANTONIO FRANCO, *Vida do Admiravel Padre José de Anchieta.* «Tenía tal aire y alma, tanto espíritu y gracia y suavidad, que por antonomasia lo llamaban el Canario, por alusión a esta ave a la cual las islas Canarias dieron su nombre, o ella a las islas, y la melodía del canto y el aprecio en que se la tiene.»

(7) Pág. 47. «...a primeira destas plantas foy hu eficas desejo, da pureza dalma e corpo, com auorresimento de todos os vicios, e em particular dos torpes e desonestos em signal do qual desejo estando hu dia na Se' de Coimbra de giolhos diante de hu altar em q estava hua imagem, de vulto de Nossa Sra. fes uoto de perpetua virgindade, em q Ds. Noso Sor, o conseruou por toda a uida.» *Vida do Padre José de Anchieta,* por el Padre Pedro Roiz, según copia existente en la Biblioteca Nacional de Lisboa. *Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio de Janeiro,* vol. XXIX, página 197.

(8) Pág. 49. Los datos sobre la vida de Ignacio de Loyola fueron recogidos en la obra *Les Jésuites,* de Boehmer, trad. francesa Monod, edición Colin, 1910.

(9) Pág. 51. Tal vez por un descuido en la revisión, las *Ephemerides Brasileiras* de el Barón de Río Branco, ed. del Inst. Hist., 1918, señalan, en la pág. 299, como fecha del ingreso de Anchieta en la Compañía, el 1º de mayo de 1553, dándole así 19 años en lugar de 17, que fué la edad con que en realidad entró el novicio en la Orden.

(10) Pág. 52. Ver el grabado de las armas de la familia de Anchieta en el *Compendio de la Vida del Apóstol del Brasil,* de don BALTAZAR DE ANCHIETA, o en la obra: *III Centenario do Veneravel Anchieta.*

(11) Pág. 55. ANTONIO BLÁSQUEZ fué el ilustre autor de las cartas sobre el Brasil, escritas en el colegio de Bahía, entre 1556 y 1565.

(12) Pág. 56. LUCIANO PEREIRA DA SILVA, *Astronomía dos Lusiadas,* Coimbra, 1915: «Sin lugar a dudas, el piloto Maestro Juan se refiere a la Cruz del Sur en su carta de 1º de mayo de 1500, designándola ya con el nombre de Cruz. Esta carta y el *Tratado da Agulha* de Juan de Lisboa, de 1514, en el cual se muestra el completo conocimiento de su uso náutico, son los más antiguos documentos que mencionan el *Crucero.*»

El reconocimiento del origen portugués de la denominación de esa constelación y de su uso náutico, según el erudito y recordado profesor de astronomía de la Universidad de Coimbra, fué retardado por la ten-

dencia a identificar el Crucero del Sur por doquier se mencionase un grupo de cuatro estrellas como en los versos del Dante:

Io me volsi a man destra e posi mente
All'altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai fuor che alla prima gente.

Ed egli a me: «le quattro chiare stelle
che vedevi staman, son di lá, basse,
E queste son salite ov'eran quelle.»

Pero la ciencia astronómica no puede confundir las cuatro *stelle* del poeta con las del Crucero, incidiendo en el error de Américo Vespucio, cuya *mandorla* asimilada a aquél es tan dudosa cuanto la misma autenticidad, sospechosísima, de la carta dirigida en 18 de junio de 1500 a Lorenzo de Médicis. Rizzacasa fué el primero en impugnar semejante hipótesis, superficialmente aceptada, sin examinar las posiciones estelares indicadas por el florentino, y la irrecusable demostración de LUCIANO PEREIRA DA SILVA en este sentido consta de su valioso trabajo *A arte de navegar dos portuguezes, Hist. da Col. Port. do Brasil,* vol. I, páginas 70-72.

«Las *quattro stelle* del poeta no pueden tampoco ser las del Crucero, que, en 1300, estaban situadas entre 31 y 37 grados de distancia polar. Cuando Dante sale del Infierno con Virgilio, encuéntrase en la isla del Purgatorio, en una situación antípoda de Jerusalén, a 32º de latitud austral. Acércase el romper del alba, y el poeta contempla con placer el azul de zafiro en que brillan las estrellas. Hacia el oriente sube Venus, acompañada de los Peces. Las cuatro *chiare stelle* están por llegar a su culminación superior.

«Basta con tomar un globo celeste actual, colocarlo en una posición correspondiente al Purgatorio, con el polo austral elevado a 32 grados y llevar el punto de Aries al horizonte por el lado del oriente, para verificarse en seguida que el Crucero baja por el occidente, ya muy lejos del meridiano. El alejamiento de la culminación superior sería mayor en un globo del año 1300. No es, pues, a esta constelación que el poeta se refiere.

«El señor Angelitti, profesor de la Universidad de Palermo, en un estudio magistral de astronomía dantesca, publicado en los años 1912 y 1913 (*Sugli accenni danteschi ai segni, alle costellazioni ed al moto del cielo stellato da occidente in oriente, di un grado in cento anni, in Rivista di Astronomia,* Torino, tom. VI, VII), llegó a la conclusión, luego de un análisis completo y riguroso, que las cuatro estrellas a que se refiere Dante por dos veces en el *Purgatorio* son las de las Lllamas de la constelación de *Ara,* a menos que sean cuatro astros ficticios, imaginados por el poeta en la región circunpolar austral, inobservada por los astrónomos de Egipto, región que el catálogo de Tolomeo dejaba vacía. Cualquiera sea

la hipótesis explicativa, la ciencia astronómica excluyó ya de la *Divina Comedia* la constelación del Crucero del Sur. Humboldt entendía que las cuatro estrellas simbolizaban las cuatro virtudes cardinales, que en el *Purgatorio* (XXXI, 106) dicen: Aquí somos ninfas y en el cielo somos estrellas.»

Seguramente los antiguos conocieron las estrellas del Crucero del Sur, visibles en Alejandría en el siglo II, pero no llegaron a individualizarlas en un asterismo propio. Tres de ellas figuran en el católogo de Tolomeo como partes integrantes del *Centauro*. Sólo los pilotos de Portugal, muchos siglos más tarde, pasando el ecuador y entrando en la zona tórrida, hicieron de esas estrellas un grupo distinto.

En cuanto al uso náutico del Crucero del Sur escribe aún Luciano Pereira dà Silva: «Los navegantes portugueses descubrieron este grupo estelar, fruto de su observación directa, reconociéndole un alto valor para la navegación, e hicieron de él una nueva constelación. El Maestro Juan habla de ella a don Manuel, en 1500, *como de un asterismo ya conocido con el nombre de Cruz;* y los pilotos Juan Lisboa y Pedro Anes, en 1506, estudian cuidadosamente el Crucero, en Cochim. Fueron los antepasados de los brasileños que enseñaron a los navegantes de otras naciones el recorrido para que se dirigiesen por ese brillante fanal del nuevo hemisferio. El origen portugués del Crucero del Sur es cantado en las *Lusiadas,* V. 14:

Já descoberto tinhamos diante
Lá no novo Hemisfério, nova estrêla
Nao vista de outra gente, que ignorante
Alguns tempos esteve incerta dela.

(13) Pág. 59. Sobre los tupinambás, ver GABRIEL SOARES, *Tratado Descriptivo do Brasil* en 1587, 2ª ed., capítulos CXLVIII y siguientes.

(14) Pág. 71. *Historia da colonisaçao portugueza no Brasil,* vol. III, capítulo VII.

(15) Pág. 74. La descripción de la tempestad viene en la carta latina, dirigida por Anchieta al padre general, en mayo de 1560, sobre las cosas naturales de San Vicente.

(16) Pág. 76. ANCHIETA. *De conceptione Virginis Mariæ:*

Nondum lativagi diffluxerat equoris unda,
Nec vagus obliquis fluxerat amnis aquis;
Nondum faecundo manarant gurgite fontes,
Nec juga constiterant ardua mole gravi;

. . . .

De ortu beatae Virginis Mariæ.

...tu sancta infantula vitæ
Arbor es eterna fertilitate gravis...

Tu collis, stillat pingues ubi sylva liquores
Puraque de matris cortice odora fluunt.

(17) Pág. 76. ANCHIETA. *Informaçao de 1585.* Ver *Materiaes e achegas,* I, pág. 51, de CAPISTRANO DE ABREU, y *A Literatura,* memoria de SYLVIO ROMERO en el *Livro do Centenario,* pág. 9: «...no es del todo cierto —escribe SYLVIO— que en el primer momento, en tiempos de Anchieta, a todos le pareciese melancólica la tierra y la tratasen con desdén. *El mismo famoso jesuíta cantó más de un ditirambo a sus maravillas,* e igualmente lo hicieron Nóbrega, Cardim y Gabriel Soares.»

(18) Pág. 82. THEODORO SAMPAIO. *S. Paulo no tempo de Anchieta.*

(19) Pág. 82. Id. Id. «Las paredes principales de la iglesia del colegio, hace poco demolida, estaban hechas con ese material» (piedra de limonito).

(20) Pág. 82. ANCHIETA. *Carta de Piratininga,* «*O primro de Nouembro nos passamos. E entramos co pçissao em nossa Igreija noua, feita com os trabalhos dos Irmaos myormente co suor de pe Afonso Braz*» (fines de diciembre de 1556).

(21) Pág. 83. *Historia de la fundación del Collegio del Río de Henero, y sus residencias,* cap. I: «...en todos si veya mucha alegria en estos trabajos y hambre y deseo de padecer otros mucho majores.»

(22) Pág. 83. NÓBREGA. *Informaçao das terras do Brasil:* «Son castas las mujeres a sus maridos.»

(23) Pág. 86. ANCHIETA, *carta de 1º de junio de 1560.* Hemos modernizado la ortografía y la sintaxis para mejor comprensión del texto.

(24) Pág. 86. Id. *Letras quadrimestres* desde setimbre hasta el fin de diciembre de 1556. Del Brasil, de enero hasta mayo de 1557 «*porq como dos pes ou nhua, ou muy pequena esperança aja, porq nao falta algus q queirao seguir os costumes dos xpaos tudo se courte em os fos, dos quais algus inoçentes se uao para o sñor, os outros q sao mais grandes, se instrue e insinao sempre diligentemete em ha fee.*»

(25) Pág. 86. Id. *Litterae trimestres* a majo ad aug. 1556, ex india Brasilica. 1ª via.

(26) Pág. 87. Id. *Carta de 1º de junio de 1560.* El padre Antonio Colbacchini, de la Misión Salesiana, registró en 1919, en su libro *A tribu dos Bororós,* esa misma tendencia de la mujer salvaje al aborto y al infanticidio.

(27) Pág. 88. ANCHIETA. *Litterae trimestres,* cit.

(28) Pág. 88. Id. *Cartas quadrimensaes,* de mayo a setiembre, 1554. «...todos los viernes, disciplinándose con suma devoción, hasta hacer sangre, salen en procesión.»

(29) Pág. 89. Id. *Carta escrita en fines de diciembre, 1566.* «...*Ese muytas uezes nao uiessem á Igreija algus escrauos de Portugueses q aqui uee tocar sehia a campainha pr demais. Enao aueria nhu dos Indios q se ensinasse.*

(30) Pág. 90. GABRIEL SOARES. *Tratado Descriptivo do Brasil,* 2ª ed., pág. 287: «...y no satisfechos estos salvajes con andar tan encarnizados en este pecado, naturalmente cometido, son muy adictos al pecado nefando, entre los cuales no es considerado afrenta: y el que sirve de macho se tiene por valiente, y cuentan esta bestialidad por hazaña; y en sus aldeas, por los sertones, hay algunos que tienen tienda pública a cuantos los quieran como mujeres públicas.» Consúltese también VARNHAGEN, *Historia Geral do Brasil,* tomo I, sección II, págs. 21, 22, 2ª edición.

(31) Pág. 90. ANCHIETA. *Carta de julio de 1554. «Pa. Nto. Padre M. Ignatio prepósito general da Compañia Jhesvs. «...aca, onde las mugeres andam desnudas y no se saben negar a ninguno, mas aun ellas mesmas acometen y importunen los hombres, echandose con ellos en las redes porque tienen por honrra dormir con los Christianos.»*

(32) Pág. 90. Id. *Carta escrita en San Vicente a fines de mayo,* 1560. GABRIEL SOARES, *Tratado Descriptivo do Brasil,* 2ª ed., pág. 287.

(33) Pág. 91. ANCHIETA. *Carta de julio de 1554.*

(34) Pág. 91. Id. *Cartas quadr.* de mayo a setiembre, 1554. «Po eso, parece grandemente necesario que el derecho positivo se afloje en estes parajes en forma de que, a no ser el parentesco de hermano con hermana, puedan en todos los grados contraer matrimonio...»

(35) Pág. 91. Id. Id. de setiembre a diciembre, 1556: de enero a mayo, 1557.

(36) Pág. 92. Id. *Carta de 1º de junio de 1560.*

(37) Pág. 93. GASPAR DA MADRE DE DEUS. *Noticia dos annos em que se descobriu o Brasil.*

(38) Pág. 93. CÁNDIDO MÉNDES DE ALMEIDA. *Notas para a historia patria.*

(39) Pág. 93. HORACIO DE CARVALHO, cit. en la *Historia do Brasil* de Rocha Pombo, vol. III, págs. 63-4.

(40) Pág. 94. ANCHIETA. *Cartas quadrimensaes* de mayo a setiembre de 1554.

Subsistían en ese período las hostilidades entre el jesuitismo y el ramalhismo, no autorizando nada la siguiente conjetura de CAPISTRANO: «Parece que las cosas sucedieron más o menos como sigue: Leonardo Nunes tuvo conflictos con Juan Ramalho, pero al final lo dominó... Cuando Leonardo fué a Bahía a buscar a los hermanos llegados con don Duarte da Costa, Nóbrega subió a la sierra en compañía de un hijo de Juan Ramalho, informa Polanco, que fija la fecha —degüello de San Bautista— 29 de agosto de 1553. *Ya las desavenencias habrían cesado* pues en caso contrario sería otro el procedimiento del hijo.» (Cit. por MADUREIRA, en *A Libertade dos Indios, A Companhia de Jesus, Sua pedagogia e seus resultados,* vol. I, págs. 17-18). Las desavenencias no habían cesado; hasta redoblarían en acritud y violencia en 1554. Seis años después, en 1560, es cuando podemos considerar extinguido o, mejor dicho, atenuado, hasta la época de las bandeiras, el odio de los mamelu-

cos a los jesuítas. Influenciados por éstos, llegan aquéllos invocando razones de seguridad y fe, a pedir transferencia del foral de San Andrés da Borda do Campo a San Pablo de Piratininga y, en efecto, lo obtuvieron del gobernador Mem de Sá. Ver la *Historia Geral do Brasil* de VARNHAGEN, I, pág. 465, la ed.: Carta a la Reina, de los Camaristas Jorge Moreira y Joannes Alves, de Piratininga el 20 de mayo de 1561.

(41) Pág. 94. Acto del Gobernador Mem de Sá, mandando transferir el cepo de la villa de San Andrés para Piratininga, en 1560.

(42) Pág. 95. ANCHIETA, *Cartas quadr.* de mayo a setiembre, 1554.

(43) Pág. 95. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Chronica da Companhia de Jesus*, 2ª ed., lib. I, pág. 93. «...mandóse preguntar la cuestión a Roma, a nuestro Santo Patriarca Inacio para sucesos semejantes: la contestación fué en estas palabras: «cuanto a las sangrías digo, que a todo se extiende la disposición a la caridad.»

(44) Pág. 96. ANCHIETA. *Carta sobre las cosas naturales de San Vicente.* 1560.

(45) Pág. 96. Id. *Carta de 1º de junio de 1560.*

(46) Pág. 96. Id. *Cartas quadr. de mayo a setiembre de 1554.*

(47) Pág. 97. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida do P. Anchieta*, libro I, cap. VI.

(48) Pág. 99. *Pierides* son las princesas vencidas en el torneo fabuloso por las Musas, que por veces les toman el nombre. Libro V de las *Metamorfosis*, de Ovidio.

(49) Pág. 99. ANCHIETA. *Carta de 1º de junio de 1560.*

(50) Pág. 100. LERY. *Histoire d'un voyage, fait en la terre du Brésil, autrement dite Amerique.* «...parce qu'ils n'auoyent pas bonne opinion d'vn certain Iean Cointa qui se faisoit appeler Monsieur Hector autres fois docteur de Sorbonne, lequel auoit passé la mer avec nous...», capítulo VI, pág. 67.

(51) Pág. 100. La aldea de Briqueterie (Tejar) estaba a media legua del fuerte según Crespin, *Histoire des Martyrs.* Juan de Bolés, sin embargo al deponer en el despacho de la Santa Inquisición en Lisboa, a 16 de noviembre de 1563, ubica su refugio en el continente a dos leguas del fuerte Coligny.

(52) Pág. 101. Epístola de Bolés a don Pedro Leitao, adjunta a los autos de la investigación en 26 de agosto de 1561.

(53) Pág. 101. VILLEGAGNON. *Réponse aux libelles d'injures.* «On me reproche ung Jacobin nommé Cointat, lequel, ce dit-il, a trahi mon fort. C'est un de ceux qui me vint trouver avec ceux de Genève, à moy recommandé non par Calvin mais par aultre d'une même chaleur d'affection, il enseignoit la Confession d'August. Au moyen de quoy s'ourdirent les débats qui nous engendrerent tant de troubles de religion.»

(54) Pág. 101. CRESPIN. *Histoire des Martyrs.* «...pretendía la Superintendencia del Episcopado, alegando que el lugar le fuera prometido en Francia. (Trad. del tomo II, pág. 448-465 y 506-519 por Domingos Ri-

beiro). ARTHUR HEULHARD. *Villegagnon, Roi d'Amérique*, pág. 143: «Je ne sais ce qu'on lui avait promis à son départ de France: mais il se considérait comme superieur aux Ministres par una manière d'episcopat in partibus».

(55) Pág. 101. Proceso de Juan de Bolés. Interrogatorio de Bahía.

(56) Pág. 102. LERY, op. cit. «...il fut prié par eux de faire confession de sa foy & abiura publiquement le papisme...»

(57) Pág. 106. Así depuso en la justificación requerida por Bolés, el Gobernador Mem de Sá.

(58) Pág. 108. VARNHAGEN, CÁNDIDO MÉNDES y CAPISTRANO DE ABREU.

(59) Pág. 110. AZEVEDO MARQUES, citado en la *Historia do Brasil*, de Rocha Pombo, vol. III, parte IV, cap. IV: «Donó Pedro Correa estas tierras al colegio de la Compañía en San Vicente, por escritura de veinte de marzo de 1553, en la cual declaró que había sido uno de los fundadores de dicho colegio.» NÓBREGA, *Carta al padre Ignacio*, de 1556: «...aquellas vacas, que son de los niños, quedaron para nuestro colegio, en lo cual no habrá acá escándalo alguno; porque como se hubieron por contemplación de nuestro hermano Pedro Correa, todos las tienen por de los hermanos, pero, ellas, en verdad, fueron donadas con unas tierras, en la misma forma del hermano Pedro Correa.»

(60) Pág. 111. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida do P. Anchieta*, libro I, cap. VII.

(61) Pág. 111. ANCHIETA. *Carta a los padres y hermanos de la compañía de Iesvs en Portugal.*

(62) Pág. 112. Id. Id.

(63) Pág. 113. La iluminación de la celda de Anchieta por mamoás o luciérnagas no parece absurda, como hipótesis, al lector del *Tratado Descriptivo*, de Gabriel Soares, cap. CXVII: «En Bahía se crían unos bichos, a los que los indios llaman mamoás, a los cuales se llaman en Portugal lucernas, y otros vagulames, que andan por las noches oscuras, en Portugal como en Bahía, en cuyas matas los hay muy grandes; los cuales entran por la noche en las casas que están a oscuras, donde parecen lámparas muy claras, porque iluminan toda una casa, y si por veces despierta una persona bruscamente, viendo la casa clara y habiéndose acostado a oscuras, se espanta, creyendo ser otra cosa: de los cuales bichos hay gran cantidad en lugares poco poblados.»

(64) Pág. 116. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida do V. P. Joseph de Anchieta*, lib. I, cap. V.: «Todavía en aquel tiempo no había copia de Libros, por donde pudiesen aprender los discípulos los preceptos de la gramática: esta falta la enmendaba la caridad de José, a costa de su sudor y trabajo, escribiendo de propio puño tantos cuadernos de dichos preceptos cuantos eran los discípulos que enseñaba. Y pasando en esto las noches sin dormir, porque los días los ocupaba enteros en las obligaciones del oficio y conversión de los Indios. Sucedía, no pocas veces, romper la mañana y encontrar a José con la pluma en la mano.»

(65) Pág. 116. De la lista bibliográfica de SOTIVEL: *Ars grammatica linguae brasilicae. Dictionarium eusdem linguae brasilicae. Doctrina christiana pleniorque catechismus eadem lingua explicatus. Institutio ad interrogandos inter Confessionem penitentes. Syntagma monitorum adjuvandos moribundos. Dialogi de Religionis mysteriis scitu dignis.*

(66) Pág. 117. Refiriéndose a las obras poéticas de Anchieta, escribe Simón de Vasconcellos: «Entre éstas fueron las de mayor tomo, el *livro da vida e feitos heroicos de Mem de Sá, terceiro governador que foy deste Estado em verso heroico, latino;* varias comedias, pasos, églogas, descripciones devotísimas, que todavía hoy andan de su misma letra; y la vida de la Virgen Señora nuestra en verso Elegíaco...» *Vida do P. Anchieta,* lib. I, cap. V.

(67) Pág. 117 SOTIVEL. *Historia et Vita Clarorum Patrum qui in Brasilia vixerunt.*

(68) Pág. 117. BAPTISTA CAETANO DE ALMEIDA NOGUEIRA. *Cantos do Padre Anchieta.* Diario Oficial de 11-15 dic. 1882: «Como se puede ver, la traducción del padre Juan da Cunha será todo lo que se quiera, pero no es, de ningún modo, traducción de los versos del padre Anchieta, aun admitiendo que, en consecuencia de los errores de copia, esté muy alterado el texto; dispónganse palabras tupíes como se quiera y sin sujetarse al metro ni a la rima y, aun así, no es posible hacer concordar traducción y texto.»

(69) Pág. 117. *Informaçoes e fragmentos historicos do Padre Joseph de Anchieta* (1584-1586), publicados por CAPISTRANO DE ABREU. Río de Janeiro, Imprenta Nacional, 1886.

(70) Pág. 117. ANTONIO FRANCO. *Vida do Admiravel Padre José de Anchieta:* «Siendo muy diestro en las cuatro lenguas, portuguesa, castellana, latina y brasileña, tradujo a todas ellas en piadosos romances y otros muy graciosos las canciones profanas en uso.»

(71) Pág. 117. PEDRO ROIZ. *Vida do P. Anchieta,* lib. I, cap. IX: «Entre otras muchas hizo una obra que se representó en diversas partes con grande aplauso...» Simón de Vasconcellos habla de varias comedias en el trecho transcripto (nota 66). Sotivel consigna también en su relación: *Drama ad extirpanda Brasiliae vitia.*

(72) Pág. 117. *Rev. do Inst. Hist. e Geogr. do Brasil,* t. LIV. *Sermao sobre a conversao dè S. Paulo.* Deben existir otras obras del mismo género, manuscritas, en los archivos de la Compañía de Jesús. El padre Gonzaga Cabral (*Jesuitas no Brasil*) declara poseer «la copia fotográfica de un sermón autógrafo del taumaturgo del Brasil». Sermón inédito, del cual el reverendo coleccionista publica un extracto.

(73) Pág. 117. Poema en loor de Nuestra Señora.

(74) Pág. 117. *De rebus gestis Men de Sá.*

(75) Pág. 118. Rectificamos los cómputos de los Padres Pedro Roiz y Simón de Vasconcellos. El primero, acercándose a la exactitud, enumera 5.732 versos o 2.866 dísticos; el segundo se coloca más lejos aún del to-

tal, pues enumera solamente 4.172 versos o 2.086 dísticos. Desde el preludio a la *Recommendatio* pudimos contar exactamente 5.902 versos o 2.951 dísticos, incluyendo las *Horae Inmaculatissimae Conceptionis Virginis Mariae*. Sin éstas, el poema en loor de la Virgen contiene, aun así mismo, 5.786 versos o 2.893 dísticos.

(76) Pág. 118. REMY DE GOURMONT, *Le latin mystique*.

(77) Pág. 119. En el volumen *Primeiras Letras*, publicación de la Academia Brasileña y edición del Anuario do Brasil, de 1923, fueron coleccionados por A. P. lo que restaba de los autos y poesías de Anchieta en vernáculo, habiendo servido para este trabajo el «Appendice» al *Curso de Litteratura Brasileira*, 2ª ed., Río, 1882, de Mello Moraes Filho, y dos manuscritos existentes en los archivos del Instituto Histórico, sob. nos. 2.105 y 2.106.

(78) Pág. 120. Estrofas de una poesía encontrada en códice manuscrito y divulgada por el Rev FRANCISCO RODRÍGUEZ en su libro *A formaçao do Jesuita*. La reprodujo completa el PADRE GONZAGA CABRAL en su monografía *Jesuitas no Brasil*.

(79) Pág. 121. P. GONZAGA CABRAL, op. cit., págs. 166-69.

(80) Pág. 122. SIMÓN DE VASCONCELLOS. *Vida do P. Anchieta*, libro I, cap. IX.

(81) Pág. 128. ANCHIETA. *Carta sobre as cousas naturaes de S. Vicente*. Notamos aquí fenómeno semejante al registrado por Maeterlinck en *La vie des termites*, págs. 109-110: «...Les oiseaux notamment se gorgent à tel point qu'ils ne peuvent plus fermer le bec; l'homme même prend part à l'aubaine, il ramasse les victimes à la pelle, les mange frites ou grillées ou en fait des pâtisseries dont le goût, parait-il, rapelle celui des gateaux d'amandes et, en certains pays, comme en l'ile de Java, les vend sur le marché.»

(82) Pág. 129. *Noticias para a historia e geographia das naçoes ultramarinas. N. III. Annotationes:* «*Arenarius flexilis*. Linn. vulgo Pedra elástica: Certe flexilis, sed vere elasticus a me nondum est visus, nec valde (neque ex omni parte evidenter) flexilis. Et Anchieta dum tractabilem manibus *velut corium dicit*, hyperbolice dicit; is enim, quem magis flexilam vidi, nunc in Reg. Academiae Museo collocatum, 16 circiter poll. longum, et 4 lin. altum, 20º arcum modo efficit.»

(83) Pág. 133. MEM DE SÁ. *Instrumento*. «18. Determiné ir en persona por mandarlo Su Alteza y fué con muy reducida armada y poca gente del Reino —que no era más que gente de mar— en medio del día combatí a la fortaleza contra la voluntad de los de la armada del reino y de su Capitán Mayor y de los demás capitanes, por todas partes...»

(84) Pág. 133. Carta de Mem de Sá al Rey. S. Vicente, 16 de junio de 1560: «Cuando llegué había allí 74 franceses y algunos esclavos; después entraron más de 40 de los de la nave y otros que andaban en tierra, y había mucho más de mil hombres de la gente de la tierra, gente escogida y tan buenos arcabuceros como los franceses y nosotros seríamos 120 hom-

bres portugueses y 140 de gente de la tierra, la mayoría desarmados y con poca voluntad de pelear; la armada traía 18 soldados jóvenes que nunca habían luchado.

(85) Pág. 134. NÓBREGA, carta de 1º de junio de 1560 al Cardenal D. Henrique. «La segunda maravilla de Nuestro Señor fué que después de combatir dos días y no teniendo ya los nuestros más pólvora que la que había en las cámaras de disparar... mostró entonces Nuestro Señor su misericordia y entró tan grande miedo a los franceses y a los Indios que con ellos estaban que huyendo todos se refugiaron en la fortaleza...»

ANCHIETA, carta de 1º de junio de 1560: «... es de creer que el espanto con que huyeron se los dió el Señor y no fuerzas humanas.»

(86) Pág. 135. P. GALANTI. *Hist. do Brasil,* tomo I. «No satisfechos con la venganza (los tamoyos), trataban de expulsar del país a los portugueses. Reunieron éstos la fuerza que pudieron, atacaron y los derrotaron miserablemente.»

(87)) Pág. 136. ANCHIETA, carta de julio de 1561 hasta el mes de marzo.

(88) Pág. 136. Id. Carta de 16 de abril de 1563.

(89) Pág. 136. TEIXEIRA DE MELLO. *An. da Bib. Nac.,* vol. I, f. nº 1: «Piratininga fué atacada; pero Anchieta salvó a todos con denodado valor, consiguiendo rechazar el ataque y arredrar para lejos a los asaltantes.» J. J. RIBEIRO, *Chronologia Paulista:* «... animó Anchieta a los moradores de la villa...»

(90) Pág. 137. ANCHIETA, carta de 16 de abril de 1563.

(91) Pág. 137. *Historia de la fundación del Collegio del Río de Henero y sus residencias -- An. de Bib. Nac.,* vol. XIX: «... y así con preces de todo el pueblo fué en unos navíos con el Pe. Joseph a las Aldeas de los contrarios y dándoles algún rescate concertó con ellos las pazes...»

ANCHIETA, final de la carta de 16 de abril de 1563: «... por lo que muestran grandes deseos de tenernos consigo, para educarles los hijos».

(92) Pág. 138. PEDRO ROIZ, *Vida do P. Anchieta:* «Con esta resolución partió el P. Manuel de Nóbrega con su fiel compañero el Hermano José y otro hombre de nombre Antonio Luiz, para la tierra de los tamoyos...» En su *Historia do Brasil,* terminada en 1627, Fray Vicente do Salvador informa también que el Padre Nóbrega, queriendo apaciguar a los bárbaros de Iperuig, «tomó por compañero al Hermano José de Anchieta y a un tal Antonio Luiz, hombre seglar.» Posteriormente, en la *Chronica da Companhia,* Simón de Vasconcellos cambió el nombre de Antonio Luiz por el de Antonio Dias.

(93) Pág. 138. Todos los episodios del viaje a Iperuig y del exilio entre los salvajes aparecen en una larga carta, dirigida por Anchieta, el 8 de enero de 1565, al Padre Diego Láinez, General de la Orden. Quien los condujo a Iperuig no fué el capitán Francisco Adorno —error común en nuestros historiadores a él llevados por Simón de Vasconcellos, *Chr.,*

lib. III, Nº 5. Fué el capitán José Adorno, como lo dice la carta de Anchieta (1565) y el siguiente trecho de Pedro Roiz, op. cit., lib. I, cap. VII: «llevólos en su navío un hombre de mucho respeto y virtud, y gran amigo de los padres, de nombre José Adorno, de nacionalidad italiana, de la principal nobleza de Génova, tío de nuestro padre Francisco Adorno, etc...»

(94) Pág. 138. P. AMÉRICO DE NOVAES. *Methodo de ensino e de catechese dos Indios usados pelos Jesuitas e por Anchieta.*

(95) Pág. 139. ANCHIETA, carta de 8 de enero de 1565: «... Visitamos ambas aldeas y Entrellas yo hablando en voz alta por sus casas como es su costumbre, diziendoles que queríamos quedar entre ellos y Ensiñarles las cosas de Dios, para que él les diesse abundansia de mantenimientos, salud y victoria de sus Enemigos y otras cosas semejantes...»

(96) Pág. 140. Id. Id.: «...*ut unus aut duo morirentur homines pro populo.*»

(97) Pág. 141. Id. Id.: «... cierto que fué mucho siendo aquella gente La mais subtil, que aun oy en el mundo para inventar mentiras, y facil para Las crer, poderia sufrir tanto tiempo, que no nos hiziessen alguna cosa movidos por cualquiera y maxime por alguno su hechisero...»

(98) Pág. 142. «El vestido era muy pobre, lo común era sotanas de cáñamo tenidos de prieto q hazia de las velas de las naos de la india que les embiava de limosna.» *Historia de la fundación del Collegio del Río de Henero y sus residencias,* cap. I.

(99) Pág. 142. VARNHAGEN, *Hist. Geral. do Brasil,* t. I, 2ª ed., pág. 244: «Para la conversión de los columins —niños infieles—, los medios que más se aprovecharon fueron principalmente la música, el canto y el aparato magnífico de las ceremonias, que los deslumbraban.»

(100) Pág. 146. ANCHIETA, carta de 8 de enero de 1565: «... los Indios nos hacían todo el buen tratamiento posible a su pobreza y miseria y como tienen en grande honra, cuando van algunos forasteros a sus casas darles sus hijas y sus hermanas para que queden por sus yernos y cuñados, nos quisieron hacer la misma honra, ofreciéndonos sus hijas y repitiéndolo muchas veces; pero, como les diésemos a entender que rechazábamos todo cuanto era ofensa a Dios y más aún que no éramos casados ni teníamos mujeres, quedaron espantados tanto ellos como ellas porque éramos tan sufridos y continentes, y nos daban mucho mayor crédito y reverencia...», «... y sabiendo que no teníamos mujeres se espantó mucho, preguntándonos: ¿ni las deseáis cuando veis algunas hermosas? Nosotros por respuesta les mostramos las disciplinas con las que se domaba la Carne cuando se desmandaba a semejantes malos deseos, y hablábamosles también de los ayunos, abstinencias y otros remedios...»

(101) Pág. 149. Id. Id.: «... son tan grandes que llevan cada una de ellas 20 y 25 y más personas con sus armas y vituallas y algunas más de 30 y pasan olas y mares tan bravos que es cosa espantosa que no lo puede creer ni imaginar sino quien lo ve...» «... con casi cien canoas, acometieron una nave y un barco que venían para acá y los pu-

sieron en tan grande aprieto que si no fueran las grandes olas que hacían los hubieran tomado, porque rompieron a la nave por dos partes con hachas en la línea de agua...»

(102) Pág. 152. Id. Id.: «Habiendo comenzado el Capitán José Adorno a sentirse libre de tan grande angustia, la que nos había dado mayor aflicción que la nuestra propia, se embarcó, habiéndole nosotros dicho y así lo escribimos a los Regidores de estas Villas que de ninguna manera se diese no sólo alguno de los Indios inocentes nuestros amigos, sino también a ninguno de los culpados a comer, aunque a nosotros nos costase la vida...»

(103) Pág. 157. ROCHA POMBO, *Historia do Brasil,* 1ª ed., vol. III, pág. 391: «Pues bien, es este mismo otrora indómito animal, este monstruo abominable, quien ufano y manso va a conducir a Anchieta a San Vicente.»

(104) Pág. 157. CAPISTRANO DE ABREU -- *Notas á Historia Geral de Brasil* de VARNHAGEN: «Hay más de un Cunhambebe: aquel de que habla Anchieta cuando describe sus trabajos en Iperuig, nada tiene que ver con el de Thevet: éste murió de peste inmediatamente después de la llegada de Villegagnon. HEULHARD, *Villegagnon, roi d'Amerique,* 144. Tenía en su aldea seis cañones tomados a dos carabelas y los hábitos y la cruz de un caballero de Cristo, que con mucho fundamento, Río Branco juzga perteneciente a Ruy Pinto, *Le Brésil en 1889.* 142, París, 1889.»

(105) Pág. 159. ANCHIETA, carta de 8 de enero de 1565: «... y dejando yo los libros y algunas cosas en la caja como prenda de mi regreso y dejando la llave a una mujer de pindobossú que no me quería menos que a hijo, me vine al lugar de Cunhambebe...» Sobre cartas escritas a bordo, a propósito de la paz luso-tamoya por José Adorno a los franceses moradores en Río, habla el propio Anchieta en la misma epístola. No hay duda, como lo prueba la Nota 102, que él y su compañero Nóbrega *escribieron* cartas en Iperuig a los vicentinos.

(106) Pág. 160. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida do V. P. Joseph de Anchieta,* libro II, cap. VII.

(107) Pág. 163. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida do V. P. Joseph de Anchieta.*

(108) Pág. 165. El poema en loor de Nuestra Señora fué transcrito en la *Vida do P. Anchieta* y en la *Chronica da Companhia,* por Simón de Vasconcellos.

(109) Pág. 167. ANCHIETA, carta de 8 de enero de 1565: «... y acabado de nacer de ella un niño muy hermoso, una vieja su suegra lo enterró vivo...»

(110) Pág. 174. Id. Id.: «... nos fue necesario hablar en particular con los principales autores de aquella muerte y decirles que no se curasen de palabras de mujeres, que los nuestros no habían de hacer caso de la muerte de un esclavo, etcétera...»

(111) Pág. 189. Id. Id.

(112) Pág. 191. MANUEL DE NÓBREGA, carta de 1º de junio al

Cardenal D. Henrique: «Parece muy necesario poblar Río de Janeiro y hacer de él otra ciudad como la de Bahía...»

(113) Pág. 191. FR. VICENTE DO SALVADOR, *Historia do Brasil*, lib. III, cap. X.

(114) Pág. 193. ANCHIETA, carta de 8 de enero de 1565.

(115) Pág. 194. Id. Carta de 9 de julio de 1565.

(116) Pág. 195. CAPISTRANO DE ABREU, interpretación de la carta de Anchieta de 9 de julio de 1565, al margen de la *Historia Geral do Brasil* de Varnhagen, 3ª ed., sección XIX, págs. 419 y siguientes, nota A: «Sigue inmediatamente una, que es muy diferente a la que el autor prefirió y no pasa de ensayo imperfecto de efemérides.»

(117) Pág. 195. VARNHAGEN, *Historia Geral do Brasil*, 2ª ed., t. I, sección XIX, pág. 302, nº 1: «... Junto a un altísimo peñasco que, por su forma, se le llamó Pan de Azúcar y un peñascal que por otro lado la cercaba, dice la *Chr.* de D. Sebastián, pág. 351. — Por lo tanto fué ese lugar, como siempre creímos, en la Praia Vermelha, y no en el Morro de Sao Joao. «P. RAPHAEL GALANTI, *Historia do Brasil*, 2ª ed., t. I, pág. 291, nota 2: «Parece hoy seguro haber sido en el terreno de la fortaleza de S. Joao, como se encuentra muy bien demostrado en la *Revista Brasileira* por el Sr. Jayme Reis, año III, t. X, cuad. 39, 1º de junio de 1897, pgs. 296-316.»

(118) Pág. 196. MORALES DE LOS RÍOS, *Subsidios para a historia da cidade de S. Sebastiao do Rio de Janeiro:* «Todavía no se sabe exactamente dónde estuvo el Puerto Martin Affonso entre las numerosísimas ensenadas de la embocadura y de la periferia de nuestra bahía.»

(119) Pág. 198. PEDRO ROIZ, *Vida do P. Anchieta:* l. I, cap. XI: «Venían los hombres como religiosos, confesándose y comulgando a menudo, luchando con grande ánimo y con la confianza en Dios, a la sombra de su Capitán...» C. MALHEIRO DIAS -- *Introd. á Hist. da Col. port. no Brasil*, pág. LX.

(120) Pág. 199. ANCHIETA, carta de 9 de julio de 1565.

(121) Pág. 199. PEDRO ROIZ, *Vida do P. Anchieta*, l. I, cap. XI: «... mandó con ellos el P. Manuel de Nóbrega al P. Gonzalo do Liueira y al Hermano José, ordenando al Padre que no hiciese nada sin el consejo del Hermano José...»

(122) Pág. 200. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Chr.*, lib. III. Nº 75: «... sobre todo les traían a la memoria los heroicos hechos de sus antepasados; que es lo más fino de la retórica para persuadir esta gente.»

(123) Pág. 200. ANCHIETA, carta de 9 de julio de 1565.

(124) Pág. 203. NÓBREGA, carta de 1º de junio de 1560 al Cardenal Infante D. Henrique: «... y certifico a V. A. que en esta tierra, más que en ninguna otra, no podrán Gobernador, ni Obispo ni otras personas públicas, contentar a Dios Nuestro Señor y a los hombres; y la más segura señal de no contentar a Nuestro Señor es contentar a todos, por estar el mal muy introducido, por costumbre, en esta tierra.»

(125) Pág. 204. MEM DE SÁ, *Instrumento,* Nº 15: «...y se vieron obligados a echarse a nado al mar en la costa brava; mandé otros indios tras ellos y gente suelta que los siguieron cerca de dos leguas y ya en el mar pelearon de tal manera que ningún topenequim quedó vivo; trayéndolos a tierra los pusieron a lo largo de la playa, ocupando los cuerpos cerca de una legua...»

(126) Pág. 209. ESTACIO DE SÁ, fe de oficio dada a Belchior de Azeredo: «... y llegando al lugar, donde fué dicha pelea, viendo tantos muertos y el mar tan tinto de sangre, detuviéronse para apañar y recoger los muertos.» Extr. de la Torre do Tombo y publ. de los *Annaes do Rio de Janeiro,* t. I, cap. II. Par. 35.

(127) Pág. 210. *Annaes,* t. I, cap. II, Par. 39.

(128) Pág. 211. *Uruçu-mirim,* según Varnhagen, o *Yrassumerim,* como se lee en el Santuario Mariano, o *Iburuguassu-mirim,* al decir de Fr. Vicente do Salvador, o *biraoaçu-mirim* con otras variaciones en el *Instrumento* de Mem de Sá.

(129) Pág. 212. Los despojos mortales de Estacio de Sá fueron trasladados el 19 de enero de 1922 del Morro do Castello para la Capilla de los Capuchinos en la calle Conde de Bomfim.

Capistrano de Abreu informa en sus anotaciones a la *Hist. Ger.* de Varnhagen, pág. 434: «En 1862 fué abierta la sepultura de Estacio de Sá... Escavándose más, apareció un esqueleto incompleto identificado con Estacio de Sá por una comisión del Instituto Histórico. Según esta comisión, Estacio de Sá tendría la altura aproximada de 1 m., 741, pues la tibia marcaba 0,36; el cuerpo era regular, pues la clavícula medía 0,14 cent., lo que hace suponer que el pecho en su parte superior, de un extremo clavicular a otro, ofrecería más o menos 0,32 cent.; individuo del tipo portugués, de estatura regular. *Rev. Trim.* 26, 301 y siguientes.»

(130) Pág. 214. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida de P. Anchieta,* lib. II, Cap. XIV.

(131) Pág. 215. Declaración de Juan d'Araujo, hidalgo de la casa real y testigo presentado por Mem de Sá en el *Instrumento de servicios:* «... tomaron los franceses y los trajeron a dicho gobernador en los cuales mandó hacer justicia.»

(132) Pág. 216. PEDRO ROIZ, op. cit., lib. II, cap. V.

(133) Pág. 220. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida do P. Anchieta,* lib. III, cap. I.

(134) Pág. 225. *Rev. del Instituto Histórico,* t. LIV.

(135) Pág. 226. Extr. de *Jesuitas no Brasil* del P. GONZAGA CABRAL.

(136) Pág. 229. Moromomís, maramimís o maramomís, según PEDRO ROIZ, op. cit.

(137) Pág. 231. Los biógrafos PEDRO ROIZ y SIMÓN DE VASCONCELLOS narran el hecho con otros acontecimientos milagrosos. Adoptamos la versión más breve y sencilla -- *Historia de la fundación del Collegio del Rio de Henero y sus residencias,* cap. 6.

(138) Pág. 233. Id. Id.: «... sólo dos escaparon por favor de Dios para dar información cierta de la muerte de nuestros hermanos...»

(139) Pág. 234. *Historia de la fundación del Collegio del Rio de Henero y sus residencias.*

(140) Pág. 234. ANCHIETA. Cartas cuatrimestrales de mayo a septiembre, 1554.

(141) Pág. 234. *Historia de la fundación del Collegio del Rio de Henero y sus residencias*, cit.

(142) Pág. 235. P. GONZAGA CABRAL, *Jesuitas no Brasil:* «Encontré entre los manuscritos inéditos, que estoy citando, una poesía en castellano del propio puño de ANCHIETA, dirigida al Bienaventurado (IGNACIO DE AZEVEDO), en la cual refiere la conversión al catolicismo de JACQUES SOURIE (Sore), el capitán calvinista que comandó la matanza de la nave Santiago.»

(143) Pág. 235. ANCHIETA. Carta de 16 de abril de 1563: «Entre estos indios de que hablo, está uno que creo que pasa de ciento treinta años de edad...»

PEDRO ROIZ, op. cit., lib. II: «De la isla de San Vicente corre una muy hermosa playa, muy dura y llena de escollos, siempre con grandes huesos y cuerpos de ballenas que confiadas en el agua, alta en tiempo de marea llena, no huyendo a tiempo ni percatándose de la bajante del mar, hállanse de pronto en seco, sin remedio.»

(144) Pág. 237. PEDRO ROIZ, íd. íd.

(145) Pág. 239. ANTONIO BLÁSQUEZ, carta de 1558 al Padre General.

(146) Pág. 240. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Vida do P. Anchieta,* lib. IV, cap. I: «... al fin del mismo año de 1578 fué traído José por el Padre Provincial Ignacio de Toloza, que allí acababa de visitar el Colegio de Bahía...» Id. Id., cap. II: «Entró en su cargo de Provincial en el año del Señor de 1578.» Id. Id., lib. V, cap. I: «... dejó su cargo de Provincial al fin del año de 1585.» No sabemos cómo Simón de Vasconcellos y Antonio Franco, después de ésto, pueden contar ocho años al provincialato de Anchieta. Pedro Roiz, al contrario, determinó exactamente el septenio: «Comenzó (Anchieta) a gobernar la Provincia en el año de 1578 y continuó por obra de siete años con mucha prudencia y entereza.»

(147) Pág. 241. VARNHAGEN, *Historia Geral do Brasil,* t. I, sección XXI.

(148) Pág. 241. P. GALANTI, *Historia do Brasil,* t. I: «Los síndicos eran cuatro hombres que en el senado de la Cámara de Lisboa servían de procuradores de los 24 oficios mecánicos. Concurrían con la Cámara a crear reglamentos a los oficios y tasas a los precios de manos de obra, en hechuras. Votaban con los ministros del senado y debían ser siempre oficiales mecánicos.»

(149) Pág. 246. *Inf. y frag. hist.*

(150) Pág. 247. *Trabalhos dos primeiros jesuitas no Brasil.* Bibl. Publ. Eborense, códice CXVI. Publicado en la *Rev. do Inst. Hist.*

(151) Pág. 247. Id. Id.

(152) Pág. 249. PEDRO ROIZ, *Vida do P. Anchieta*, lib. III, cap. VII.

(153) Pág. 250. Id. Id., lib. IV, cap. VI.

(154) Pág. 251. P. MADUREIRA, *A Companhia de Jesus. Sua pedagogia e seus resultados. A liberdade dos indios.* «Al Ven. P. Anchieta le es generalmente atribuída la fundación de la S. Casa de Misericordia. Es lo que afirman, entre otros escritores, BRASILIO MACHADO, el BARÓN DE STUDART, JOSÉ VIEIRA FAZENDA y FRAY AGOSTINHO DE SANCTA MARÍA: «Por 1582 (dice el último) se supone que tuvo principio la Casa de Misericordia de Río de Janeiro o pocos años antes; porque en dicho año llegó a dicho puerto una armada de Castilla... de la cual era general Diego Flores Baldez. Esta armada padeció mucho con los temporales, porque se enfermó mucha gente y llegaron a Río de Janeiro bien necesitados (sic) de remedio y ropas. Encontrábase en aquella ciudad el Ven. P. José de Anchieta visitando el Colegio que allí tiene la Compañía, fundado en el año de 1567. Como el Ven. P. José de Anchieta era varón santo, movido por la Caridad, tomó a su cuenta la cura y remedio de todos aquellos enfermos — disponiendo que se les asignase una casa en la que pudiesen ser curados y asistidos... entendiendo muchos que entonces tuviera principio la Casa de la Santa Misericordia, que hoy es nobilísima.» «Sin embargo, a pesar de la afirmación categórica de BRASILIO MACHADO de no haber hospital antes de la Santa Casa, CAPISTRANO DE ABREU cree existir en aquellos escritores la tendencia a exagerar los servicios de Anchieta «en Río, donde, según parece, sólo estuvo de paso, al contrario de Nóbrega, primer Rector del Colegio.» «Es muy probable, afirma CAPISTRANO, que tanto en Río como en otras partes se fundase Casa de Misericordia —desde el comienzo y no se esperase quince años. Las palabras de Fr. Agostinho de Sancta María —tomadas al pie de la letra parecen corresponder mejor a la realidad.»

De cualquier manera, el nombre del P. Anchieta está ligado a la Santa Casa de Río de Janeiro por los cuidados que allí dispensó a los enfermos, aun cuando no hubiese sido el fundador, y esa es una gloria más para el venerado nombre del apóstol del Brasil.

(155) Pág. 253. SOUTHEY, *Historia do Brasil*, cap. XXIII.

(156) Pág. 254. Con las dos informaciones de 1584 y 1585, probablemente escrita en Río la primera, declaradamente en Bahía la segunda, José de Anchieta, provincial, termina su misión informando al General de la Orden sobre las cosas históricas, económicas y naturales de la provincia. En esa misma época, Fernán Cardim elabora su narrativa (1583).

(157) Pág. 256. FERNÁN CARDIM, *Tratados da terra e gente do Brasil.*

(158) Pág. 257. GABRIEL SOARES, *Tratado descriptivo do Brasil*, cap. XIV.

(159) Pág. 274. P. COLBACCHINI, *A Tribu dos Bororós.*

(160) Pág. 274. CHARLES RICHET, *Traité de Metapsychique*, página 16: «Dans presque toutes les religions, les miracles et les prophéties ont joué un grand rôle. De vrais phénomènes metapsychiques, télékinesies pour les miracles, prophéties pour les prémonitions, sont peut-être à l'origine de certaines croyances religieuses.»

(161) Pág. 274. ARARIPE JUNIOR, *A doença eucharistica do noviço José.*

(162) Pág. 275. *L'etat actuel des Recherches Psychiques*, ed. París, 1924, pág. 301-312.

(163) Pág. 276. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Recopilaçam da Vida do P. Joseph de Anchieta*, lib. IV, intr.

(164) Pág. 277. Id. *Vida do P. Anchieta*, lib. VI.

(165) Pág. 277. CONEGO MANOEL VICENTE DA SILVA, *A sublimidade moral de Anchieta:* Análisis del proceso de su canonización.

El mismo sacerdote escribe en este trabajo: «Destruir la base en que se asienta el decreto de beatificación del venerable Padre José de Anchieta es consentir en la extinción completa de toda la ciencia histórica.» Sobre la irradiación moral del catequizador, consúltese también *O Jesuita José de Anchieta*, monografía de Accioli, y la *Significaçao da obra de Anchieta na Historia do Brasil*, conferencia de Escragnolle Doria.

(166) Pág. 282. PEDRO ROIZ, op. cit., lib. II, cap. II: «Ninguna comunicación tenía el Padre con los suyos que aún vivían en la Isla de Tenerife, una de las Canarias, y dándole una carta de una hermana leyó el sobre y antes de abrirlo dijo lo que en ella se contenía, y con mucha alegría dijo que su hermana estaba conforme con la voluntad divina, en una enfermedad que padecía.»

(167) Pág. 282. Iriritibá o Reritigbá, más tarde río y villa de Benevente. (César Marques, *Diccionario da Provincia do Espirito Santo*, año 1878).

(168) Pág. 283. ANCHIETA, carta al Padre Tolosa: «Me puse en las manos del Padre Fernán Cardim y ordenó N. S. que acompañase al Padre Diego Fernandes en esta aldea de Reritigbá para ayudarlo en la doctrina de los Indios, con los cuales me doy mejor que con los portugueses, pues vine al Brasil a buscar aquéllos y no a éstos...»

(169) Pág. 283. Id. Id.

(170) Pág. 292. Esta obra debió haber sido compuesta después de noviembre de 1586. CAPISTRANO DE ABREU, *Inf. e Frag. do P. Joseph de Anchieta.*

(171) Pág. 294. MANUEL DE NÓBREGA, *Carta da Bahia ao Padre Mestre Simón*, 1549: «Aquí hay Clérigos, pero es la escoria lo que de allá viene.»

(172) Pág. 294. Id. *Carta da Bahia ao Padre Mestre Simón Rodríguez*, IX agosto 1549: «En esta tierra hay un grande pecado que es de tener los hombres casi todos sus negras por mancebas, y otras libres, que piden a los negros por mujeres, conforme a la costumbre de la tierra que es tener muchas mujeres.»

(173) Pág. 294. Id. *Cartas da Bahia ao Padre Mestre Simón,* 1549: «No se debía embarcar Sacerdote sin ser su vida muy aprobada, porque éstos destruyen cuanto se edifica.»

(174) Pág. 295. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Chr.,* lib. IV, N. 129 y pág. 270.

(175) Pág. 297. NÓBREGA, carta de 1551 al Rey D. Joao III.

(176) Pág. 297. ANCHIETA, carta de 1º de junio de 1560: «Con el Gobernador vino el Padre Manuel de Nóbrega muy enfermo, flaco, con los pies y la cara hinchados, las piernas apostemadas y con otras muchas enfermedades.» El Hermano Antonio Blásquez, en su correspondencia, habla de las continuas indisposiciones de Nóbrega. Escribiendo al Provincial de Portugal, el propio Manuel de Nóbrega informa: «...a mí, deben tenerme ya por muerto, porque al presente estoy echando mucha sangre por la boca.»

(177) Pág. 298. SIMÓN DE VASCONCELLOS, Chr., lib. III. N. 62.

(178) Pág. 298. Id. Id., lib. I, Nº 129.

(179) Pág. 299. Id. Id., lib. IV, Nº 139: «Hasta en la enfermedad y en la muerte imponía pruebas de obediencia para que por esta misma supiesen enfermar y morir los verdaderos hijos de la Compañía.» «Pare aquí vuestra enfermedad», dijo a Vicente Rodríguez; No muráis hasta yo no regresar», dijo a Salvador Rodríguez; y obedecieron uno y otro.»

(180) Pág. 299. ANTONIO FRANCO, *Imagem da Virtude.*

(181) Pág. 299. Id. Id. «Decía siempre misas y como era muy tartamudo, gastaba ordinariamente una hora en ella y allí se comunicaba mucho Nuestro Señor.»

(182) Pág. 300. B. TELLES, *Chronica da Companhia de Jesus.* CERNICCHIARO, *Storia della Musica nel Brasile,* pág. 20: «...Manoel da Nóbrega, sacerdote di grande virtú, il quale ad altro non pensa che alla religione a alla musica, massime questa, necessaria agli indigeni, per renderne più dolci il costumi; anzi, egli la considerava como una seconda religione, tantochè, spesso soleva dire: «Colla musica e l'armonia, io ardisco a trarre a me tutti gl'indigeni dell'America.»

(183) Pág. 300. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Chr.,* lib. IV, Nº 141.

(184) Pág. 301. ANTONIO FRANCO, *Imagem da Virtude:* «A los niños no faltaban disciplinas, cuando era necesario, que les mandaba dar, las cuales aceptaban con mucha humildad, y con ser mucha la pobreza y el comer muy mediocre, hacíalos ayunar todos los días que manda la Iglesia y también toda la cuaresma y para todo Nuestro Señor les daba fuerza.»

(185) Pág. 301. SIMÓN DE VASCONCELLOS, *Chr.,* lib. IV, Nº 135: «...era tiernísimo en las lágrimas: cualquier sentimiento del Cielo, o el tocar de la viola, o música devota, lo llevaba a deshacerse en ellas.»

(186) Pág. 302. Id. Id. Lib. I, Nº 68: «...era tal el espíritu y diligencia que corría a los lugares circunvecinos, a pesar de fríos, nieves

y calmas excesivas, que le pusieron por nombre Abaré Bebé que, en lengua del Brasil quiere decir «Padre que vuela».

(187) Pág. 303. Id. Id. Lib. I, Nº 169: «...fué él, después del P. Nóbrega, el primer obrero de la misión del Brasil, un Vice-Nóbrega de S. Vicente, un Apóstol de aquellas partes.»

(188) Pág. 304. Id. Id. Lib. I, Nº 92: «...decían comúnmente de él, que parecía que andaba vinculada la conversión de los infieles en la gente Aspilcueta Navarro; aludiendo a la conversión que el Padre Mestre Francisco Xavier hacía al mismo tiempo en Oriente y comparándola con la que el Padre hacía en el Brasil, ambos de la gente Aspilcueta Navarro.»

(189) Pág. 304. Id. Id. Lib. I, Nº 90: «...este inconveniente vencía el gran fervor de Aspilcueta... al comenzar la noche a correr su manto, comenzaba él a soltar el torrente de su elocuencia, levantando la voz, predicándoles los misterios de la fe, andando alrededor de ellos, pisando con fuerza, golpeando las manos, haciendo las mismas pausas, requiebros y espantos acostumbrados entre sus hechiceros, para más agradarlos y persuadir.»

(190) Pág. 305. ANCHIETA, carta de julio de 1554.

(191) Pág. 306. ASPILCUETA NAVARRO, carta de 1555, a los hermanos de la Compañía: «El fruto sólido de esta tierra, parece que aparecerá cuando se pueble de cristianos.» Publicada en la *Historia do Brasil* de Varnhagen, tomo I, 1ª ed. y en la *Revista do Archivo Publico Mineiro,* año VI, págs. 1.159 a 1.162.

(192) Pág. 308. SIMÓN DE VASCONCELLOS, Chr., lib. II, Nº 120: «...tomó por ejemplo a su maestro Leonardo Nunes, especialmente en la resolución eficaz de castigar su cuerpo, al cual trataba como trataba a un jumento de carga.»

(193) Pág. 308. *Dialogo do padre Nóbrega sobre a conversao do gentio: interlocutores, Gonçalo Alves e Matheus Nogueira.*

(194) Pág. 312. XAVIER MARQUES. *Comunicaçoes feitas ao Instituto Historico da Bahia.*

(195) Pág. 312.

HIC IACVIT VENE
RAB P IOSEPHVS
DE ANCHIETA SOC.
L. BRASILIAE APOST
ET NOVI ORB NO
WS THAVMATVRG
OBIIT RERITIRA
DIE IX IVNANN,
MDXCVII

Inscripción real, un poco diferente de la que fué comunicada por el sr. Sá Benevides al sr. Ramiz Galvao el 20 de diciembre de 1876. (*Ann. da Bib. Nac.,* vol. II, fol. I, pág. 126). Treinta y seis años después, la transmitió el sr. Lordello dos Santos, en agosto de 1913, al sr. Xavier

Marques *(Comunicación hecha por éste al Instituto Histórico de Bahía)*, con algunas modificaciones ortográficas. Es la misma que el sr. Pereira de Vasconcellos imprimió en el *Ensaio sobre a historia e estatistica da provincia do Espirito Santo,* en 1858, apenas diferenciada, inexactamente, por un tiempo de verbo: *jacet,* en vez de *jacuit.*

Examinando fotografías que nos fueron recientemente enviadas desde Espíritu Santo, vemos esculpidas en el frontispicio del monumento cívico, erigido el 7 de setiembre de 1922, al Apóstol del Brasil, sobre el túmulo vacío, las fechas de su nacimiento y de su muerte: 1533-1597. De ellas, la primera es un error cronológico y su corrección se impone al gobierno local. José de Anchieta nació el 19 de marzo de 1534. Consúltese la primera nota (pág. 315).

(196) Pág. 313. OLIVEIRA MARTINS, *Num'Alvares.*



El 24 de setiembre de 1945
se terminó de imprimir este
libro en los talleres de la
IMPRESORA DEL PLATA, S. A.,
San José 1645, Buenos Aires.
La edición fué hecha para la
EDITORIAL CLARIDAD, S.A.,
bajo la Dirección General de
ANTONIO ZAMORA



$ 4 m/n